
#KISSME
ELLE KENNEDY
INMUNE A TI

Elle Kennedy

Inmune a ti

#KISSME 3

Traducción de **Lluvia Rojo**

ALFAGUARA

SÍGUENOS EN

megustaleer

 **@Ebooks**

 **@megustaleer**

 **@megustaleer**

Penguin Random House Grupo Editorial

1
Allie

Podemos hablar?

Xfa??

WTF, Allie. Después de todo por lo q hemos pasado, merezco algo más de esto.

No ibas n serio cuando dijiste q habíamos terminado, no?

Puedes, x favor, CONTESTAR? Joder!!

Sabes q? A la mierda. Quieres ignorarme? Ok. Como veas.

Seis mensajes me esperan cuando reviso mi teléfono móvil a la salida del gimnasio del campus la noche del viernes. Son todos de Sean, mi ex desde anoche. Y aunque su progresión emocional, de súplica a cabreo, no me pasa desapercibida, no puedo evitar fijarme en sus errores gramaticales.

Merezco más de esto.

«De», en vez de «que». Y dudo que el culpable sea el autocorrector, porque Sean no es precisamente el más listo de la clase.

Bueno, eso no es del todo cierto. Es superinteligente para algunas cosas. Como por ejemplo… para el béisbol. En serio, podría recitar las estadísticas al revés, incluso las que se remontan a los años sesenta. Pero todo lo que tenga que ver con los libros no es su fuerte. Ser un NOVIO MARAVILLOSO tampoco entra dentro de su lista de fortalezas, por lo menos, no en los últimos días.

Nunca he querido ser una de esas chicas que corta y vuelve con el mismo chico una y otra vez. De verdad pensaba que yo era más fuerte, pero Sean McCall me tiene atrapada desde mi primer año en la Universidad Briar. Me conquistó con su look pijín y su sonrisa de niño pequeño. Esa bonita sonrisa, torcida, con sus hoyuelos… y llena de promesas.

Miro mi teléfono de nuevo y mi desconfianza crece como la yedra del edificio que tengo a mi espalda. *¡Argh!* ¿De qué quiere hablar? Anoche ya nos dijimos todo lo que nos teníamos que decir. Cuando le aseguré que habíamos terminado,

antes de salir corriendo de su casa en la fraternidad, iba muy en serio.

Hemos terminado de verdad. Esta es nuestra cuarta ruptura en tres años. No puedo seguir haciéndome esto a mí misma, no puedo seguir en este círculo retorcido de alegría y dolor, sobre todo cuando la persona con la que se supone que debería estar construyendo un futuro está decidida a lastrarme.

Aun así, me duele el corazón. Es difícil dejar marchar a alguien que ha sido una parte muy importante de tu vida durante tanto tiempo. Y es aún más difícil cuando esa persona se niega rotundamente a dejarte marchar.

Suspirando, bajo corriendo las escaleras y me dirijo al sendero empedrado que atraviesa serpenteando el campus. Por lo general, me tomo mi tiempo en admirar el paisaje: los magníficos edificios antiguos, los bancos de hierro forjado, los inmensos árboles. Pero esta noche solo quiero correr hasta mi residencia, taparme con el edredón hasta la cabeza y aislarme del mundo. Por suerte puedo hacerlo, porque mi compañera de cuarto, Hannah, está fuera este fin de semana, lo que significa que no podrá darme lecciones sobre los peligros emocionales que tiene revolcarme en mi propia miseria.

Aunque anoche no me dio ninguna lección. No, en vez de eso, asumió la responsabilidad de mejor amiga y lo hizo fenomenal. Después de salir de la casa de Sean, Hannah me esperaba en nuestra sala común con un bote de helado, una caja de Kleenex y dos botellas de vino tinto, y se quedó despierta hasta la madrugada pasándome pañuelos de papel y escuchando mi incoherente balbuceo.

Las rupturas son una MIERDA. Siento que he fracasado totalmente. No, mejor dicho, me siento como una desertora. El último consejo que mi madre me dio antes de morir fue que nunca me diese por vencida en el amor. En realidad, ya me había inculcado eso mucho antes de ponerse enferma. No conozco todos los detalles, pero no era ningún secreto en casa que el matrimonio de mis padres estuvo a punto de desmoronarse más de una vez durante los dieciocho años que estuvieron juntos. Pero se esforzaron en seguir adelante. Trabajaron duro por la relación.

Cada vez que pienso en que ayer dejé a Sean, se me revuelve el estómago. Tal vez debería haber luchado más por nosotros. A ver, yo sé que él me quiere…

Si te quisiera, no te habría dado un ultimátum. Has hecho lo que había que hacer, me asegura una voz ronca.

Mi garganta se contrae cuando reconozco la voz en mi cabeza. Pertenece a mi padre, que resulta ser mi mayor defensor y admirador. A sus ojos, nada de lo que hago es malo.

Es una lástima que Sean no sea capaz de verme a través de esa lente.

Mi teléfono vibra cuando estoy a cinco minutos de la Residencia Bristol, donde comparto una suite de dos dormitorios con Hannah.

Mierda. Otro mensaje de Sean.

Y doble mierda porque dice:

Siento mucho habert insultado, amor. No lo decía en serio. Estaba enfadado. Significas todo xa mí. Espero q lo sepas.

Un segundo mensaje aparece en la pantalla: *Voy a tu habita después de clase. Así podremos hablar.*

Me detengo en seco, una sacudida de pánico sube por mi espina dorsal. No tengo miedo de Sean, al menos no en el sentido físico. Sé que él nunca me pondría la mano encima o me montaría un pollo de los gordos. Pero me da miedo su capacidad de persuadirme con palabras bonitas. Es superbueno en eso. Todo lo que tiene que hacer es llamarme «amor» y sacar a relucir su adorable sonrisa, y estoy perdida.

La ira, el miedo y el cabreo lidian una batalla para captar mi atención mientras releo sus mensajes. Es un farol. No va a venir sin ser invitado, ¿verdad?

Joder, joder, joder.

Con dedos temblorosos, busco el número de Hannah. Dos tonos más tarde, la voz tranquilizadora de mi mejor amiga resuena en la línea.

—¡Hola! ¿Qué tal? ¿Estás bien?

Puedo oír a alguien charlando en el fondo. Una voz femenina: Grace Ivers, la novia de Logan. Eso significa que Hannah y su novio, Garrett, ya han salido para pasar el fin de semana en Boston. Me invitó a ir con ellos, pero lo rechacé porque no me apetecía ir de sujetavelas por partida doble. ¿Dos parejas enamoradas con locura y yo? No, gracias.

Ahora desearía haber aceptado la invitación porque me quedo sola este fin de semana y resulta que Sean quiere «hablar».

—Sean va a venir a casa esta noche —suelto.

Hannah gruñe.

—¿Qué? ¡NO! ¿Por qué le has dicho que te parece bien que…?

—¡Yo no le he dicho nada! Ni siquiera me ha preguntado si me parecía bien. Solo me ha enviado un mensaje diciendo que se pasa luego.

—Pero ¿qué coño dice? —suena tan indignada como yo me siento.

—Muy fuerte, ¿verdad? —Mi pánico se desborda—. No puedo verle, Han. Todavía estoy demasiado sensible por la ruptura. Si se acerca a mí, podría terminar volviendo con él.

—Allie…

—¿Crees que si apago todas las luces y cierro la puerta pensará que no estoy en casa y se irá?

—¿Conociendo a Sean? Se quedará esperando en la puerta toda la noche —contesta Hannah—. ¿Sabes qué? No debería haber aceptado ir al partido de los Bruins. Debería estar en casa contigo. Espera, le digo a Garrett que dé la vuelta…

—Ni de coña —interrumpo—. NO vas a cancelar el viaje por mí. Esta es tu última oportunidad de hacer algo divertido juntos.

El novio de Hannah es el capitán del equipo de hockey de Briar, lo que significa que su calendario de entrenamientos y partidos estará hasta arriba ahora que la temporada ha comenzado. Y eso quiere decir que Hannah no le podrá ver mucho. Me niego a ser la persona que arruina un fin de semana de libertad para ellos.

—Solo quiero consejo. —Trago saliva—. Así que, por favor, dime qué puedo hacer. ¿Le pregunto a Tracy a ver si me puedo quedar en su habitación?

—No, es mejor que no estés en la resi si Sean va a estar vagando por los pasillos. Tal vez Megan… No, espera, su nuevo novio ha venido de visita este fin de semana. Probablemente querrán estar solos. —Hannah parece reflexionar —. ¿Y Stella?

—Ella y Justin acaban de irse a vivir juntos. Justo la semana pasada. No creo que les apetezca una invitada de última hora.

—Espera un segundo. —Hay otra larga pausa. Oigo la voz apagada de Garrett, pero no puedo entender lo que está diciendo. Vuelvo a oír a Hannah—. Garrett dice que te puedes quedar en su casa este finde. Dean y Tucker estarán allí, así que si Sean se entera de dónde estás y se pasa por allí, le mandarán a la acera de una patada. —El murmullo de voces llena el fondo de nuevo—. Puedes dormir en el cuarto de Garrett —añade.

La indecisión me sacude a fogonazos. A ver, todo esto es ridículo. No puedo creer que esté pensando en permitirle a Sean que me eche de mi propia residencia… Pero mi mente se inunda con imágenes de él aporreando mi puerta. O peor aún, de él imitando a John Cusack en la peli *Un gran amor* fuera de mi ventana con unos altavoces. Uf, ¿y si pone la canción de Peter Gabriel? ODIO esa canción.

—¿Seguro que les parece bien a todos? —pregunto.

—Sí. Totalmente bien. Logan está escribiendo a Dean y a Tucker en este momento para informarles. Puedes ir en cualquier momento.

Una oleada de alivio me inunda junto con una punzada de culpabilidad.

—¿Me pones en manos libres? Quiero hablar con Garrett.

—Por supuesto. Un segundo.

Un instante después, la voz profunda de Garrett Graham aparece en la línea.

—Las sábanas limpias están en el armario de la ropa y es posible que quieras llevar tu propia almohada. Wellsy piensa que las mías son demasiado blandas.

—Es que SON demasiado blandas —protesta Hannah—. Es como dormir en una nube de azúcar.

—Es como dormir sobre NUBES esponjosas —corrige Garrett—. Créeme, Allie, mis almohadas son lo más. Pero aun así, llévate la tuya, por si acaso.

Me río.

—Gracias por la advertencia. Pero ¿seguro que no te importa? No quiero que te sientas obligado.

—*No problem*, linda. Bate tus enormes pestañas a Tuck y seguro que te prepara una cena rica. Ah, y Logan le ha ordenado a Dean que no te tire los tejos, así que no tienes que preocuparte de que te vaya a dar la lata.

Es verdad. Dean Heyward-Di Laurentis es el más ligón del planeta. Cada vez que le veo, intenta colarse entre mis piernas. Y ni siquiera puedo sentirme especial por eso, porque lo intenta con las piernas de todas.

Pero no estoy preocupada. Sé cómo manejar a Dean, y Tucker servirá como un buen amortiguador entre yo misma y su compañero salido.

—Te agradezco muchísimo todo esto —le digo a Garrett—. En serio. Te debo una.

—*Naah.*

Hannah levanta la voz.

—Mándame un *mensa* cuando llegues, ¿vale? Y después apaga el teléfono para que Sean no te pueda molestar.

¿He mencionado lo mucho que quiero a mi mejor amiga?

Cuelgo y me siento inmensamente mejor. Tal vez lo más inteligente sea salir del campus el fin de semana. Lo veré como una pequeña escapada, unos días para despejar mi cabeza y aclararme. Y mientras Tucker y Dean estén por ahí, no sentiré la tentación de llamar a Sean. Esta vez necesitamos una ruptura limpia, sin contacto alguno, al menos por un par de semanas. O meses. O años.

A decir verdad, no sé si voy a sobrevivir a esta ruptura. He querido a este tío durante años, y Sean tiene sus momentos maravillosos. Como todas las veces que se presentó en mi puerta con sopa cuando estaba enferma. Y cuando…

¡AVISO DE RECAÍDA!

Las campanas de alarma protestan en mi cabeza, alertándome de mi estupidez. No. No voy a permitirme recaer. No importa que Sean tenga la capacidad de ser encantador, porque también tiene la de no serlo EN ABSOLUTO, como demostró anoche.

Cuadro mis hombros y camino más rápido, decidida a seguir con el plan. Sean y yo hemos terminado. No puedo verle ni mensajearle ni hacer nada que me ponga en su camino.

El primer día de mi existencia sin Sean ha comenzado de forma oficial.

#DEAN

Es viernes por la noche y estoy tumbado en mi sofá del salón, bebiendo una cerveza, mientras dos rubias —dos rubias muy pibones y muy desnudas—, se chupan la lengua la una a la otra frente a mí. Mi vida es la hostia.

—La mejor noche del mundo —digo. Mi mirada no se separa de la trayectoria de las manos de Kelly mientras se deslizan hacia las tetas de Michelle. Kelly las aprieta y yo gimo—. Sería aún mejor si trajeseis la fiesta hasta aquí, chicas.

Se separan y están sin aliento, riendo mientras miran en mi dirección.

—Danos una buena razón —se burla Kelly.

Arqueo una ceja y bajo la mano para agarrarme la polla, dura como una roca. Le doy un bombeo lento.

—¿Esto no os parece una razón lo suficientemente buena?

Michelle es la primera en pasearse hacia mí, sus tetas botan y su culo se balancea mientras se sube a mi regazo y presiona su boca contra la mía. Un segundo después, Kelly está a mi lado y sus labios cálidos y suaves se enganchan en mi cuello. Dios. Estoy tan empalmado que me duele todo, pero estas dos diosas están decididas a hacerme suplicar. Me torturan a besos. Besos largos y aturdidores, y lenguas húmedas y traviesas. Lamidos estratégicos y mordiscos suaves diseñados para volverme loco.

Me gustaría decir que este trío guarro es una nueva experiencia para mí, o que la etiqueta de «zorrón» que me han colgado mis compañeros de equipo de hockey es una exageración. Pero ni es la primera vez, ni la etiqueta es equivocada. Me gusta follar. Follo mogollón. Qué le vamos a hacer.

Gruño cuando los dedos de Kelly rodean mi polla.

—Dios. ¿Cómo es que tengo tanta suerte?

—Aún no has tenido toda la suerte posible —dice Michelle con voz sexy lanzando su pelo largo por encima del hombro—. No te puedes correr hasta que

lo hagamos nosotras, ¿recuerdas?

Tiene razón. Hice una promesa y tengo la intención de cumplirla. Contrariamente a lo que los gilipollas de mis colegas piensan de mí, yo concibo el sexo como algo para la chica. CHICAS, en este caso. Dos chicas preciosas y hambrientas que no solo están interesadas en mí, sino que además se gustan entre ellas mismas.

Hola. ¿Es el cielo? Aquí Dean Di Laurentis. Gracias por dejarme haceros una visita.

—Bueno. En ese caso, creo que deberíamos empezar —anuncio, y a continuación la tumbo contra el cojín y llevo mi boca a sus pechos.

Atrapo un pezón y lo chupo con fuerza. Sus caderas salen disparadas del sofá mientras suelta un gemido. Una sombra cruza por mi rabillo del ojo. Kelly se agacha junto a mí y le lame el otro pezón a Michelle. Dios de mi vida y de mi corazón. Gimo en voz lo suficientemente alta como para despertar a los muertos.

Kelly levanta la cabeza y me sonríe.

—Pensé que podrías necesitar un poco de ayuda. —Después recorre a besos el vientre plano de su amiga hasta llegar a la unión de sus muslos.

Nada de cielo. Esto es el nirvana.

Sigo el camino que Kelly ha iniciado y mis labios se desplazan sobre la piel bronceada y las preciosas curvas de Michelle hasta llegar a ese lugar que me hace la boca agua. Kelly ya lo está chupando. Dios. No estoy seguro de poder controlarme el tiempo suficiente como para hacerles llegar a las dos. Estoy ya demasiado cerca del límite.

Ignoro las palpitaciones que siento ahí abajo, humedezco mi labio inferior, acerco mi boca al coño de Michelle y… suena el puto timbre.

Me cago en… Estiro el cuello hacia la tele. El reloj digital del reproductor de Blu-Ray dice que son las ocho y media. Trato de recordar si le dije a alguno de los chicos del equipo que podía venir a casa esta noche, pero hoy no he hablado con nadie salvo con mis compañeros de piso y todos están fuera. Garrett y Logan se largaron a Boston hace una hora con sus novias, y Tucker se ha ido al cine con una chica esta noche.

—No digas nada. —Le pego un lametazo provocativo al muslo de Michelle y me levanto del sofá para buscar mis calzoncillos.

En cuanto mi pene está escondido, corro por el pasillo para abrir la puerta. Cuando veo quién está de pie en el porche, entrecierro los ojos.

—Mal momento, muñequita —le digo a la mejor amiga de Hannah—. Tu amiga ya se ha ido. Vuelve el domingo. —Me dispongo a cerrar la puerta. Sí,

soy un borde.

Por desgracia, la rubia de la entrada mete una bota de nieve negra entre la puerta y el marco.

—No seas capullo, Dean. Sabes que me quedo aquí el fin de semana.

Mis cejas se disparan hacia arriba.

—Eh… ¿cómo dices? —La miro con más detenimiento y me doy cuenta de la mochila a rebosar que cuelga de su hombro. Y del *trolley* rosa que hay a sus pies.

Allie Hayes lanza un gran suspiro.

—Logan te ha enviado un mensaje explicándotelo todo. Ahora déjame entrar. Tengo frío.

Ladeo mi cabeza. Entonces aparto, con no mucha delicadeza, su pie de donde está.

—Espera aquí. Vuelvo en seguida.

—¡¿Me estás tomando el pelo…?!

La puerta se cierra interrumpiendo su indignada exclamación.

Intento combatir el cabreo y voy hacia el salón donde Michelle y Kelly ni se dan cuenta de mi reaparición: están demasiado ocupadas enrollándose. Tardo casi un minuto en encontrar mi teléfono y cuando finalmente lo cojo del suelo, descubro que la amiga de Hannah no me estaba vacilando.

Hay cinco mensajes no leídos en la pantalla, algo que suele ocurrir cuando eres el jamón del sándwich entre dos tías buenas. Los tríos hacen que no revises el móvil. Eso es y será siempre así.

Logan: *Ey, tronco, Allie, la amiga d Wellsy, se queda n casa el finde.*

Logan: *Guarda tu polla en los pantalones. A G y a mí no nos apetece mucho darte una paliza si intentas algo, pero Wellsy sí q podría estar a favor d usar la violencia. Así q: polla = pantalones = no molestes a nuestra invitada.*

Hannah: *Allie se queda con vosotros hasta l domingo. Está en un momento vulnerable. No te aproveches de ella o me cabrearé. Y tú no quieres q me cabree, verdad?*

Suelto una risa. Hannah, tan diplomática como siempre. Leo rápidamente los dos últimos mensajes.

Garrett: *Allie se queda en mi cuarto.*

Garrett: *Tu polla se queda en tu cuarto.*

Por Dios, ¡qué obsesión tiene todo el mundo con mi polla!

¡Y no podría ser en peor momento! Mi mirada compungida va de nuevo al sofá. Los dedos de Kelly están exactamente donde quiero que estén los míos en este momento.

Carraspeo y ambas chicas se giran hacia mí. La mirada de Michelle está nublada por la especial atención que su amiga le estaba brindando hasta ese instante.

—No sabéis lo que odio hacer esto, pero os tenéis que ir —les digo.

Dos pares de ojos se abren como platos.

—¿Perdona? —suelta Kelly.

—Tengo una visita imprevista esperando en la calle —me quejo—. Lo que significa que esta casa se acaba de convertir en una zona apta para todos los públicos.

Michelle suelta una carcajada.

—¿Desde cuándo te importa si alguien te mira mientras follas?

Cierto. Por lo general no me importa una mierda si hay alguien cerca. La mayoría de las veces lo prefiero. Pero no puedo mostrarle mi lujuria a la amiga de Hannah. Ni a Hannah y Grace, para el caso. A los chicos… me da igual; ellos saben de qué va. Pero sé que a Garrett y a Logan no les molaría nada que pervirtiera a sus novias. En cuanto entraron en el mundo de las relaciones serias, mis antiguos colegas se convirtieron en mojigatos. Es muy triste, la verdad.

—Esta visita en concreto es una delicada flor —digo con sequedad—. Probablemente se desmayaría si nos viera a los tres juntos.

—Nada de eso —la voz cabreada de Allie se oye desde la puerta.

Yo estoy tan cabreado como ella. ¿La tía entra así en la casa como si fuese suya? No, señor.

Frunzo el ceño en su dirección.

—Te dije que esperaras fuera.

—Y yo te dije que tenía frío —me responde. Parece no tener ningún problema con que haya dos chicas desnudas a tres metros de distancia.

Mis invitadas analizan a Allie como si fuese un pegote de bacterias bajo sus microscopios. Después arrugan la nariz y apartan sus miradas como si fuese…, bueno, nada más que un pegote de bacterias bajo sus microscopios. Las tías tienden a ponerse competitivas cuando estoy cerca, pero obviamente estas no sienten a Allie como competencia.

Y lo cierto es que las entiendo. Lleva una *bomber* negra acolchada, botas y guantes, y su cabello rubio le sale de la parte inferior de un gorro de lana rojo. Es solo la primera semana de noviembre. No hay nieve en el suelo, el aire apenas está frío y no hay nada que justifique abrigarse así. A menos que estés chalado. Y estoy empezando a sospechar que Allie Hayes podría estarlo, porque la tía entra descaradamente al salón y se deja caer en el sillón frente al sofá.

Mientras baja la cremallera de su cazadora, les lanza una mirada a mis invitadas y después se vuelve hacia mí.

—¿Por qué no trasladáis esta fiesta vuestra al piso de arriba? Yo me puedo quedar aquí y ver una peli o algo así.

—O te puedes ir tú a la habitación de Garrett y ver la peli ahí arriba —le digo con chulería, pero la verdad, ya da igual. Nos ha cortado todo el rollo y no me siento cómodo liándome con dos tías cuando solo estamos la mejor amiga de Hannah y yo en la casa.

Suspirando me dirijo a las chicas.

—¿Lo dejamos para otro día?

Ninguna de los dos se opone demasiado. Al parecer, la señorita Allie no se ha limitado a CORTARNOS todo el rollo. Ha quemado la tierra y la ha cubierto con sal para que no vuelva a nacer el deseo nunca más.

Allie apenas presta atención a las chicas mientras se visten. Está demasiado ocupada quitándose mil capas de ropa de invierno y dejándolas sobre un lado del sillón. Cuando ha acabado, parece considerablemente más pequeña que antes, en mallas negras y una camiseta de rayas holgada. No tarda ni un segundo en acomodarse en el sillón de terciopelo.

Acompaño a Kelly y a Michelle a la puerta, donde prácticamente devoran mi boca y mi cara antes de prometerme que lo dejamos para otro día. Se van y mis labios vuelven a estar hinchados y mi polla se ha puesto dura de nuevo.

Vuelvo al salón con un ceño fruncido que se niega a relajarse.

—¿Has disfrutado? —pregunto.

—¿Disfrutado con qué?

—Cortándome el rollo.

Allie se ríe.

—¿Hay alguna razón por la que no te has llevado a Rubia y Rubita arriba? No tenías que echarlas por mí.

—¿De verdad crees que puedo follar sabiendo que estás aquí abajo?

Eso me hace recibir otra carcajada.

—¡Te lías con tías en PÚBLICO todo el tiempo! ¿Qué más te da que esté yo aquí? —Parece pensativa—. A menos que ir a tu habitación sea el quid de la cuestión. Hannah me ha dicho que siempre te estás enrollando con tías en el salón. ¿Cuál es el problema con tu cuarto? ¿Tiene chinches o algo así?

Aprieto los dientes.

—No.

—Entonces ¿por qué no quieres hacer tus cosas en bolas ahí arriba?

—Porque… —Me detengo, el ceño fruncido regresa a mi frente—. No es de tu incumbencia. ¿Por qué estás aquí? ¿Se ha incendiado la Residencia Bristol?

—Me estoy ocultando —dice como si tuviera que entenderla. Y entonces echa un vistazo por el salón—. ¿Dónde está Tucker? Garrett dijo que estaría aquí.

—Ha salido.

Dobla el labio inferior de su boca.

—Oh, vaya mierda. Sin duda habría visto una peli conmigo. Pero supongo que me tendré que conformar con verla contigo.

—¿Primero me cortas todo el rollo y ahora esperas que pasemos el rato juntos?

—Créeme, eres la última persona con la que quiero pasar la noche, pero estoy pasando por un momento de crisis y tú eres la única persona que hay aquí. TIENES que hacerme compañía, Dean. De lo contrario, haré algo totalmente estúpido y toda mi vida se irá al garete.

Me parece recordar que Hannah me dijo que Allie estudiaba Arte Dramático. Sí. Le pega eso del drama.

—Por favor…

Su expresión de súplica no se relaja. Y yo nunca me he podido resistir a unos ojos azules grandes. Sobre todo cuando pertenecen a rubias guapas con buenas tetas.

—Tú ganas —cedo—. Te haré compañía ¿vale?

Su cara se ilumina.

—¿Qué película vemos?

Un gruñido se instala en mi garganta. En mi noche del viernes he pasado de hacer un trío supersexy y morboso a ser el *babysitter* de la mejor amiga de la novia de mi mejor amigo.

Ah, y todavía estoy duro como una piedra por los besos de despedida de Kelly y Michelle.

De puta madre.

2
Allie

Mi autocontrol está en manos de Dean Hayward-Di Laurentis, un tío conocido por su NULO autocontrol, ergo, tengo un problema. Un problema de los gordos.

Pero no voy a hacerlo. No voy a llamar a Sean. No importa que hace veinte minutos me haya enviado una foto del viaje a México del año pasado. Una foto en la que salimos los dos y en la que, con una aplicación, ha dibujado un gran corazón rojo alrededor de nuestras caras.

Fue un viaje tan guay…

Aparto a un lado el recuerdo y cojo el mando a distancia de la mesa de centro.

—¿Tienes Netflix conectado a la tele? —Vuelvo a mirar a Dean, que todavía parece molesto por mi presencia.

Y…, o bien me lo estoy imaginando, o tiene una erección. Pero soy lo suficientemente maja como para no provocarle con el tema, ya que, en su defensa, estaba a cinco segundos de mantener relaciones sexuales con dos chicas antes de mi llegada.

Mi mirada se desplaza sobre su pecho desnudo. No puedo negarlo: su pecho es absolutamente espectacular. El tío está CUADRADO. Alto, delgado y con músculos perfectamente esculpidos. Y tiene un poco de barba: pelos rubios y sexys que ensombrecen su mandíbula perfectamente cincelada. Realmente es una lástima. Alguien tan imbécil no debería poder estar tan bueno.

—Sí. Elige lo que quieras ver —responde—. Voy un momento arriba a sacudírmela y después me uno.

—Vale, creo que me apetece algo… Espera, ¿qué has dicho?

Pero ya se ha ido, dejándome boquiabierta ante la puerta vacía. Va un momento a arriba a ¿hacer QUÉ? Estaba de coña, ¿verdad?

Ignoro mi buen juicio y me lo imagino. Dean en su habitación. Una mano alrededor de su polla, la otra mano… ¿sosteniéndose los huevos?, ¿agarrando las sábanas? O tal vez esté de pie, apoyado en la esquina de su escritorio, sus rasgos marcados mientras se muerde el labio inferior…

Pero ¡¿por qué estoy intentando resolver el misterio de cómo se masturba este tío?!

Salgo de ese pensamiento, le doy al botón del mando hasta que encuentro Netflix y me pongo a mirar los últimos títulos de películas.

Menos de cinco minutos después, Dean entra de nuevo en el salón. Afortunadamente, se ha puesto unos pantalones. Pero se ha quitado los calzoncillos en el proceso. Lo sé porque sus pantalones de chándal están sujetos en sus caderas tan abajo que casi puedo ver… lugares que no tengo ningún interés en ver.

Su pecho está todavía desnudo y hay un ligero rubor en sus mejillas.

—¿De verdad te acabas de masturbar justo ahora? —pregunto.

Él asiente con la cabeza como si no tuviera importancia.

—¿Crees que me puedo sentar a ver una película hasta el final con los huevos morados?

Le miro boquiabierta.

—¿Así que no puedes tener relaciones sexuales con nadie mientras esté yo en esta casa, pero sí que puedes ir arriba y hacer ESO?

Una sonrisa pícara se extiende por su boca.

—Podría haberlo hecho aquí abajo, pero habría sido demasiado tentador para ti y habrías acabado de hacerlo tú. Lo he hecho con buena intención.

Es difícil no resoplar, así que no me molesto en luchar contra el impulso.

—Créeme, habría dejado mis manos quietecitas donde están.

—¿Con mi polla ahí fuera? Ni de coña. No podrías aguantarte las ganas. —Él arquea una ceja—. Tengo una polla maravillosa.

—Ajá. Sí, claro. Estoy segura de que lo es.

—¿No me crees? Te puedo enseñar una foto. —Va a coger el móvil de la mesa de centro, pero se detiene y se agarra la goma de los pantalones de chándal en su lugar—. La verdad es que si quieres te puedo enseñar la de verdad.

—No quiero. Ni lo más mínimo. —Señalo al televisor con un gesto—. He elegido esa. ¿La has visto?

Dean le hace una mueca a la foto de la película en la pantalla.

—Por el amor de Dios, ¿ESO es lo que has elegido? Hay como unas tres películas nuevas de terror que podríamos ver. O toda la filmografía de Jason Statham.

—Nada de películas de terror —digo con firmeza—. No me gusta pasar miedo.

—Vale. Veamos entonces una de acción.

—No me gusta la violencia.

Sus mejillas se hunden de frustración.

—Muñequita, no pienso ver una película sobre… —Entorna los ojos hacia la pantalla— «el viaje que cambia la vida de una mujer tras ser diagnosticada con una enfermedad terminal». Ni de coña, tronca.

—Se supone que es muy buena —protesto—. ¡Ha ganado un Óscar!

—¿Sabes cuáles más ganaron un Óscar? *El silencio de los corderos. Tiburón. El exorcista.* —Su tono es arrogante—. Todas películas de terror.

—Podemos discutir sobre esto toda la noche, pero no pienso ver nada con sangre, tiburones o explosiones. Asúmelo.

Los dientes de Dean están apretados de forma visible. A continuación, su mandíbula se relaja y suelta una respiración profunda.

—Vale. Si tengo que sufrir esta película de mierda, primero voy a fumarme un porro.

—Lo que necesites, cielo.

Camina hacia la puerta refunfuñando algo entre dientes.

—¡Espera! —exclamo detrás de él. Saco rápidamente mi teléfono del bolsillo de la cazadora—. ¿Puedes llevarte esto? Podría caer en la tentación de mandar mensajes si me quedo a solas con el móvil.

Me lanza una mirada de extrañeza.

—¿A quién estás intentado no escribir?

—A mi ex. Rompimos anoche y no deja de enviarme mensajes.

Hay una pausa.

—¿Sabes qué? Vas a venir conmigo.

Apenas tengo tiempo de parpadear antes de que Dean cruce la habitación y tire de mí, levantándome de la silla. Cuando mis pies tocan el suelo de madera, pierdo el equilibrio y tropiezo para caer justo sobre su enorme pecho. Mi nariz choca contra un pectoral definido.

Rápidamente recupero el equilibrio, armada con una mirada asesina.

—Estaba muy a gusto sentada, idiota.

Me ignora y medio me conduce, medio me arrastra a la cocina. Dado que ni siquiera me deja coger la cazadora, comienzo a temblar nada más salir por la puerta de atrás.

El pecho desnudo de Dean brilla bajo la luz del patio. No parece estar preocupado por el frío, pero sus pezones se endurecen ligeramente con el aire frío de la noche.

—Uf. Incluso tienes unos pezones perfectos —me quejo.

Sus labios se contraen.

—¿Quieres tocarlos?

—Puaj. Jamás. Solo estoy comentando que son increíblemente perfectos. Es decir, totalmente proporcionados con tu pecho.

Mira hacia abajo, a sus pectorales y reflexiona por un momento.

—Sí. SOY perfecto. Necesitaría recordármelo a mí mismo más a menudo. ¿Que no?

Resoplo.

—Claro. Porque no eres ya lo suficientemente vanidoso.

—Seguro de mí mismo —corrige.

—Vanidoso.

—Seguro de MÍ mismo. —Abre la pequeña caja de hojalata que cogió de la cocina y frunzo el ceño cuando saca un porro perfectamente enrollado y un Zippo.

—¿Por qué estoy aquí fuera? —me quejo—. No quiero fumar maría.

—Claro que sí. —Lo enciende y le da una calada profunda, después habla a través de la nube de humo que se escapa de su boca—. Estás actuando de forma nerviosa y extraña. Confía en mí, necesitas esto.

—Esto es presión de grupo, lo sabes, ¿no?

Extiende el brazo con el porro mientras levanta una ceja.

—Vamos, nena —me engatusa con una voz cantarina—. Solo una calada. Toda la gente guay lo hace.

No puedo evitar reír.

—Vete a la mierda.

—Como quieras. —Él exhala de nuevo y el olor a marihuana me rodea.

No puedo recordar la última vez que me pillé un pedo de porros. No lo hago a menudo, pero si he de ser sincera, si hay una noche que merece algo de serenidad provocada por la maría, es esta.

—Joder, venga, vale. Pásame eso. —Extiendo mi mano antes de que pueda pensármelo dos veces.

Dean está radiante cuando me lo pasa.

—Esa es mi chica. Pero no se lo digas a Wellsy. Me patearía el culo si creyera que estoy corrompiendo a su mejor amiga.

Envuelvo mis labios alrededor del porro y aspiro el humo a mis pulmones, tratando de no reír ante el temor de la cara de Dean. Probablemente haga bien en tener miedo de Hannah. Mi amiga tiene una lengua afilada y no le da ningún miedo usarla. Por eso la quiero tanto.

Los siguientes minutos transcurren pasándonos el porro el uno al otro, en silencio, como una pareja de delincuentes merodeando detrás de una gasolinera. Es la primera vez que pasamos un rato a solas juntos. Siento algo raro al estar en el patio trasero con un descamisado Dean Di Laurentis. La verdad es que nunca he sabido qué pensar de él. Es arrogante, presumido…

¡Superficial!

Me siento una capulla por pensarlo, pero no puedo negar que es lo primero que me viene a la cabeza cada vez que veo a Dean. Hannah me contó que es inmensamente rico. Y resulta superevidente. No en un sentido pomposo de «mira la pasta que tengo», pero sí en la forma en la que se pavonea como si el mundo fuera suyo.

Da la sensación de que nunca ha tenido un minuto complicado en su vida. Con solo mirarlo, uno SABE que el tío consigue lo que quiere, cuando lo quiere.

Uy. Al parecer la marihuana me pone tan filosófica como prejuiciosa.

—¿Así que te han dejado? —pregunta por fin, mirando cómo le doy otra calada al porro.

Le echo el humo en la cara.

—No me ha dejado nadie. He sido yo la que he acabado la relación.

—¿El mismo tipo con el que has estado siempre? ¿El de la fraternidad? ¿Stan?

—Sean. Y sí, hemos estado saliendo de forma intermitente desde primero.

—Dios. Eso es más que demasiado tiempo para estar follando con la misma persona. ¿Era el sexo muy aburrido?

—¿Por qué para ti todo siempre tiene que ver con el sexo? —Le devuelvo el porro—. Y para tu información, el sexo iba bien.

—¿Iba bien? —Se ríe con sarcasmo—. Uau, suena a que te divertías mucho.

Ya siento los efectos de la marihuana, mi cuerpo relajado y mi cabeza ligera, probablemente la única razón por la que sigo hablando. Normalmente, no se me ocurriría confiar en este tío.

—Supongo que el sexo no era increíble al final de la relación —admito—. Pero tal vez fuese porque prácticamente lo único que hemos hecho desde el verano es pelearnos.

—Pero esta no es la primera vez que lo dejáis, ¿verdad? ¿Por qué sigues volviendo con él?

—Porque le quiero —respondo, pero inmediatamente corrijo mis palabras—: Le QUERÍA. —Puf, ya ni sé lo que siento—. Las primeras veces que lo dejamos no fue porque ninguno de los dos hiciera nada, ya sabes. Pensé que la relación iba demasiado en serio, demasiado rápido. Era el primer año de uni y me daba la

sensación de que debíamos experimentar con otras personas y todo eso. Lo típico.

—Experimentar con otras personas es divertido —dice con solemnidad—. Una vez experimenté con una tía buenísima que me echó sirope de arce por toda la polla y me la chupó después.

—Puaj. —Frunzo el ceño—. Bueno, resultó que esos experimentos salieron fatal. Salí con unos cuantos tíos y todos resultaron ser unos gilipollas integrales. Me hizo darme cuenta de los aspectos positivos de salir con Sean.

Dean sopla otra nube de humo.

—Vale. Pero después os volvisteis a separar.

—Sí. —El recuerdo evoca una oleada de enfado—. Esa vez fue porque se puso en plan supercontrolador. Uno de sus hermanos de fraternidad me tiró los tejos en una fiesta y Sean decidió que nadie tenía permiso para mirarme nunca más. Empezó a decirme cómo tenía que vestir, me escribía mensajes todo el tiempo preguntándome dónde estaba y con quién estaba. Era muy agobiante.

Ahora es el turno de Dean para fruncir el ceño.

—Dice la chica que volvió a juntarse con él después…

—Me prometió que a partir de entonces sería diferente. Y así fue. Dejó de estar tan encima y se portó superbién conmigo después de eso.

Dean no parece muy convencido, pero no me importa. No me arrepiento de haber vuelto con Sean. Después de dos años y medio con él, sabía que teníamos algo por lo que valía la pena luchar.

—Lo que nos lleva a la ruptura número cuatro. —Dean inclina la cabeza con curiosidad—. ¿Qué pasó?

Una sensación de incomodidad me agarra el pecho.

—Te lo he dicho ya. Nos peleábamos mucho.

—¿Sobre qué?

Las palabras se me escapan antes de que pueda detenerlas. Mierda. ¿Ha mezclado esta hierba con suero de la verdad o algo?

—Sobre todo por la graduación y lo que íbamos a hacer después de la universidad. Mi plan ha sido desde siempre irme a vivir a Los Ángeles para centrarme en mi carrera como actriz.

O Nueva York…, pero eso no se lo cuento a Dean. Todavía no he tomado ninguna decisión, y Dean es la última persona con la que quiero discutir opciones vitales profundas.

—A Sean le parecía bien cuando empezamos a salir, pero este verano decidió repentinamente que no quería que me dedicara a la interpretación. En realidad,

no quería que me dedicara a ninguna profesión en absoluto. —Frunzo el ceño—. Se le ha metido en la cabeza que quiere trabajar en la compañía de seguros de su padre en Vermont y que yo seré la feliz ama de casa que tiene la cena lista cuando él llegue del trabajo por la noche.

Dean se encoge de hombros.

—No hay nada malo en ser ama o amo de casa, ¿no?

—Por supuesto que no, pero yo no quiero serlo —digo con frustración—. He pasado casi cuatro años trabajando como una bestia para sacar adelante la carrera de Arte Dramático. Quiero usarla. Quiero ser actriz y no puedo estar con alguien que no me apoya. Él… —Me detengo, mordiéndome los labios.

—Él, ¿qué?

—Nada. Olvídalo. —Le arranco el porro de la mano e inhalo profundamente. Demasiado profundamente, porque empiezo a toser como una loca cuando exhalo. Me lloran los ojos por un momento y cuando mi visión vuelve a ser nítida, me encuentro con unos ojos verdes muy serios que me miran con atención.

—¿Qué ha hecho? —pregunta Dean en voz baja—. ¿Y cómo de tocha es la paliza que le tenemos que dar? Garrett y yo nos manejamos bien en una pelea, pero si quieres algo más gordo, metemos a Logan en el lío.

—Nadie va a darle una paliza a nadie, idiota. Sean no ha hecho nada malo y no es necesario darle una paliza. Lo único que quiero que hagas es que cojas este estúpido móvil —pongo mi teléfono en la mano de Dean— y lo mantengas alejado de mí este fin de semana, ¿vale? Solo me lo puedes dar si llama mi padre. O Hannah, o Stella. O Meg, o… ¿sabes qué? Le echaré un vistazo un par de veces al día bajo tu supervisión. Así me podrás dar una colleja si intento mandarle un mensaje a Sean.

Dean parece intrigado.

—Así que soy… ¿qué?, ¿tu padrino en el desenganche de una relación? ¿Soy el que se asegura de que no recaes?

—Sí. Felicidades, finalmente vas a poder hacer algo útil con tu tiempo —digo con sarcasmo.

Ladea la cabeza.

—¿Qué consigo yo a cambio?

—¿La satisfacción de saber que estás ayudando a alguien que no eres tú mismo?

—*Naah.* ¿Qué tal una mamada? Lo haré a cambio de una mamada.

Le hago un corte de mangas.

—Ya te gustaría.

—Está bien, una paja.

—No te comportes como un imbécil, por favor. No tengo ninguna fuerza de voluntad cuando se trata de Sean.

En ese preciso momento, el teléfono vibra en la mano de Dean. Mi primera reacción es tratar de cogerlo. Él rápidamente da un paso atrás y a continuación echa un vistazo a la pantalla.

—Es Sean. —Su boca tiembla de diversión—. Echa de menos el sabor de tus labios.

Mi corazón da un vuelco doloroso.

—Otra regla: no está permitido que me digas lo que dice.

—Me estás dando mucha responsabilidad en esta historia, muñequita. No me gusta la responsabilidad.

Qué sorpresa.

—Tú puedes con esto, MUÑEQUITO. Tengo fe en ti.

Dean le da una última calada al porro, apaga la chusta en el cenicero y se dirige a la puerta corredera de cristal. Dios, incluso la forma en la que camina es arrogante. Y está muy bueno. Mi mirada, sin darme cuenta, se centra a su firme culo y en la forma en la que sus pantalones de chándal se ciñen a él. Sí, estoy mirándole el culo. Bueno, es que es un culo espectacular y yo soy una mujer…. ¿Cómo no iba a hacerlo?

—Sabes que estás gestionando esto de la forma equivocada, ¿verdad? La mejor manera de superarlo es liarse con otra persona. Cuanto antes.

Sus palabras me sacan de golpe de mi pensamiento lujurioso hacia su culo.

—Todavía no estoy preparada para estar con nadie más.

—Seguro que sí. En serio, un clavo quita otro clavo. —Dean levanta la mano —. Yo me ofrezco voluntario.

Una risa sale de mi garganta.

—Sigue soñando, guapo.

Pero, en lo más profundo de mi cabeza, estoy considerando su sugerencia. La verdad es que liarme con alguien no es una idea tan terrible. Es como cuando te caes de un caballo… La gente siempre aconseja que te subas otra vez en él de inmediato, ¿no? Tal vez eso es lo que debería hacer, saltar corriendo a la silla de montar. En todo caso, sería una buena distracción para el dolor que hay en mi corazón.

Pero tengo claro que Dean no sería el elegido. No, prefiero encontrar una silla de montar que no haya sido montada por todas las chicas de Briar.

—Lo dejamos para más adelante —decide.

—Si con eso te refieres a dejarlo para cuando haya paz en el mundo y el ser humano deje de ser violento, entonces sí, claro, lo dejamos para entonces.

Dean se detiene en la puerta y se gira, sus ojos verdes hacen un barrido seductor por mi cuerpo desde la cabeza hasta los dedos de los pies.

—La verdad es que cuanto más lo pienso, más me gusta la idea de ser ese clavo. —Su mirada se detiene en mi pecho—. Me gusta *muuucho* la idea.

Reprimo un gruñido.

—Garrett me prometió que no me tirarías los tejos este fin de semana.

—G sabe que no debe hacer promesas en mi nombre —responde Dean con una sonrisa. Después me llama con un gesto—. ¿Vemos esa peli o qué?

Lo sigo al interior de la casa. La maría me ha dejado la cabeza un poco aturdida, pero en el buen sentido, y cuando Dean se detiene en el pasillo para subirse los pantalones de chándal que están a punto de caerse de sus caderas, me empiezo a reír a carcajadas como si eso fuera la cosa más divertida que he visto jamás.

Mi humor se desvanece cuando nos instalamos en el sofá, porque Dean se deja caer directamente a mi lado, me pasa un musculoso brazo por los hombros y me acerca a él. Lo hace como si fuera totalmente normal.

Yo frunzo el ceño mirándole.

—¿Por qué está tu brazo alrededor de mi hombro?

Su expresión es de pura inocencia.

—Así es como veo yo las películas.

—¿En serio? ¿Así que le pasas tu brazo por encima a Garrett cuando ves pelis con él?

—Por supuestísimo. Y si se porta bien conmigo, a veces deslizo mi mano dentro de sus pantalones. —La otra mano de Dean baja rozándome hasta la cintura de mis mallas—. Pórtate bien conmigo y te prometo que a cambio yo me portaré incluso mejor.

—Ja. Olvídate. —Aparto su mano, pero no antes de que una chispa de calor se encienda entre mis piernas. Su pecho desnudo es increíble y me está provocando: pide que mis dedos acaricien todos esos músculos marcados. Y huele muy bien. A mar. No, a coco. Estoy demasiado aturdida por el porro como para identificar el olor, pero no lo suficiente como para no darme cuenta de que el hormigueo ahí abajo sigue superactivo.

Por el amor de Dios. Mi vida sexual se ha debido de ir de verdad a la mierda si me estoy poniendo cachonda por ver a Dean Di Laurentis.

—¿Qué más tenemos que hacer? —suelta.

Señalo al televisor.

—Ver una película.

—Preferiría estar mirándote. —Sube y baja las cejas—. Ya sabes, cuando grites mi nombre mientras hago que te corras.

Esta vez no hay hormigueo. Solo un montón de carcajadas que brotan de mi boca a ráfagas incontrolables.

—Dios, eres lo peor para el ego de un hombre. —Parece insultado.

Cojo una bocanada de aire entre risa y risa. Sí, estoy pedo y relajada, y he perdido absolutamente todos los filtros, lo que significa que puedo burlarme de Dean todo lo que quiera y culpar a la marihuana más tarde.

—Lo siento, pero a veces eres demasiado. —No puedo dejar de reír—. ¿De verdad las chicas caen en tus redes con ese tipo de frases?

Hace un ruido nada sexy con la boca.

—Pon la puta peli de una vez.

—Con mucho gusto. —Le doy al botón del mando y me muevo a la esquina opuesta del sofá, dejando un metro de distancia entre nosotros.

He de decir a favor de Dean que no dice ni una palabra durante casi treinta minutos. Su mirada se mantiene centrada en la pantalla, pero por el rabillo del ojo veo lo inquieto que está. No para de repiquetear sus largos dedos en los muslos, se pasa una mano por el pelo, suspira mientras vemos a la protagonista preparar una tortilla en tiempo real.

Cuando la prota se sienta en la barra de su cocina y comienza a comerse la tortilla, también en tiempo real, Dean estalla como un volcán inactivo.

—¡Esta película es una mierda! —gruñe a bastante volumen—. Ya está. Lo he dicho. Esta película es una puta mierda.

—Yo pienso que es buena. —Estoy mintiendo. Soportar esta película es el equivalente a mirar cómo se seca la pintura en una pared.

Ni siquiera la maría que nos acabamos de fumar puede hacer que esta experiencia sea agradable en lo más mínimo, pero no quiero admitir haber tomado la decisión equivocada. A alguien como Dean no se le puede conceder una victoria. Nunca. Se chulearía de mí hasta el fin de mis días.

—Es imposible que te mole esta peli —me desafía.

—Sí que me gusta —insisto.

Él me mira fijamente durante varios segundos, pero mis conocimientos de interpretación me son útiles y lo que transmito es pura inocencia.

—Bueno, pues a mí no. A un nivel completamente brutal.

Le ofrezco una sugerencia.

—¿Por qué no vas arriba y te pajeas otra vez?

Mierda. Palabras totalmente inadecuadas.

Al instante, sus ojos verdes toman un brillo seductor.

Con una sonrisa relajada, se inclina hacia mí y dice arrastrando las palabras:

—¿Qué tal si lo haces tú por mí?

Este tío es incorregible.

—¿Otra vez con eso? ¿Alguna vez aceptas un no por respuesta?

—No estoy familiarizado con esa palabra. Nunca nadie me la ha dicho antes. —Él se mueve acercándose más a mí, apoyando su palma de la mano sobre el cojín que hay entre nosotros y tocando la tela con un movimiento lento—. Venga, vamos a hacer que esta fiesta sea más interesante. Estamos solos en casa…, los dos somos atractivos…

Yo suelto una risita.

—Será divertido. Follar es siempre divertido.

—Paso.

—Está bien, nada de follar. ¿Qué tal sexo oral?

Pretendo reflexionar.

—¿Doy o recibo?

—Recibes. Y luego das. Porque así es como funciona la historia. —Muestra una amplia sonrisa—. Ya sabes, el círculo de la vida y todo eso.

No puedo evitar reír. Pueden decir lo que quieran sobre este tío, pero la verdad es que es muy gracioso.

—Paso —digo de nuevo.

—¿Quieres que nos besemos? —pregunta con esperanza.

—No.

—Beso muy, muy bien… —Deja sus palabras en el aire como para tentarme.

—Ja. Eso solo significa que no es así. Cada vez que un chico dice que besa muy bien, lo hace fatal.

—¿Sí? ¿Tienes alguna evidencia empírica que apoye esa teoría?

—Por supuesto. —Realmente no la tengo. ¿Y Dean conoce la palabra «empírica»? Vaya, tal vez haya más que aire en el interior de su bonita cabeza.

Parece dispuesto a discutir conmigo, pero un fuerte estallido musical proveniente de su teléfono nos interrumpe. Frunzo el ceño cuando reconozco la melodía.

Hombres. No invierten un segundo en bajar la tapa del inodoro, pero tienen tiempo para programar el tema musical del canal de deportes ESPN como tono

de llamada. En fin.

La expresión de Dean se ilumina cuando ve quién llama. Responde al instante.

—¡Maxwell! ¿Qué pasa, *tron*? —Escucha, y a continuación me lanza una mirada de esperanza—. ¿Quieres ir a una fiesta?

Niego con la cabeza.

La persona en el otro extremo de la línea se ve obligada a soportar el suspiro demasiado dramático de Dean.

—Lo siento. No puedo. Estoy haciendo de *babysitter*…

Le golpeo en el brazo.

—… Y a la nena no le apetece ir —termina mientras me mira. Se detiene de nuevo—. No, «la nena» es una adulta.

¿Qué?

—Estoy haciendo de *babysitter* de una adulta, *tron*. La amiga de la novia de G. —Dean sigue como si yo no estuviera en la habitación—. Estamos viendo una peli sobre una mujer con cáncer y es una puta mierda… Bueno sí, el cáncer es una puta mierda. A ver, que todo mi apoyo a las personas que lo padecen, por supuesto, pero esta película es un coñazo. Sí… no, el partido es el martes… totalmente… sí, sin duda. Podemos ir al Malone's. Hasta luego, hermano.

Cuelga y vuelve a fruncir el ceño hacia mí.

—Podría estar en una fiesta en este momento.

—Nadie te obliga a quedarte aquí —señalo.

—Estoy TRATANDO de ser amable contigo por lo de tu pobre corazón roto y todo eso, pero ¿veo alguna muestra de agradecimiento por tu parte? No. *Nothing*. Ni siquiera quieres besarme.

Me inclino y le doy palmaditas en el hombro.

—Oh, precioso. Estoy segura de que cualquier chica de tu lista de contactos estaría feliz de venir a meterte la lengua en la boca. Yo, en cambio, tengo mis mínimos.

—¿Cómo?¿No soy lo suficientemente bueno para ti? —Levanta las cejas—. He de decirte que a tu amiga Wellsy le encantó besarme.

Resoplo.

—¿Hablas de ese beso que te dio para que Garrett no supiera lo mucho que le gustó besarle a ÉL? Sí, lo sé todo sobre ese episodio, cielo. Fue un beso de desesperación. —Y, por cierto, todavía perturba mi mente que Hannah le diera un beso a Dean. No es para nada su tipo de tío.

Pero por otra parte, nunca pensé que la superestrella del hockey Garrett Graham fuese su tipo y míralos ahora. Almas gemelas.

—No fue un beso de desesperación —insiste Dean.

—Ya. Sigue diciéndote eso a ti mismo.

Mira la pantalla. La prota está preparando la comida de nuevo. La cena, esta vez, y hay demasiados primeros planos innecesarios de las patatas que está pelando. El personaje principal come mucho en esta película.

—Venga, remátame de una vez. —Se echa hacia atrás y se pasa ambas manos por el pelo hasta que está superdespeinado—. No puedo ver ni un segundo más de esto.

Yo tampoco, pero mi orgullo no me deja echarme atrás.

—¿Sabes qué? —anuncia—. Olvídate de los porros. Solo una cosa conseguirá hacer que esta mierda de película sea tolerable.

—Sí, ¿el qué?

En lugar de responder, salta del sofá y desaparece en la cocina. Escucho los sonidos de los armarios abriéndose y cerrándose, y el tintineo de unos vasos. Cuando vuelve, sostiene una botella en una mano y dos vasos de chupito en la otra.

Dean esboza una sonrisa y dice:

—Tequila.

3
Allie

Alguien me está golpeando la cabeza con un mazo. Es como uno de esos enormes mazos con los que los personajes de dibujos animados se dan entre sí. Es horrible. Me molesta cada ruido.

Ay, Dios. Vaya resacón que llevo encima.

Incluso el gemido apenas audible que se escapa de mis labios es suficiente para provocar un golpe de agonía en mis sienes. Y el simple gesto de moverme en la cama me hace sentir una náusea que se aferra a mi garganta y que hace que mis ojos se llenen de lágrimas. Respiro hondo… Inhalo. Exhalo. Solo necesito controlar las náuseas el tiempo suficiente para llegar al baño y no vomitar en las sábanas limpias de Garrett Graham…

No estoy en la cama de Garrett.

De repente caigo en eso a la vez que oigo una respiración. No es la respiración superficial que sale de mi garganta con demasiado tequila. Son respiraciones suaves y regulares, y vienen del chico tumbado a mi lado.

Esta vez, cuando gruño, sale desde lo más profundo de mi alma.

Los recuerdos empiezan a regresar a mi cabeza en tecnicolor brillante. La horrorosa película. Los chupitos de tequila. El… resto.

Anoche me tiré a Dean.

Dos veces.

Mi corazón late más rápido cuando miro hacia el techo. Estoy en la habitación de Dean. Hay un envoltorio de condones vacío en la mesilla. Y… sí, estoy desnuda.

Igual ha sido un mal sueño, me intenta asegurar una voz en mi cabeza.

Hago otra respiración profunda y busco el valor para girar la cabeza. Lo que encuentro me agarra los pulmones de nuevo.

Un Dean muy en bolas está tumbado boca abajo. Su culo desnudo me «mira» burlón; no solo admiro su absoluta perfección, sino también los arañazos rojos que hay en sus nalgas prietas.

Mis uñas son las causantes de los arañazos. Alzo una mano débil y veo que la uña de mi dedo índice está rota. ¡Me he roto una uña mientras le arañaba el culo a Dean! Eso debe de haber sucedido en la planta baja… Recuerdo que la primera vez, en el sofá, él estaba encima. El chupetón morado en su hombro izquierdo sucedió aquí arriba, durante nuestra segunda ronda, cuando la que estaba encima era yo.

Quiero ver esa misteriosa habitación tuya. Quiero ser la primera en bautizarla.

Mis propias palabras zumban en mi cerebro confuso. Al final resultó que yo no era la primera chica que había subido a su habitación. Me lo contó él mismo. Y eso no fue todo lo que me reveló. Sí, ahora estoy en posesión de la joya del conocimiento que Hannah ha estado intentando poseer durante más de un año: por qué Dean prefiere enrollarse con tías en todas partes menos en su dormitorio.

Desafortunadamente, el conocimiento no termina ahí. Ahora sé cómo es Dean desnudo. Sé lo que se siente al tenerle empujando dentro de mí. Sé los sonidos que emite cuando está a punto de correrse.

Sé demasiado.

Mis sienes palpitan con más fuerza.

Joder.

Joder, joder, joder. ¡Joder!

¿Qué narices he hecho? Nunca antes he tenido relaciones sexuales de una noche. Mi lista sexual cuenta con un total de tres chicos: dos en el instituto y uno en la universidad. Y todos ellos eran mis novios formales.

Mi mirada se desvía de nuevo al cuerpo largo y musculoso de Dean. ¿Por qué he dejado que esto ocurra? Yo controlo fenomenal el alcohol. Anoche no estaba superpedo. No arrastraba las palabras, ni me tropezaba al andar, ni actuaba como una idiota. Sabía exactamente lo que estaba haciendo al dar el primer paso, cuando besé a Dean.

Sí, fui YO la que dio el primer paso.

¿Qué me pasa?

Vale. Vale. No es el fin del mundo. Masajeo mis doloridas sienes con las yemas de los dedos y me obligo a ignorar al chico que duerme a mi lado. Está bien. No ha sido más que una aventura de una noche. Nadie se ha muerto. Es posible que me esté arrepintiendo —desesperadamente—, pero «arrepentirse es de cobardes», como a mi padre le gusta decir. *Aprende de tus errores y sal adelante*.

Eso es lo que necesito hacer. Salir adelante. No, solo SALIR. Salir a

escondidas de esta cama, pegarme una buena ducha y hacer como si la noche anterior nunca hubiese ocurrido.

Armada con un plan, salgo con cuidado de debajo de la sábana que me cubre la parte inferior del cuerpo. El colchón chirría y me quedo congelada. Mi mirada de pánico se dirige rápidamente a Dean.

Pero él sigue muerto para el mundo.

Guay. Cojo aire y saco mis piernas por un lado de la cama. Cuando mis pies tocan el suelo, Dean se mueve. Suelta una especie de medio gemido, medio respiración. A continuación se da la vuelta y, *oh, my God!,* le veo TODO.

El calor inunda mis mejillas mientras observo su polla. Incluso flácida, es impresionante. Tenía razón, tiene una polla maravillosa.

Y a menos que mi memoria me esté fallando, creo que anoche alabé en voz alta las bondades de su polla muchas, muchas veces.

Mi rostro se calienta aún más cuando recuerdo todo lo que le dije. Todo lo que le hice.

Un gemido silencioso crece en mi garganta. Está bien, ya he recordado el pasado lo suficiente. Necesito salir de esta habitación como sea. No, primero tengo que encontrar mi teléfono.

Exploro la habitación hasta que diviso los pantalones de chándal de Dean. Se los volvió a poner después de nuestro revolcón en el sofá y estoy bastante segura de que mi teléfono está en el bolsillo.

No tengo ni idea de dónde está mi ropa, no la veo por ningún lado. La última vez la vi tirada en el suelo del salón. Algo que solo trae más pánico a mi estado de ánimo, porque eso significa que Tucker la habrá visto al llegar a casa anoche. Mierda. Y seguro que nos ha oído, porque Dios sabe que no usé mi tono más íntimo cuando Dean puso su lengua entre mis…

No, deja de pensar en eso.

Rebusco en sus bolsillos en busca de mi teléfono móvil. Sí. Esta aquí. Gracias a Dios.

Tecleo mi código de acceso. La culpa me golpea desde todas las direcciones cuando veo los mensajes no leídos de Sean.

Dios. Si supiera lo que estaba haciendo mientras me enviaba todos esos sentidos mensajes. No es que le deba ninguna explicación. Hemos roto. Y vamos a seguir así, separados. Pero todavía me siento muy mal sabiendo que me acosté con otra persona mientras Sean estaba en casa, tratando desesperadamente de recuperar nuestro amor.

Y además no ha sido cualquier persona. Me he acostado con DEAN. Dean, el

chico que estaba a punto de tener un trío justo antes de presentarme en su puerta. Dean, el chico que se tira a todo lo que tenga pulso. Dean, el chico que…

—Devuélveme eso, muñequita.

Su voz saca un chillido de sobresalto de mi boca. Mi cabeza gira hacia la cama, donde Dean está incorporándose y se pasa la mano por el pelo desmarañado sobre la almohada. Ni parece ni suena aturdido en absoluto. Sus ojos verdes están alerta y su cuerpo desnudo está… transformándose.

Siento cómo me ruborizo al ver su polla endureciéndose con rapidez, por lo que cambio la mirada a mis pies descalzos.

—Por favor, ¿te puedes tapar?

—Eso no es lo que decías anoche…

Su tono burlón me cabrea.

—No vamos a hablar de lo de anoche. Nunca.

Parece divertirse aún más.

—Eh, tranqui. Solo fue sexo. —No hace ningún movimiento para tirar de la sábana y cubrirse. En vez de eso, extiende ambos brazos por encima de su cabeza, llamando mi atención sobre sus músculos flexionados. Y sus muñecas. Tiene marcas rojas alrededor de sus muñecas…

Porque lo ataste a la cama anoche.

Ay, Dios del amor hermoso.

Cuando detecta adónde ha ido mi mirada, las comisuras de su boca se elevan.

—De acuerdo, ha sido más morboso de lo que esperaba —continúa con un guiño—. Pero no me quejo, ¿eh?

Quiero desaparecer.

Cuando otra ráfaga de humillación me invade, cojo la prenda de ropa más próxima que puedo encontrar —una camiseta con cuello en V de color negro— y me la meto por la cabeza. Un olor familiar nubla mis sentidos. Una esencia masculina. Es el mismo olor que respiré anoche, cuando mis labios se desplazaban sobre el pecho desnudo de Dean. Cuando mi cara estaba enterrada en su cuello y chupaba su piel como si fuera un caramelo. Y sí, tiene otro chupetón en el cuello. Realmente se me fue la olla con este chico.

—No vamos a hablar del tema —digo con los dientes apretados—. Sucedió, estuvo bien y no se habla de este asunto nunca más. Punto.

—¿Estuvo «bien»? —Sonriendo, Dean arrastra una mano por su pecho hasta que sus largos dedos descansan justo sobre el capullo de su gruesa erección—. Estuvo más que bien y lo sabes.

—Por favor, por favor. ¿Puedes vestirte? —le ruego.

—No puedo. Llevas puesta mi camiseta. —Arquea una ceja—. ¿Por qué no te la quitas y me la lanzas?

Ni de coña. Este tío no va a poner su mirada en mi cuerpo desnudo nunca más.

Dado que me niego a renunciar a la camiseta que llevo puesta, elijo la siguiente mejor opción y le doy la espalda para poder revisar mi teléfono. Ignoro los mensajes de Sean y paso a los de mis amigas. Hay uno de Hannah preguntándome que qué tal la noche y uno de Megan para ver si quiero ir a tomar un *brunch*.

Rápidamente contesto a Meg con un «SÍ» y le pido que me recoja en casa de Garrett. Justo cuando la burbuja gris que indica que me está escribiendo aparece en pantalla, me arrebatan el teléfono de la mano.

—¡Oye! —Me sorprende encontrarme con Dean detrás de mí. Por Dios, este tío se mueve como un ninja.

—Soy el responsable de este cacharro, ¿recuerdas? —Está usando un tono burlón otra vez, manteniendo el teléfono fuera de mi alcance—. Como tu padrino, debo aconsejarte que ignores… —Mira la pantalla—, estos nueve mensajes de tu ex. No te traerá nada positivo leerlos.

En eso tiene razón, pero después de lo que pasó entre nosotros anoche, ni muerta dejo a Dean que sea mi padrino.

—Está todo bien —murmuro—. No necesito tu ayuda.

Y otra vez repite ese tono burlón.

—No es lo que dijiste anoche. El teléfono se queda conmigo este finde, Allie-Gátor. No hay más que hablar.

¿Allie-Gátor? Que Dios me ayude. Me ha puesto nombre de reptil.

—He quedado con una amiga —digo con firmeza—, así que necesito mi teléfono, ¿de acuerdo? Además, tus funciones como padrino oficial han acabado. Vuelvo a la resi después del *brunch*.

Él frunce el ceño.

—No, te quedas aquí el fin de semana.

—Ya no.

Trato de coger mi teléfono de su mano, pero se aparta hacia un lado otra vez.

—¿Es porque follamos anoche?

Mis mejillas arden.

—¿Qué parte de «no se habla de este asunto nunca más» no entiendes?

—Esto es absurdo. No te puedes ir solo porque tú y yo nos hayamos pillado un pedo y nos hayamos liado un par de veces. Estás exagerando mogollón.

Cojo una respiración profunda.

—¿Podemos por favor dejar de hablar de eso?

—Cielo, ¿crees que me gusta hablar de estas cosas? Preferiría tumbarme sobre una manta de cristales rotos a tratar con toda esa mierda de la «mañana de después». Si fueses cualquier otra chica, diría que lo olvidemos, pero eres la mejor amiga de Wellsy, lo que significa que tengo que hablar de ello. —De repente maldice—: Oh, mierda. Wellsy me va a matar.

¡OH, MIERDA! Es verdad. Sin duda me enfrentaré a un sermón de los buenos si se entera de que me acosté con Dean. Quizá, en unos días o en una semana —o en una década— me vea capaz de contarle a Hannah lo que sucedió anoche, pero en este momento, quiero olvidar todo sobre lo que pasó. Lo que significa mantener a mi mejor amiga en la oscuridad de la ignorancia durante tanto tiempo como pueda.

—No te va a matar porque no se lo vamos a contar —digo con firmeza—. En serio, esto tiene que quedar entre nosotros.

—Trato hecho.

—Y no tienes permiso para sacar el tema nunca más. En lo que a mí respecta, no ha sucedido

Me ofrece una sonrisa arrogante.

—No te engañes, muñequita. Ya no podrás dejar de pensar en mí ahora que has probado esto. —Para subrayar sus palabras, se agarra su polla semierecta y le da un lento golpe.

Una sacudida de calor baja en espiral hasta mis entrañas.

Argh. Estúpido Dean y estúpida su polla maravillosa.

—Ya me he olvidado de todo —miento. Pero en mi cabeza, surgen más recuerdos. Tengo ganas de gritar de frustración.

—Me gustas así…

—Ajá, así que lo admites… te gusto —dice arrastrando las palabras.

Le sonrío a sus muñecas inmovilizadas.

—He dicho que me gustas así. —Mi boca desciende lentamente hacia su pene erecto—. Completamente a mi merced…

Ay, Dios. Mis mejillas ya están ardiendo otra vez. Sean no siempre me seguía el rollo aventurero en el tema del sexo. Yo era la que tenía que convencerle y suplicarle para que probase las nuevas ideas morbosas que despertaban mi interés.

Dean ni siquiera se había inmutado ante mis propuestas.

—¿Necesitas que te recuerde lo bueno que ha sido? —Inclina la cabeza de forma provocativa, con la mano aún en su polla.

—No. ¡Lo que necesito es que seas un adulto, joder! —estallo. Estoy empezando a perder la paciencia con este tío y estoy demasiado enfadada conmigo misma como para controlar mi temperamento—. Tengo resaca, estoy muy avergonzada y estás empeorándolo todo restregándome por la cara lo que pasó anoche, ¿vale?

Vacila.

—Mierda. —Se aclara la garganta y suelta su polla, a continuación recoge a toda prisa sus pantalones de chándal del suelo—. Lo siento. No era mi intención hacerte sentir incómoda. —Se pone de un tirón los pantalones—. Y no tienes ninguna razón para sentir vergüenza. Los dos somos adultos. Nos hemos divertido y nos hemos dado unos cuantos orgasmos el uno al otro. No es más que eso ¿vale?, pero si realmente no quieres que saque el tema de nuevo, no lo haré.

Suelto un suspiro tembloroso.

—Gracias.

Dean estudia mi cara.

—¿Todo guay entre nosotros?

Asiento una vez. Mis sienes siguen latiendo, pero no es la resaca la que me hace sentir débil y tambaleante en este momento. Es el hecho de haber llevado a cabo algo tan fuera de lo normal para mí. Es el conocimiento horrible de que me acosté con otra persona solo veinticuatro miserables horas después de romper con Sean. Esa no soy YO, joder.

—¿Seguro? —insiste.

Me obligo a hablar.

—Todo guay, Dean. —Mi móvil vibra y veo un mensaje de Meg diciéndome que está a cinco minutos—. Necesito vestirme. Megan llegará de un momento a otro. —Me muerdo el labio cuando recuerdo algo—. Mierda. Mi ropa está abajo. Tucker…

Mientras hablo, Dean va a la ventana y mira afuera apartando las cortinas.

—No está aquí… la *pick-up* de Logan no está. Supongo que ayer no volvió a casa.

Una sensación de alivio me invade, pero también una ráfaga de cabreo, porque ¿dónde estaba Tucker ayer cuando lo necesitaba? Si hubiera estado en casa probablemente no habría terminado en la cama con Dean. O tal vez habría terminado en la cama con Tucker, que resulta ser el pelirrojo más buenorro que he conocido en mi vida. También es mucho más silencioso que sus compañeros y no habla demasiado de sí mismo, pero por lo que puedo deducir, es inteligente, educado y sin duda, muy atractivo.

En retrospectiva, Tucker habría sido un candidato fantástico para hacer de «clavo» sustitutorio.

—Voy corriendo abajo a por mi ropa —murmuro con torpeza.

Dean dice a mi espalda:

—¿Qué razón le vas a dar a Wellsy por haberte largado a mitad del finde? Sabes que hará preguntas.

Mierda. Tiene razón.

—Le diré que decidí meterme en mi piel de adulta y lidiar con la ruptura en mi propia casa.

Estoy a medio camino de la puerta cuando su voz me detiene de nuevo.

—Allie.

—¿Sí? —Me giro.

Sus ojos verdes parpadean con tristeza.

—¿Seguro que estás bien?

No, no estoy segura en absoluto.

—Estoy bien —miento. A continuación, salgo de la habitación.

De todos los «paseos de la vergüenza» posibles, este tampoco es tan malo. Al menos no hay nadie alrededor para presenciarlo.

4
Dean

Siempre he sido muy popular. No importa lo lejos que viaje en mis recuerdos, siempre me veo rodeado de amigos. Y chicas. Montones y montones de chicas. Chicas risueñas en el colegio que, mientras el profesor miraba a la pizarra, me pasaban notitas de papel preguntando: «¿¿¿te gusto???». Chicas en el instituto que luchaban por mi atención y hacían cola durante horas para enrollarse conmigo en el campo de lacrosse.

Y en la universidad... Prefiero no hablar de la universidad. Yo creía que conocía el significado de magnetismo masculino antes de venir a Briar, pero estos últimos tres años han superado incluso mis propias expectativas sobre mi atractivo sexual. Cuanto más mayor me hago, más les molo a las mujeres.

Así que sí, no me sorprende que Allie se lanzara a mi cuello anoche. Lo supe en cuanto me dijo que tenía unos pezones perfectos.

Pero la cara de asco total de esta mañana cuando se despertó en mi cama… Eso es nuevo.

—El puto Corsen no habría sido capaz de parar un disco ni aunque hubiera ido a dos kilómetros por hora en línea recta hacia él.

Las quejas de mi compañero de esquipo me sacan de mis pensamientos y me hacen reprimir un gemido. Mi protegido, Hunter, no parece entender el protocolo a seguir en los bares. Al bar no se va a lloriquear y quejarse por un partido de hockey. Al bar se va a intentar meter. Punto.

Pero el chico está en primero y solo tiene dieciocho años. Algún día aprenderá.

—Tronco, el partido fue hace dos días —le digo—. Asúmelo ya.

Observo el bar en busca de Tucker, pero mi compañero de habitación no se ha presentado todavía. La gente que llena el bar esta noche es sobre todo gente del hockey. Varios de mis compañeros de equipo, un montón de seguidores y un desfile de chicas fanáticas del equipo ligeras de ropa: nuestras conejitas. No pocas miradas femeninas apreciativas revolotean en nuestra dirección, pero

Hunter no parece darse cuenta de ninguna.

Sus rasgos están tensos y apenas ha tocado su bebida.

—Es por tu culpa, ¿sabes? —Hay un tono de acusación en su voz—. Ni siquiera quería jugar este año, pero tuviste que convencerme. Podría haber acabado mi carrera como el delantero estrella del equipo del instituto mejor clasificado del país. Y ahora no soy más que el extremo izquierdo anónimo de un equipo que se está yendo a tomar por culo.

Bebo un sorbo de mi cerveza.

—¿Alguien te ha dicho alguna vez que eres un mal perdedor?

—No me jodas, tío. Como si a TI te molara perder.

—Por supuesto que no. Pero también sé que ganar no lo es todo. Ah, y por cierto, aplícate lo de ver la paja en el ojo ajeno, etcétera, etcétera.

—¿Qué coño se supone que significa eso?

—Significa que en lugar de culpar a Corsen por dejar que le metieran tres goles, deberías concentrarse en el hecho de que no marcaste ni un solo gol. Esto no es el instituto, superestrella. La defensa de un equipo universitario no es tan fácil de derribar.

Duro, pero cierto. Y Hunter Davenport necesita oírlo. El entrenador ha sido condescendiente con Hunter en los entrenamientos porque, aparte de Garrett, es el único extremo de la selección con opciones de excelencia. Pero a diferencia de Garrett, Hunter tiene una gran debilidad: el exceso de confianza. El chaval piensa que es el próximo Sidney Crosby.

—¿Estás diciendo que no soy lo suficientemente bueno para jugar a este nivel? —No es rabia lo que transmite la expresión de Hunter, es angustia, algo que solo pone de manifiesto su mayor fortaleza: siempre está tratando de mejorar.

—Lo que estoy diciendo es que necesitas trabajar. La otra noche, cometiste algunos errores de aficionado. Por ejemplo, cuando Fitzy tuvo problemas después del *power play,* fuiste a rescatarle y eso no te corresponde a ti, *bro.* No puedes patinar hasta el terreno del otro extremo. Tienes que confiar en el centro para que ayude al otro compañero a salir.

Hunter toma un sorbo de cerveza precipitadamente.

—Y a veces no se te da nada bien anticipar jugadas. Cuando el defensor de Eastwood hizo ese pase buenísimo que provocó que el delantero sobrepasara a toda nuestra defensa, deberías haber anticipado lo que iba a pasar. En cambio, te colaste hasta el fondo.

—Miré al disco todo el tiempo —protesta.

—Olvídate del disco. El jugador, tronco, mira al JUGADOR. Presta atención a quién mira, a dónde se mueven su compañeros de equipo. Adivina a quién va a lanzar el pase para poder interceptarlo.

Hunter se queda en silencio. Cuando habla de nuevo, suena impresionado y gruñón.

—Sabes mucho de todo esto, ¿eh?

Me encojo de hombros. Sé que mi reputación dice que no me tomo el hockey tan en serio como mis compañeros de equipo y tal vez haya algo de verdad en eso, pero eso no quiere decir que no entienda la mecánica y los matices del juego.

El hockey ha formado parte de mi vida durante tanto tiempo como puedo recordar. Crecí jugando. Al lacrosse también, pero sobre todo como mi forma de pasar el tiempo en primavera hasta que el hockey se pusiera en marcha de nuevo. Tanto mi padre como mi hermano mayor jugaron al hockey en Harvard. Yo podría haberlo hecho también, pero elegí Briar en su lugar. Siempre estoy siguiendo sus pasos y supongo que en esto quería ser diferente o algo así.

No quiero que se me malinterprete; no juego al hockey solo porque lo hicieron ellos. Me encanta jugar. Es solo que no siento la misma emoción que experimentan Garrett y Logan cada vez que están en el hielo.

A decir verdad, me lo paso mejor en los entrenamientos. Disfruto de los ejercicios y de los partidos entre nosotros, de la oportunidad de mejorar y de ayudar a mis compañeros de equipo a mejorar. No tengo interés en convertirme en profesional después de graduarme, algo que hace a mi familia más que feliz, porque los Heyward-Di Laurentis no se convierten en deportistas profesionales; se convierten en abogados. El próximo otoño iré a la facultad de Derecho de Harvard como todos los miembros de mi familia. Me parece bien y no tengo ninguna duda de que se me dará guay. El encanto Di Laurentis que he heredado de mi padre prácticamente garantiza que acabaré conquistando a los jueces y ganando juicios a diestro y siniestro.

—¿Qué más estoy haciendo mal? —dice Hunter con más curiosidad que enfado.

Le sonrío.

—Mira, ¿qué te parece si hacemos un par de sesiones tú y yo esta semana? Voy a ver si el entrenador nos autoriza una hora extra en la pista.

—¿En serio? Te lo agradecería muchísimo, la verdad. Gracias…

Le interrumpo.

—Pero solo si te comprometes a dejar de hablar de hockey el resto de la

noche. —Le hago un gesto con la cabeza indicando lo petado que está el bar—. Mira a tu alrededor. Esto es como un harén de tías buenas. Elige a la que te mole y disfruta, idiota.

Hunter se ríe y sus ojos oscuros brillan cuando echa un vistazo. Varias chicas responden a su atención con sonrisas lascivas cargadas de ganas de sexo, pero en lugar de saludarlas con la mano, me mira, o más bien mira mi cuello, y resopla.

—Lo cierto es que quizá podrías presentarme a la gatita salvaje con la que te liaste anoche. Señorita Chupetones parece una tía divertida.

Me tenso. Ni de coña voy a dejar que este chaval se acerque ni a un centímetro de Allie. Puede que Hunter sea todavía joven, pero va en camino de convertirse en un seductor más relevante que yo.

Por otra parte, tal vez no es Hunter el que debería preocuparme. Después de lo de anoche, Allie Hayes ha demostrado que es plenamente capaz de dejar huella en un hombre. Dios santo, esa chica sabe FOLLAR.

Mierda, ahora mi polla está medio empalmada. Ha estado haciendo eso todo el día, endureciéndose cada vez que pienso en Allie. Ha sido el mejor rollo que he tenido en mucho tiempo. Y puf, las muñecas siguen doliéndome de las cuerdas que me ataban a la cama, pero es ese tipo de dolor que me hace querer probarlo de nuevo.

Sobar las mismas tetas dos veces no suele ser mi estilo, pero en este momento mi pene está deseando de nuevo enterrarse en el coño travieso de Allie.

—Lo siento, superestrella. Eso no va a ser posible —le digo—. Encuentra a tu propia gatita salvaje.

—Está bien. —Sonriendo, le echa otro vistazo al bar—. Oh, sí. Creo que sé con quién me voy a ir a casa esta noche.

Sigo su mirada hacia la barra de madera, donde una chica alta está de espaldas a nosotros mientras se inclina hacia adelante para pedir una copa. Lleva una minifalda negra y tacones altos, y tiene un pelo castaño y largo que le cae por la espalda en ondas. El camarero está prácticamente babeando, sus hambrientos ojos miran hacia su camisa, lo que me indica que debe de tener un buen par de tetas. Todo lo que yo puedo ver es su culo y es fantástico.

En circunstancias normales, la chica de pelo castaño me estaría poniendo a mil, pero no estoy de humor para marcar goles esta noche. Mi mente no hace más que desviarse a Allie. Y al coño de Allie. Y a sus tetas. Dios, sus tetas son increíbles. El tamaño perfecto para abarcarlas con las manos, con unos pezones de color rosa pálido que se endurecían mientras se los chupaba.

Suspiro y llevo a cabo un leve recolocamiento estratégico en mi región del

paquete. Tengo que dejar de pensar en lo de anoche, por Dios. Allie está haciendo todo lo posible por olvidarlo.

—¿Qué opinas? —me pregunta Hunter.

Yo aparto mi mirada de la morena.

—Podría estar un poco fuera de tu liga.

—Soy un jugador de hockey. Nadie está fuera de mi liga.

—Es verdad. —Me río. Eso fue lo primero que le enseñé a Hunter cuando decidí «apadrinarlo» al inicio de la temporada. Pero aun así, la morena tiene el cuerpo más sexy que he visto nunca. Una mujer así puede tener a cualquier persona en este bar, y no estoy seguro de que el novato Hunter vaya a pasar el corte, ni siquiera con la chaqueta de hockey de Briar que lleva puesta.

Al otro lado del bar, la chica a la que estamos admirando de repente se da la vuelta. Al instante, mi admiración desaparece y se convierte en repulsión.

—Hostias, no. Mantente alejado de esa, chaval. Es tóxica.

—A mí no me parece tóxica —responde Hunter arrastrando las palabras.

Imbécil ingenuo. Por suerte, yo ya me lo sé. Sabrina James es innegablemente preciosa, pero prefiero que me echen cera caliente en los huevos a liarme con ella. Bueno, a liarme con ella… OTRA VEZ.

Sí. Ya he pasado por eso y ya me lo sé.

Alguien me empuja desde atrás. Es Tucker. Su cazadora negra y plateada está empapada, igual que su pelo.

—Puf. Está cayendo la de Dios ahí fuera. —Agita todo el cuerpo como un perro que acaba de salir de un lago.

—Oye, Lassie, sécate en otro sitio —le ordeno cuando unas gotas frías me salpican en la cara y me dan en el ojo.

Hunter ni se da cuenta de que Tucker está chorreando agua sobre nuestras zapatillas. Está demasiado ocupado comiéndose a Sabrina con los ojos.

Tuck le sigue la mirada al novato.

—¡Uau! —dice, y a continuación se gira para sonreírme—. Lo pillo, ya te la has pedido para ti.

Palidezco.

—Ni de coña, tío. Es Sabrina. Ya me hincha las pelotas en clase cada día. No necesito que me las hinche fuera de la uni.

Sabrina y yo estamos estudiando la carrera de Ciencias Políticas para más adelante meternos a la facultad de Derecho así que, para mi desgracia, compartimos demasiadas clases. Además, los dos hemos solicitado plaza para el máster en la facultad de Derecho de Harvard, algo que no me hace

particularmente feliz. La idea de pasar dos años más sentado en la misma clase que ella hace que el suicidio suene bastante atractivo.

—Espera, ¿esa es Sabrina? —Tucker dice con sorpresa—. La veo en el campus todo el tiempo, pero no había caído en que es la tía de la que siempre te andas quejando.

—La misma.

Su acento sureño se intensifica.

—Qué pena. Está bien buena la chica.

—¿Qué hay entre vosotros dos? —irrumpe Hunter—. ¿Es tu ex?

Pongo otra vez cara de asco.

—Ni de coña.

—Entonces no estaré rompiendo el código de hermanos si la entro, ¿no?

—¿Quieres entrarla? Adelante. Pero ya te lo advierto, esa capulla te va a comer vivo.

La cabeza de Sabrina gira bruscamente hacia nosotros. Es probable que tenga algún tipo de radar interno que se activa cada vez que alguien la llama capulla. Apuesto a que se activa muy a menudo.

Cuando se cruzan nuestras miradas, ella me sonríe y después extiende su dedo corazón antes de pasar a hablar con su amiga.

Hunter gruñe.

—Bueno, está claro. No va a hacerme ni caso ahora que me ha visto contigo. Pero ¿qué le has hecho?

—Absolutamente nada —le digo con tono sombrío.

—Y una mierda. Una chica no asesina a un tío con la mirada así a no ser que el tronco la haya cagado pero bien. ¿Te la tiraste?

Tucker resopla.

—¿Tú qué crees, chaval? MÍRALA.

—Las apariencias engañan —murmuro.

Mi compañero de piso ladea la cabeza desafiante.

—¿Así que no te acostaste con ella?

Un suspiro se me escapa.

—Sí que lo hice. Pero fue hace mucho tiempo. Tengo el convencimiento de que los polvos tienen fecha de caducidad. Después de tres años ya no cuentan.

Mis amigos se ríen.

—Déjame adivinar —dice Tucker—. No la llamaste después.

—No —admito—, pero en mi defensa tengo que decir que es difícil llamar a una chica cuando, uno, no te da su número, y dos, no recuerdas lo que pasó.

La boca de Hunter se abre de par en par.

—¿Cómo es posible que no recuerdes a ESA? —está a punto de babear.

—Los dos estábamos superpedo. Créeme, ella tampoco recordaba nada.

—¿Y por eso te odia? —presiona Hunter.

Agito una mano.

—*Naah.* El conflicto estalló por otra movida. Pero no me sale del culo hablar de ese tema ahora mismo, joder. Es sábado por la noche y deberíamos estar pasándonoslo bien.

Tucker se ríe.

—Voy a pillar una cerveza. ¿Necesitáis recambio?

—Yo estoy bien —dice Hunter.

Mientras Tuck se dirige a la barra, saco mi teléfono y miro qué hora es. Las nueve y media. Miro mis contactos y Hunter comienza otra vez a hablar de hockey. Creo que todavía tengo el número de Allie de cuando organizó el cumpleaños de Hannah esta primavera. Envió unos mil mensajes describiendo cada pequeño detalle de la fiesta.

Sí, sigue en mi lista de contactos. La guardé en mi agenda como «Amiga Rubia de Wellsy». Probablemente debería cambiarlo a «Chica Bondage».

Escribo un mensaje rápido.

Yo: *Llegaste bien a tu resi?*

Es una pregunta tonta, porque dejó mi casa por la mañana, así que por supuesto que ha llegado bien a su residencia. Pero me sorprende que responda al instante.

Ella: *Sí. Aquí estoy.*

Yo: *Tiempo de mierda sta noche. Probablemnt s 1 buena idea q te quedes en casa.*

No responde a eso. Fijo la mirada en la pantalla con frustración y a continuación me pregunto por qué me importa. Soy el rey de las relaciones de una noche. Rara vez quiero repetir con una chica una vez me he acostado con ella, y si hay una con la que no me debería acostar otra vez, es Allie.

No hay demasiadas cosas en este mundo que estén en mi lista de «cosas que me cagan de miedo», pero la novia de Garrett está sólidamente posicionada entre los tres primeros puestos. Wellsy no se pondrá demasiado contenta si se entera de que me acosté con su mejor amiga, y si Wellsy no está contenta, Garrett no está contento, y eso significa que tendré que lidiar con un chasqueo de G en plan decepción total. Logan seguirá su ejemplo y después Grace se subirá al carro de «Dean es un cerdo» y lo siguiente que sé es que estaré recibiendo mierda de

todas las direcciones. Esa es una razón suficiente para olvidarme del asunto, pero mi salido cuerpo está comportándose como un estúpido cabezota.

Quiero estar con ella otra vez.

Una vez más no le va a hacer daño a nadie, ¿no? Mierda, ¿o tal vez dos veces? No estoy del todo seguro de cuántas veces me harían falta para sacarla de mi sistema. Todo lo que sé es que cada vez que pienso en ella, mi pene se pone increíblemente duro.

A mi lado, Hunter ha trasladado su atención a un grupo de chicas de una mesa cercana, y no puedo evitar sentir orgullo cuando una simple inclinación de cabeza hace que el trío se acerque a nosotros. Mi chaval tiene rollo.

—¿Quién de vosotros nos va a invitar a una ronda? —dice provocativa una de ellas. Es alta y rubia y lleva un minivestido que acaba en la mitad del muslo.

Cuando Hunter abre la boca para responder, todas las luces del bar parpadean de forma inquietante.

Frunzo el ceño y le echo un vistazo a Tucker, que acaba de reunirse de nuevo con nosotros.

—¿Es el Apocalipsis o algo?

—Llueve con mucha fuerza, la verdad —admite.

Las luces dejan de parpadear. Lo tomo como mi señal para largarme, porque si estamos ante un potencial corte de electricidad, prefiero estar en casa y no en la carretera. Además, a pesar de todo lo que he dicho sobre pasarlo bien esta noche, no estoy yo del todo con ganas de bar.

—Oye, me piro. —Le doy una palmada en el hombro a mi compañero de piso —. Nos vemos en casa. —No se me escapan los pucheros de decepción de las caras de las chicas, pero estoy seguro de que olvidarán todo lo que tenga que ver conmigo en cuanto Hunter y Tuck desplieguen su plumaje.

Salgo del bar un minuto más tarde y veo que Tuck no estaba de coña. En los diez segundos que tardo en llegar a mi BMW, me calo hasta los huesos y chorreo agua por los asientos de cuero. Los rayos de luz que cruzan el cielo son tan brillantes que hacen que la función de mis faros casi sea redundante. Probablemente podría dejar que esos cegadores destellos de luz blanca guiasen mi camino a casa.

Cojo otra vez mi móvil.

Yo: *El tiempo es peor de lo q pensaba. Ten 1 linterna a mano x si se va la luz.*

Por Dios. Es como si estuviera escribiendo una puta guía de supervivencia. Y de todas formas, ¿por qué le estoy enviando mensajes?

Allie responde con: *Gracias x l consejo*. Y después sigue con: *En serio, deja d*

preocuparte x mí. Estoy n l sofá, leyendo. Bajo mi manta. Más a gusto q bajo un arbusto.

Yo: *QUE UN ARBUSTO*

Ella: *???*

Yo: *Más a gusto QUE un arbusto. Así es como se dice.*

Hay cinco segundos enteros de silencio y a continuación suena el teléfono en mi mano. Sonrío cuando contesto la llamada.

—¿Cómo puede un arbusto estar a gusto? —pregunta.

Resoplo.

—¿Por qué va a estar alguien cómodo bajo un arbusto? Nadie cabe bajo un arbusto.

—¡Porque hay arbustos lo suficientemente grandes como para dar sombra y cobijo! Un arbusto no puede estar cómodo porque no siente.

—Discrepo. Depende de donde esté, un arbusto puede o no estar a gusto.

—¿Estamos escribiendo un libro malo del *Dr. Seuss* o qué?

La risa burbujea en mi garganta.

—Desde luego es lo que parece.

—Bueno, sea como sea, creo que mi opción es mejor.

Por un momento me distraigo con el martilleo de la lluvia contra el parabrisas. Está cayendo más fuerte ahora. Un segundo más tarde, todas las luces del aparcamiento se apagan.

Maldigo en voz baja mientras la oscuridad rodea mi coche.

—Mierda. En el Malone's se acaba de ir la luz —le digo a Allie—. Quédate en tu cuarto, ¿vale? Y no vayas por los pasillos de la resi si se va la luz.

—¿Y eso? ¿Piensas que un asesino en serie va a colarse en la Bristol y atacarme? —Se queda en silencio un instante—. Incluso si eso ocurriera, probablemente acabaría con él.

Suelto una risa.

—Sí, claro. Por supuesto.

—Oye, que puedo ser VIOLENTA, ¿eh? —insiste—. Mi padre y yo participamos en un programa superintensivo de defensa personal para padres e hijas cuando tenía catorce años.

—¿Defensa personal para padres e hijas? ¿Existe algo así?

—No, pero lo inventamos. Cuando yo era pequeña él viajaba mucho, así que cada vez que estaba en casa se ponía a hacer cosas creativas que sirvieran para unirnos, pero como es don Macho Man, solo estaba permitido hacer cosas de niños, como pescar o hacer motocross o aprender cómo derribarnos el uno al

otro. Bueno, voy a colgar. Quiero terminar de leer esta obra de teatro. —Hace una pausa—. Cuidado con el coche.

—Espera —suelto antes de que pueda colgar.

—¿Qué pasa?

Me quedo mirando la lluvia que está deslizándose por el parabrisas, preguntándome qué cojones me pasa.

Entonces me lamo los labios que se me han secado de repente y digo:

—Quiero follarte otra vez.

Puedo escuchar su respiración entrecortarse al otro lado de la línea.

Mi cuerpo se tensa ante la perspectiva. Pienso en la preciosa curva de su culo llenando mis manos. La forma en la que sus pezones se arrugaron cuando moví mi lengua sobre ellos. El fuerte agarre de su coño apretando mi polla.

Un gemido silencioso tiembla en mi pecho. Joder. Deseo con todas mis fuerzas a esta chica. Contengo la respiración, esperando a que me responda.

Después de una larga pausa, su voz mosqueada dice:

—Adiós, Dean.

Gruño de frustración cuando la comunicación se corta.

5
Allie

Mi corazón late con fuerza cuando cuelgo a Dean. No esperaba que dijera eso. Para nada. En absoluto.

Quiero follarte otra vez.

Bueno, claro que quiere. Soy increíble en la cama.

Pero ni de casualidad voy a acostarme con ese tío de nuevo, no después de pasarme todo el día sintiéndome como Hester Prynne. Ya solo la condena con que me he estado fustigando a mí misma es mucho más cruel que cualquier cosa que la pobre mujer recibió de los puritanos.

Si es que yo no estoy hecha para el sexo casual. Me siento… denigrada. Sé que es ridículo sentirse así, porque si alguien fue denigrado anoche, es Dean. No solo le seduje, sino que también lo maniaté y lo monté como si fuera mi parque de atracciones particular.

Soy un zorrón.

No eres ningún zorrón.

Bueno, tal vez no lo sea. Tal vez solo sea una mujer de veintidós años que ha tenido un poco de diversión sin compromiso por una vez en su vida.

El único problema es que me gusta el compromiso. Para mí, el sexo y las relaciones personales van de la mano. Me va mucho eso de darse cariñitos y tener bromas privadas y quedarse hablando hasta altas horas de la madrugada. Soy miembro del *Club de los novios,* y después de anoche, puedo decir con honestidad que el *Club de los rollos de una noche* es una mierda. El sexo fue increíble, pero el sentimiento de culpabilidad que me dejó no compensa los orgasmos.

Con un suspiro, tiro mi teléfono al cojín del sofá y cojo el libreto que estaba leyendo antes de que Dean me interrumpiera. La obra, escrita por uno de los estudiantes, será mi representación de fin de carrera en Briar. Soy una de las dos protagonistas femeninas, y aunque el material es un poco melodramático para mi gusto, estoy impaciente por que lleguen los ensayos. Desde mi debut en el teatro

de Boston este verano, tengo ganas de actuar frente a una audiencia en vivo de nuevo.

Y ese es otro factor que contribuye a lo estresada que he estado. Estoy en una encrucijada en mi carrera y no tengo ni idea de qué camino escoger… Vaya mierda.

Cuando llegué a la universidad, le pedí a mi agente que se concentrara solo en la búsqueda de proyectos de verano. Si de repente hubiese llegado un papel jugoso, no habría vencido la tentación de abandonar la uni. Y yo quería licenciarme. Ahora que estoy a punto de acabar, todo está abierto. La temporada de los pilotos de la series empieza en enero e Ira ya me ha enviado una docena de guiones para *sitcoms* y comedias dramáticas rollo *Glee*, junto con varios guiones de comedias románticas por los que normalmente estaría salivando.

Siempre pensé que estaba destinada a hacer papeles cómicos. Me picó el gusanillo de actuar cuando todavía estaba en el instituto, y todos los papeles que me han llegado en los últimos años han sido un poco insustanciales, siempre destacando mi buen *tempo* para la comedia y mi rollo de «chica de al lado». He soñado con ser la reina de la comedia romántica. La próxima Sandra Bullock, Kate Hudson o Emma Stone.

Hasta este verano. Me salió un casting para una obra muy seria y muy deprimente dirigida por Brett Cavanaugh, un director de cine con un Óscar y una absoluta leyenda. No sé cómo, pero mi agente me consiguió hacer una prueba para Cavanaugh, y para mi total asombro, me dieron el papel: una chica adicta a la heroína, hermana menor de la protagonista. La obra solo se hacía dos meses, pero fue un gran éxito. Desde entonces, he recibido un montón de ofertas para hacer pruebas para papeles dramáticos, tanto para teatro como para televisión.

Y alguien me dijo que Cavanaugh estaba preparando otro proyecto para teatro, esta vez *off-off Broadway*…

Mierda. ¿Por qué me tienta tanto desviarme del camino que me propuse? Pensar en hacer papeles dramáticos es una cosa, pero ¿TEATRO?

Hollywood significa más dinero. Más reconocimiento. Óscar, Globos de Oro y compras en Rodeo Drive.

Me quedo mirando la pila de guiones de la mesa de centro. ¿Si me contratan para uno de estos pilotos que me ha enviado Ira y una cadena lo firma? ¿O si me sale un papel en una de estas películas? Podría hacerme un hueco en el mundo audiovisual. Y entonces ¿por qué estoy fantaseando con hacer teatro?

Sigo perdida en mis pensamientos cuando suena mi teléfono. Compruebo la pantalla y por un segundo pienso que es Dean el que llama. Pero vuelvo a mirar

y veo que es una S y no una D. ¿Cómo? Mi exnovio y mi rollo de una noche tienen el mismo nombre salvo por una letra. Me pregunto si eso significa algo…

Sean te está llamando, idiota.

Sí, eso es probablemente el tema más urgente en este momento.

Mi pecho se llena de ansiedad. No debería responder. Ni de coña debería responder.

Respondo.

—¿Estás bien? —Son las primeras palabras que escucho.

Sean suena tan nervioso que en seguida lo tranquilizo.

—Estoy bien. ¿Por qué no iba a estarlo?

—Fui ayer a tu resi después de clase y no estabas. Y te he estado enviando mensajes toda la noche.

—Lo sé. —Trago saliva—. He pasado la noche en casa de unos amigos. Yo… —trago otra vez— ya te dije que no quería verte.

—Tenía la esperanza de que hubieses cambiado de opinión. —No hay duda del gran pesar que hay en su voz—. Joder, cariño. Te echo de menos. Sé que solo han pasado un par de días, pero te echo tanto de menos….

Mi corazón se parte en dos.

—Metí la pata, ¿vale? Ahora lo veo claro. No tenía que haberte dado un ultimátum y sin duda no debería haberte dicho que tu carrera como actriz no va a ninguna parte. Estaba cabreado y la pagué contigo, y no te merecías eso. Cuando fui al estreno de la obra en Boston este verano, me quedé flipado. En serio. Tienes muchísimo talento, cariño. Soy un gilipollas por haberte dicho toda esa mierda. No era mi intención.

Prácticamente me está suplicando y otro pedazo de mi corazón se rompe.

—Sean…

—Eres la persona más importante de mi vida —interrumpe, su voz llena de emoción—. Eres todo para mí, y joder, me quiero estrangular a mí mismo por alejarte de mi lado. Por favor, amor, dame otra oportunidad.

—Sean…

—SÉ que puedo arreglar esto. Solo dame una oportunidad para…

—¡Sean!

Se detiene.

—¿Amor? —dice dudoso.

Mi garganta se tensa hasta decir basta, casi como si estuviera tratando de impedir que dijese las siguientes palabras. Pero la culpa me está matando y no puedo quedarme aquí sentada escuchando cómo me suplica. No cuando me

siento como me siento. Trago saliva y obligo a mis cuerdas vocales a que cooperen.

—Anoche me acosté con alguien.

Un silencio ensordecedor entra por mis oídos. Parece no acabar nunca, y con cada segundo que pasa, mi estómago se revuelve más rápido.

—¿Me has oído? —susurro.

Hay un ruido ahogado.

—Sí… te he oído.

Los dos nos quedamos en silencio. El dolor y la culpa siguen apuñalando mis entrañas. Involuntariamente mi mente se va al día que conocí a Sean. Fue durante la presentación de alumnos en primero, y recuerdo que pensé que era el chico más guapo que había visto en mi vida, con su pelo castaño y liso en media melena que desde entonces se rapa, sus ojos color avellana y el trasero más bonito del planeta. Como soy así de bocazas, le hice un comentario sobre la belleza de su culo y sus mejillas se pusieron más rojas que la camiseta de los Red Sox que llevaba puesta.

Cenamos en uno de los comedores por la noche.

Una semana después, éramos pareja.

Y ahora, tres años más tarde, hemos roto y yo acabo de confesarle que he tenido relaciones sexuales con otro chico. ¿Dónde narices nos hemos equivocado?

—¿Quién?

La pregunta estrangulada me sobresalta.

—¿Q… qué?

—¿Quién es? —Sean dice con rotundidad.

El malestar me aprieta el pecho.

—No importa quién haya sido. No voy a verle más. Fue… —Cojo aire—. Ha sido un error estúpido, pero pensé que deberías saberlo.

No contesta.

—¿Sean?

Una respiración entrecortada resuena al otro lado de la línea.

—Gracias por decírmelo —murmura.

Después cuelga.

Tardo unos segundos en separar el teléfono de mi oreja. Mi mano tiembla incontrolablemente mientras me paso los dedos por el pelo.

Dios. Eso ha sido… superfuerte. Una parte de mí se pregunta por qué narices se lo habré contado. Porque no es que le haya puesto los cuernos, no TENÍA por

qué habérselo dicho. Es más, podría haberle ahorrado el dolor que debe estar sintiendo en este momento si hubiera mantenido la boca cerrada. Pero siempre he sido sincera con Sean y, una parte dentro de mí, estúpida y culpable, ha insistido en que merecía saberlo.

Un gemido de angustia sale de mi boca. Me duele el corazón de nuevo. La culpa es aún más intensa ahora y tiene forma de nudo apretado y demoledor dentro del estómago.

En lugar de volver a mi libreto, cojo mi iPod y me pongo los auriculares. Después tiro de mi manta hasta el cuello y pongo *Wrecking Ball* de Miley Cyrus en modo repetición, porque resume bastante bien lo que siento en este momento.

Estoy destrozada.

#DEAN

—*Ohhhh,* míralo, G, es tan precioso cuando duerme.

—Como un ángel.

—Un ángel muy zorrón.

—Espera… ¿Los ángeles echan polvos? Y si es así, ¿son los orgasmos celestiales un millón de veces mejor que los orgasmos terrestres? Apuesto a que sí.

—Pues claro, tío. ¿De dónde crees que vienen los arcoíris? Cada vez que veas un arcoíris significa que un ángel se acaba de correr.

—Ah. Tiene sentido. Es algo así como eso que dicen en *Qué bello es vivir* de que cada vez que suena una campana, un ángel consigue sus alas.

—Exacto.

Abro un ojo y lo dirijo hacia la puerta.

—Os puedo oír, ¿sabéis?

Mi tono cabreado pone fin a la conversación más extraña que he oído en mi vida.

—Oh, guay, estás despierto —dice Logan.

—Por supuesto que estoy despierto —me quejo, frotándome los ojos—. ¿Cómo se supone que voy a dormir cuando dos subnormales están a los pies de mi cama hablando de ángeles que eyaculan?

Garrett suelta una risa.

—Como si yo fuera el primero en preguntarse algo así.

—Créeme, lo eres. ¿Cuándo habéis vuelto?

Logan apoya uno de sus inmensos hombros contra el marco de la puerta.

—Hace aproximadamente una hora. Gracie tenía que estar de vuelta antes de tiempo, porque tiene programa de radio esta noche.

Asiento con la cabeza. La novia de Logan trabaja como productora en la emisora de radio del campus. Lo que me recuerda…

—¿Estás pensando en llamar otra vez para confesarle tu amor? —pregunto cachondeándome de él.

Suspira.

—Nunca vas a dejar que olvide eso, ¿verdad?

—No. —Aunque me habría encantado que alguien hubiera grabado ese programa de radio, así podría extraer algunas de las frases que soltó y torturarle con ellas. Después de meter la pata y casi perder a Grace el pasado fin de semana, Logan la reconquistó llamando al programa de consejos sentimentales que ella produce y diciendo las cosas más cursis que uno se pueda imaginar. A veces Logan me preocupa.

Lanzo el edredón a un lado y salgo de la cama en bolas. Mis compañeros de piso siguen en la puerta.

Encuentro un par de calzoncillos limpios y me los pongo.

—Juro por Dios que si me decís que lleváis mirándome dormir una hora como unos putos locos, voy a llamar a la policía.

—El entrenador ha llamado —me dice Garrett—. Dice que te ha intentado llamar toda la mañana, pero que no le has cogido. Te quiere ver en el campo en una hora.

—¿Por qué? —pregunto con recelo.

Garrett se encoge de hombros.

—Ni puta idea. Tal vez se ha enterado de que te has pillado un pedo este finde… Porque te has pillado un pedo, ¿a que sí? Y te quiere echar la bronca.

—¿Cómo iba el tío a saberlo? No tiene detectives privados vigilándonos.

—Tronco, el entrenador es como el espía de *Juego de tronos.* Sus fuentes son infinitas.

Mierda. Con suerte no me espera uno de esos sermones infinitos del entrenador Jensen sobre que no nos metamos en líos. No tenemos permitido beber ni drogarnos durante la temporada, pero eso no nos impide pillarnos alguna cogorza o fumarnos un porro de vez en cuando. Aun así, nunca he fallado una prueba de orina ni he manchado el buen nombre del equipo en mis juergas, así que no estoy seguro de por qué el entrenador está dándome el coñazo con el tema constantemente.

—¿Hannah sigue aquí? —le pregunto a Garrett mientras elijo unos

pantalones.

—*Naah,* se fue a casa. Su plan es tener un «día de chicas» con Allie.

Menos mal que estoy dándoles la espalda, porque cuando dice el nombre de Allie, mi pene se pone a media asta. Maravilloso. ¿Ahora me pongo cachondo solo con oír su nombre?

—No hiciste nada estúpido cuando estuvo aquí, ¿verdad? —El tono de Garrett está lleno de sospecha.

Me la tiré dos veces. Así que… ¿sí?

Me muerdo la lengua y me pongo una camiseta y una sudadera con capucha azul marino con el logotipo de Briar.

—Me he portado como un perfecto caballero.

Logan resopla.

—Bueno, sería la primera vez.

—Que te jodan. Resulta que soy experto en el arte de la caballerosidad.

—Eso no es un arte. —Logan resopla y desaparece de la habitación, pero Garrett se queda.

Me estudia la cara durante tanto tiempo que consigue cabrearme.

—¿Qué pasa? —murmuro.

—Nada —dice, pero aún tiene una expresión de sospecha cuando sale de mi cuarto.

Cuando entro en el baño para lavarme los dientes, me doy cuenta de que el chupetón morado de mi cuello es todavía muy, muy visible. ¿Lo habrá visto Garrett?

Pero ¿y qué si lo ha hecho? Cualquier persona podría haberme mordido y aspirado el cuello este fin de semana. No hay razón para sospechar de Allie.

Maldita Allie. Le dije que me la quería tirar de nuevo y ¡me colgó! Eso no lo ha hecho nadie. Nunca. Soy Dean Di Laurentis, por el amor de Dios. Si chasqueo los dedos, aparecen una docena de chicas pidiéndome subirse a mi polla. La última vez que fui a la cafetería del campus, la atractiva camarera me dio un café gratis y después se ofreció a chupármela en el almacén.

Entonces ¿qué coño pasa con Allie? ¿Cuál es su problema? Anoche pasé un buen rato preguntándome si está jugando a hacerse la dura. Joder, lo que está claro es que disfrutó de nuestro sexo. Nunca he estado con alguien que le dedicara a mi polla tantos elogios.

Oh, Dios mío, ¡me quiero casar con tu polla!

La mejor polla del mundo.

Dean, estás haciendo que me corra…

Sus gemidos guturales recorren mi mente en una espiral sexy que me provoca una erección y me agarro al toallero con una mano mientras suelto un gruñido. El cepillo de dientes que tenía en la boca cae al lavabo. Mi polla forma una tienda de campaña en mis pantalones y toca la porcelana por pura necesidad de hacer contacto con algo, lo que sea.

Me pregunto si el entrenador se rebotaría conmigo si llegara tarde a la cita por estar haciéndome una paja.

Probablemente.

###

Treinta minutos más tarde, paso mi tarjeta de estudiante por el dispositivo de las instalaciones de hockey sorbiendo el café que he comprado por el camino. El amplio pasillo está desierto y mis zapatillas chirrían en el brillante suelo mientras me dirijo a la parte trasera del edificio. Atravieso las aulas y la sala de proyección, continúo hacia la cocina y la sala de musculación, después entro en la enorme zona de almacenaje del equipamiento.

Nuestras instalaciones son supermodernas. Hay media docena de despachos cómodos y enormes en los que Chad Jensen podría haber decidido aparcar su culo, pero por alguna razón, eligió una modesta oficina escondida cerca de la lavandería.

Llamo a la puerta y no la abro hasta que escucho la voz del entrenador gruñendo:

—Entra.

La última vez que un jugador entró sin llamar se llevó una bronca que los demás pudimos escuchar desde las duchas. Me gusta pensar que el entrenador utiliza la oficina para pajearse y que por eso insiste en tanta privacidad. Logan plantea la hipótesis de que tiene una familia secreta ahí dentro que solo puede entrar durante las primeras horas de la noche.

Logan es un idiota.

—Buenas, entrenador. Me quería ver… —Me detengo cuando me doy cuenta de que no estamos solos.

No es habitual pillarme con la guardia baja. Mi estilo es más de dejarme llevar por lo que pase en ese momento, lo que significa que se necesita algo gordo para sorprenderme.

En este momento, lo único por lo que me dejo llevar es por la ansiedad que fluye por mi sangre y se filtra en mis huesos.

Frank O’Shea se levanta de la silla y dirige su fría mirada a mi cara. No le veo desde mi último año de instituto, pero su aspecto es exactamente el mismo. Pelo corto y oscuro, cuerpo robusto, labios apretados en tensión.

—Di Laurentis —dice con una breve inclinación de cabeza.

Asiento en respuesta.

—Entrenador O’Shea.

Jensen nos mira a ambos y después va al grano.

—Dean, Frank entra con nosotros como nuevo coordinador defensivo. Me ha contado vuestra historia en el instituto Greenwich. —El entrenador se detiene—. He decidido que lo más prudente es que los dos aireéis vuestros problemas antes del entrenamiento de mañana.

No puedo más que imaginar lo que O’Shea le ha contado sobre nuestra «historia», pero sea lo que sea estoy convencido de que es inexacto y de ninguna manera favorable para mí. La versión de O’Shea es tan sesgada que hace que los artículos de la revista de cotilleos *National Enquirer* parezcan trabajos académicos bien investigados.

El entrenador Jensen se acerca a la puerta.

—Os dejo para que os pongáis a ello.

Mierda, ¿nos va a dejar solos? Habría estado bien tener un testigo por si O’Shea intenta hacer algo. Después de todo, este es el tío que le dio un puñetazo a uno de sus jugadores en el parking vacío del instituto. Yo tenía dieciocho años en ese momento. No lo denuncié porque entendí por qué lo había hecho, pero eso no quiere decir que lo haya olvidado. O perdonado.

O’Shea no habla hasta que la puerta queda firmemente cerrada detrás del entrenador.

—Entonces… ¿vamos a tener algún problema entre nosotros?

Tenso la mandíbula.

—Eso dígamelo usted. —Y me obligo a añadir—: Señor.

Sus oscuros ojos brillan.

—Veo que sigues siendo el mismo listillo insolente que cuando te entrenaba.

—Con el debido respeto, señor, llevo en este despacho cinco segundos. No creo que pueda hacer ese juicio. —Mi tono es educado, pero por dentro estoy en plena ebullición. Aborrezco a este hombre y es algo increíblemente irónico, porque solía adorarlo.

—Yo, por mi parte, no tengo ningún problema contigo —dice, como si yo ni siquiera hubiera hablado—. El pasado es el pasado. Estoy dispuesto a hacer borrón y cuenta nueva si es lo que necesitamos para que el ambiente de los

entrenamientos sea más propicio.

Qué generoso por su parte.

—Lo único que pido a cambio es que me trates con respeto y que me escuches cuando estemos en el hielo. No voy a tolerar ninguna insubordinación. —Su boca se tensa transformándose en una mueca—. Y no voy a tolerar ninguna chorrada. Jensen me ha contado tu reputación de fiestero, algo que no me sorprende en absoluto. —Hace un ruido desagradable con la boca—. Pero si quieres mantener tu puesto en la alineación, espero de ti tu mejor comportamiento. Nada de alcohol, ni drogas, ni peleas. ¿Entendido?

Muevo mi cabeza en señal de asentimiento.

—En cuanto a nuestros antiguos problemas, no serán discutidos. —O'Shea se dirige a mí de nuevo con otra mirada fría—. Ni entre nosotros, ni entre tú y tus compañeros de equipo. El pasado es el pasado —repite.

Meto las manos en los bolsillos.

—¿Puedo irme ahora?

—Todavía no. —Camina hacia el escritorio y coge una carpeta delgada. O me lo estoy imaginando o hay un destello de superioridad en sus ojos—. Dos cosas más, y puedes estar seguro de que el entrenador Jensen está completamente de acuerdo conmigo.

La inquietud me hace cosquillas en el estómago.

—En primer lugar, te vamos a cambiar a la segunda línea con Brodowski…

—¿Qué? —ladro.

O'Shea levanta la mano.

—Déjame terminar.

Cierro la boca de golpe, esforzándome por controlar el cabreo que empieza a brotar. Ya no estoy en ebullición, ahora estoy que me sale humo por las putas orejas.

¿Que no tiene un problema conmigo…? ¡Y una polla! Siempre he jugado en la primera línea con Logan. Somos los dos mejores defensores del equipo. Un dúo fantástico, por Dios. Brodowski es un jugador de tercero que necesita tanto trabajo, que me sorprende que todavía esté con nosotros.

—Jensen confía en mí para trabajar con la defensa y tomar las decisiones que crea convenientes —suelta mi viejo entrenador—. La segunda línea es débil. Kelvin y Brodowski no encajan, y cada uno de ellos se beneficiará de estar emparejado con jugadores de tu nivel o del de John Logan.

—¿El entrenador le ha mencionado que ya intentó eso durante la pretemporada? —No puedo evitar decírselo con el suficiente sarcasmo como

para hacerle fruncir el ceño—. Yo iba con Kelvin en el partido contra el St. Anthony. Fue un desastre.

—Bueno, esta vez no irás con Kelvin, ¿verdad? —me responde con un tono igualmente sarcástico—. Te voy a poner con Brodowski. Y la decisión es definitiva. Estoy haciendo lo que es mejor para el equipo.

Y una mierda. Está haciendo esto para castigarme y los dos lo sabemos.

—¿Y la segunda cosa?

Él parpadea.

—¿Perdona?

—Dijo que había dos cosas. —Me esfuerzo en mantener la voz calmada—. La reconfiguración de las líneas defensivas era la primera. ¿Cuál es la otra?

Inclina la cabeza como si estuviese decidiendo si estoy siendo irrespetuoso de nuevo con él o no. El tío no tiene ni puta idea de las ganas que tengo de darle un puñetazo en la mandíbula en este momento. Uso toda mi fuerza de voluntad para no hacerlo.

O'Shea abre la carpeta y saca un folio. La sonrisa de satisfacción regresa a su boca mientras se acerca de nuevo a mí.

Puedo ver qué es. Es una fotocopia de lo que parece un horario de entrenamientos y partidos, pero no es de nuestro equipo.

—¿Qué es eso? —murmuro.

—A partir de esta semana, prestarás generosamente tu tiempo como voluntario a los Hastings Hurricanes…

—¿A quién?

—Los Hastings Hurricanes. Es el equipo de hockey del colegio de primaria Hastings. La liga de los mayores, estudiantes de séptimo y octavo. Briar participa en un programa de extensión comunitaria en el que nuestros estudiantes voluntarios trabajan como entrenadores o entrenadores asistentes en los equipos deportivos locales. La estudiante de cuarto que ha estado trabajando con los Hurricanes, una de las delanteras del equipo femenino de Briar, tiene mononucleosis y necesitamos sustituto. Jensen y yo creemos que eres el candidato perfecto para hacerte cargo.

Trato de disimular mi horror. Creo que no consigo mi objetivo, porque ahora mismo O'Shea está sonriendo abiertamente.

—Son dos entrenamientos a la semana por la tarde y el día del partido es el viernes a las seis. Me he adelantado y he estado mirando tu horario de clases. He visto que no interfiere con el horario de los Hurricanes. Así que todo perfecto. —Él ladea su cabeza—. A menos que tengas alguna objeción…

Ya te digo que la tengo. No quiero pasar tres días a la semana entrenando a un grupo de chavales de colegio. Este es mi último año de universidad, por Dios. Mi carga de tareas es inmensa. Y ya entreno seis días a la semana con mi propio equipo y juego mis propios partidos. Si sumo todo eso, ya de por sí no me queda mucho tiempo para mí.

Pero si me opongo, O'Shea sin duda me hará la vida imposible. De la misma manera que lo hizo en el instituto.

—No, suena divertido. —Fuerzo las palabras y me resisto a hacerle un corte de mangas.

Él asiente en señal de aprobación.

—Vaya, mira esto. Quizá HAYAS cambiado. El Dean Di Laurentis a quien conocía solo se preocupaba por una sola persona: él mismo.

El golpe me escuece más de lo que debería. Claro, puedo ser un cabrón egoísta a veces, pero no hice nada malo entonces, joder. Miranda y yo queríamos lo mismo el uno del otro…, hasta que de repente cambió.

Pero supongo que no importa quién de los dos malentendió todo, ¿verdad? Porque está superclaro que Frank O'Shea jamás me perdonará lo que pasó entre su hija y yo.

6
Dean

Lo primero que hago después de salir del campo es llamar a mi hermano mayor. Es domingo y, a pesar de que hay bastantes posibilidades de que esté en su despacho, pruebo primero en su móvil. Nick trabaja muchas horas en la empresa, incluyendo la mayoría de los fines de semana. Creo que está intentado impresionar a nuestro padre con su dedicación al Derecho, y la verdad es que creo que le está funcionando.

Pero la voz alegre que entra en mi oído no pertenece a Nick.

—¡Dicky! ¡Bien! ¡No he hablado contigo en mil años!

El apodo nunca me dio vergüenza cuando éramos niños, pero ahora que somos adultos, es la hostia de humillante. En mi opinión, una vez que mi hermana pequeña aprendió a pronunciar bien «Dean», nuestros padres deberían haberle obligado a abandonar el «Dicky» en la cuneta. Por otro lado, obligar a Summer a que haga algo es básicamente asegurarte de que va a hacer justo lo contrario. Mi hermana es una cabezota.

—¿Por qué estás respondiendo al móvil de Nick? —pregunto con recelo.

—Porque vi tu nombre y quería hablar contigo. Ya nunca me llamas.

Puedo imaginar el puchero que está haciendo ahora mismo y hace que una sonrisa se dibuje en mis labios.

—Tú tampoco me llamas nunca —señalo.

Summer se queda en silencio por un segundo. Luego suelta un suspiro gigantesco.

—Tienes razón. He sido una hermana terrible.

—*Naah,* es probable que estés tan ocupada como yo. —Camino por el sendero empedrado de la parte posterior de la zona deportiva hacia el aparcamiento.

—He estado muy liada, sí —admite.

Escucho un fuerte resoplido.

—¿Qué ha sido eso? —pregunto.

—Nada. Solo Nicky haciendo el imbécil. Me ha estado volviendo loca todo el

fin de semana. ¿Siempre ha sido así de estirado y tenso o ha cambiado al hacerse ABOGADO?

Dice «abogado» como si fuera una palabrota. Pero es que para Summer probablemente lo sea. Mi hermana dijo cuando tenía doce años que el Derecho era megaburrido y ocho años después su postura sigue siendo la misma. Solo accedió a ir a una universidad de la prestigiosa Ivy League para tranquilizar a nuestros padres, pero la última vez que hablamos me dijo que en cuanto se gradúe empezará a hacer diseño de interiores.

—En comparación contigo todo el mundo está tenso —le digo a mi hermana —. Lo que no quiere decir que no apruebe todas las movidas locas que haces. — Summer es dos años más pequeña que yo, pero me da mil vueltas en lo que se refiere a coger la vida por los cuernos, en no dejar para mañana lo que puedas hacer hoy y toda esa mierda. Me sorprende que nuestros padres no la hayan repudiado todavía.

De repente pienso en algo.

—¿Por qué estás en Manhattan? ¿No deberías estar en la uni?

—Me apetecía visitar a mi hermano mayor.

Su tono es demasiado inocente para mi gusto.

—Y una mierda.

—¡Es verdad! —protesta Summer—. Quería ver a Nicky. Y quiero verte a TI también, así que no te sorprendas si aparezco en tu puerta en algún momento no muy lejano. —Hace una pausa—. En realidad, estoy pensando en cambiarme a Briar.

Se dispara una alarma dentro de mí.

—¿Por qué? Pensé que eras feliz en Brown.

—Y lo soy. Pero… eh… bueno. —Summer vuelve a suspirar—. Me han abierto un expediente.

Me detengo a medio paso.

—¿Qué has hecho? —exijo.

—¿Qué te hace pensar que he hecho algo? —Oigo un lloriqueo al otro lado de la línea.

—Reserva el rollo de niña inocente para papá y mamá. —Me río—. Aunque no es que siga funcionando con ellos. Dime qué ha pasado.

—Digamos que hubo un incidente en mi fraternidad. Algo relacionado con una fiesta en la que había que ir disfrazado solo con togas griegas.

Ahogo una risa.

—¿Puedes ser más específica?

—No.

Gruño de exasperación.

—Summer…

—Te lo contaré todo cuando te vea. Ahora Nicky quiere hablar contigo.

—Summer…

Pero ya se ha ido. La grave voz de mi hermano entra en la línea de medio segundo después.

—Ey —dice.

—¿Qué ha hecho? —le pregunto.

Nick suelta una risa generosa.

—Ah, no, no te voy a jorobar la sorpresa. Todo lo que te puedo decir es que es un clásico de Summer.

Joder. No estoy seguro de querer más detalles.

—¿Ya lo saben mamá y papá?

—Ajá. No están emocionados al respecto, pero no es que la hayan expulsado. Tiene un expediente abierto durante dos meses y tiene que hacer veinte horas de servicio a la comunidad.

El último trozo de la frase me distrae de los problemas de Summer.

—Hablando de servicio a la comunidad… —Le cuento rápidamente lo del nuevo trabajo de O'Shea en Briar.

—Vaya mierda —dice Nick cuando he terminado—. ¿Ha mencionado a Miranda?

—No, pero es obvio que todavía me culpa por todo lo que pasó. —La amargura bloquea mi garganta—. En parte me siento tentado a localizarla y hacerle entrar en razón, o incluso tal vez pedirle que hable con su padre.

—Si no se molestó en hacer eso entonces —señala Nick—, ¿por qué crees que lo haría ahora?

Es verdad.

—Lo sé, pero… —Llego a mi coche y pongo mi dedo en el dispositivo de la llave para desbloquear la puerta. Todavía estoy nervioso por la inesperada reaparición de O'Shea en mi vida y ahora mismo solo quiero alejarme lo máximo posible de la zona deportiva—. Es igual —digo con tono sombrío—. Creo que es estúpido por mi parte pensar que Miranda pueda querer ayudarme. Soy el monstruo que le rompió el corazón, ¿recuerdas?

—¿Quieres un consejo? No destaques. Ve a los entrenamientos, haz lo que diga O'Shea y no empieces ninguna movida. La primavera estará aquí antes de que te des cuenta y después te graduarás y no tendrás que ver a ese cabrón de

nuevo.

—Tienes razón —admito. —No merece la pena estresarse con esto. Dentro de nada estaré fuera de aquí.

—Sí. Pero me cuentas si ese tío te da algún problema, ¿de acuerdo? Intentaré encontrar una buena razón para demandarle.

Me río.

—Lo tuyo no es el derecho civil.

—Por ti, hermanito, haré una excepción.

Mi estado de ánimo es bastante mejor cuando cuelgo el teléfono. A mis amigos les gusta burlarse de mí por ser un niño rico de Connecticut. Estoy seguro de que piensan que mis padres son unos esnobs y que mis hermanos son unos consentidos, pero la verdad es que mi familia es genial.

Mis padres son los dos abogados importantes, pero son de las personas con los pies más en la tierra que uno se puede echar a la cara. No quiero que se me malinterprete, por supuesto que mis hermanos y yo hemos tenido un montón de ventajas cuando éramos pequeños: teníamos una niñera y una asistenta, fuimos a escuelas privadas y nos daban una buena paga todas las semanas. Pero también teníamos que hacer las tareas diarias de la casa y terminar nuestros deberes antes de ver un centavo. Si nuestras notas eran bajas, nos castigaban de inmediato. Y si intentábamos usar el argumento «dame lo que quiero porque tenemos mucho dinero», también nos castigaban. La primera y única vez que le pedí dinero a mi padre, donó todo lo que había en mi cuenta para la universidad a una ONG para niños desfavorecidos. Después me contrató de último mono en su empresa durante todo el verano para recuperar la pasta.

—¿Qué quería el entrenador? —pregunta Garrett cuando entro a paso largo en el salón quince minutos después.

—Presentarme al nuevo coordinador defensivo. —Me tiro en el sillón y le echo un vistazo a la pantalla plana de la tele. G y Logan están luchando el uno contra el otro en el videojuego *Ice Pro* y, a juzgar por la puntuación, a Logan le están dando una paliza de flipar.

—¿Tenemos un nuevo coordinador defensivo? —Logan le da al *pause* al instante—. ¿Y por qué necesitas que te lo presenten de forma privada?

Elijo mis palabras cuidadosamente.

—Su nombre es Frank O’Shea. Fue mi entrenador en el instituto, así que Jensen ha pensado que nos gustaría ponernos al día antes de que O’Shea se presente oficialmente a todo el equipo.

Logan frunce el ceño.

—Vale. Pero ¿por qué entra ahora? La temporada ya ha empezado. Parece un poco raro meter a un coordinador después de haber jugado el primer partido.

—Y perdido —murmura Garrett.

—Aun así es solo un partido —insiste Logan—. Tampoco es que estemos tan mal como para necesitar un nuevo entrenador que cambie las cosas. Tiene toda la pinta de que Jensen se ha acojonado. —Frunce el ceño y se gira a mí otra vez—. ¿Qué tal es? ¿Es un buen tipo?

Es el diablo en persona.

—No está mal —miento y a continuación cambio de tema—. ¿Dónde está Tuck?

—No sé. No creo que viniera a casa anoche. —Logan le da al *play* y devuelve su atención a la pantalla.

Arrugo la frente. Tucker tampoco pasó la noche en casa el viernes. Me pregunto si está saliendo con alguna chica nueva, porque no suele dormir fuera de casa dos noches seguidas.

Dado que mis compañeros están distraídos con el videojuego, subo las escaleras y me obligo a ponerme al día con las tareas de clase atrasadas. Paso el resto del día alternando entre leer apuntes y libros de texto y echarme siestas, y solo bajo para pillar un par de porciones de la pizza que Garrett y Logan piden por la noche. No sé por qué me siento tan antisocial. Quizá todavía estoy nervioso por la aparición de O'Shea en Briar. O quizá sea porque cada vez que he cerrado los ojos para echar una cabezada, me imaginaba la atractiva boca de Allie alrededor de mi polla. Sus suaves y doradas curvas presionando contra mi cuerpo. Sus tetas llenado las palmas de mis manos.

¿Por qué no puedo apartar a esta chica de mi cabeza? Sí, el sexo fue increíble. Sí, me parece atractiva. Pero el sexo increíble y las chicas atractivas no son exactamente una anomalía en mi vida.

Supéralo, le ordeno a mi polla cuando se endurece una vez más al pensar en Allie.

Se contrae en respuesta, burlándose de mí.

—Maldita sea —gruño. Entonces busco a tientas mi teléfono en la cama y llamo al número que marqué ayer por la noche.

Allie contesta después de cuatro tonos, su voz cautelosa se adentra en mi oído.

—Ey. ¿Qué tal?

Dejo escapar una respiración entrecortada.

—Quiero follarte de nuevo.

—¿Vas a llamarme cada noche para decirme eso?

—¿Quizás? —Mierda. Estoy frustrado y cachondo, y tan confundido como ella—. Dime que sí, muñequita. Dime que sí y sácame de esta miseria en la que estoy metido.

—Ya te lo dije. Fue un rollo de una noche. No me va el sexo casual. Nos divertimos, eso está claro, pero… oh, mierda, te dejo. Llama a una de tus conejitas; estoy segura de que cuidará de ti, ¿vale?

Por segunda vez en dos días, me cuelga.

#ALLIE

—¿Quién era?

Salto casi medio metro en el aire cuando escucho el sonido de la voz de Hannah. He colgado al oír sus pasos en el pasillo, pero no esperaba que apareciera en mi puerta así de rápido.

—Eh, nadie. —Brillante respuesta, sí señor.

Levanta una ceja morena.

—¿Nadie?

—Un teleoperador —me corrijo—. Lo que equivale a nadie.

Gruñe cabreada mientras se dirige a la cama.

—¿Cómo narices consiguen nuestros números de móvil? Cuando me di de alta con la nueva compañía telefónica me dijeron que tenían una cláusula que aseguraba que nunca, nunca darían mi número a terceros. Bueno, pues yo a esas palabras las llamo puta mentira, ¿sabes por qué? Porque todos los días recibo llamadas de compañías aéreas y tiendas de ropa, y todas me hablan de sus increíbles ofertas, o me dicen que he ganado un premio que es falso. Dios, ¿y sabes cuál es la peor? Una promoción absurda de un crucero en la que cuando coges el teléfono lo primero que suena es una sirena de barco. ¡Es horrible!

La cháchara de Hannah dura varios minutos y la verdad es que lo agradezco, porque significa que está demasiado a lo suyo como para darse cuenta de que la he mentido. Está tan sumida en despotricar contra los teleoperadores, que no se da cuenta de que, discretamente, miro el mensaje de texto que aparece en mi teléfono.

Dean: *Tienes q dejar d colgarme. N serio.*

Le contesto al mensaje: *Tienes q dejar de hacerme proposiciones. N serio. Sé q soy increíble n la cama, pero supéralo ya.*

Él: *No puedo. Créeme. Lo he intentado*.

Yo: *Esfuérzate más.*

Él: *Vamos, muñequita. Solo 1 vez más. Piensa en lo bueno q va a ser…*

Por supuesto que será bueno. Es un crack del sexo. Pero eso no cambia el hecho de que no me sienta cómoda con el sexo casual.

Yo: *Ciao. Estoy pasando texto con Hannah.*

Él: *Escríbeme cuando acabes y me cuelo n tu habita. Wellsy ni siquiera sabrá q estoy ahí.*

Me sorprendo sintiendo un fuerte hormigueo entre las piernas. La idea de Dean entrando a escondidas y follándome mientras Hannah está dormida en la habitación de al lado, ajena a todo lo que pasa, me pone inesperadamente cachonda.

Ignoro la inoportuna respuesta y escribo: *Buenas noches, Dean*.

Después me giro hacia Hannah y le digo:

—¿Has acabado ya de atacar a los teleoperadores? Porque esta obra de teatro no se va a leer sola, cariño.

—Lo siento. No puedo evitarlo. Si escucho la palabra TELEOPERADOR me convierto en una bomba de mala leche. —Se sienta con las piernas cruzadas en el centro de la cama y coge el libreto que le lanzo.

Me quedo de pie. La primera escena requiere que mi personaje camine y quiero tener una idea de cómo el hablar afecta a mi control de la respiración mientras voy de un lado a otro.

Hannah hojea las páginas de la introducción.

—A ver esto. ¿Quién soy yo? ¿Jeannette o Caroline?

—Caroline. La descripción del personaje dice que es mezquina e insensible.

Mi mejor amiga sonríe con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Así que voy a hacer de cabrona? Guay.

Honestamente, me gustaría ser YO la que hace de cabrona. Mi personaje es una joven viuda que ha perdido a su marido en Afganistán y es el personaje con mayor desgaste emocional. Gracias a mi ruptura con Sean, mi pozo de emociones está peligrosamente cerca del desgaste total, y temo no ser capaz de sacar nada de ahí y no llegar a la altura de este papel.

Mi miedo está fundamentado. Hemos leído solo cinco páginas y ya estoy agotada, así que hacemos un descanso rápido.

—Uau —dice Hannah mientras ojea las siguientes escenas. —Esta obra es superintensa. El público va a pasarse todo el tiempo llorando.

Me dejo caer a su lado y me tumbo boca arriba.

—Yo voy a pasarme todo el tiempo llorando. —Literalmente, porque mi personaje tiene un berrinche que le dura de principio a fin.

Hannah se recuesta en sus codos y un cómodo silencio cae entre nosotras. Me gusta la sensación, porque no me pasa con mucha gente. Incluso con Megan y Stella, a quienes considero amigas muy cercanas, una de nosotras siempre intenta llenar los silencios con algo de conversación. Creo que se necesita un cierto nivel de confianza para sentarse al lado de alguien y no sentir la necesidad apremiante de ponerse a balbucear cosas.

Mi padre me dijo una vez que la forma en la que una persona responde al silencio revela mucho de su carácter. Yo siempre pensé que eran chorradas de las suyas, porque mi padre tiene la costumbre de soltar frases y dichos profundos e insistir en que son fruto de la sabiduría, cuando la mitad del tiempo sé con certeza que me está tomando el pelo.

Pero en este momento veo la verdad en sus palabras. Cuando pienso en los silencios que he compartido con mis otros amigos y amigas, me doy cuenta de que en realidad son muy reveladores.

Meg rompe los silencios con bromas, diciendo las tonterías más grandes que se le pasan por la cabeza para llenar la pausa con risa. Desde que la conozco recurre al humor cada vez que la situación se vuelve demasiado seria para ella.

Stella llena el silencio bombardeándote con preguntas sobre tu vida. Desde que la conozco, siempre ha intentado escaquearse de hablar de sí misma. Supongo que por eso me sorprendió cuando comenzó a salir con Justin Kohl, el jugador de fútbol americano que le molaba a Hannah antes de enamorase de Garrett. Stella ha admitido abiertamente más de una vez que tiene miedo a la intimidad.

Pensar en Justin hace que mi atención vuelva a Hannah.

—Oye, ¿ha reconocido Garrett alguna vez haber estado equivocado con Justin?

Arruga la frente.

—¿A qué viene eso?

Sonrío.

—Lo siento. Estaba pensando en Stella y me acordé de lo convencido que estaba Garrett de que Justin tenía intenciones oscuras. ¿No decía una y otra vez que Justin era un capullo?

—Sí. —Se incorpora mientras se ríe—. Lo cierto es que hablamos del tema hace un tiempo. Le acusé de estar inconscientemente celoso de Justin.

—Toma ya. Apuesto a que le ENCANTÓ oír esa acusación.

—Pero es que es lo único que tiene sentido. Justin es uno de los tipos más majos que he conocido jamás. Garrett insiste en que simplemente malinterpretó

sus intenciones.

—Bueno, en cualquier caso, me alegro de que Justin haya resultado ser un buen tipo. Stella merece ser feliz.

—Me percato del tono melancólico de mi voz y espero que Hannah no se haya dado cuenta.

Pero sí que lo hace.

—Tú también mereces ser feliz. Lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé. —Me trago el nudo que sube por mi garganta.

Sus ojos verdes adquieren un brillo de duda.

—Allie… ¿te arrepientes de dejarlo con Sean?

El nudo se hace más grande, lo que provoca que me sea más difícil respirar, especialmente cuando recuerdo la agonía en su voz al preguntarme con quién me había acostado.

—No —digo finalmente—. Sé que he tomado la decisión correcta. Queremos cosas completamente diferentes para nuestro futuro, y no es algo en lo que podamos hacer concesiones… ninguno. No sin que uno de nosotros le haga daño al otro.

Hannah se queda pensativa.

—¿Crees que estás lista para comenzar a salir con chicos de nuevo?

Exhalo un suspiro.

—No, ni siquiera de lejos.

Pero lo que sí me ENCANTARÍA es una distracción. Estoy cansada de estar triste. Estoy cansada de preguntarme cómo estará Sean y de luchar contra el impulso de llamarlo. Puede que no quiera volver con él, pero no me gusta saber que le he hecho daño a alguien por quien me preocupo. Tengo esta terrible costumbre de querer hacer feliz a todo el mundo, aunque eso signifique sacrificar mi propia felicidad. Mi padre insiste en que es una cualidad admirable, pero a veces me gustaría poder ser más egoísta.

Aunque supongo que fui egoísta el viernes por la noche. Lo del sexo con Dean tuvo que ver con satisfacer mis propios impulsos, y si bien es cierto que después me sentí superculpable y avergonzada, no puedo negar que fue increíblemente satisfactorio.

Mierda. Tal vez Dean tenga razón. Tal vez DEBERÍAMOS liarnos de nuevo.

—Tal vez necesite un rollo, una aventura —digo en voz alta, solo para probar la idea.

La respuesta de Hannah es rápida y con tono de reprimenda.

—Eso ya lo has intentado, ¿recuerdas? Después de que tú y Sean rompierais

las primeras veces. Y no te moló nada.

Es verdad. No me gustó lo más mínimo.

—Pero no me acosté con nadie —señalo—. Todo lo que hice fue salir en un montón de citas horribles y enrollarme con algunos idiotas. Tal vez ese fue mi error: salir en plan CITA con esos tíos. Quizás esta vez deba ir a por un tío bueno y tirármelo sin parar durante una pocas semanas. Solo sexo, sin expectativas.

Resopla.

—Buena suerte con eso. Las dos sabemos que no puedes liarte con un chico sin escuchar las campanas de relación seria en tu cabeza.

También tiene razón.

Y ¿por qué estoy siquiera pensando en esa posibilidad? Si así es como Hannah me responde al sacar el tema de las aventuras, no puedo imaginar lo que diría si admitiera que estoy considerando tener una aventura… ¡con Dean! El tío es un mujeriego absoluto, le gusta jugar a todo con todas. No solo es que no sea una persona con quien tener una relación, es que dudo incluso de que pudiera comprometerse a una simple aventura. No me lo imagino siéndome fiel, lo que es absolutamente innegociable para mí, porque ni de coña me acuesto con alguien que a su vez se esté acostando con otras personas.

Sí…, tengo que cortar de raíz esta idea de mi lío con Dean. No sé por qué está tan ansioso por meterse en la cama conmigo otra vez, pero estoy segura de que lo superará con el tiempo. El tío tiene la capacidad de atención de una mosca y los hábitos afectivos de un cachorro de perro: le ofrece su dedicación sexual a cualquiera que le dé una golosina. Y por golosina quiero decir vagina.

Cuando vuelvo al aquí y ahora, cambio de tema.

—Oye, ¿qué haces para Acción de Gracias?

—Garrett y yo vamos a casa de mis tíos en Filadelfia. Mis padres van a reunirse allí con nosotros.

—Genial. Parece un plan divertido.

—Tú vas a Brooklyn, ¿verdad?

Asiento con la cabeza. Todas las fiestas las paso en Brooklyn con mi padre. Siempre tengo ganas de verle, pero este año estoy un poco preocupada porque la última vez que hablamos insistió en que quería preparar la cena de Acción de Gracias él solo.

En situaciones normales estaría loca de alegría por un anuncio así, porque resulta que mi padre es el mejor cocinero del universo. Pero desde que le diagnosticaron esclerosis múltiple hace cinco años, he estado haciendo todo lo posible para asegurarme de que no hace sobreesfuerzos. La única razón por la

que rechacé una beca completa para el programa de teatro de la universidad UCLA en Los Ángeles fue para poder estar a poca distancia de él. Mi padre es superterco, y no paró de insistir en que no necesitaba ayuda y que se podía apañar solo, pero yo no me sentía cómoda mudándome al otro lado del país cuando sus períodos de remisión se hacían más cortos y distantes entre sí.

Ahora siento incluso más alivio de haberme quedado en la costa este, porque mi padre ha ido empeorando de forma progresiva durante el último año.

Como la mayoría de las personas que sufren de la enfermedad, se le diagnosticó inicialmente como Esclerosis Múltiple Remitente Recurrente, pero ahora ha evolucionado a su forma secundaria progresiva, lo que significa que sus recaídas son más frecuentes y más graves de lo que solían ser. Cuando fui a pasar con él el verano, me quedé en *shock* al ver cómo había cambiado. De repente le costaba caminar, mientras que antes solo sufría de una pérdida ocasional de equilibrio y un adormecimiento leve en sus extremidades. En esos días tuvo dos ataques de vértigo y, cuando insistí en que me contara más, admitió que el dolor era cada vez peor y que estaba experimentando problemas de visión de vez en cuando.

Todo esto… ¡me acojona viva! Ya perdí a mi madre por el cáncer a los trece años. Mi padre es todo lo que me queda. Me niego a perderlo también, incluso si eso significa encadenarlo a su sillón reclinable en nuestra casa de Brooklyn y obligarle a ver el fútbol mientras que yo cocino la cena en su lugar.

—Vale, el descanso ha terminado. —Una vez más necesito una distracción de mis oscuros pensamientos. Suelto un gemido, me siento y abro el libreto donde lo dejamos—. Caroline está a punto de gritar a Jeannette de nuevo.

Hannah se coloca un mechón de pelo oscuro detrás de la oreja.

—Para que lo sepas, si alguna vez pierdes a tu marido, jamás se me ocurriría llamarte llorona, ni te diría que lo superases de una vez. —Su expresión se hace más seria—. En otras palabras, puedes estar de bajón por lo de Sean todo el tiempo que necesites. Prometo no juzgarte por ello.

La emoción brota en mi garganta, pero consigo sacar una palabra.

—Gracias.

7
Dean

Su trola esa de que el «pasado es el pasado» se confirma, y resulta dolorosamente evidente que mi exentrenador está llevando una agenda llamada *Asegúrate de que la vida de Dean es una mierda*. El primer entrenamiento con nuestro nuevo coordinador defensivo dura una hora más de lo normal, pero solo para los defensores. Mientras todo el equipo se dirige a los vestuarios para ducharse, cambiarse y volver a casa, O'Shea nos obliga a los defensores a quedarnos para hacer ejercicios de patinaje extra después de anunciar que somos los jugadores de hockey más lamentables que ha visto nunca.

Cuando finalmente nos deja ir, mis compañeros y yo salimos patinando de la pista mientras maldecimos y nos quejamos sin parar. Estamos chorreando de sudor, el vapor sale de nuestros cascos y tenemos un humor de perros cuando nos quitamos el equipamiento en el vestuario ahora desierto.

—Así que O'Shea no está mal, ¿eh? —dice Logan con sarcasmo, recordando mi descripción de ayer del nuevo entrenador.

—Solo nos estaba mostrando que la tiene más grande que nosotros —murmuro—. Es probable que sea su forma de intentar ganarse nuestro respeto.

No, es su forma de castigarme por hacerle daño a su hija, pero me guardo ese jugoso cotilleo para mí mismo. No porque O'Shea me ordenara no comentárselo a mis compañeros de equipo, sino porque prefiero no pensar en toda la mierda que pasó con Miranda.

Irónicamente, mi relación con Miranda O'Shea no solo afectó a mi vida en el instituto, sino que resulta que también va a afectar a la universidad. Miranda es la razón por la que ahora, antes de enrollarme con una tía, detallo cuáles son mis intenciones…, o la falta de estas. Por supuesto, en aquel entonces pensé que había dejado todo bien claro, pero es evidente que no lo expliqué tan bien como debí hacerlo. Hoy en día me aseguro de que las chicas sepan exactamente cuál es mi intención antes de que se llenen la cabeza de fantasías sobre ser felices y comer perdices.

—¿Tienes planes para cenar? —me pregunta Logan cuando llegamos a las duchas—. Grace va a pillar comida china en el centro para llevarla a casa. Creo que va a comprar suficiente comida para todo el mundo.

—Oh, gracias por la invitación, pero he quedado con Maxwell para tomar algo. No sé cuándo llegaré a casa.

La conversación termina cuando llegamos a nuestras respectivas duchas. Apenas he terminado de enjabonarme los huevos, cuando Logan apaga el agua. *Joooder.* El tío se ha duchado como si alguien le hubiera ofrecido un millón de pavos si se enjabonaba y enjuagaba en menos de treinta segundos.

—Hasta luego —dice mientras se pone una toalla alrededor de su cintura y sale fuera de la zona de duchas.

Sé que está ansioso por ver a Grace, y por alguna razón eso desencadena un aleteo extraño en mi pecho. No es exactamente envidia. Tampoco lo podría definir como resentimiento. ¿Decepción, tal vez?

Lo pillo. Mis mejores amigos están enamorados. Prefieren abrazar y darles besos a sus chicas antes que pasar el tiempo con sus colegas. No me enfado con ellos por eso, ni en lo más mínimo, pero la cuestión es que da la sensación de que todo esto es el principio del fin para nosotros.

Después de que mi hermano mayor se graduara en Harvard, perdió el contacto con sus amigos de la universidad en cuestión de meses. ¿Sus compañeros de equipo por los que habría dado la vida? Ahora apenas habla con ellos. ¿Los amigos de la facultad de Derecho? Intercambian un email al mes como mucho.

Yo entiendo que los amigos se separan después de la universidad. La gente se casa. Se mudan a otro estado. Hacen nuevos amigos y desarrollan otros intereses. Pero no me gusta nada la idea de no tener a Garrett, Logan o Tuck en mi vida. Tampoco me gusta nada esa parte cínica de mi cerebro que me señala la inevitabilidad de ese fin.

El año que viene iré a la facultad de Derecho. No tendré tiempo para dormir y mucho menos para ver a mis amigos. Lo más probable es que Garrett esté viviendo en otra ciudad, jugando en la NHL. Logan también, si funciona la historia con los Providence Bruins. El equipo ya ha mostrado interés en firmar con él después de que se gradúe. Es solo cuestión de tiempo que le llamen de la liga profesional, y también que se vaya de aquí. Y quién sabe qué piensa hacer Tucker después de la universidad. Podría volver a Texas.

Mierda. ¿Por qué estoy así de filosófico esta noche? Tal vez sea porque no he tenido sexo en tres días. Por desgracia, eso es mucho tiempo para mí, y a mis huevos no les mola. Culpo a Allie, por supuesto.

—¡Dean!

Una voz familiar me llama nada más dejar las instalaciones. Veo a Kelly caminando como una bailarina hacia mí. Parece haber salido de las páginas de un catálogo de Abercrombie. Una gruesa bufanda roja se enrolla alrededor de su cuello, lleva unas botas de cuero marrón y un chaquetón gris largo. Su cabello rubio está recogido en una trenza desordenada, con largas mechas que enmarcan su cara.

Está más buena que la leche, pero lo cierto es que no he pensado en ella ni en Michelle desde que me acosté con Allie. Pero ni me siento culpable por no haberlas llamado, ni escrito un mensaje, ni Kelly me echa la bronca por eso cuando me saluda con un acogedor abrazo. Como dije antes, las chicas saben cuál es mi postura. E irónicamente, cuando Kelly y Michelle se me acercaron en el Malone's, fueron ellas las que me soltaron el discurso del «sin compromiso» antes de que yo pudiera abrir la boca. Me dijeron de forma muy directa que solo querían mi polla, y yo, feliz de cumplir su deseo.

—¿Has tenido un buen fin de semana? —me pregunta.

Me encojo de hombros.

—Podría haber sido mejor. —Si alguien que yo me sé no me estuviera rechazando todo el rato.

—Oh, vaya. —Sonríe—. Tengo algo que te levantará el ánimo. Mi hermana ha venido a visitarme. Le he hablado de ti y le encantaría conocerte. Se queda en casa conmigo y Michelle…

Es imposible malinterpretar la invitación.

—Ah. Bueno… —No estoy seguro de cómo responder a eso.

—¿Te he dicho ya que es mi hermana gemela?

Dios de mi vida y de mi corazón.

—Oh, y a Michelle también le apetece… —Kelly me guiña el ojo—. La gente dice siempre que tres es el número mágico, pero yo soy de las que piensan que cuatro es aún mejor.

Espero que mi polla responda a sus palabras. Joder, le ORDENO que responda. Una semierección, un cosquilleo en los huevos, un hormigueo, hostias, ¡algo! Pero nada se mueve al sur del ecuador. Es como si mi maquinaria hubiera dejado de funcionar.

Vamos, pequeña Dean, ayúdame por favor, me digo en silencio. *Estamos hablando de un tres a uno.*

Sigue flácida. Al parecer, la pequeña Dean no va a cooperar a menos que le dé lo que quiere. Y lo que quiere, por desgracia, no es Kelly, ni Michelle, ni la

hermana gemela de Kelly.

Es Allie Hayes.

—Tiene pintón. De verdad. Pero voy a pasar. He quedado con un colega esta noche para tomar algo —digo con tristeza.

—¿Alguien a quien conozca?

—Eh, tal vez. Beau Maxwell. Es…

—El *quarterback* de nuestro equipo de fútbol americano —termina. Un brillo seductor ilumina sus ojos—. Que se apunte. Cinco puede ser tan divertido como cuatro…

Ay, Dios santo y la virgen.

Quiero estar cachondo. Suplico estarlo. Pero la pequeña Dean pasa de mí.

Mientras la frustración forma un nudo en mi estómago, balbuceo otra excusa, le pido que me guarde la experiencia para otra ocasión y me voy a paso largo hacia mi coche, insultando a mi polla todo el tiempo.

###

Veinte minutos más tarde, me siento en la mesa de la parte de atrás del Malone's.

—Siento llegar tarde —le digo a Beau—. El entrenamiento se ha alargado una hora.

El *quarterback* titular encoge sus inmensos hombros.

—*No problem.* Yo también acabo de llegar, hace un par de minutos. —Para mi alivio, el vaso de cerveza negra que tiene delante apenas parece tocado.

Me quito la cazadora del equipo de hockey y la tiro a mi lado en el asiento. Una guapa camarera morena viene a preguntarme que qué quiero.

—¿Qué tal va todo? —pregunta Beau cuando se ha ido—. No te veo desde que terminaron los parciales.

—Ya ves, tronco. Nuestra rutina de entrenamientos ha sido brutal. Hemos perdido todos los partidos de la pretemporada y el entrenador Jensen está con un cabreo que lo flipas.

—Joder, ya me he enterado. Deluca está hecho una furia también —admite, en referencia a su entrenador.

—No tenemos ninguna posibilidad de llegar a los *playoffs*. Qué coño, me sorprendería si llegáramos incluso a jugar un partido interconferencia. —No le había visto nunca una expresión tan sombría, pero no hay mucho que pueda ofrecerle para darle ánimos.

El equipo de fútbol americano de la uni ya tiene tres derrotas a sus espaldas.

Si fueran una o dos, tal vez podrían recuperar, pero tres básicamente destruye sus posibilidades de clasificarse esta temporada.

Los ojos azules de Beau se oscurecen mientras da un largo trago de cerveza que deja la pinta prácticamente a la mitad. Puedo sentir su frustración. Sé lo que se siente siendo un jugador superior a la media en un equipo inferior a la media. Por supuesto, la temporada de hockey acaba de comenzar, y los partidos de pretemporada no cuentan para las posiciones, pero nuestro ineficaz juego y los malísimos entrenamientos no auguran nada bueno para la próxima temporada.

Por otra parte, llevamos siendo campeones nacionales tres años seguidos, así que tampoco pienso ponerme a llorar sobre mi almohada cada noche si no llegamos a los *playoffs* esta vez. Qué coño, tal vez nos toque tener una mala temporada. Puede ser la forma que los dioses del hockey han elegido para mantenernos con los pies en la tierra.

Sin embargo, la situación de Beau es distinta. Briar lo reclutó en el instituto, y durante su primer año en el equipo de la universidad dejó a todo el mundo con la boca abierta. De hecho, los entrenadores mandaron al banquillo al *quarterback* que tenían, un estudiante de cuarto de carrera, y nombraron a Beau titular. Beau lideró al equipo a una temporada invicta y les abrió el camino hasta la final del campeonato. Perdieron, sí, pero llevar a Briar a los *playoffs*, después de más de una década quedándose fuera, supuso un logro importantísimo.

Al año siguiente, todo se vino abajo. Prácticamente todos los jugadores estrella del equipo lo dejaron, bien porque se graduaron, o bien porque los seleccionaron en los *drafts*, y dejaron a Beau con una línea ofensiva débil y una división de receptores aún más débil. El equipo ha estado acumulando pérdidas desde entonces, algo deprimente en general, pero más aún porque Beau es un *quarterback* de gran talento. Por desgracia para él, no tiene las armas a su alrededor que se necesitan para ganar.

—Tuviste la oportunidad de cambiarte de universidad en segundo —le recuerdo—. Los de la Lousiana State University hicieron de todo menos comerte la polla para que te fueras con ellos.

Él frunce el ceño.

—¿Y qué iba a hacer? ¿Abandonar a mi equipo? ¿Qué clase de cabrón hace eso?

Un cabrón que quiere jugar para la NFL, me gustaría decir, pero me muerdo la lengua.

Debido a los últimos partidos del equipo de fútbol americano, las posibilidades de Beau de conseguir buena puntuación en los *drafts*, o incluso de

que le seleccionen, son bastante escasas. Pero supongo que su lealtad a Briar es admirable. Es algo que, sin duda, habla de su personalidad, eso está claro.

—Cambiemos de tema —ordena Beau—. De inmediato. Antes de que empiece a llorar en mi cerveza.

Como si alguien le hubiese dado la señal de entrar en ese preciso momento, la camarera viene a traerme mi Coors Light. He pedido una botella en vez de una caña, y la morena hace un exagerado movimiento para quitarle la chapa antes de pasármela, inclinándose a tope para asegurarse de que tengo una visión perfecta de su escote.

—Chicos, si necesitáis algo más, aquí estoy —canturrea—. Pegadme un grito y vengo.

Los dos le miramos el culo cuando se da la vuelta. Ni siquiera lo hago en plan lascivo, porque la chica prácticamente nos está invitando a que la miremos agitando su culo redondo y contoneando las caderas mientras camina. Su camiseta negra y corta me recuerda a la del otro estupendo trasero que he visto este fin de semana. Un culo con el que Beau, a pesar de mis numerosas advertencias, está muy familiarizado.

—El viernes vi a Sabrina aquí —le digo.

Aparta la mirada de la camarera.

—¿Sí?

Asiento con la cabeza.

—¿Seguís viéndoos? —Y por «ver» quiero decir follar sin condiciones, ya que Beau y yo somos almas gemelas. Él tampoco practica eso de las relaciones serias.

—*Naah*. Se ha desinflado la cosa —admite—. Está demasiado ocupada.

—¿Ocupada haciendo qué? —Por lo que yo sé, Sabrina no tiene ni un trabajo a media jornada.

—Ni idea. Vive en Boston, así que supongo que tanto desplazamiento tiene algo que ver con eso. Pero llegó al punto en el que solo venía a verme una o, como mucho, dos veces al mes. Y desaparece los fines de semana, simplemente… PUF, desaparece. —Se encoge de hombros—. Pensaba que estaba jugando a hacerse la dura, pero ahora creo que está llevando una doble vida. —Hace una pausa—. ¿Crees que puede ser de la CIA?

Lo pienso.

—No tiene conciencia, es perversa,… Sí, encaja.

Se ríe.

—Eh, que te jodan. Es una tía genial, incluso siendo imposible de descifrar.

—Si por tía genial quieres decir «zorra tirana», entonces estoy de acuerdo. —Es mi turno para cambiar de tema—. Oye, Justin se pasó la semana pasada y dijo que hay en el equipo un receptor de primero que promete.

Beau asiente con la cabeza.

—Johnson. Es rápido, pero tiene problemas para pillar la pelota.

Seguimos charlando sobre nuestros respectivos equipos durante los siguientes diez minutos. Yo juego al hockey y Beau es don Fútbol Americano, pero nos encantan los deportes del otro, por lo que la conversación fluye sin problemas entre nosotros. Después de pedir una segunda ronda de cervezas, el tema de conversación vuelve al tema chicas, cuando con tristeza le transmito a Beau la oferta que Kelly me hizo en el estadio.

—¿Qué dices, tronco? ¡¿Has rechazado una ORGÍA?! ¿Una orgía a la que yo estaba invitado? —Sacude la cabeza en mi dirección—. ¿Estás con gripe o algo?

Paso los dedos por el cuello de la botella de cerveza.

—*Naah.* Simplemente no me apetecía.

—No te apetecía una orgía… con dos hermanas gemelas. —La incredulidad inunda su voz—. ¿Quién coño eres y qué has hecho con mi amigo Dean?

Resoplo.

—No lo sé. Estoy jodido, *bro.* Me lie con una tía la otra noche y ahora no puedo quitármela de la cabeza.

—Me estás tomando el pelo, ¿no?

—No. Es la puta verdad.

Beau me mira boquiabierto.

—¡¿Crees que me mola estar así?! —contesto a la defensiva—. Créeme, no necesito este dolor de cabeza en mi vida, ¿vale? —Le doy un sorbo a la cerveza —. Oye. ¿Conoces *Crepúsculo*?

Parpadea.

—¿Cómo?

—*Crepúsculo.* El libro de vampiros.

Sus ojos me analizan la cara con cautela.

—¿Qué pasa con él?

—A ver, sabes que la sangre de Bella es muy especial, ¿no? Y que a Edward se le pone dura cada vez que está a su alrededor, ¿no?

—¿Te estás cachondeando de mí?

Ignoro eso último.

—¿Crees que puede suceder algo así en la vida real? Las feromonas y todo ese rollo. ¿Es solo la teoría absurda que se ha inventado un salido para poder

justificar por qué le mola su madre o alguna mierda así? ¿O hay realmente una razón biológica por la que nos atraen ciertas personas? Como en el puto *Crepúsculo.* Porque Edward la desea a nivel biológico, ¿verdad?

—¿De verdad estás diseccionando *Crepúsculo* en este momento?

Dios, pues sí que lo estoy haciendo. A esto es a lo que Allie me ha reducido. A un perdedor triste y patético que va a un bar y obliga a su amigo a participar en un club de lectura de *Crepúsculo.*

—No sé si reírme de ti o aconsejarte un psicólogo —dice Beau con solemnidad—. No he conocido a ningún tío que de verdad se haya leído ese libro.

—No lo he leído. Mi hermana estaba obsesionada con esos libros cuando salieron. Me seguía por la casa y me contaba los resúmenes en contra de mi voluntad.

—Ya, claro. Por supuesto. Échale la culpa a tu hermana. —Beau se ríe antes de ponerse serio otra vez—. Bueno, la cuestión es que esa tía te pone cachondo, ¿no? Pues, ¿por qué no te la tiras de nuevo?

—Porque no quiere —le contesto con los dientes apretados.

—Imposible. Todo el mundo quiere acostarse contigo.

—Sí, ¿verdad? Si ya lo sé. —Subo la botella a los labios—. Entonces ¿qué debo hacer?

Beau se encoge de hombros.

—Supéralo, Wayne. Enróllate con otra tía.

Solo pillo la referencia de la peli *Wayne's World ¡Qué desparrame!* porque Tucker y yo justo la vimos el fin de semana pasado cuando la pusieron en la tele.

—Guay. —Sonrío y añado—: No tengo UNA pistola. Por no hablar de muchas pistolas… ¡Necesitaría un estante!

Los dos recitamos la siguiente frase a la vez:

—¿Qué voy a hacer… con un estante?

Los *pringaos* que hay en nosotros rompen a reír a carcajada limpia y chocan los cinco con euforia. A continuación, Beau aborda el tema de nuevo.

—Ahora en serio. —Señala con la mano todo el bar—. Este lugar está lleno de mujeres que venderían a sus primogénitos para irse a casa contigo. Elige una y deja que el sexo te saque a la otra de la cabeza.

—Mi polla no me lo permite —murmuro.

Beau suelta una risa.

—¿Puedes repetir eso, por favor?

—Mi polla me lo está poniendo jodido —le explico cabreado—. Intenté

hacerme una paja viendo porno anoche y juro por Dios que no se me ponía dura. Entonces pensé en A…, esta chica de la que te hablo —corrijo, porque le prometí a Allie que no le contaría a nadie lo de nuestra noche juntos—, y ¡bam! —Chasqueo los dedos—. Dura como una roca.

Beau me mira pensativo.

—¿Sabes qué? No creo que estemos ante un caso de sangre mágica rollo Bella.

—¿No?

—No. Creo que has imprimado el coño de esta chica.

Una tos ahogada suena detrás de mí y me giro a tiempo para ver a la camarera pasar por detrás de nosotros. Sus mejillas están sonrojadas y los labios tiemblan como si estuviera intentando no partirse de risa ahí mismo.

Me vuelvo hacia Beau.

—¿Qué quieres decir?

—Me refiero a que estás frente a un dilema rollo Jacob. Has imprimado su coño, y ahora es el único coño en el que puedes pensar. Existes exclusivamente para ESE coño en particular. Como Jacob y ese extraño bebé mutante.

—Eres un cabrón. Claro que te has leído los libros.

—Qué va —protesta Beau. Me ofrece una tímida sonrisa—. He visto las películas.

Decido guardarme el pitorreo para más adelante, porque hay asuntos más urgentes en los que centrarse.

—Entonces ¿cuál es la cura, Dr. Maxwell? ¿Irse de juerga sexual y esperar que se elimine mi imprimación? ¿O seguir trabajándome mis encantos con la esperanza de ganarla por agotamiento?

Mi amigo resopla con fuerza.

—¿Cómo voy a saberlo? —Levanta su vaso de cerveza—. Estoy borracho, tronco. Nadie debería escucharme cuando estoy borracho. —Se acaba el vaso y le pide con señas otro a la camarera—. Qué coño, ¡nadie debería escucharme cuando estoy sobrio!

8
Dean

El segundo partido de la temporada es un desastre absoluto. No. Rectifico. Es un puto baño de sangre.

Hay un silencio sepulcral cuando entramos en fila en el vestuario, la humillación de la derrota se arrastra detrás de nosotros como un charco de alquitrán. Bien podíamos habernos bajados los pantalones, sacado nuestros culos desnudos al aire y haberles pedido alegremente a los del otro equipo que nos dieran una zurra. No solo les hemos dado la victoria, es que no les hemos podido marcar ¡ni un puto gol!

Mientras me quito con violencia la camiseta, reproduzco mentalmente cada segundo del partido. Cada uno de los errores que hemos cometido ahí fuera está grabado a fuego en mi mente como una marca de ganado. Perder jode. Perder en casa jode aún más.

Mierda, esta noche habrá un montón de fans decepcionados en el Malone's. No me apetece nada verlos y sé que mis compañeros de equipo están tan de bajón como yo. Ninguno más que Hunter, eso sí, quien a toda prisa tira al suelo su uniforme como si estuviera cubierto de hormigas rojas.

—Lanzaste unos cuantos disparos cojonudos a portería esta noche —le digo, y es la verdad. Aunque no hayamos marcado ni una vez, no ha sido por falta de intentos. Hemos jugado a tope. Pero el otro equipo ha jugado aún más a tope que nosotros.

—Habría sido más cojonudo si hubiera entrado alguno —dice entre dientes.

Reprimo un suspiro.

—Su portero ha estado inspirado hoy. Ni siquiera G ha podido abatirlo.

Garrett aprovecha ese momento para ir a su taquilla y se apresura a tranquilizar al estudiante de primero con el ceño fruncido.

—No te preocupes, chaval. Va a haber mucho más hockey que jugar esta temporada. Vamos a recuperar.

—Sí, claro. —Hunter no está convencido, pero no tenemos la oportunidad de

darle más ánimos porque el entrenador Jensen entra a paso largo en el vestuario, seguido de Frank O'Shea.

El entrenador no pierde ni un segundo en soltarnos uno de sus breves discursos postpartido. Como de costumbre, suena como si estuviese leyendo un telegrama.

—Hemos perdido. Os sentís mal. No dejéis que os afecte. Solo significa que tenemos que trabajar más durante los entrenamientos y hacerlo mejor en el próximo partido. —Asiente a todo el mundo y se va hacia la puerta.

Creería que está cabreado con nosotros si no fuera porque sus discursos de victoria son más o menos iguales: «Hemos ganado. Os sentís genial. No dejéis que se os suba a la cabeza. Trabajaremos así de duro durante los entrenamientos y ganaremos más partidos». Si alguno de nuestros jugadores de primero espera que el entrenador suelte épicos discursos motivadores al estilo de Kurt Russell en *El milagro*, se va a llevar una gran decepción.

O'Shea se queda en el vestuario. Instintivamente, mis hombros se tensan cuando avanza lentamente hacia mí, pero me sorprende diciendo:

—Buena cobertura en la zona defensiva. Bloqueo sólido en el segundo periodo.

—Gracias. —Todavía me genera recelos el inesperado cumplido, pero ya se ha ido a elogiar a Logan por frustrar con éxito el *power play* en el tercer periodo.

Lanzo mi equipamiento en uno de los enormes cubos para la ropa sucia, salgo en dirección a las duchas y me desprendo del hedor de la derrota de mi cuerpo. No me gusta perder, pero no me doy más de diez minutos para pensar en ello. Mi padre me enseñó ese truco cuando tenía ocho años, después de una derrota particularmente desmoralizadora en el campo de lacrosse.

—Tienes diez minutos —me dijo—. Diez minutos para pensar en lo que hiciste mal y en lo mal que te sientes en este momento. ¿Estás listo?

Le dio al botón de su reloj y me cronometró, y durante esos diez minutos reflexioné, puse mala cara y me revolqué en la humillación. Recordé los errores que había cometido en el campo y los corregí en mi cabeza. Me imaginé dándoles un puñetazo en la boca a cada uno de los jugadores del equipo contrario. Y entonces mi padre me dijo que el tiempo había terminado.

—Ya está. Se acabó —dijo—. Ahora mira hacia adelante y averigua cómo vas a hacerlo mejor.

Joder, adoro a mi padre.

Cuando estoy fuera de la ducha, la amargura de la derrota de esta noche se ha desvanecido, está escondida en un archivador interno, en una carpeta con el

nombre «cosas de mierda».

Creo que Garrett utiliza el mismo sistema de archivo, porque prácticamente está pegando botes de alegría cuando nos encontramos con Hannah en el aparcamiento. Tira de ella hacia sus brazos y le planta un beso en los labios.

—Hola, cariño.

—Ey. —Se arrima más a él—. ¡Qué frío hace! No me sorprendería nada que empezara a nevar en este momento.

Tiene razón. Hace mucho frío fuera y cada vez que respiramos, una nube blanca flota en el aire.

—¿Al bar o a casa? —pregunta Logan, uniéndose a nosotros junto a nuestros coches.

—Al bar —dice Garrett—. No me apetece mucho tener a nadie en casa esta noche. ¿A vosotros?

Después de un partido, o tiramos hacia el Malone's, o invitamos a nuestros compañeros de equipo y colegas a casa, pero es evidente que a ninguno de nosotros le apetece hacer de anfitrión esta noche.

—Al bar —repite Logan, y yo asiento en conformidad.

—¿Estamos esperando a Tucker? —Miro alrededor del parking, pero no veo a nuestro compañero de piso en ningún sitio—. ¿Y Grace?

—Tuck ya se ha ido con Fitzy —responde Logan—. Y Grace no viene esta noche. Está en la emisora de radio.

Fingiendo que no me importa, miro a Hannah.

—¿Qué pasa con tu otra mitad?

—Estoy aquí —dice Garrett con prepotencia.

—Hablaba de la otra de sus mitades. —Le sonrío a Hannah—. ¿La rubia canija reina del drama con la que sueles salir?

—No tenía ganas de salir esta noche. Está demasiado ocupada estando triste.

—¿Triste por qué? —Pero ya sé la respuesta. Su exnovio, obviamente.

Hannah confirma mis pensamientos.

—Sean. La llamó esta mañana y no sé qué le ha dicho, pero desde ese momento ha estado supercallada y tristona. Me habría quedado en casa esta noche, pero no me quise perder el partido.

Garrett se inclina para besar su mejilla enrojecida por el frío.

—Me alegro de que hayas venido. Agradecemos tus ánimos, cariño.

—Qué bajón que hayáis perdido —dice, pero a mí me preocupa más pensar en que Allie está sola y tristona en su residencia. Es probable que tenga la cabeza dentro de un bote gigante de helado en este mismo instante, mientras que de

fondo suenan los Mumford & Sons.

—¿Estás segura de que no es mejor que te vayas a la resi a haceros trencitas en el pelo o algo así? —le pregunto a Hannah—. Eso es lo que hacéis las chicas para daros apoyo moral, ¿verdad?

—Sí, Dean. Eso es exactamente lo que hacemos. Nos hacemos trencitas y después hacemos guerras de almohadas en pelotas y ensayamos cómo besarnos.

—¿Puedo ir? —A Logan y a mí se nos escapa al unísono.

—Más quisierais. Y no, no voy a casa aún. Le mandé un mensaje a Allie durante el tercer tiempo e insiste en que está bien. Está bebiendo margaritas y viendo una serie horrible. Y cuando digo horrible, quiero decir horrible DE VERDAD. Ni siquiera unos caballos salvajes podrían arrastrarme de vuelta allí esta noche.

—¿Qué serie? —pregunta Garrett con curiosidad.

—Lo peor que le ha podido pasar nunca a la televisión —no dice más que eso y todo el mundo se ríe.

Logan golpea ligeramente el capó de mi BMW.

—¿Estamos listos para irnos?

Dudo.

—En realidad, ¿te importa ir con G y Wellsy? Tengo que hacer un par de cosas antes. Os veo allí.

—Claro —dice alegre. Se aleja de mi coche y va hacia el Jeep de Garrett.

Me subo al asiento del conductor y arranco el motor, pero espero hasta que el Jeep desaparece del parking antes de salir de mi plaza de aparcamiento. Solo tengo una cosa que hacer y no es algo que quiera que ninguno de mis amigos sepa.

#ALLIE

Cuando escucho el golpe en la puerta, lo primero que se me viene a la cabeza es que es Sean. Rezo para que no sea así, porque después de la rarísima e inquietante conversación de esta mañana, no estoy preparada para verlo.

—*Te perdono*.

Soltó esas dos palabras al segundo de contestar yo al teléfono. Yo, a su vez, tuve que hacer un gran esfuerzo por no escupir algo desagradable en respuesta. Que me perdone implica que el haberme acostado con otra persona está mal, y no es el caso. No le he puesto los cuernos. No le he mentido. Por supuesto que tener relaciones sexuales con Dean justo después de romper con Sean no es algo

de lo que esté orgullosa, pero, ni soy la primera chica en saltar en la cama de un tío para olvidar una mala experiencia, ni seré la última, eso seguro.

Aun así, a pesar del resentimiento que su «perdón» me había provocado, una parte de mí se sintió aliviada al oírlo. Dios sabe que me he sentido culpable por mi noche loca con Dean, así que tal vez la absolución era justo lo que buscaba cuando le confesé mi pecado a Sean la otra noche.

Sin embargo, eso no quiere decir que esté lista para verlo cara a cara. Me preguntó si podríamos vernos para un café, alegando que tenía más cosas que decirme, pero que no quería hacerlo por teléfono. Le dije que me lo pensaría. Ahora, cuando otro golpe suena en la puerta, espero de verdad que no haya decidido forzar la situación.

Me preparo para una confrontación y abro la puerta. Pero no es Sean. Es Dean.

—Hola, muñequita. —Me muestra una sonrisa y entra en el interior de mi cuarto—. Wellsy me ha dicho que estabas tristona, así que me he pasado para darle la vuelta a tu estado de ánimo.

—No estoy tristona —protesto.

—Aún mejor, así me ahorro tener que trabajar. —Se abre la cremallera de su cazadora y la lanza en el brazo del sofá. Luego se quita su jersey y camiseta y se queda solo con sus pantalones vaqueros azules desgastados.

Le miro con incredulidad.

—¿Te acabas de quitar la camiseta o me lo he imaginado?

—Sí. No me gustan las partes de arriba.

No le gustan las partes de arriba.

Este tío… joder, ni siquiera sé lo que pienso de él.

Se gira hacia el sofá, y la forma en la que su culo apretado se mueve debajo de la tela vaquera me hace recordar lo firme que estaba cuando se lo apreté. Después baja su alargado cuerpo hacia los cojines del sofá, lo que provoca que la tela se tense sobre su paquete, y lo que ahora me viene a la cabeza es cómo mi boca se había hecho agua cuando la llenaba su polla.

—*Oh sí, chúpala, bonita. Chúpala como si fuera tuya.*

La voz ronca y masculina resuena en mi mente. Mis labios empiezan a picar, porque, joder, vaya que si la chupé. La chupé como si fuera una piruleta, o un cono de helado, o cualquier otra deliciosa golosina imaginable; todo junto dando forma a una polla superdura.

Mierda, creo que podría estar sonrojada. Mierda, se confirma cuando Dean me guiña un ojo. ¿Sabe que estoy pensando en la mamada?

Pero ¿qué estoy diciendo? Por supuesto que sí lo sabe. Un tipo como Dean probablemente asume que todas las personas, en todo momento, están pensando en hacerle una mamada.

Estira un brazo sobre el respaldo del sofá y me hace señas con la otra mano.

—¿Vas a sentarte o qué?

—Me quedaré de pie, gracias.

—Eh, vamos. Que no muerdo.

—Sí que muerdes.

Esos ojos verdes brillan.

—Tienes razón. Muerdo.

Parece demasiado cómodo sentado en mi sofá. Un Adonis rubio con el pecho y los músculos esculpidos en oro y el rostro perfectamente cincelado. Si el hockey no funciona para él, debería considerar hacerse modelo. Dean Di Laurentis rezuma sexualidad. Se podría poner su cara en una etiqueta de laxante y todas las mujeres del mundo estarían suplicando tener estreñimiento solo para tener una excusa para comprarlo.

—En serio, Allie-Gátor, siéntate. Estás empezando a no hacerme sentir bienvenido.

—Es que NO eres bienvenido —suelto—. Estaba teniendo una noche perfectamente agradable hasta que apareciste.

Parece herido, pero no sé si es auténtico o si se lo hace. Sospecho que es lo último.

—De verdad no te caigo bien, ¿eh?

La culpa me da un pellizco. Mierda. Tal vez le he hecho daño de verdad.

—No es eso. Sí me caes bien, pero no estaba de coña cuando dije que no me mola el sexo casual, ¿vale? Cada vez que pienso en lo que hicimos el pasado finde, me siento…

—¿Cachonda? —ofrece.

Sí.

—Un poco «putón».

No me esperaba la llamarada de cabreo que vislumbro en sus ojos.

—¿Quieres un consejo, cariño? Borra esa palabra de tu vocabulario.

De repente me siento culpable de nuevo, pero no estoy segura de por qué. A regañadientes, me uno a él en el sofá asegurándome de mantener cierta distancia entre nosotros.

—Lo digo en serio —continúa—. Deja de llamarte eso y avergonzarte a ti misma. Y que le den por saco a la palabra «putón» o «puta». Es ofensivo. Y la

gente debería ser capaz de tener relaciones sexuales siempre que les apetezca, todas las veces que les apetezca, con todas las personas que les apetezca, sin que se les cuelgue una etiqueta de mierda.

Tiene razón, pero…

—La etiqueta está ahí, nos guste o no —señalo.

—Sí, y fue creada por mojigatos, juiciosos gilipollas, y celosos imbéciles a los que les molaría echar polvos habitualmente pero no pueden. —Dean niega con la cabeza—. Hay que dejar de pensar que lo que hicimos tiene algo de malo. Nos divertimos. Tomamos precauciones. No le hicimos daño a nadie. No es asunto de nadie lo que tú o cualquier otra persona haga en la intimidad de su dormitorio, ¿vale?

Por extraño que parezca, sus palabras tienen éxito en aliviar parte de la vergüenza que he sentido atrapada dentro de mí desde el viernes por la noche. Pero no toda.

—Se lo conté a Sean —confieso.

Dean frunce el ceño.

—No lo tuyo —agrego a toda prisa—. Solo le dije que me acosté con otra persona.

—¿Por qué hiciste algo así?

—No lo sé. —Gruño de frustración—. Sentía como si le debiera la verdad, pero es una locura, ¿verdad? Quiero decir, hemos roto. —Otro gemido se me escapa, este más angustiado que el primero—. Pero hemos estado juntos durante mucho tiempo. Estoy tan acostumbrada a contarle todo…

Dean frota de forma inconsciente el cojín que hay detrás de mi cabeza. El movimiento dirige mi mirada a sus bíceps, la deliciosa flexión de unos músculos perfeccionados durante años de actividad física.

—Dime la verdad —dice finalmente—. ¿Quieres volver con ese chico?

Niego con la cabeza lentamente.

—¿Estás segura?

—Estoy segura. —Pienso en las peleas constantes que Sean y yo hemos tenido desde el verano, y me siento aún más segura con mi decisión de terminar la relación. Todos los comentarios rencorosos que me había lanzado…, burlándose de mis sueños…, dándome ultimátums para el futuro…

Puede que Sean me haya perdonado por lo que hice después de nuestra ruptura, pero de repente no estoy convencida de haberle perdonado yo por lo que hizo antes de romper.

—Dejamos de estar hechos el uno para el otro. —Trago el dolor que siento en

la garganta—. Si fuera posible quedarse en la universidad para siempre, entonces sí, Sean y yo probablemente seguiríamos juntos. Pero es hora de crecer, y queremos cosas completamente diferentes para el futuro. O por lo menos eso creo yo. Esta ruptura me está volviendo loca. Ni siquiera sé qué pensar ya.

—Ese es tu problema. Piensas demasiado.

No puedo evitar reír.

—Dios, ¿ese es tu consejo? ¿Que deje de pensar?

—Que dejes de obsesionarte. —Se encoge de hombros—. Has roto con ese tío por una razón en concreto, y si quieres mi opinión, es una buenísima razón, y ahora tienes que tirar para adelante con ella. Deja de hablar con él y deja de darle vueltas y dudar de lo que hiciste.

—Tienes razón —digo a regañadientes.

—Claro que la tengo. Yo siempre tengo razón. —Con una sonrisa arrogante, se acerca más a mí y apoya una gran mano en mi rodilla—. Bueno, pues este es nuestro plan para esta noche. En primer lugar vamos a echar un polvo para relajarnos, a continuación, pediremos una pizza para reponer la energía, y después de eso, segunda ronda. ¿Suena bien?

La exasperación emerge dentro de mí. Cada vez que pienso que Dean es más que un simple salido obsesionado con el sexo, va y me demuestra que estoy equivocada. O mejor dicho, me demuestra que tengo razón.

—¿Has pensado en ver a un psiquiatra por el tema de tus delirios? —pregunto de forma cortés—. Porque mira, precioso, no hay ni una sola posibilidad en el universo de que tú y yo echemos un polvo esta noche.

—Vale. ¿Qué tal si en su lugar nos damos mutuamente sexo oral?

—¿Qué tal si te largas?

—Contraoferta: me quedo y nos refregamos el uno contra el otro con ropa.

Dios, este tío es incorregible.

—Contraoferta: puedes quedarte, pero no tienes derecho a hablar.

—Me quedo, puedo hablar, pero no te entro.

Me lo pienso.

—Te quedas, no me puedes entrar y tienes que ver mi serie favorita sin quejarte ni una sola vez.

Una amplia sonrisa se extiende por todo su rostro.

—Acepto sus términos, señorita.

9
Allie

—¿Qué vamos a ver? —«Don No me gustan las partes de arriba» mira a la pantalla de televisión. Está en *pause*, en los títulos de crédito del comienzo del episodio que estaba a punto de empezar a ver cuando apareció Dean.

—*Solange* —respondo.

Arruga la nariz.

—¿Qué es *Solange*?

—Es una telenovela francesa que veo para aprender francés.

Dean se ríe.

—Sabes que hay un departamento de francés en nuestra universidad, ¿verdad? Y que puedes asistir a las clases.

—Sí, donde lo único que hacen es conjugar los verbos y aprender a preguntar cómo llegar a no sé dónde y dónde está el baño. A mí lo que me va es la inmersión lingüística. Si escucho a la gente hablar en francés durante el tiempo suficiente, lo pillaré mucho más rápido.

Levanta las cejas.

—¿Cómo te va funcionando hasta ahora?

—No demasiado bien… —Se vuelve a reír—. Pero estoy solo en la primera temporada — protesto—. Estoy segura de que después de un par de temporadas más, hablaré con fluidez.

Dean mira la pantalla y después a mí. Está claro que está pensándose si ha cometido un grave error viniendo a mi cuarto esta noche o no. Pero me sorprende diciendo:

—Está bien. Ponme al día. ¿De qué va la serie?

—¿Estás hablando en serio?

—Por supuesto.

—¿De verdad? —Le miro sonriente porque esta es la primera vez que alguien se ofrece a ver la serie conmigo. Todos mis amigos se niegan a hacerlo, aunque tengo que decir en favor de Hannah que al menos ella se tragó el piloto. Cuando

acabó me dijo que preferiría que los cuervos le picotearan los ojos a ver el siguiente episodio. Honestamente, no se lo echo en cara. No es una buena serie. Soy consciente de eso. Pero lo que comenzó como un ejercicio para aprender idiomas, terminó enganchándome a más no poder. Para mí, ahora mismo, es como el crack.

—Ok, pues aquí vamos con *Solange.* —Le doy al *play* y una pelirroja increíble con unas tetas enormes y una cintura diminuta aparece en la pantalla.

—Toma ya —dice sonriendo—. Esas son las que dan nombre a la serie…

—¿Por «esas» quieres decir «tetas»?

—Obviamente. Las tetas como concepto son una cosa genial.

Suspiro.

—En fin, Solange está saliendo con Sebastian…

—Sebastian, ¿eh? Es mi segundo nombre. —Hace una pausa—. Bueno, uno de ellos —rectifica.

Frunce el ceño.

—¿Cuántos segundos nombres tienes?

—Dos. Mi nombre completo es Dean Sebastian Kendrick Heyward-Di Laurentis.

Sacudo la cabeza de asombro.

—¿Qué les dio a tus padres? ¿Por qué te pusieron tantos nombres? ¿QUERÍAN que se burlasen de ti en el cole?

Eso le hace reír.

—Créeme, no es nada en comparación con algunos de los chicos de mi instituto. Había un chico con el que jugaba al lacrosse que tenía seis segundos nombres.

—¿Estás diciendo que es algo habitual de la gente con pasta? Poner la mayor cantidad de sílabas innecesarias en la partida de nacimiento de su hijo.

—*Naah,* se hace generalmente para reconocer a los abuelos o a algún otro pariente rico. —Se encoge de hombros—. Sebastian es mi abuelo por parte de padre, Kendrick por parte de madre.

Supongo que eso tiene sentido. Pero, jo, su nombre completo es un trabalenguas total.

Algo me llama la atención y rápidamente señalo a la pantalla.

—¿Ves a ese tío espiando en la esquina? ¿El de bigote? Es Antoine. Está espiando a Solange.

Dean da un grito exagerado en plan coña.

—¡La trama se complica!

Le hago un corte de mangas.

—*Peeero*, en el último episodio nos dimos cuenta de por qué la está espiando, y no es porque se la quiera hacer.

—¿Se la quiera hacer?

—Ya sabes, se la quiera tirar.

—Ya. —Sus labios se contraen como si estuviera intentando no reírse—. Y entonces ¿por qué la está espiando?

—¡Porque la madre de Solange le ha PAGADO para que lo haga! —Bajo la voz y después me siento como una gilipollas, porque no es como si Solange pudiera oírme—. *Oooh*, y escucha. En el último episodio se produjo otro giro enorme. La compañera de trabajo de Solange en la agencia de modelos… Ah, mira, ahí está. —En la pantalla, una impresionante rubia entra en el restaurante y mueve sus caderas en su camino hacia la mesa de Solange—. Es su madre —le informo a Dean—. ¡La madre de Solange se hace pasar por su compañera de trabajo!

Él frunce el ceño.

—¿Cómo es posible? Son de la misma edad.

—No —digo con aire de superioridad—. Aquí es donde la empresa de cosmética entra en acción.

Dean parece completamente perdido.

—¿Qué empresa de cosmética?

—*Beauté éternelle*. Lo busqué y significa «belleza eterna». La familia de Solange es la dueña. Ah, y su padre y su tío son cirujanos plásticos de renombre. De todos modos, Solange piensa que su madre se largó cuando ella era una niña. Bueno, en realidad su madre SÍ que se largó, pero cuando el padre murió, Marie-Thérèse regresó a la Costa Azul y chantajeó al tío para que la operase, ya sabes, cirugía plástica, y por eso ahora parece una persona totalmente diferente. Solange ignora por completo que se ha pasado los últimos seis meses trabajando con su madre.

—Allie. —Dean se inclina hacia delante y me observa con una mirada extrañamente sombría—. Esta serie es absurda.

—Ya lo sé —le digo avergonzada—. Pero es adictiva. Créeme, en cuanto veas un capítulo de esta basura, te vas a enganchar.

—Lo siento, muñequita, pero te puedo garantizar que eso es absolutamente imposible.

#DEAN

No era imposible.

Dios mío, ayúdame. Me mola esta serie.

He venido hasta aquí esta noche con la única intención de poner a trabajar mis encantos y convencer a Allie para que se desnude conmigo otra vez, y en su lugar estoy bebiéndome una margarita, acabo de ver dos horas de un culebrón francés y le estoy poniendo un mensaje a Logan para decirle que no voy a ir al Malone's porque… Dios me ayude… ¡quiero saber qué pasa con Solange!

Marie-Thérèse y Antoine se han liado en el último capítulo, que terminó con una enloquecida Marie-Thérèse sosteniendo un abridor de cartas en la garganta de Antoine…, sin que hubiera ninguna indicación previa de que tenían algún conflicto entre ellos. O bueno, quizá sí que lo hubo y simplemente no lo hemos pillado porque ¡no hablamos francés, hostias!

—Todavía no entiendo por qué le guarda rencor a Solange —admito mientras Allie se cierne sobre la mesa de centro para rellenar nuestras margaritas. El amplio escote de su camiseta se desplaza hacia un lado, proporcionándome una estupenda vista de su hombro desnudo y la curva de su teta izquierda.

Estoy a punto de hacer un comentario sobre lo mucho que aprecio la atractiva vista que tienen mis ojos, pero me freno a tiempo. Prometí que no volvería a entrarla esta noche, y si rompo la promesa me puede mandar a mi casa antes de que averigüe por qué Marie-Thérèse ha intentado matar a Antoine.

Allie se deja caer a mi lado y choco los cinco conmigo mismo mentalmente, porque esta vez ya no se ha asegurado de que haya dos palmos de distancia entre nosotros. Nos separan unos centímetros, lo que me dice que está empezando a sentirse cómoda conmigo.

—Yo tampoco estoy segura. Aún no me he enterado bien del todo del trasfondo de la historia. Creo que tiene algo que ver con que el padre de Solange quería más a su hija que a su mujer —reflexiona Allie—. En los capítulos anteriores aparecen algunos *flashbacks* que daban a entender de forma muy explícita que el padre quería hacérselo con su hija.

—Retorcido pervertido.

Se ríe.

Nos callamos cuando el siguiente capítulo empieza exactamente donde lo dejó el anterior. Antoine logra dominar a Marie-Thérèse y los dos empiezan a discutir durante diez minutos. No podría decir por qué, porque la serie es en francés, pero me he dado cuenta de que la palabra *héritier* aparece una y otra vez durante la bronca.

—Vale, tenemos que buscar esa palabra ya —digo, algo irritado—. Creo que es importante.

Allie coge su móvil y desliza su dedo por la pantalla. Me asomo por encima de su hombro mientras abre una aplicación de traducción.

—¿Cómo crees que se escribe? —pregunta.

Deletreamos la palabra incorrectamente tres veces antes de toparnos finalmente con una traducción que tiene sentido: «Heredero».

—¡Oh! —exclama—. Están hablando del testamento del padre.

—¡Claro! ¡Es eso! Está cabreada porque Solange heredó todas esas acciones de *Beauté éternelle*.

Chocamos los cinco por adivinar de qué iba la historia y, en el momento en el que nuestras palmas se tocan, un rayo de nitidez se cuela en mí y me doy cuenta de en qué se ha convertido mi vida.

Con un gruñido, le arrebato el mando a distancia y le doy al *stop*.

—Oye, que todavía no ha terminado —protesta.

—Allie. —Cojo y suelto aire en una respiración constante—. Tenemos que parar de inmediato antes de que mis huevos desaparezcan por completo y borren la palabra «hombre» de mi carnet de identidad.

Una ceja rubia se levanta.

—¿Quién tiene el poder de borrar eso?

—No lo sé. La poli. El Consejo de Hombres. Los masones. Jason Statham. Elige el que prefieras.

—¿Así que eres demasiado viril para ver una telenovela francesa?

—Sí. —Me enchufo el resto de la margarita, pero el sabor salado es otro recordatorio de lo bajo que he caído—. Dios. Y estoy bebiendo MARGARITAS. Eres mala para mi reputación, muñequita. —Le disparo una mirada de advertencia—. Nadie puede enterarse de esto, ¿eh?

—Ja. Voy a ponerlo todo en internet: ¡Adivinad qué, chicos! Dean Sebastian Kendrick Heyward-Di Laurentis está en mi casa ahora mismo viendo un culebrón y tomando cócteles de chicas. —Me saca la lengua—. Nunca volverás a echar un polvo.

Tiene razón en eso.

—¿Puedes al menos añadir que la noche terminó con una mamada? —Gruño —. Porque entonces todo el mundo dirá: «Oh, sufrió pasando por todo eso para poder tener su palo bien engrasado.»

—¿Su palo engrasado? Es una descripción asquerosísima. —Pero sus ojos brillan y su boca ríe mientras lo dice.

Dios, es tan guapa. Y sexy…, tan condenadamente sexy. Me pregunto por qué no me di cuenta antes, pero supongo que es porque todas las veces que la he visto antes de la noche del viernes, estaba pegada a su novio.

En cuanto pienso en el ex de Allie su teléfono vibra. Hablando del rey de Roma.

—¿Qué es lo que quiere ahora? —Me cuesta ocultar mi cabreo, pero ella está demasiado distraída por el mensaje como para darse cuenta.

Me acerca la pantalla y mi cabreo crece: *Podemos vernos para 1 cafe? D verdad necesito hablar contigo.*

—Di que no —le aconsejo.

Sus dientes se clavan en su labio inferior.

—Es difícil.

—No pareces tener ningún problema en decírmelo a MÍ.

—No he estado saliendo contigo durante tres años —señala.

Con delicadeza cojo el teléfono de su mano y lo pongo sobre la mesa.

—Bueno. ¿Estás lista para una charla seria?

Asiente con la cabeza temblorosa.

—Sean va a seguir mandándote mensajes al móvil. Va a seguir enviándote emails, y llamando y haciendo todo lo posible para recuperarte. ¿Quieres saber por qué? Porque eres inteligente y divertida y estás buenísima, y él sabe que es un idiota por dejarte marchar.

Sus ojos se llenan de sorpresa.

—Él va a seguir haciéndolo. Y eso significa que tienes que aprender a ignorarlo. —Estudio su rostro—. Bueno, si vas en serio con lo de seguir adelante.

Asiente de nuevo, esta vez con decisión.

—Voy en serio.

—Entonces, pasa página, linda. No puedes huir a la casa del novio de tu amiga o esconderte en tu residencia cada noche. Dile al tío que no quieres hablar con él, y después sal por ahí y distráete. Puedo ayudarte a eso si quieres.

—Déjame adivinar —dice ella con sequedad—. Te ofreces como voluntario para un homenaje de sexo.

—No. Por una vez no estoy hablando de sexo.

—¿Qué sugieres entonces?

Sonrío.

—Creo que necesitas vivir «La vida de Dean».

—Eh. Bueno. Así que debería ponerme unas protecciones de hockey y dejar

que unos cuantos gigantes me empotren contra la valla todas las noches, para después recompensarme a mí misma con una cadena sin fin de rollos sexuales de una noche o un rato. Lo pillo.

Me inclino hacia adelante y tiro de un mechón de su cabello.

—No seas capulla.

—Te ofrezco mis disculpas. —Sonríe—. Por favor, cuéntame más cosas de «La vida de Dean».

Mi mano se desplaza por su suave mejilla hasta cogerle de la barbilla.

—Mírame, Allie-Gátor. ¿Te da la sensación de que tengo muchos problemas? ¿Alguna vez crees que podrías encontrarme en mi habitación abatido o estresado por gilipolleces triviales?

—No —dice lentamente.

—Se podría decir que soy una persona feliz en general, ¿verdad?

Su mirada sospechosa se clava en mis ojos.

—Sí. Pero ¿cómo es eso posible? Nadie es feliz TODO el tiempo.

—Es absolutamente posible. —Paso el dedo pulgar por su labio inferior. Sus labios son la hostia de suaves. Me muero por otro beso suyo—. ¿Quieres saber mi secreto?

—¿Eh? —Parece distraída. Le acaricio los labios de nuevo y me gusta cuando su respiración se entrecorta.

—Yo hago lo que quiero, cuando quiero. Y no me importa una mierda lo que los demás piensen de mí.

Eso llama su atención.

—Suena bien eso de poder hacer lo que uno quiere todo el tiempo. Por desgracia, no es así como funciona la vida.

—Hay que hacer que la vida funcione para ti, *baby*. —Mis dedos se desplazan por su cuello esbelto, rozando su punto de pulso—. ¿Qué quieres, Allie? Dime una cosa que lleves tiempo muriéndote por hacer pero para la que no has tenido tiempo.

Arruga la frente mientras se lo piensa.

—Vale. Llevo tiempo queriendo empezar una nueva limpieza, pero no hago más que posponerla.

—¿Eh? Ni idea de lo que dices.

—Un par de veces al año tomo solamente unos zumos especiales —explica—. Es una mierda, porque uno está a dieta líquida durante dos semanas enteras, pero cuando acabas te sientes mucho mejor.

—Eres muy friki. Elige otra cosa. ¡Algo normal, por Dios!

Hace una pausa y vuelve a sumirse en sus pensamientos de nuevo. A continuación su expresión se ilumina.

—Siempre he querido aprender a bailar salsa.

Joder. Qué típico de tías.

—Pues hazlo —le digo.

Ella se muerde el labio de nuevo.

—No sé… Se lo mencioné a Sean una vez, pero no quería recibir clases conmigo y me daba demasiada vergüenza ir sola. Lo estuve mirando y me enteré de que si uno se presenta ahí solo, te ponen con una pareja al azar.

—¿Y qué? Es una oportunidad de hacer nuevos amigos. —Me encojo de hombros—. Creo que deberías apuntarte.

—¿Estás ofreciéndote a ir a clase de salsa conmigo? —Su expresión es de esperanza.

Resoplo.

—Ni de coña. Yo solo hago lo que quiero, ¿recuerdas? Y no quiero bailar salsa. Pero creo que TÚ deberías hacerlo.

—Quizá lo haga —dice pensativa.

—Ese es el espíritu. —Le doy un pellizquito en la barbilla—. Quédate conmigo, chavala, y tu vida cambiará para mejor. Esa es la garantía Di Laurentis.

Allie exhala un suspiro.

—¿Qué pasa? —exijo.

—Me resulta imposible decidir si estás siendo sincero conmigo o si estás tratando de meterte en mis pantalones otra vez.

Subo y bajo las cejas.

—¿Quién dice que no pueden ser las dos cosas a la vez? —Cuando eso me hace ganarme otro suspiro, mi voz se vuelve ronca—. Estoy siendo sincero.

—Uau. Creo que lo dices de verdad.

Por alguna razón, su examen exhaustivo hace que me mueva inquieto. Y de repente, soy totalmente consciente de que llevo el torso desnudo. A ella le pasa lo mismo, porque sus grandes ojos azules bajan y se centran en mis abdominales antes de apartar la mirada de golpe. El aire entre nosotros parece arder. Las pupilas de Allie están dilatadas y no hay duda del rápido aleteo de su pulso en el centro de su cuello.

Reconozco la excitación sexual cuando la veo. La pequeña Dean también la reconoce y se ensancha rápidamente detrás de mi cremallera.

—Allie… —Mi voz sale ronca.

Se levanta del sofá antes de que pueda parpadear.

—*Yyyyyy*… es el momento perfecto para que te vayas a casa.

Suena excesivamente alegre y noto perfectamente que está haciendo un gran esfuerzo para controlar las mismas oleadas gigantes de deseo que me golpean contra el fondo del mar y me tragan entero.

Como me quedo sentado, frunce el ceño con fuerza.

—Vístete y vete a casa, Dean.

—Allie. —Poco a poco me levanto para ponerme de pie. Mi boca está llena de grava cuando digo—: Quiero…

Levanta la mano.

—No te atrevas a terminar la frase. Lo digo en serio, es hora de que te vayas.

Quiero preguntarle cuánto tiempo va a seguir luchando contra esto, pero como sé que solo conseguiría enfadarla aún más, mantengo mi boca cerrada y hago lo que la señorita me pide: me largo.

De camino a casa, me resigno a otra noche de acercamiento íntimo y personal a mi mano derecha.

10
Dean

Al día siguiente, tengo la mala suerte de salir de la clase magistral de Relaciones Internacionales al mismo tiempo que Sabrina. Me tenso, esperando la inevitable pulla hiriente.

—Se te veía un poco perdido ahí dentro, Riquito. ¿El profesor Burke no ha hablado lo suficientemente lento para ti?

Y efectivamente, aquí está.

Resoplo.

—Claro, porque soy tonto. Muy buena. —No me molesto en pedirle que no me llame «Riquito». No hay nada que pueda hacer para que deje de hacerlo, como tampoco existe nada que pueda hacer para que Summer se olvide de mi apodo de niño. Sabrina decidió que soy un niño rico, estúpido y consentido desde el momento en que nos conocimos.

Pero por supuesto, eso no la impidió echarme un polvo ¿verdad?

—¿Qué pobre estudiante de primero va a hacer los trabajos por ti? —pregunta con dulzura—. Tienes un montón de números de chavalas en los favoritos de tu teléfono, ¿verdad? Supongo que alguna de ellas te hizo los trabajos para acceder al máster de Derecho, ¿no?

Me detengo en el último escalón de la entrada principal. Tolero sus burlas porque no vale la pena defenderme, pero de vez en cuando tengo que marcar los límites.

—Simplemente te jode mogollón que haya sacado dos puntos más que tú, ¿verdad? —Cuando sus fosas nasales se dilatan, sé que he metido el dedo en la llaga.

Se recupera rápidamente.

—Probablemente haya sido porque le has pagado a alguien para que haga el examen por ti… una vez más.

—Sigue diciéndote eso a ti misma, guapa. Lo que te ayude a dormir por la noche.

Sabrina se echa su pelo largo y oscuro sobre su hombro.

—Duermo muy bien, gracias. Saber que las notas que tengo LAS SACO con mi propio esfuerzo hace que mi existencia sea muy tranquila. Deberías probarlo alguna vez.

Esta vez es ELLA la que mete el dedo hasta el fondo. Mi ceño fruncido se extiende también a mi boca, pero no muerdo el anzuelo, porque eso es exactamente lo que quiere que haga. Lleva soltándome este rollo de mierda desde segundo y estoy ya hasta los mismísimos cojones.

—Disfruta del resto de día, Sabrina. —Con un gesto de indiferencia, bajo las escaleras y me pregunto si su plan es mantener esta pelea en la facultad de Derecho el año que viene. Joder, espero que no. Su hostilidad huele ya un poco y es un coñazo.

Hablando de coñazos, se supone que debo estar en el colegio de primaria Hastings en veinte minutos para mi primer entrenamiento con el equipo de los críos. ¡Vamos, Hurricanes!

Mientras hago el recorrido de diez minutos en coche hasta el centro, maldigo a O'Shea por obligarme a ser voluntario en esta historia y reflexiono sobre la autenticidad de los muñecos de vudú. Finalmente, decido que da igual si es de verdad o no. Sea como sea, será divertido clavarle alfileres a una versión minúscula de Frank O'Shea en forma de muñeco. Cuando el muñeco acabe desintegrándose a causa de todos los agujeros que pienso hacerle, podré utilizar la cabeza como pelota antiestrés.

En un semáforo en rojo le envío un mensaje rápido a Fitzy, mi compañero de equipo: *Oye, sabes cómo hacer un muñeco d vudú?*

Su respuesta no llega hasta que aparco junto al pequeño estadio que hay frente al colegio.

Él: *Pensaría q me estás tomando el pelo, pero la pregunta es lo suficientemente absurda como para ver q vas n serio. Ni idea d cómo hacer un muñeco de v. Probablemente vale con cualquier muñeco viejo, no? Lo difícil será encontrar un brujo de vudú q lo vincule a tu objetivo.*

Yo: *Tiene sentido.*

Él: *Lo tiene??*

Yo: *Vudú implica magia, hechizos, etc. No creo q funcione cualquier muñeco. Si no, todos ls muñecos serían de vudú, verdad?*

Él: *Verdad.*

Yo: *Bueno, tío. Gracias. Pensé q igual tú lo sabrías.*

Él: *X q co**nes iba yo a saber eso?*

Yo: *Te molan todos esos juegos de rol fantásticos. Sabes d magia.*

Él: *No soy Harry Potter, joder.*

Yo: *Harry Poter es un nerd. Tú eres un nerd!! Ergo, tú eres un niño mago.*

Me envía el emoticono del dedo corazón extendido y luego dice: *Birras x mi cumple esta noche n Malone's. Sigues pudiendo venir?*

Yo: *Sí.*

Él: *Nos vemos luego.*

Me meto el teléfono en el bolsillo de la cazadora y salto fuera del coche. Por lo menos tengo algo chulo esperándome después de esto. Unas cervezas para celebrar el vigésimo primer cumpleaños de Fitzy será mi recompensa por pasar la tarde entrenando a chavales en contra de mi voluntad.

La pista está vacía cuando entro por la doble puerta. El aire frío me saluda como si fuese un viejo amigo e inhalo. Cambio la mochila a mi otro hombro y recorro la distancia que hay hasta el banquillo del equipo local, donde un hombre alto con un suéter rojo y unos desgastados patines de hockey negros está mirando una carpeta. El silbato que lleva colgando del cuello me indica que es el entrenador de los Hurricanes.

—¿Di Laurentis? —Cuando asiento con la cabeza, extiende una mano—. Doug Ellis. Un gusto conocerte, chaval. Vi vuestro partido de la *Frozen Four* en la televisión en abril. Jugaste bien.

—Gracias. —Le hago un gesto a la pista de hielo desierta. He llegado con diez minutos de antelación tal y como me ordenó O'Shea—. ¿Dónde están los críos?

—En el vestuario. Saldrán enseguida. —Deja la carpeta sobre el banco—. ¿Te ha contado Chad lo que se espera de ti?

—No—. Dijera lo que dijera O'Shea, no creo que el entrenador Jensen tenga ni la más remota idea de que he sido elegido para trabajar con los Hurricanes.

—Bueno, no es muy complicado. Comenzamos cada entrenamiento con treinta minutos de ejercicios, a continuación hacemos un partido de treinta minutos dividido en tres períodos de diez minutos. Los niños trabajan como bestias. Son buenos chicos, todos ellos. Con talento, inteligentes, con ganas de mejorar sus habilidades y superarse.

—Es estupendo que sea así.

—Les encantaba Kayla… —Al ver mi expresión dice—: Tu predecesora. —Es verdad, la chica que había pillado mononucleosis—. Ella se centró sobre todo en la ofensiva. Hizo un magnífico trabajo, pero voy a serte sincero, me alegro de tener un defensor a bordo. Algunos de los chicos tienen problemas gestionando la zona defensiva. Me gustaría que les echaras un cable.

Charlamos durante unos minutos sobre mi trabajo y después me da algunas advertencias sobre no decir palabrotas cerca de los niños y sobre no agarrarlos con fuerza, empujarlos, ni hacer nada por el estilo.

—Lo pillo… Mantener mi vocabulario para todos los públicos y no tocarlos. ¿Algo más? —le pregunto.

—*Naah.* Ya irás averiguando lo demás a medida que avanza el entrenamiento.

Ellis parece un hombre agradable, y cuando los niños salen a toda velocidad del vestuario y lo saludan como si fuera Jesucristo resucitado, mi opinión sobre él mejora aún más.

Me dijo que era el profesor de gimnasia en el colegio, pero que, incluso si perdiera su trabajo, nunca dejaría este equipo. Ni el equipo de voleibol femenino de octavo al que, al parecer, también entrena.

Me dejo caer sobre el banquillo y rápidamente me quito las Timberland y las reemplazo por los Bauer que metí en la mochila. Después, salto la valla y llego patinando hasta Ellis y los niños. La mitad de ellos llevan camisetas de entrenamiento de color rojo, la otra mitad van de negro. Ellis me presenta al equipo, y oigo «Ooohs» y «Aaahs» cuando se enteran de mis múltiples victorias en la *Frozen Four.* Para cuando preparamos el primer ejercicio de patinaje, cada niño que hay en el hielo está pidiendo que le preste atención de forma individual.

No voy a mentir: me lo paso pipa desde el primer momento. La pasión de los chavales por el hockey me recuerda a cuando yo era un niño, lo emocionado que estaba por ponerme unos patines y rayar el hielo. Su entusiasmo es francamente contagioso.

Cuando Ellis hace sonar su silbato para indicar que es hora de empezar el partido de entrenamiento, me doy cuenta de que estoy de verdad decepcionado de que se hayan acabado los ejercicios. He estado dándole consejos a un chaval de séptimo llamado Robbie durante el último ejercicio de tiro, y el tiro de muñeca que ha disparado a la portería ha sido absolutamente precioso. Quiero ver cómo lo hace otra vez, pero ahora es el momento de que los niños pongan en práctica las habilidades que acaban de aprender aplicándolas al partido.

Ellis y yo hacemos a la vez de árbitros y entrenadores, pitando faltas y ofreciendo consejo cuando es necesario. El partido de treinta minutos termina demasiado rápido para mi gusto. Me podría quedar ahí para siempre, pero Ellis señala el final y les hace gestos a todos los chicos para que se acerquen patinando.

Siento un extraño nudo en mi pecho cuando se dirige a cada niño, uno a uno, para decirles una cosa que hicieron bien en el entrenamiento de hoy. Rostro tras

rostro, se van iluminando todos tras sus halagos, y para cuando Ellis ha terminado, creo que podría haberme enamorado de él.

Dios, es un gran entrenador.

Seguimos a los chavales a los vestuarios y les ayudamos a poner el equipamiento en las taquillas correspondientes. Son un grupo ruidoso y bullicioso, se ríen y bromean entre sí mientras se cambian a su ropa de calle. El pasillo de fuera está lleno de máquinas expendedoras y de padres y madres que esperan a sus hijos. Robbie, sin embargo, se queda atrás. Se ha quitado su equipo de entrenamiento, pero me preocupa verle atándose los patines de nuevo y metiéndose las partes de abajo de los vaqueros dentro de ellos.

—¿Qué haces, chaval?

Parece sorprendido de encontrarme allí de pie.

—Oh. —Se sonroja—. Tengo treinta minutos extra para patinar. —Noto un tono defensivo en su voz—. El entrenador lo sabe.

Dado que tengo claro que uno no puede creerse al pie de la letra la palabra de un niño de trece años, me alejo para localizar a Ellis, que está en el cuarto de equipación sujetando los *sticks* en el largo estante que hay en la pared.

—¿Qué es eso de que Robbie se puede quedar patinando?

Ellis mira hacia la puerta.

—Oh, sí, está bien. Salgo en un segundo a supervisar al crío. Dile que no pase a la pista hasta que yo llegue.

No puedo evitar fruncir el ceño.

—¿Por qué tiene tiempo extra en el hielo?

—Su madre no sale de trabajar hasta las cuatro y media los martes y jueves, y la familia vive en Munsen, así que el autobús escolar no es una opción. —Ellis hace un ruido de disgusto—. Por una historia absurda sobre los límites del pueblo y que los autobuses de Hastings no pueden dar servicio a otros municipios. La madre de Robbie consiguió inscribirlo aquí porque el chico es un gran valor para nuestro equipo, pero al parecer el distrito escolar no cree que sea importante proporcionar un transporte seguro a los chavales que viven fuera del distrito.

—Así que Robbie se queda en el estadio hasta que su madre aparece, ¿no?

Ellis asiente.

—Quedé en eso con Julia al comienzo de la temporada. Me quedo por aquí después del entrenamiento, y le vigilo a él y a su hermana hasta que llega.

¿He dicho ya lo mucho que adoro a este hombre?

—Yo me quedaré por aquí también —me ofrezco—. Le estaba enseñando a

Robbie el arte de los tiros de muñeca antes de que terminaran los ejercicios. No me importaría terminar la lección.

Su expresión es una combinación de sorpresa y respeto.

—Apuesto a que eso le encantaría. Gracias, chaval.

Cuando vuelvo a entrar en la pista, Robbie está patinando en círculos perezosos junto a las vallas. Su pelo rubio oscuro vuela detrás de él y pienso que también le vendría bien una lección sobre el peinado, algo tipo «córtate esa mierda antes de que parezca el peor corte de la historia —el *mullet* ochentero—, o dile adiós a cualquier posibilidad de echar un polvo».

Avanzo por el pasillo de hormigón cuando una voz aguda me sobresalta. Me paro en seco.

—¿Quién eres tú?

Me vuelvo para ver a una pequeña criatura élfica sentada en el centro de las gradas. Bueno, es una niña, pero por Dios bendito, bien podría ser un personaje de una película de Pixar. Unos enormes ojos azules ocupan toda la cara, su pelo es tan rubio que es casi blanco, y su boca es como el pequeño capullo de una rosa.

—¿Quién eres TÚ? —le devuelvo la pregunta arqueando una ceja.

—Yo te he preguntado primero.

Me esfuerzo por reprimir una sonrisa y subo las escaleras hasta llegar a su fila. Echo un vistazo a la pista y está claro que Robbie está pasándoselo bien patinando sin rumbo fijo. Ellis está en la valla mirándolo, así que me siento en el asiento junto al elfo de dibujos animados y digo:

—Soy Dean. El nuevo entrenador asistente de los Hurricanes.

Sus grandes ojos me estudian la cara, como si estuviera tratando de decidir si miento o digo la verdad.

—Soy Dakota —dice ella finalmente. Señala el hielo con un dedo delgado—. Ese es mi hermano.

—Ah. Eres la hermana pequeña de Robbie.

—¿Quién dice que soy la pequeña? —pregunta—. Igual soy su hermana mayor.

—Renacuaja, me sorprendería si no llevas pañales todavía.

—¡Yo no llevo pañales! —Sus mejillas se enrojecen—. Tengo diez años —dice, altiva.

Abro la boca con sorpresa.

—Jo… Jolines. Entonces eres prácticamente una anciana.

Eso le hace reír.

—No soy ninguna anciana. ¿Cuántos años tienes TÚ?

—Veintidós.

Sus ojos se abren como platos.

—Tú sí que eres un ANCIANO.

—Ya lo sé, ¿a que sí? Probablemente debería comenzar a planear mi funeral. ¿A quién crees que debería dejarle mi fortuna en mi testamento? ¿A la chica de *Los Juegos del hambre* o la de *Divergente*?

—Esas no son personas reales —dice con sinceridad.

Finjo inocencia.

—¿Estás segura? Juraría que vi a Katniss caminando por la calle el otro día.

—Eso es mentira.

—Sí, me has pillado. —Señalo con un gesto al cuaderno de espiral rosa que hay en su regazo—. ¿Qué estás haciendo?

Su labio inferior sobresale.

—Deberes. La señorita Klein nos ha mandado escribir una página entera con las cosas por las que estoy agradecida para Acción de Gracias.

—La señorita Klein es un monstruo.

Dakota se ríe.

—No, es maja. Encargó pizza para TODA la clase una vez. Cuando nos dieron las calificaciones más altas en el examen de literatura y escritura.

—Lectura —le corrijo.

Hace un gesto con la mano.

—Lo que sea.

Se me escapa una sonrisa.

—Muy bien, dejemos de perder el tiempo. —Paso la página de su pequeño cuaderno para llegar a una página en blanco—. Es hora de pensar en las cosas por las que te sientes agradecida.

La alegría ilumina su rostro.

—¿Vas a ayudarme con mis deberes?

—Claro, ¿por qué no? Tenemos veinte minutos hasta que llegue tu madre. ¿Qué otra cosa vamos a hacer?

#ALLIE

Estoy en el asiento del copiloto del coche de Megan cuando Dean me manda un mensaje. No me sorprende ver su nombre en mi teléfono. Llevo todo el día esperando otro «quiero follarte», así que era solo una cuestión de tiempo antes

de que ocurriera. Pero esta noche me sorprende.

Él: *Cumple de Fitzy en el Malone's. Vamos unos cuantos. Únete a nosotros si quieres.*

Megan mira desde el asiento del conductor.

—¿Quién te está enviando mensajes? Y por favor, no digas que es Sean.

—No, no es Sean. Es uno de los amigos de Garrett —contesto vagamente—. Unos cuantos del equipo de hockey están en el Malone's celebrando el cumpleaños de uno de ellos. Dice que nos pasemos si nos apetece.

—¿Está Hannah allí?

Niego con la cabeza.

—Esta noche tiene ensayo. —Igual que yo, Hannah también está ocupada preparándo uno de sus proyectos finales. Se licencia en Música, así que está obligada a cantar una canción original para el concierto de invierno.

Supongo que Megan no piensa que sea extraño que me inviten a las reuniones del equipo de hockey sin estar Hannah, porque no hace ningún comentario al respecto. En vez de eso, dice:

—Vayamos.

—¿En serio?

Después de más de treinta minutos debatiéndonos entre una docena de opciones para nuestra noche de chicas, por fin habíamos decidido comer algo en el *diner* de Hastings. El Malone's es el único bar del pueblo, así que, obviamente, la opción había aparecido al principio de la conversación. Meg, sin embargo, había vetado la idea.

—Pensaba que no querías lidiar con el rollo bar esta noche.

Se aparta el flequillo rojo de los ojos.

—He cambiado de idea. Creo que me apetece estar rodeada de chicos guapos.

—¿De verdad? —le digo con sorpresa—. ¿Qué pasa con tu nuevo novio? ¿Ya hay problemas en el paraíso? —Megan ha sido superreservada con el nuevo tío con el que sale, pero he asumido en todo momento que la cosa iba bien. Normalmente no para de hablar cuando se trata de su vida amorosa, pero esta vez ha sido todo distinto. Todo lo que sé de él es que vive en Boston y que solo le ve los fines de semana.

—No, estamos bien. —Hace una pausa—. Bueno, la verdad es que no. —Otra pausa—. Es complicado.

—¿Sabes? Si me dijeras algo acerca de él en lugar de hacerte la doña Reservada, igual podría ofrecerte algún consejo…

Sus ojos verdes se mantienen concentrados en la carretera. Incluso si no

estuviera conduciendo, sé que evitaría mi mirada.

—Bueno. Dispara. ¿Qué pasa con ese tío? ¿Qué ha hecho?

—No ha hecho nada.

—Mentira. Algo tiene que haber hecho, de lo contrario no estarías escondiéndole de todos nosotros. Y bien, ¿qué pasa? ¿Le gusta incendiar graneros en su tiempo libre? ¿Asesina ardillas y hace sombreros con su piel? ¿Tiene un lunar raro que le ocupa toda la cara? ¿Guarda…

—Treinta y siete —interrumpe—. Tiene treinta y siete años.

Mis cejas se disparan hacia arriba.

—Oh. Uau. Eso es…

«Muy mayor». Es lo que quiero decir, pero siempre he creído en la idea de que la edad NO ES MÁS QUE UN NÚMERO. O por lo menos quiero tener esa mentalidad abierta. A ver, sí que creo que es superraro cuando un hombre de sesenta años de edad sale con una chica de dieciocho. Pero treinta y siete no alcanza exactamente el estatus de abuelo. Es solo quince años mayor que Meg y yo.

—¿Ves? Por eso no os he dicho nada. —El reproche tiñe su tono de voz—. Ya sabía que empezarías con los prejuicios.

Levanto ambas manos en señal de rendición.

—No te estoy juzgando. Me has sorprendido, eso es todo.

Sus facciones se relajan.

—Cuéntame más cosas sobre Mr. Treinta y siete —le pido—. Prometo que no tengo intención de juzgar nada.

A regañadientes me da algunos detalles más.

—Se llama Trevor. Es cirujano pediátrico en el hospital de Boston.

Bueno, eso está genial.

—Está divorciado y tiene una hija de cinco años.

Mmm. Eso ya no está tan genial.

—¿Y no te importa? —pregunto con cautela—. Solo tienes veintidós, cariño. ¿Estás preparada para ser la madrastra de alguien?

—Ese es el problema —protesta—. Yo ni siquiera pensaba tan a largo plazo. Trevor y yo nos conocimos en internet. Nos escribimos durante todo septiembre, pero no nos conocimos en persona hasta hace un mes. Es majo, elegante, guapísimo, de conversación fácil…, pero estamos todavía en las primeras fases de la relación, ¿sabes? Más informal que en serio. —Golpea ligeramente sus uñas pintadas contra el volante—. Cuando lo vi la semana pasada dijo que me quería presentar a su hija.

¡Ay!

—¡Ay! —digo en voz alta.

—Ya lo sé. Así que ahora tengo mil dudas de toda la relación. Conocer a su hija es una movida supergorda. ¿Qué pasa si la niña me odia? O peor aún, ¿y si ME quiere, y luego su padre y yo nos separamos y la pobre niña termina traumatizada?

—La niña no se va a enamorar de ti por una vez que la veas —le aseguro—. Pero estoy de acuerdo contigo… ES una movida supergorda.

Meg detiene su pequeño Toyota rojo en el cruce, a una manzana de la calle principal de Hastings.

—No sé… Le he dicho que le confirmo el viernes cuando le vea, pero estoy megaconfundida. No tengo ni idea de qué hacer. —Se queda en silencio por un segundo, y a continuación deja escapar un profundo suspiro—. Si vamos al Malone's, ¿te puedes encargar tú de no beber y conducir luego a casa? La verdad es que me vendría bien tomarme algo más fuerte que un refresco.

—Sin problema. —De todos modos no pensaba beber esta noche. Tengo ensayo a las siete de la mañana y la resaca hace muy difícil que pueda llorar cuando toca. Solo en la primera escena, mi personaje berrea como un recién nacido tres veces—. ¿Deberíamos ir a otro bar? —pregunto, esperando que diga que sí—. ¿Tal vez al de Munsen?

—¿Por qué haríamos algo así?

Me encojo de hombros.

—La gente del hockey puede llegar a ser un poco ruidosa.

—Me vendría bien un poco de ruido —admite—. Trevor es genial, pero ya no le van mucho las fiestas. A las diez de la noche está en la cama. Todos los días, incluidos los fines de semana. —Su labio inferior sobresale—. Quizá esa es otra razón por la que debería dejar la relación, ¿no?

—Mira, yo jamás querría decirte lo que tienes que hacer —digo con delicadeza—. Y no estoy diciendo que debas romper con alguien solo porque sus días de fiesta formen parte del pasado, pero estás en tu último año de universidad, cariño. No deberías irte a la cama a las diez si no quieres. Deberías disfrutar de este último año de libertad, de este extraño lugar en donde eres una persona adulta pero no eres un adulto, ¿sabes lo que quiero decir? Deja eso de acostarte a primera hora para el año que viene, cuando te conviertas en miembro del *Club del mundo real.*

Un gesto pensativo aparece en su rostro. Es evidente que está absorbiendo el consejo y espero que tome una decisión que le haga feliz. Dios sabe que

últimamente yo también he estado lidiando con decisiones difíciles: romper con Sean, averiguar qué camino tomar en mi carrera de actriz…

…entrar en un bar para pasar el rato con el chico con quien tuve un rollo de una noche…

Mierda, ¿qué ESTOY haciendo yendo al bar? Nada bueno puede salir de ver a Dean esta noche. En el peor de los casos, accidentalmente se le escapará algo y todo el mundo sabrá que nos hemos liado. En el mejor de los casos, se pondrá a coquetear descaradamente conmigo y será un coñazo.

Como el Malone's es el único sitio donde sirven alcohol en el pueblo, es el lugar de encuentro para gente local y estudiantes de Briar todos los días de la semana. Si te presentas después de las nueve, solo podrás aspirar a estar de pie toda la noche. Meg y yo entramos por la puerta a las diez y media, y es como entrar en una sauna repleta de cientos de cuerpos sudorosos. La sala principal está hasta arriba. Apenas puedo ver la barra porque hay demasiados cuerpos pululando frente a ella, y la fila de mesas en las partes elevadas a ambos lados de la zona principal está toda ocupada.

—¡Quiero una copa! —grita Megan por encima de la música. Algunas canciones de rock que no conozco suenan a todo volumen en los altavoces. Si Garrett Graham estuviera aquí, probablemente me podría decir el nombre de la canción que está sonando y el año en que salió. El novio de Hannah es un empalmado del rock clásico. No me sorprendería descubrir que se disfraza de uno de los tíos de Lynyrd Skynyrd para ella en la cama.

Estamos a punto de ir a la barra cuando una voz familiar se eleva por encima de la música.

—¡Allie-Gátor! ¡Aquí!

Giro la cabeza para ver a Dean saludándome desde una mesa enorme a mi derecha. No sé cómo me ha visto entre tantísima gente. Ni siquiera le he enviado un mensaje diciéndole que iba a venir, así que, o bien tiene superpoderes rollo Spiderman, o bien ha estado vigilando la puerta como un *colgao*.

Megan y yo juntamos nuestros brazos para evitar que la multitud nos separe y empezamos a caminar atravesando el mar de cuerpos. Aspiro una ráfaga de perfume de una rubia platino en minifalda. Consigo sobrevivir al asalto de perfume y me meto de lleno en una nube de algo más potente que viene del chico que hay a su lado. Mis ojos comienzan a llenarse de lágrimas, y casi me giro para decirle que se relaje un poquito con el Axe antes de matar a alguien.

—Mira, Fitzy, ¡CHICAS! —anuncia Dean cuando Megan y yo llegamos a la mesa. Se dirige rápidamente a los otros chicos—. Rápido, hacedles sitio antes de

que desaparezcan.

Estalla una carcajada general y noto que la mayoría de los jugadores están sonriendo a un tipo en particular que he visto antes en alguna de las fiestas de hockey a las que Hannah me ha arrastrado. Creo que su nombre es Colin, pero normalmente escucho que la gente le llama Fitz o Fitzy. Es un tipo grande con el pelo castaño despeinado, con barba de dos días oscura en la cara y lo que parece un tatuaje asomando por el cuello de la camiseta. Sospecho que debe llevar un tatu en el pecho, porque lo he visto en camiseta de manga corta y recuerdo que tiene ambos brazos con tatus hasta arriba.

Los chicos se mueven para dejarnos hueco. Megan se desliza junto a un hombre con el pelo rapado que se presenta como Hollis. Yo me siento entre Tucker, que está absorto en su teléfono, y Pierre, uno de los francocanadienses del equipo. Me saluda con una sonrisa y un par de hoyuelos adorables aparecen en sus mejillas. Completando el grupo hay dos jugadores que no conozco de nada. Con su fuerte acento, Pierre los presenta como Wilkes y Ekberg.

Dean, que está enfrente de mí junto a Hollis, me guiña un ojo cuando se cruzan nuestras miradas.

—Has venido. No pensé que lo harías,

—Estábamos justo al lado —digo sin darle importancia.

—Me alegro de que estuvieras por aquí, porque esto se estaba convirtiendo en un festival exclusivo para tíos. En serio, el cumpleañero no ha invitado ni a una sola piba esta noche.

—Fitzy es alérgico a las mujeres —dice Hollis amablemente.

El chaval del cumpleaños, bueno, más bien el hombre, porque este tío no tiene nada de chaval, resopla.

—No sabía que tener ganas de celebrar mi cumpleaños con mis colegas fuese un crimen.

—¿Acaso te has detenido siquiera a considerar lo que eso implica? —Dean dispara de nuevo—. ¿Qué pasa con la mamada de cumpleaños? Es algo de larga tradición. ¿Has pensado en eso? ¿O es que esperas que te la hagamos alguno de nosotros?

—Estoy seguro de que Pierre está por la labor —suelta Hollis. Cuando el francocanadiense le saca el dedo corazón, sonríe con dulzura—. ¿Qué pasa? Pensé que eso es lo que hacéis en Quebec. Chupársela a vuestros amigos mientras susurráis palabras dulces en francés, ¿no?

Pierre resopla.

—Tú eres de San Francisco. Estoy bastante seguro de que esa es la capital del

mundo en eso de chupársela a los amigos.

Todo el mundo empieza a hablar hasta que una camarera exhausta nos interrumpe para preguntarnos a Megan y a mí que qué queremos. Meg pide un vodka con zumo de arándano y yo pido un vaso de agua.

—¿Agua? —se burla Dean cuando la camarera sale corriendo—. ¿Estás segura de que no quieres otra cosa, muñequita? Tal vez… mmm… ¿qué te parece un tequila? Siempre me ha pegado que eres una chica de tequila.

Entrecierro los ojos en su dirección. Afortunadamente, nadie le da demasiado valor al comentario. ¿Por qué lo harían? No es que ninguno de ellos sepa que el tequila es la razón por la que terminé en la cama con Dean. La única persona que lo sabe es Dean y se ha comprometido a mantener la boca cerrada al respecto.

Pero… la sonrisita en su cara me está poniendo de los nervios.

¿Por qué tengo la sensación de que está a punto de irse de la lengua?

11
Allie

Todavía estoy mirando a Dean cuando mi teléfono vibra en el bolso. Lo cojo distraídamente y mi respiración se corta cuando veo el mensaje.

Él: *Recuerdas cuando me bebí ese chupito de tequila d tus tetas?*

Elevo la mirada y me encuentro a Dean parpadeando inocentemente en mi dirección. Pero puedo ver cómo se mueve su brazo bajo la mesa. Efectivamente, aparece otro mensaje en mi pantalla.

Cuando lo volqué en tus pezones y lamí hasta la última gota? Mmm. Se me está poniendo dura solo de pensarlo.

Argh. No puedo creer que me esté escribiendo mensajes guarros en el bar. Durante el cumpleaños de su amigo.

Aprieto los dientes y le devuelvo el mensaje.

Yo: *Conserva el recuerdo, cielo, porque nunca más va a pasar.*

Él: *Estás diciendo que no disfrutaste mientras te chupaba esos pezones sexys q tienes?*

Los pezones en cuestión se tensan convirtiéndose en dos bultos duros. Sé que el relleno de mi sujetador esconde la traidora respuesta, pero por la forma engreída en la que Dean mira mis pechos sé que sabe lo que está pasando.

Resoplo y respondo: *Bah. No estuvo mal.*

Su sonrisa se ensancha.

—Qué va —dice en respuesta a algo que Wilkes acaba de preguntar—. No me preocupa. El portero de Yale no tiene nada que hacer con el tiro de muñeca de Garrett. —Creo que están hablando de su partido contra la Universidad de Yale del sábado, pero estoy demasiado ocupada viendo el sutil movimiento del brazo de Dean. Está escribiendo otro.

Él: *Mmm. Ya veo. Y cuando te chupé el coño? Eso tampoco estuvo mal?*

Ignoro la fuerte contracción entre mis piernas y frunzo el ceño en su dirección.

—Allie —dice Megan cabreada.

—Lo siento. ¿Qué?

—Te estaba preguntando por tu obra de teatro. Los ensayos han empezado esta semana, ¿verdad? ¿Cómo te está yendo?

—Bastante bien —contesto con tono ausente. No puedo decir si Dean está escribiendo o no. Espero que no—. Es divertido trabajar con el chico que hace de mi marido muerto. ¿Cómo están yendo los tuyos?

—Fatal.

—Vaya, lo siento, cariño. —Sé que Meg no está contenta con el dramaturgo con el que la han emparejado, y la entiendo perfectamente, porque resulta ser el idiota más pomposo de toda la facultad de Arte Dramático. Todo lo que escribe es pretencioso y lleno de angustia exagerada. Se cree la reencarnación de Arthur Miller.

—A «Slade» —Meg hace el gesto de las comillas con los dedos, lo que provoca la risa de Fitzy— le gusta volver a escribir escenas enteras durante el ensayo.

—Creo que no sabes cuándo utilizar comillas —le informa Fitzy.

—Claro que sí. Slade no es su verdadero nombre. En realidad se llama Joshua Sandeski. —Resopla burlonamente—. Es un imbécil engreído. No me sorprendería que su caca fuera una réplica marrón de su cara de prepotente.

Los chicos se parten de risa ante la repugnante imagen que acaba de sugerir.

—El primer día de clase tuvimos que sentarnos todos en un círculo y presentarnos al resto de compañeros. —Me mira—. ¿Te acuerdas de eso?

—Vaya que si me acuerdo —digo con sequedad.

—Bueno —continúa mirando a Fitzy—, pues este idiota se pone de pie y dice: «soy Joshua Sandeski, pero solo respondo al nombre de Slade, si me llamáis de cualquier otra forma, no contestaré». Y no estaba de coña. Cada vez que la profesora se confundía y lo llamaba Sandeski, la ignoraba completamente.

—Eso es lo más absurdo que he oído nunca, vaya capullo —comenta Dean.

Mierda, el brazo se mueve de nuevo.

—Pues yo pienso que el tío tiene cojones —dice Hollis en desacuerdo—. ¿Sabes qué? A la mierda. Voy a copiar a Slade y me voy a poner un mote. A partir de ahora, solo podréis llamarme Trueno.

Yo discretamente le echo un vistazo al último mensaje y se me corta la respiración.

Él: *Mi polla está superdura ahora mismo. Me muero por estar dentro de ti.*

Ya no le voy a dar el gusto. Si no respondo, en algún momento parará, ¿verdad?

Me equivoco.

Los mensajes siguen apareciendo, cada uno más guarro que el anterior.

Me lo tomaré con calma la próxima vez. Saboreando cada segundo.

Muuucha calma. Increíblemente lento, nena… Dentro y fuera de tu apretado coñito…

Hasta que me supliques que quieres más.

Cojo mi vaso y trago un poco de agua. Oigo la risa de Dean a pesar de la música a todo volumen del bar.

Pero no te daré lo que quieres. Te seguiré metiendo mi polla despacio, centímetro a centímetro.

Y después la sacaré de nuevo.

Cada vez q me supliques q le dé más fuerte, iré aún más despacio.

Voy a atormentar a tu dulce coñito toda la noche, guapa.

TODA LA NOCHE.

Me pongo de pie de un salto como si alguien hubiera prendido fuego al cojín de debajo de mi culo.

—Necesito ir al baño —suelto.

Ignorando la amplia sonrisa que se extiende por la boca exasperantemente atractiva de Dean, salgo pitando de la mesa tan rápido como las botas de tacón alto me lo permiten.

Joder, ¡joder! Estoy tan excitada que mis muslos están, literalmente, pegados el uno al otro, y me preocupa la posibilidad de tener una mancha de humedad en la parte trasera de mis vaqueros. Para empeorar las cosas, Megan aún no le ha dado ni un sorbo a su bebida, lo que significa que no nos vamos a ir de aquí en breve… Lo que significa que necesito recuperar mi compostura y extinguir toda chispa del deseo que está atravesando mi torrente sanguíneo ardiendo como combustible para aviones.

Espero con todas mis fuerzas que Dean deje de darle al *sexting* cuando regrese.

Si no lo hace, hay una buena probabilidad de que tenga un orgasmo en la mesa.

###

El *sexting* continúa.

Sigo sin hacerle caso.

Nuestra lucha de voluntades dura más de una hora y desde luego puedo decir que su persistencia me ha dejado impresionada. Por no hablar de la gran cantidad

de palabras guarras que tiene en su vocabulario.

Cuando veo a Dean claramente retorciéndose en su silla, le lanzo una sonrisa traviesa y por fin le contesto.

Yo: *Solo te estás torturando a ti mismo, precioso. Mejor para antes de que se te pongan los huevos azules.*

Le añado dos emoticonos que parecen apropiados para la situación: un par de círculos azules.

Dean suspira y se pone en pie, pero no antes de hacer cierto cambio estratégico allí abajo. Creo que soy la única que lo ve y mi sonrisa crece hasta no poder más.

—Voy a cambiar las canciones —le dice al grupo—. El pavo que no hace más que poner baladas de Aerosmith me está machacando la cabeza.

Mientras se aleja, mis ojos me traicionan mirándole su parte trasera. Sus pantalones negros abrazan como un guante sus nalgas tensas, algo que hace que me plantee la siguiente pregunta: ¿Los pantalones cargo son así de apretados normalmente? Pensaba que no. ¿Quizá Dean tiene un sastre que le hace los pantalones cargo a medida para resaltar su culo? La verdad es que con lo vanidoso que es, no suena tan descabellado.

Sea lo que sea, su culo es delicioso. Dios, TODO en él es delicioso. No puedo dejar de admirar la forma en la que sus anchos hombros llenan su camiseta de manga larga de Under Armour, ni cómo su pelo rubio está despeinado en la justa medida. Pero le pierdo de vista entre la multitud y siento una punzada de alivio; ahora que está fuera de mi visión, tengo un poco de tiempo para conseguir que mis hormonas en ebullición vuelvan a estar bajo control. Pero la punzada de alivio dura poco. Cuando regresa a la mesa, él sigue tan buenorro como siempre y yo sigo siendo un manojo de nervios cachondos.

Se reubica en su asiento a la vez que la última canción acaba y el acorde de apertura de la selección de Dean resuena en los altavoces.

Es *I Want You To Want Me* del grupo Cheap Trick.

Se me escapa una carcajada explosiva que hace que Fitzy me lance una mirada extraña.

—¿Me he perdido algún chiste? —pregunta.

—No. A veces simplemente me río sin razón —digo quitándole importancia —. Soy un poco rara.

Megan interviene.

—Es verdad. Lo es.

Me trago otra risa y evito los ojos de Dean mientras su canción sigue sonando.

No me sorprende que mi teléfono vibre.

Él: *Podía haber puesto algo más sutil. Pero ¿para q andarnos con juegos? Te tengo tantas ganas q hasta me duele, Allie.*

Mierda, me ha llamado Allie. La cosa se pone seria.

Levanto la cabeza y la intensidad de su mirada hace que mi corazón dé un vuelco y después empiece a galopar. Dean ya es increíblemente atractivo de por sí, pero cuando está cachondo… Es absolutamente espectacular.

Con sus ojos verdes entrecerrados, los labios entreabiertos y el potente cuello esforzándose al tragar, me creo que le duela. Que de verdad sienta dolor físico de tanto deseo. Pero es Dean, por el amor de Dios. Probablemente se le ponga dura si una ligera brisa flota en su entrepierna. En serio, si te chocas con él de forma accidental, se empalma. El tío está obsesionado con el sexo y la mitad de las chicas de esta universidad pueden dar fe de ello, porque la mitad de las chicas de esta universidad se han acostado con él.

Por supuesto que me halaga estar en el extremo receptor de toda esta energía sexual embriagadora. ¿A qué mujer no le gusta sentirse deseable? Pero sería una idiota si creyera por un segundo que soy la ÚNICA mujer a la que Dean Di Laurentis parpadea con esos ojos ávidos de cama. No, no soy nada más que otra muesca en el larguísimo cinturón de Dean.

Recordar eso me hace levantarme

—La verdad es que esta noche no me apetece nada el rollo Cheap Trick —digo amablemente—. Creo que voy a cambiar la *playlist* otra vez.

Mi paso decidido me lleva a la máquina de discos que hay al otro lado de la sala. No es uno de esos cacharros antiguos, sino una máquina de discos moderna con una pantalla táctil y ranuras para dinero en efectivo y tarjetas de crédito. Introduzco un billete de un dólar y estudio mis opciones. Dios. Casi todas las canciones existentes en el planeta están disponibles en esta cosa.

Sonrío cuando una artista en particular aparece. Recorro su discografía, selecciono el título que estoy buscando y lo añado a la lista de reproducción. La barra lateral de la pantalla revela que hay otra canción delante de la mía, un tema de Kesha que hace que una horda de clientes en edad universitaria salga a la pista de baile. Lo que en realidad significa que empiezan a bailar en donde están, porque la zona en la parte delantera del escenario de karaoke que normalmente sirve como pista de baile ha sido tomada por un grupo de hípsters, todos ellos absortos en sus teléfonos móviles.

—Buena selección —dice Tucker. Él también lleva toda la noche obsesionado con el móvil, así que me sorprende que de pronto sea sociable.

—No la he puesto yo —contesto.

—¿Qué has elegido? —pregunta Dean con recelo.

—Lo descubrirás enseguida.

Tres minutos más tarde, suena la intro del tema y un coro de chillidos femeninos resuena por el bar.

Dean me mira.

¿La canción elegida? *U and UR Hand.* Tú y tu mano. De Pink.

—*Oh, yeah* —Megan golpea su vaso sobre la mesa y se pone en pie, sacando la mano hacia mí—. A bailar.

No me deja oponerme, porque me arrastra directa a la multitud. De acuerdo. A bailar.

Cuando la línea del bajo retumba bajo nuestros talones, subimos los brazos al aire, empezamos a mover nuestras caderas y nos volvemos locas. El pelo rojo de Meg vuela por delante de mi cara mientras da vueltas. Yo doy una vuelta también, porque eso me permite echarle un vistazo a Dean. Su mirada es de resignación, pero también observo un destello de diversión.

Cuando llegamos a la parte de la canción en la que Pink, que es una diosa, por cierto —¡una diosa!—, dice *Buh-bye* al imbécil al que le está cantando la canción, le lanzo a Dean una sonrisa acaramelada y muevo mis dedos en su dirección.

La punta de su lengua toca el labio inferior, mientras curva lentamente su boca en una media sonrisa. Prácticamente puedo oírlo arrastrando las palabras diciendo «buena jugada».

Meg y yo seguimos bailando y cada vez atraemos más atención, y más y más participantes. De repente, estamos rodeadas de otras chicas que están disfrutando con la canción tanto como nosotras. Es más o menos un himno para cualquier mujer que haya tenido alguna vez que enfrentarse a un baboso gilipollas entrándole en un bar, o atiborrándola a copas con la esperanza de echar un polvo, o simplemente molestándola cuando ella está intentando pasárselo bien con sus colegas.

Una chica asiática bajita, con un montón de piercings y el pelo rosa de punta, choca sus caderas con las mías, y a continuación nos ponemos a bailar espalda con espalda, chocando el culo mientras compartimos un momento de camaradería femenina. Me río y estoy sin aliento del buen rato que estoy pasando, y esta vez, cuando busco a Dean, ya no parece estar divirtiéndose.

Mierda.

Ha despertado de nuevo.

Su mirada nublada hace un exhaustivo seguimiento de cada movimiento que hago. Cuando acaba la canción, estoy ardiendo. No por el sudor ni por el esfuerzo, sino por la mirada de Dean, que me examina de arriba abajo como unas llamas abrasando un campo de heno.

Cuando Meg y yo volvemos a la mesa, me bebo de un trago el resto de mi agua y levanto mi pelo para abanicar con una mano mi cuello que está ardiendo. Mi teléfono está sobre la mesa e instintivamente me tenso cuando la pantalla se ilumina. Un rápido vistazo a Dean me revela que tiene su mano debajo de la mesa otra vez.

Me muerdo el labio y miro fijamente mi teléfono.

No lo leas, me ordeno a mí misma.

Lo leo.

Él: *La próxima vez q hagas un numerito así para mí, más te vale estar desnuda.*

12
Allie

Megan y yo volvemos al campus después de medianoche. Mi suite de dos dormitorios está envuelta en sombras cuando entro. No hay luz saliendo de la puerta de Hannah, por lo que deduzco que ya se ha ido a la cama.

Haciendo un esfuerzo por no hacer ruido, cojo mi neceser y salgo para usar el cuarto de baño que compartimos con las otras seis chicas que viven en esta planta. Diez minutos más tarde, entro de puntillas en mi habitación y me pongo el pijama, luego apago la luz y me arrastro bajo las sábanas.

Nunca he tenido ningún problema para conciliar el sueño: por lo general me quedo fuera de combate nada más tocar mi cabeza la almohada.

Esta noche, el sueño me evita. El *sexting* de Dean me ha dejado muy cachonda y me paso la siguiente hora dando vueltas, intentando conseguir algo de comodidad. Pero NO estoy cómoda. Me duelen los pechos y mi vagina palpita. Cada vez que me giro, mis pezones se raspan contra el colchón y el leve roce hace que me duelan aún más.

Todo culpa de Dean. ¿Por qué me habrá mandado todos esos mensajes guarros, guarros?

Un gemido sale de mi garganta. Doy otra vuelta, esta vez sobre mi costado. Normalmente me gusta dormir con un trozo de sábana entre mis muslos. En este momento, tener algo atascado ahí abajo es insoportablemente tentador, y mis caderas involuntariamente empiezan a moverse contra el edredón.

—¡Mierda! —Mi voz atormentada resuena en la oscuridad. Giro hasta ponerme boca arriba y subo una rodilla, porque está claro que no me va a entrar el sueño hasta que no me ocupe de este tema.

U and UR Hand, el tema de Pink, está demostrando ser una canción profética.

Aprieto los dientes y meto la mano debajo de los pantalones de mi pijama de cuadros. Por desgracia, no soy una de esas mujeres que pueda frotarse el clítoris un par de veces y… ¡ya está!, ¡orgasmo al canto! No, yo necesito una historia, una deliciosa fantasía que me lleve hasta el final. En los últimos días, mis

fantasías han tratado de mi famoso favorito: Ryan Gosling, el hombre perfecto. Así que es en Ryan en quien me concentro ahora, en mi momento más desesperado de necesidad.

La fantasía siempre empieza de manera diferente. Estoy en un bar y empezamos a ligar. Estoy en una habitación de hotel y una confusión nos obliga a compartir cama. Salgo a correr por la playa de Malibú y ¡adivina a quién me encuentro!

Pero siempre termina igual: Con Gos echándome un polvo increíble.

Opto por la habitación de hotel, ya que da lugar a un montón de escenarios sexuales en plan *Elige tu propia aventura.* Esta noche estoy durmiendo desnuda porque el aire acondicionado está estropeado. Supongo que podría dormir desnuda sin inventarme ninguna excusa, pero me gusta que mis fantasías sean más o menos coherentes con mi vida real, y como yo no suelo dormir desnuda, pues nada, rompemos el aire acondicionado.

A ver, ¿dónde estaba? Froto el dedo índice sobre mi clítoris mientras me imagino a mí misma acostada en una cama de matrimonio. Estoy a punto de quedarme dormida cuando escucho un PITIDO. Alguien ha metido una tarjeta llave en la ranura de la puerta. ¡Estoy indignadísima! ¿El conserje ha decidido enviar a la persona de la limpieza en mitad de la noche? ¿Quién puede estar entrando en mi…? Bueno, mira tú por dónde. Si es Ryan Gosling. Entra deambulando en la habitación, con el torso desnudo… por alguna razón. Los vaqueros están tan caídos que puedo ver la gloriosa V marcada en su abdomen desnudo.

Se sorprende al encontrarme allí y rápidamente resuelve que ha habido un error con una reserva duplicada. A continuación tenemos una conversación de cinco minutos sobre nuestras vidas, y me confiesa que Eva Mendes ha roto con él.

Sí, hay diálogo Y charla sin importancia en mis fantasías sexuales.

Al cabo de un rato, salgo de la cama y, ¡oh, no!, la sábana que cubría mi cuerpo desnudo cae sobre la alfombra. Los ojos azules de Ryan se ensanchan de aprobación. Su pene se endurece visiblemente debajo de la cremallera.

Se lame los labios y se acerca.

Yo, provocativamente, deslizo los dedos por el valle de mis pechos. Sus ojos arden como zafiros líquidos.

No, como esmeraldas. Porque ahora sus ojos son de color verde. ¿Por qué son verdes?

En la oscuridad de mi habitación, suelto una maldición en voz baja, cabreada.

¡Por el amor de Dios!

¿Por qué se ha colado Dean en mi fantasía?

Mi dedo se queda quieto sobre mi clítoris. Jo, esto es bastante grosero por su parte. Ryan y yo estábamos a punto de ir al tema. No voy a dejar que Dean lo arruine. Cierro con fuerza mis párpados y me transporto a mí misma otra vez a la fantasía. Pero ya no estoy en el hotel y Ryan ya no está conmigo. Estoy en un estadio de hockey con Dean y estamos haciéndolo en el hielo.

Ahogando otro gemido, me obligo a salir de esa escena y vuelvo a ordenarle una vez más a mi mano que deje de moverse. ¿A dónde narices está yendo esta fantasía? El hielo está FRÍO. ¿A quién le mola morirse de frío mientras está dándole al asunto? ¿Y por qué Dean me está besando hacia abajo por mi cuerpo desnudo? Su entrenamiento va a comenzar en cualquier momento. Todo el equipo va a salir al hielo y nos va a pillar…

Me gusta la idea de que me puedan pillar.

Un gemido se me escapa antes de que pueda acorralarlo. La confesión de la ronca voz de Dean no es parte de mi fantasía: es la vida real al cien por cien.

La noche en la que le pregunté que por qué no se acostaba con nadie en su dormitorio, sus ojos se entrecerraron y su voz emanaba sexo puro fundido mientras arrastraba las palabras:

—*Me gusta la idea de que me puedan pillar.*

Sí, a Dean Di Laurentis le pone la idea de que alguien le pille in fraganti.

¿Y acabó ahí su confesión? Por supuesto que no, porque eso significaría que su misión en la vida no es atormentarme sexualmente. No, a esa parte, le había seguido lo siguiente:

—*Y cuando me pillan, me gusta que me observen.*

Un exhibicionista me pone cachonda. Qué leches, igual yo también soy una exhibicionista, porque en lugar de parar la fantasía, dejo que siga.

—*Será mejor que te corras rápido, cielo.* —La respiración de Dean me hace cosquillas en el interior del muslo—. *Si no, mis compañeros de equipo saldrán de ese vestuario de ahí y verán mi cara enterrada en tu coño.*

Mi respiración se acelera. Me aprieto un pecho y juego suavemente con el pezón. Mi otra mano acaricia el clítoris en pequeños círculos. Dios. Estoy empapada. Y mi clítoris está hinchado por el deseo. Prácticamente puedo sentir la lengua de Dean haciendo giros encima.

—*Oh, te gusta esa idea, ¿verdad?* —La yema de su dedo roza mi apertura—. *Mira lo mojada que estás.*

Él empuja su dedo dentro de mí.

No, yo empujo mi dedo dentro de mí. He abandonado mi pecho y ahora tengo las dos manos entre las piernas. Con una mano me froto el clítoris y con la otra me hago un dedo mientas me derrito en el colchón imaginando que Dean está ahí abajo.

—Te voy a follar aquí en el hielo, Allie.

Mis dedos de los pies se doblan. La presión en mi coño es insoportable.

En la fantasía, Dean se pone de rodillas. Su pecho reluce bajo las luces brillantes del campo de hockey. Su polla es larga y orgullosa. Envuelve su puño alrededor de la base y se echa hacia delante, llevándola más y más cerca de donde quiero que esté.

Y entonces lo oímos. Pasos. Voces. Risas. Los jugadores están saliendo de la rampa. Dean sonríe con malicia. A continuación, mete su polla dura dentro de mí…

Y me corro con tanta fuerza que olvido cómo respirar. Me quedo acostada en mi cama, jadeando, temblando. Unas estrellas destellan detrás de mis párpados cerrados cuando el orgasmo me enviste en oleadas pulsantes y calientes.

Oh My God.

Eso ha sido… ha sido… Ni siquiera tengo palabras para describirlo.

¿Y lo triste de esta historia? Que el orgasmo que me acaba de romper en trizas no ha sido ni la mitad de potente que el que Dean me dio en persona.

Todavía estoy temblando por las réplicas, mientras mis manos buscan a tientas en la oscuridad la caja de pañuelos que hay sobre mi mesita de noche. Saco un par y los uso para limpiarme entre las piernas. No puedo recordar la última vez que me mojé tanto durante una sesión en solitario.

Piensa en todo lo mojada que estarás si follamos otra vez…

Argh. Prácticamente puedo oír a Dean provocándome. Seduciéndome…

Cojo aire. Bueno. Soy una persona pragmática. Y saqué matrícula en la clase de Lógica Argumentativa en primero. Así que quizá debería racionalizar esto.

Premisa I: Dean Di Laurentis es un polvo increíble.
Premisa II: Él quiere acostarse conmigo de nuevo.
Premisa III: La idea de acostarme con él me pone a mil.
Conclusión: Debería acostarme con Dean.

Muy bien, esa ha sido bastante fácil. Ahora viene la parte complicada.

Premisa I: El sexo casual me hace sentir incómoda.

Premisa II: Acabo de salir de una relación estable y no estoy preparada para otra.

Premisa III: Incluso si lo estuviera, no me gustaría meterme en una relación con el zorrón de Dean.

Conclusión: ¿Eh…?

Intento otra:

Premisa I: No quiero una relación con Dean.

Premisa II: Él no quiere una relación conmigo.

Conclusión: Deberíamos tener sexo casual.

Otra obviedad, pero que todavía no resuelve la cuestión del sexo ocasional. Lo cierto es que si me paro a pensar en ello, la única persona emitiendo un juicio aquí soy yo. ¿Tener una aventura con Dean me convierte en un zorrón? Desde luego él no lo cree. Tampoco lo harían mis amigos, aunque está claro que no pienso informarles de la historia si finalmente decido tirarme a Dean. Lo que plantea la pregunta, ¿por qué quiero mantenerlo en secreto?

Me muerdo el interior de la mejilla al reflexionar sobre ese asunto. La respuesta sigue desconcertándome, pero la idea de que todos sepan que estoy tonteando con Dean todavía me produce cierto malestar. De acuerdo. Tendrá que permanecer en secreto. Tal vez mañana pueda invertir algo más de tiempo en reflexionar sobre por qué me siento de esa manera.

Oh… mierda. ¿Acaso he tomado una decisión?

Estoy cogiendo mi teléfono, así que… sí, supongo que sí lo he hecho.

Le doy al nombre de Dean y escribo una palabra en el cuadro de mensaje: *Ok.*

Está claro que el tío merece reconocimiento, porque sabe exactamente a lo que me refiero. Lo sé porque contesta: *¿Cuándo?*

Yo: *¿Mñana x la noche? Hannah se queda en tu casa. Puedes venir aquí. 20h?*

Él: *El partido infantil empieza a las 6. No puedo hasta las 21.*

Yo: *¿Partido infantil?*

Él: *Mñana te lo cuento.*

Él: *¿Q t ha hecho cambiar de opinión?*

Lo que me ha hecho cambiar de opinión… ¿La locura, tal vez? ¿Una obsesión enfermiza con el sexo? ¿Su impresionante polla?

Yo: *He decidido q era l momento de vivir «La vida de Dean».*

Él: *Has tardado mucho. A las 21h. te va bien?*

Dudo.

Yo: *Sí.*

Dios, ¿qué estoy haciendo? Quizá me he vuelto majara.

Hay una larga pausa antes de que aparezca el siguiente mensaje. Una risa histérica sale de mi boca después de leerlo.

Él: *Llevo la cuerda.*

13
Allie

Conocí a mi agente, Ira Goldstein, a través de un amigo de mi padre. Me ha estado representando desde que tenía doce años y la primera actuación que reservó para mí fue un anuncio de cereales. Tenía solo una frase que, a día de hoy, todavía recuerdo:

—¿Cómo puede algo TAN DELICIOSO ser TAN BUENO para la salud? *¡ÑAMMMMM!*

Estoy bastante segura de que mi padre todavía tiene una copia en DVD del anuncio en algún lugar de nuestra casa de piedra. Espero que esté guardado en su caja fuerte porque, Dios, no quiero que esa humillante cinta se escape de ahí jamás.

Ira divide su tiempo entre las oficinas de la agencia de Manhattan y Los Ángeles, así que la mayoría de nuestras interacciones tienen lugar por teléfono. Hoy me llama desde Los Ángeles.

—¿Cómo está pasando la mañana mi chica? —pregunta en el tono jovial y enérgico que adoro.

—La tarde —le corrijo. El ensayo acaba de terminar y sostengo como puedo mi teléfono en el hombro, mientras me abotono el abrigo a la salida del auditorio —. Son las dos en la costa este.

—Ah, cierto. Los husos horarios de mierda. Son los responsables de que me esté volviendo senil. Nunca sé dónde estoy ni qué hora es.

Me río.

—¿Has podido leer el piloto de la Fox que te envié? —Ira es una persona que va siempre al grano, algo que se agradece. También es un tiburón, pero los agentes se supone que deben ser tiburones, y sigo adorándolo incluso cuando intenta meterme en proyectos que sé que solo ha elegido por el dinero.

—Lo he leído por encima. Parece que tiene potencial.

—Bueno, dale otra lectura, y no por encima en esta ocasión. Hablé con uno de los productores ayer por la noche. Están de verdad interesados en que vayas a hacer el casting.

—Recuérdame qué personaje era el mío: ¿Bonnie?, ¿o era Sarah?

—Espere. Deja que lo mire. —Oigo un ruido de papeles al otro lado de la línea y dos minutos más tarde regresa la voz—. Bonnie.

Me trago mi decepción. Mierda. Tenía la esperanza de que fuese Sarah. El piloto es para una comedia de treinta minutos sobre tres chicas que se odiaban entre sí en el instituto, pero que se ven obligadas a vivir juntas en la universidad. Habla de su primer año en la uni, de cómo aprenden cosas sobre el amor, la vida y la amistad mientras que se meten en algún problemilla que otro. A Ira y a mí nos dijeron que era una serie coral, pero una actriz de televisión muy conocida ya se ha comprometido a hacer el papel de Zoey, así que está claro que el plan ahora es que ella sea la estrella.

Los otros dos papeles están en el aire, pero yo habría preferido hacer la prueba para Sarah, la mojigata que necesita aprender cómo soltarse el pelo. Me lo podría haber pasado genial haciendo eso.

Bonnie, en cambio, es la cabeza hueca del trío. Tiene algunas frases divertidas, pero es más tonta que un saco de piedras. Su personalidad de veleta y su cociente intelectual de un dígito servirían para retrasar en mil años la lucha por la liberación de la mujer.

Pero tal vez me esté preocupando para nada. Tal vez los guionistas tienen un arco jugoso previsto para Bonnie. No tiene sentido tener tres protagonistas femeninas pero que solo dos de ellas evolucionen, ¿verdad?

—Es el papel perfecto para ti, cariño —dice Ira con entusiasmo—. Puedes hacer de chica guapa y tonta hasta dormida.

Sí. Poder puedo, pero ¿quiero? No estoy segura. Todos los papeles que he tenido han sido de chica guapa y tonta. Sería positivo ampliar mis horizontes, estirar mis músculos interpretativos un poquito.

Pero… esto es una cadena de televisión IMPORTANTE, por amor de Dios. Tengo la oportunidad de coprotagonizar un piloto que, por todo el ruido que ya lo rodea, sin duda será elegido para hacer una temporada completa.

—Voy a darle otra lectura esta noche —prometo. A continuación intento sacar algo de entusiasmo sobre esta opción que tengo de hacer de Bonnie. No siento ni un ápice de *¡yuhuuuuu!*

Ahora que lo pienso, hace ya un tiempo que no leo nada que active mi rollo *¡yuhuuuuu!* El último proyecto por el que me sentí entusiasmada fue la obra de

teatro que hice con Brett Cavanaugh este verano.

—Los castings empiezan en febrero —dice Ira.

Arrugo la frente.

—Eso es casi dentro de tres meses. ¿Por qué han cogido a la actriz que hace de Zoey tan pronto?

—Querían asegurarse de tener a Kate Ashby antes de que otra cadena la cogiera. Los productores están terminando la temporada final de su otra serie, y en cuanto acaben estarán listos para echar a andar este proyecto. Quieren verte el seis de febrero.

El estómago se me encoje.

—No puedo. *Viuda* se estrena el ocho. Tenemos ensayos generales esa semana.

—*¿Viuda?*

—La función que estoy haciendo en la universidad.

Ira suspira.

—¿Hay alguna posibilidad de que puedas saltarte los ensayos generales?

—En absoluto.

—Mierda.

Se produce un silencio. Ira hace eso mucho, de repente cae profundamente en un pensamiento durante varios minutos. Creo que olvida que estamos hablando por teléfono y no en la misma habitación.

—¿Ira? —suelto.

—Lo siento, cariño. Estoy pensando… —Después de otra larga pausa, su voz enérgica regresa—. Vale, voy a localizar al ayudante de Virgil por teléfono. A ver qué podemos hacer.

Cuelga sin decir adiós, otro mal hábito de mi agente. Él insiste en que no tiene tiempo para «esas chorradas».

Diez minutos más tarde, subo por el camino hacia la Residencia Bristol y paso mi tarjeta de identificación por el dispositivo de la entrada. Probablemente no vuelva a saber nada de Ira hoy, y una parte de mí espera que los productores le digan: *Mala suerte. Si no puede hacer el casting el día que queremos que lo haga, le daremos el papel a otra actriz.*

Y es una locura total esperar eso porque… de nuevo… televisión. Cadena importante.

¿Algo no va bien conmigo?

Muchas cosas al parecer, porque no solo estoy considerando la posibilidad de saltarme un casting que podría lanzar mi carrera, sino que también estoy

pensando en tener relaciones sexuales con Dean Di Laurentis esta noche.

Sí, nuestra cita sexual sigue en la agenda del día. No he cambiado de opinión. De hecho, estoy…, que Dios tenga piedad de mi alma…, impaciente. Incluso me voy a saltar mi sesión del gym de hoy para prepararme para la cita.

Después de devorar un sándwich de queso fundido para la comida, llamo a un taxi para que me lleve al salón de belleza de Hastings.

Tanya, mi gurú de la cera y la *manipedi* está lista y esperando cuando entro por la puerta. Decidí hace mucho tiempo que es sádica, porque se muestra siempre alarmantemente entusiasta por torturar mis regiones inferiores. Nos quitamos del medio la depilación brasileña nada más empezar, porque no me gusta la idea de tener la tortura de cera caliente revoloteando por mi cabeza mientras me hacen la manicura.

Una vez que estoy lisa como el culito de un bebé, Tanya me frota aceite calmante sobre la zona sensible y sale de la habitación mientras me pongo mis braguitas y mis mallas. Por lo general, lleva un par de horas que me remita el enrojecimiento, pero Dean no va a venir hasta las nueve, así que tendré un montón de tiempo para que la planta baja se recupere y a esa hora ya estará todo listo.

Dejo el cuarto de la cera y me uno a Tanya en su puesto de manicura. Una hora más tarde, salgo fuera del salón de belleza con esmalte rojo en pies y manos, porque creo que a Dean le flipará ver unas uñas de color rojo brillante arañando su tableta de chocolate. Le he pedido a Tanya que esta vez me las corte más pequeñas y redondas para no dejarle tanta marca, como la otra noche.

Durante el viaje en taxi de vuelta a la residencia, intento averiguar si estoy ilusionada o decepcionada conmigo misma. Todavía no me puedo creer que haya cedido a la potente masculinidad de Dean, pero tampoco puedo negar que estoy impaciente por reencontrarme con su pene mágico.

A menos que… ¿y si ha perdido su atractivo? Quiero decir, ¿cuántas veces se puede frotar la lámpara de un genio antes de que sus poderes mágicos acaben? ¿O la lámpara de un genio posee un número infinito de deseos?

Pensamientos profundos con Allison Jane Hayes, amigos.

Eh. Quizás ESO es lo que debería hacer en televisión.

###

Cuando llegan las nueve estoy lista para darlo todo, como Will Smith dijo tan acertadamente: *get jiggy with it.*

He pasado por un proceso de embellecimiento de pies a cabeza. Cera, manicura, exfoliante y colonia. Incluso me he alisado el pelo con la plancha después de darle con el secador, en vez de dejarlo un poco ONDULADO, que es su estado natural.

Da un poco la sensación de desperdicio esto de pasar por tantos rollos de belleza para después no ponerse un vestido negro o algo de lencería sexy, pero calculo que Dean *el Salido* me va a quitar la ropa de un tirón nada más poner los pies aquí, así que estoy en mallas y camiseta de tirantes. No llevo sujetador porque, de nuevo, ¿para qué? Bragas sí, porque no me gusta ir sin ellas a menos que vaya en plan superlujurioso. A veces lo hacía cuando Sean y yo íbamos a un restaurante pijo. Le volvía loco saber que no llevaba nada debajo de mi…

¡No tienes permiso para pensar en Sean cuando estás a solo unos minutos de acostarte con otro tío!

Demasiado tarde. Sean está en mi cabeza. Todavía no he accedido a verle en persona, pero sé que probablemente le debería responder uno de estos días antes de que recurra al plan apisonadora. Él hace eso bastante.

Un ejemplo apisonadora: amenazar con aparecer en mi residencia sin haberle invitado yo.

Lo que me llevó a huir a la casa de Garrett por seguridad.

Lo que me llevó a la cama de Dean.

Parece que hay una moraleja en alguna parte, una perla de sabiduría de la que Sean podría beneficiarse: *Si presionas a tu ex novia demasiado, se acostará con un zorrón.*

O quizá sea mejor si se salta esa lección en concreto. Además, es una acusación injusta por mi parte, porque no fue culpa de Sean que acabara acostándome con Dean. Fue mi decisión hacerlo.

Y ahora estoy tomando la decisión de hacerlo de nuevo.

Dean lleva cinco minutos de retraso. Me muevo inquieta de impaciencia en el sofá mientras espero, totalmente incapaz de concentrarme en el capítulo de *Solange* que está puesto en el televisor. No he visto el programa desde la noche en que Dean lo paró, y me extraña averiguar que no es tan divertido sin él. Lo cierto es que me molaban sus comentarios y cómo cada cinco minutos o así le daba al *pause* para anunciar:

—Allie-Gátor, ¡no tengo ni puta idea de lo que está pasando!

Era… adorable.

Ay, madre. ¿De verdad acabo de utilizar la palabra «adorable» en conjunción con Dean? Guardo una nota mental para nunca decir eso en voz alta delante de

él. Probablemente me acusaría de estar colada por sus huesos.

Unos pasos resuenan en el pasillo provocando que la emoción suba a mi pecho. Mi corazón da una voltereta tonta e inesperada cuando dos golpes suenan en mi puerta. Es un ruido masculino: Toc, *TOOOC*. Y cuando abro la puerta, Dean está de pie delante de mí. Lleva unos vaqueros desgastados con un roto en la rodilla, un suéter de punto verde oliva bajo la cazadora de Briar y un gorro de lana negro.

—Ey. —De repente me siento incómoda con toda esta situación.

—Ey. —Se quita el gorro mientras camina dentro del salón. Me fijo en que su pelo está mojado, como si acaba de salir de la ducha. Su mirada se dirige a la televisión—. Oh, mierda, ¿qué me he perdido? ¿Marie-Thérèse logra encontrar una copia del testamento de Claude?

—No lo sé. Empecé el episodio unos tres minutos antes de que aparecieras.

—Ok, si ves algo sin mí, escríbeme un mensaje para saber qué es lo que pasa. —Lanza el gorro y el abrigo en el sofá.

Salgo disparada a recogerlos.

—No, estos vienen con nosotros. Tus botas también —añado, señalando a las Timberlands negras que se está quitando en este momento.

—¿Dónde lo llevamos?

—A mi habitación. No quiero que haya ninguna prueba en este cuarto que demuestre que estás aquí, por si olvidas algo. Esta es una operación secreta.

—Lo que usted diga, señora Bond.

Ya en mi dormitorio, dejo sus cosas en la silla del escritorio. Después la situación vuelve a ponerse incómoda, porque Dean se queda ahí de pie a dos metros de distancia, sonriéndome.

—¿Qué pasa? —pregunto a la defensiva.

Se encoge de hombros.

—Nada. —Pero sigue sin hacer ni un solo movimiento hacia mí.

—¿Te vas a quedar ahí y ya? Ven aquí y haz algo, joder.

Las comisuras de sus labios se elevan.

—¿Hacer qué?

Estoy aún más agotada.

—No sé. Besarme. Quitarme la camisa. Algo.

Dean cruza los brazos sobre su amplio pecho.

—No, no… Si me deseas, ven a por mí.

El cabreo me sube por la espina dorsal.

—¿Así que ahora estamos jugando?

—*Naah*, nada de juegos. —Levanta una ceja rubia oscura—. Pero todavía no estoy del todo convencido de que esto no sea una especie de broma por tu parte.

—¿Qué, crees que te he invitado para pitorrearme de ti? —le lanzo una sonrisa pícara—. Cariño, te he invitado para *pito-liarme* contigo. Punto final.

Se ríe, y el sonido profundo y ronco de su voz entra directamente a mi entraña. A tomar por saco. Si necesita que sea yo la que haga el primer movimiento, pues daré el primer paso. No es como si los dos no quisiésemos lo mismo.

Sin decir una palabra, acorto la distancia y le paso la palma de la mano por su mejilla.

Dean coge aire. Su rostro está totalmente afeitado y me doy cuenta de que echo de menos un poco de barba de tres días. Me gustaba la forma en la que se sentía contra mi piel la última vez.

Pero a diferencia de esa última vez, estoy más sobria que una jueza. No puedo usar el alcohol como excusa para lo que estoy haciendo en este momento.

Deslizo mi mano hacia su nuca y le paso mis dedos por el pelo húmedo. Cuando nuestras miradas se encuentran, bajo su cabeza y nuestros labios se chocan en un beso ligero como una pluma. Sin lengua. Sin urgencia. Es un análisis exploratorio tipo «hola, ¿qué tal?» entre nuestras bocas. Después me aparto para mirarlo.

Ay, Dios. Su mirada contiene tanto calor crudo y palpable que me provoca un jadeo. Lo siguiente que sé es que la boca de Dean se estrella sobre la mía de nuevo, pero ya no hay nada exploratorio en este beso.

Es hambre pura.

Su lengua se mete en mi boca de un golpe profundo y fuerte. Me oigo gemir, pero Dean se traga el sonido desesperado con otro beso voraz, sus cálidas manos sujetan mis caderas mientras me besa hasta dejarme sin aliento.

Mi corazón late con fuerza. Joder, estoy cachonda a más no poder. Igual que él… Siento la evidencia cuando me agarra el culo y tira de mí hacia él, uniendo nuestros cuerpos por la parte de abajo.

—Me la pones tan dura… —gruñe.

Gira sus caderas, flexionándose ligeramente para que su paquete coincida con el nacimiento de mis muslos. Después se mueve hacia adelante y su erección frota mi clítoris, lo que provoca una oleada de placer que manda fuego a lo largo de mi columna vertebral.

—Desnúdate —digo con voz ahogada—. Ahora.

Con otra risa, hace caso omiso de mi ansiosa solicitud y me besa de nuevo.

Sus labios están tan hambrientos como antes, completamente dominantes, y justo cuando pienso que es imposible que esta frenética y apasionada sesión de besos se haga más sexy, Dean para todo con brusquedad. Su lengua me cosquillea el labio inferior. Sus dientes perfectos me dan un pequeño mordisco. Después entierra su cara en mi cuello y me llena de besos suaves que van dejando escalofríos a su paso.

Dado que él no parece tener ninguna prisa en desnudarse, decido tomar cartas en el asunto. Agarro el borde de su jersey y tiro de la pesada tela hacia arriba. Lo subo hasta la clavícula y Dean levanta la cabeza para ayudarme con el resto. En cuanto el jersey está fuera, lanzo mis manos sobre su cálida carne desnuda.

Emite un ruido ronco y enreda sus dedos en mi pelo, mientras mira con ojos llenos de lujuria cómo le acaricio el pecho.

Este tío está SUPERCACHAS. Casi ronroneo de felicidad mientras exploro los montículos duros de su pecho. Recorro cada esculpido pectoral con el dedo índice, a continuación, voy hacia un pezón y lo aprieto. Se sobresalta y su respiración es más pesada. Continúo bajando ese mismo dedo por la línea de vello rubio oscuro que conduce a la cintura del pantalón, y después apoyo mi mano y acaricio sus definidos abdominales.

Los labios de Dean encuentran mi cuello de nuevo. Con dedos hábiles tira de la tela de mi camiseta hacia arriba y la saca por mi cabeza.

Su respiración se entrecorta.

—¿No llevas sujetador?

—Me parecía redundante.

El placer se enciende dentro de mí cuando cubre mis pechos con sus manos. Pasa los pulgares por los pezones y gime en voz baja.

—No sabes lo mucho que he querido jugar con estas tetas de nuevo.

Echo mi cabeza hacia un lado y él aprovecha para lamer un camino desde el cuello hasta la oreja. Me chupa suavemente el lóbulo y me hundo en su pecho caliente, perdiéndome en la sensación. Dean sigue tocando mis pezones, pero utiliza solo las yemas de los dedos. Apenas hace contacto y mis pezones se tensan dolorosamente cada vez que las yemas de sus dedos se posan sobre ellos.

—Tamaño perfecto. —Me aprieta ambas tetas, sus pulgares recorren la parte inferior de cada uno—. Y estos pezones. Dios mío, preciosa.

Baja la cabeza y grito cuando mueve su lengua por mi pezón derecho. Después de toda esa tortuosa desatención, el lamido firme y decidido que me da es como una descarga eléctrica que me atraviesa el cuerpo.

—Oh, sí —gime—. Podría chupar estos preciosos pezoncitos toda la noche.

Y vuelve a la acción. Al menos con la parte de los lametazos. Cierra los labios alrededor del duro bulto y lo chupa con su boca caliente y húmeda.

—Joder —suspiro.

—¿Te gusta? —Su respiración me hace cosquillas en las tetas mientras me besa el pecho hasta llegar a mi otro pezón.

—*Mmm-hummm.*

—¿Te hace estar mojada?

Murmuro algo ininteligible porque está jugueteando con la lengua en círculos provocativos alrededor de mi pezón, y ya no me acuerdo de cómo generar palabras con mi boca.

—¿Qué decías? —bromea.

Más galimatías se me escapan.

—*Mmrrmblergh.*

Dean se ríe.

—Está bien. Creo que voy a tener que descubrirlo por mí mismo. —Fija ambas manos debajo de mi cintura y me quita las mallas y las bragas. Después de lanzarlas lejos, no pierde un segundo en poner su mano entre mis piernas.

No me lo espero cuando desliza dos dedos dentro de mí.

—Oh, Dios mío —gimo. La ola de placer casi me tira al suelo.

—Dios. ESTÁS empapada. Chorreando, muñequita. —Un gruñido sale de su boca. Su mirada es salvaje, brilla—. Si no chupo este coño ahora mismo, me voy a volver loco.

Pienso que me va a llevar a mi cama, pero me sorprende empujándome contra la puerta. Se pone de rodillas, me abre las piernas y me estremezco cuando le veo mirándome, con la lujuria nublando su mirada. Se lame los labios y casi me corro ahí mismo.

Dean sonríe travieso al ver mi expresión.

—¿Quieres que ponga mi boca en ti? ¿Mi lengua?

Le dedico un gesto brusco.

Cuando la boca se acerca, suelto un ruido estrangulado.

Cuando la lengua se encuentra con mi clítoris, otra persona hace un ruido.

No soy yo, y no es Dean, y cuando la alegre voz de Hannah resuena desde el pasillo, los dos nos quedamos congelados donde estamos. Yo de pie y Dean de rodillas, como si estuviéramos posando en plan cuadro pervertido para una audiencia en vivo.

—¡Hola! —dice Hannah en voz alta—. He venido solo a por mi partitura. Olvidé llevármela a casa de Garrett.

La cabeza de Dean se inclina hacia arriba, pero sus labios siguen a centímetros de mi coño. El pánico me invade cuando los pasos de Hannah se acercan amenazantes a la puerta de mi habitación.

—¿Allie?

Aprieto los labios. Si no digo nada, quizá piense que he salido.

Pero no. Es imposible que no vea la luz por debajo de la puerta. Y ha tenido que ver mi abrigo, los zapatos y el bolso en nuestro espacio común.

—¿Allie? —golpea a la puerta.

Miro impotente a Dean. El brillo travieso en sus ojos hace que yo entrecierre los míos. No sé qué está planeando, pero yo… oh, Dios. Arrastra la punta de su lengua sobre mi clítoris, y ahora mis ojos están abriéndose con horror, porque estoy bastante segura de que acabo de soltar un gemido.

—Puedo oírte ahí dentro —acusa Hannah.

Sí, he gemido.

Me aclaro la garganta.

—Eh, sí, estoy aquí. Lo siento, estaba…

Dean dispara besos arriba y abajo de mi hendidura. Me olvido otra vez de cómo hablar.

—Yo… oh, cielos —digo entre dientes—. No te había oído.

Hay una pausa. Una pausa preocupantemente larga.

—Allie… —Hannah para de hablar, tose y después sigue hablando—. ¿Te he interrumpido durante, eh…, un viaje en solitario a Orgasmolandia?

Los hombros de Dean comienzan a temblar incontrolablemente. Su risa ahogada vibra contra mi clítoris, y el efecto resultante rivaliza con las vibraciones de todos los juguetes sexuales que hay en mi mesita de noche.

Un ronco «¡sí!» se escapa de mi garganta. Era para Dean, pero Hannah, por supuesto, no lo sabe.

—Mierda —suelta—. ¡Lo siento! ¡Me voy ya mismo! ¡Lo juro!

Sus pasos apresurados se desvanecen mientras corre por el pasillo. La oigo moverse en la sala común. A continuación, la puerta de entrada se cierra.

Mi corazón todavía va a galope cuando bajo la mirada hacia Dean.

—Pensé que no se iría nunca —gruñe.

14
Dean

Allie se corre más rápido de lo esperado. Mi lengua apenas ha tocado su clítoris cuando empieza a temblar, gemir y balancearse contra mi boca. Supongo que la idea de que la pillen in fraganti es casi tan excitante para ella como lo es para mí.

Joder, ojalá hubiese podido provocarle el orgasmo mientras Hannah estaba aún detrás de la puerta. Habría sido la hostia de morboso. Un secreto guarro solo para nosotros dos. Pero esto también está guay: Allie montando mi cara como si fuera un jinete y yo su caballo de carreras.

Rectifico, es mejor que guay. Mi polla es un pico de hierro tratando de salir a golpes de mis vaqueros, y cada vez que sus músculos internos presionan los dos dedos que tengo dentro de ella, siento una sacudida de respuesta en mis huevos. Cuando su cuerpo por fin se relaja, le doy a su clítoris un último lametón travieso y me pongo de pie.

—¿Estás bien? —sonrío al ver su expresión confundida.

—Estoy superbien —suena somnolienta y saciada, pero recobra la atención cuando mis dedos bajan la cremallera de mis vaqueros.

Dejo que mis pantalones caigan al suelo. No llevo calzoncillos porque, ¿qué fue lo que dijo Allie antes? Era redundante. Cuando mi polla salta en libertad, me la agarro con la mano derecha y le doy un golpe más que necesario. Dios, estoy megaempalmado.

Absorbo la vista de su cuerpo desnudo. Es más bajita que las chicas con las que suelo salir, pero no tengo ningún problema con eso. Interesante: es esbelta y curvilínea al mismo tiempo. Absorbo cada detalle apetecible, desde sus turgentes pechos a su piel suave y el paraíso rosa pálido que hay entre sus piernas.

De alguna manera, temía que me defraudara, que el deseo acumulado por esta chica en toda una semana hubiera exagerado su atractivo. Pero para nada. Gracias a Dios, Allie cambió de idea, porque la deseo con tantas ganas como antes.

Mi mirada vuelve a su rostro y descansa en su atractiva boca por un momento,

luego cae de nuevo a su montículo completamente desnudo.

Gruño de frustración.

—¿Qué pasa? —pregunta con voz ronca.

—Estoy tratando de decidir qué me apetece más: esos bonitos labios rodeando mi polla, o tu apretado coño estrujándola con fuerza. —Bombeo lentamente mi erección mientras pienso en las dos opciones igualmente tentadoras—. Dame tu boca.

Sus ojos azules se entrecierran.

—¿Qué pasa si no quiero?

Aprieto mi hinchado capullo antes de deslizar la mano hasta la base, meneando toda mi polla en su dirección.

—Ya… como si no te hubiera encantado chupar esto la otra noche.

Cuando no contesta, doy un paso hacia adelante y presiono mi cuerpo desnudo contra el suyo. Se estremece. Cojo su mano, la envuelvo alrededor de mi polla y se estremece aún más.

Agacho la cabeza para susurrarle al oído.

—Por favor, cosita guapa, he sido un niño muy bueno… He esperado toda una semana para esto. ¿No crees que merezco una recompensa por mi paciencia? —Acaricio el lado de su cuello con mis labios—. He sido… —Le beso la mandíbula— tan… —Le beso el recorrido que me lleva a su boca— buen chico.

Allie hace un ruido entrecortado y mueve su mano a lo largo de mi polla. A continuación baja hasta ponerse sobre sus rodillas sin decir una palabra. Mi polla vibra de entusiasmo. Separa sus labios. Pasa la lengua por ellos. Otra vez. No puedo quitar los ojos de su boca. La quiero en mi cuerpo, pero el dolor en mis huevos me advierte de que en cuanto haya la mínima succión ahí abajo no pasará mucho tiempo antes de explotar.

Un movimiento de la lengua. Eso es todo lo que Allie puede hacer antes de que tire de ella para que se ponga de pie.

—No, olvídate de eso —suelto—. Me correría demasiado rápido.

La indignación brilla en sus ojos.

—Oh Dios mío. ¡Eres un calientabocas!

—Me da igual. Quiero tu coño. Sube a la cama.

Casi esperaba que discutiera conmigo, porque Allie parece disfrutar con los debates, pero sorprendentemente se muestra obediente. En un instante está tendida sobre el colchón, con las piernas abiertas tentadoramente.

Joder. Sus labios vaginales brillan. Todavía tengo su sabor en mi lengua, y ahora estoy pensándome si zambullirme en ella una segunda vez, porque, joder,

quiero probarlo de nuevo. La pequeña Dean ama y odia la idea a partes iguales, y le advierto que si mi boca toca ese coño de nuevo, me correré sin estimulación sobre las sábanas. Y eso no es tan divertido.

Soltando un aliento, me pongo de rodillas delante de ella y me echo hacia delante hasta que estoy recogido en la suavidad de sus muslos. Allie alarga una mano, agarra mi polla, y casi disparo en ese mismo instante. No me había fijado en sus uñas hasta ahora: son de color rojo brillante. El pecado en persona mientras me araña la longitud de mi polla. Frota la pequeña hendidura que ya suelta líquido y me estremezco, empujando mi glande hacia su apertura.

—Condón —me recuerda.

Mierda. No me puedo creer que casi me haya olvidado de ponerme el gorro. Normalmente es algo automático para mí, como ponerme las protecciones antes de salir al hielo.

Lanzo mi brazo hacia un lado de la cama y palpo el suelo hasta que mis dedos chocan con los vaqueros. Saco el condón que había metido en el bolsillo.

Un segundo más tarde estoy entre sus piernas otra vez. La miro a la cara mientras sujeto la polla con la mano y la acerco. El capullo la empuja, exigiendo paso. Allie tiembla visiblemente. Con las mejillas encendidas y su cabello rubio extendido por detrás, conforma la imagen más sexy que he visto en mi vida.

Los dos suspiramos con felicidad cuando hundo mi espada en su apretada vaina. Dios, me flipa el sexo. No me importa si los hombres y las mujeres fueron creados por Dios, la evolución o unos marcianitos verdes. Estoy eternamente agradecido de que alguien nos diera pollas y coños y una forma divertida de utilizarlos.

Me agacho para rozar mis labios sobre los de Allie. Ella cambia el ángulo de su cuerpo ligeramente, empujándome más profundamente dentro de ella. Un estremecimiento de placer se apodera de mí. Me centra. Echo mis caderas hacia atrás y a continuación entro en ella de nuevo. Despacio. Deliberadamente.

La respiración de Allie es cada vez más entrecortada.

—Deja ya de provocarme.

—¿Piensas que esto es una provocación? —Apoyo la palma de mi mano sobre su plano vientre y con el pulgar le froto su clítoris con suavidad.

Cuando arquea sus caderas, aparto la mano y ella suelta un lamento decepcionado. Me río.

—ESO es provocarte.

—Oh, Dios mío. Te odio. Tócame —me ordena—. Tócame y fóllame y haz que me corra otra vez.

Entrecierro los ojos.

—La última vez no estabas tan mandona. ¿O es que yo iba demasiado pedo como para recordarlo?

Allie se sienta de golpe en una impresionante demostración de flexibilidad y enrolla sus brazos alrededor de mi cuello.

Ahora está en mi regazo, frotándose en círculos contra mi polla.

—Estaba más mandona, pero porque necesitabas muchas más instrucciones.

—Mentira. Te corriste gimiendo al segundo de tocarte.

—¿Cómo sabes que no estaba fingiendo? —se burla, y después mece las caderas y los dos gemimos.

La inmovilizo agarrándola de la cintura.

—¿Lo estabas? —De repente me acuerdo de la confesión de Logan sobre Grace y el orgasmo que fingió la primera vez que se enrollaron. Le tomé el pelo sin piedad. Ahora me horroriza pensar que Allie podría haber hecho lo mismo. Al fin y al cabo, está estudiando Arte Dramático…

Dice:

—No, no estaba fingiendo. —Y el alivio me atraviesa—. Eres muy bueno en la cama —añade a regañadientes.

—Soy la HOSTIA en la cama —le corrijo, y a continuación, empujo hacia arriba con un golpe que le hace jadear de placer.

—Haz eso otra vez —suplica.

—Házmelo tú. —Me dejo caer de espaldas de forma que se quede a horcajadas sobre mí y me elevo para pellizcar un apretado pezón—. Móntame hasta que dispare.

Su boca se curva en una sonrisa maliciosa. Oh, sí, le gusta la idea. Apoyando sus manos en mis abdominales, se endereza. Después se hunde en mí antes de que pueda parpadear. Hay un pibón rubio montando mi polla y estoy en el paraíso. Sus firmes tetas se balancean mientras se mueve encima de mí, y cuando su pelo cae sobre la frente echa hacia atrás los mechones dorados y me mira fijamente. Mientras se mueve en círculos. Girando. Volviéndome loco.

—Tócame. —Su expresión desafiante me hace llevar mi mano al lugar donde se unen nuestros cuerpos y a frotar obedientemente su clítoris con mi dedo pulgar.

El placer inunda sus ojos, pero las órdenes no se detienen ahí.

—Despacio. —Su respiración se acelera—. Hazlo en pequeños círculos. No, no tan fuerte. Más suave… oh, Dios, sí, así.

No voy a mentir, me encanta lo directa que es en decirme exactamente lo que

quiere. Al fin y al cabo, conoce su propio cuerpo mucho mejor que yo. Pero yo aprendo rápido. No pasa mucho tiempo antes de que sus palabras se conviertan en gemidos y empiece a follar mi polla en serio.

Ahora está tumbada sobre mí, sus labios están tan cerca de mi oreja que cada ruido sexy que hace va directo a mis pelotas. Mis caderas suben una y otra vez mientras nuestros cuerpos se golpean y nuestras bocas se encuentran en un torpe beso.

Todavía la estoy besando cuando empieza a correrse. Se muerde el labio inferior y emite un gemido grave. La increíble sensación de su coño apretando mi polla en espasmos desencadena mi propia descarga. Voy como un cohete, el placer borra mi visión y nubla mi cerebro. Me sorprende que el condón no explote con el enorme caudal que acabo de verter en él.

—¿Qué…? —Mientras desciendo flotando de las alturas, noto un sabor a cobre en mi boca. Me toco el labio. Mis dedos se apartan manchados de sangre. Dios. Allie me ha mordido con tal fuerza que me ha hecho sangre. Ahogo una risa.

Allie levanta la cabeza al escuchar el sonido estrangulado. Su pelo es una maraña, sus párpados parecen pesarle tanto que están prácticamente cerrados.

—¿Qué…? —La alarma invade su cara—. ¡Oh, no! ¡Estás sangrando!

Me río con más fuerza aún. Estoy la hostia de contento por no haber desistido en conseguir a esta chica. Allie araña, muerde y folla sin importarle absolutamente nada, en un abandono total. No me había divertido tanto en mi vida.

—No es nada —le aseguro.

Es evidente que no está de acuerdo conmigo. Se separa de mí y se acerca a la mesita de noche. Regresa con un pañuelo de papel y lo aprieta contra mi labio.

—Lo siento. ¿Te duele?

—Para nada —contesto alegremente. Cojo el pañuelo de su mano y lo tiro a un lado de la cama. A continuación recoloco mi cuerpo de tal forma que mi cabeza queda en la almohada y no en el colchón. Tiro de ella hacia mí.

Allie acurruca toda la maravilla de su cuerpo desnudo en mi costado y apoya su cabeza en mi hombro.

—Fuente infinita de deseos —murmura.

—¿Cómo?

—Tu polla. —Suspira—. Es la fuente que da y da.

—Ya te digo que si da. Ya te dije que tenía una polla maravillosa.

Sonrío hacia el techo y le acaricio la teta derecha. Nos quedamos tumbados en

silencio durante un rato, ambos recuperando la respiración. Al cabo de un rato, ella murmura:

—¿Qué es ese partido infantil que mencionaste antes?

Me lleva un segundo caer en lo que está hablando.

—Ah. Los Hurricanes. Mi nuevo coordinador defensivo me está obligando a ser voluntario en el colegio de primaria, así que me toca ayudar como segundo entrenador del equipo de hockey.

—Suena divertido.

—No me puedo creer que esté diciendo esto, pero… lo es. Divertido, quiero decir.

Y el partido de esta noche ha sido mucho más emocionante de lo que había esperado. Los Hurricanes se han enfrentado al equipo que va líder en su división, y cada uno de los chavales ha jugado a un nivel que me ha dejado impresionado. Ah, y el gol de la victoria fue un tiro de muñeca de Robbie Olsen. Y, puf, mi pecho se desbordó de orgullo.

—Yo era voluntaria en un campamento de teatro todos los veranos cuando iba al instituto —dice Allie—. Siempre me lo pasaba pipa y me dio un bajón increíble cuando el campamento se cerró. Lo hacían en un antiguo teatro en Brooklyn, pero recalificaron la zona y el ayuntamiento lo derribó. Ahora es una tienda de informática. —Se sienta de golpe—. Mierda. He olvidado hacer una cosa.

Su cuerpo se cierne sobre mi pecho mientras se acerca a la mesita de noche. No puedo resistir agarrarle un pezón con la boca y succionar. Es la hostia de gustoso tener ese capullito apretado en mi lengua. Lo chupo más fuerte y Allie se estremece antes de apartar mi cabeza.

—Reserva eso para luego. No quiero olvidarme de esta historia otra vez.

Coge su móvil y veo cómo abre una aplicación de notas. Escribe algo. Desde donde yo estoy parece poner «billete de tren».

—¿Billete de tren?

—Sí, don Cotilla. —Deja el teléfono—. Estoy recordándome a mí misma reservar mi billete a Nueva York. Tengo que hacerlo con mucha antelación, porque se llena durante Acción de Gracias. El año pasado tuve que coger el último tren y no llegué hasta las cuatro de la mañana.

—¿Vas a pasar Acción de Gracias con tus padres?

Se extiende a mi lado otra vez.

—Solo con mi padre. —Hace una pausa—. Mi madre falleció.

—Vaya, lo siento. —Acaricio con la mano su brazo desnudo y me doy cuenta

de lo extraño que es estar tumbado en la cama con ella, solo hablando. Pero mi amiguita sigue flácida después del polvazo. Ni unas pinzas mecánicas de bombero podrían sacarme de esta cama ahora mismo—. ¿Estáis muy unidos tu padre y tú? —pregunto.

Su cabeza choca ligeramente mi hombro mientras asiente.

—Mucho. Es el mejor hombre que he conocido.

—¿A qué se dedica? —No estoy seguro de por qué estoy haciendo todas estas preguntas. No tengo la costumbre de intentar conocer a las tías con las que me acuesto, pero Allie es diferente. Para empezar, es la mejor amiga de Wellsy. Y no parece adecuado hacer un «hola, follamos, gracias y adiós» con ella.

—Trabajaba como cazatalentos para los Bruins —revela.

—¿No me jodas? —Estoy muy impresionado ahora mismo—. Debe de saber mucho de hockey ¿Jugó?

—En la universidad. Fue seleccionado por los Kings, pero se rompió el ligamento cruzado durante el campamento de entrenamiento, así que se podría decir que su carrera como jugador terminó antes de que empezara. No obstante, creo que sintió alivio. Siempre dice que era mejor encontrando talento que teniéndolo.

—Aun así, es un trabajo muy duro —señalo—. Habrá tenido que estar viajando sin parar.

—Sí. Esa parte era una mierda. Estaba muchas veces ausente. Pero mi madre y yo lo asumimos. Después de su muerte, mi padre me llevaba con él cuando podía, pero la mayoría de las veces me quedaba con mi tía en Queens.

—¿Ya está retirado?

Allie se tensa ligeramente.

—Sí. —Otra pausa—. Bueno, ¿qué vas a hacer tú para Acción de Gracias? ¿De dónde eras? ¿Connecticut?

—Sí. Greenwich. Y Manhattan. Mi familia divide el tiempo entre los dos sitios, pero fui al instituto en Connecticut.

—Instituto privado —me corrige.

Le toqueteo el pelo.

—Aun así es un instituto.

—Claro, pero apuesto a que tuviste un montón más de ventajas en ese centro de las que yo tuve en el Instituto Público Washington de Brooklyn. Niño mimado consentido. —Puedo escuchar en su tono de voz que está de broma—. Y no has contestado qué vas a hacer en vacaciones.

—Todavía no estoy seguro —admito—. La verdad es que en lo que se refiere

al tiempo libre, estoy un poco jodido. Jugamos contra Harvard dos días después de Acción de Gracias.

—¿Y? Greenwich no está tan lejos de aquí. Ni Manhattan. Puedes pillar un tren o un avión a cualquiera de los dos sitios y volver a tiempo para el partido.

—Mi familia no estará ni en Greenwich ni en Manhattan. Lo pasarán en la casa de San Bartolomé.

Allie se incorpora de nuevo, con la boca abierta. Luego se echa a reír.

—Bueno, bueno, bueno. —Continúa con un impecable acento pijo—: Porque, sí, querido, en efecto, mi familia posee una residencia en la isla caribeña de San Bartolomé. Papi es un ávido marinero, y mami adora disfrutar de unas mimosas ideales en nuestra playita privada.

La empujo en el costado.

—Estás celosa.

—¡Claro que lo estoy! ¡Tienes una casa en San Bartolomé! Es desconsiderado. —Su expresión es reflexiva—. Tus padres son abogados, ¿verdad?

Asiento con la cabeza.

—No sabía que los abogados ganaban dinero rollo «me compro una casa en una isla tropical».

—Depende del abogado. Mi padre es uno de los mejores abogados de defensa criminal del país, así que sí, no le va mal —digo con ironía—. Y mi madre está especializada en derecho inmobiliario, que también es bastante lucrativo. Pero ambos vienen de familia de dinero.

—Déjame adivinar. ¿Los abuelos, Sebastian y Kendrick, eran magnates del petróleo?

Por alguna razón, me hace ilusión que recuerde mis nombres.

—No, no hay petróleo en nuestra familia. El abuelo Seb era dueño de una empresa de transportes. Bueno, aún la tiene, pero es un consejo de administración la que la gestiona ahora. Y el abuelo Kendrick era promotor inmobiliario.

—¿Como Donald Trump?

—Parecido. ¿Alguna vez fuiste a Manhattan cuando vivías en Brooklyn? —Frunzo el ceño cuando algo me pasa por la cabeza—. Oye, ¿cómo es que no tienes acento de Brooklyn?

—Ninguno de mis padres son originarios de Nueva York, ¿quizá por eso? Mi padre es de Ohio. Mi madre se crio en California. Supongo que hablo como lo hacían ellos. Y por cierto, por supuesto que he estado en Manhattan, ¿crees que pasaba el rato con mis amigos escondida bajo el puente de Brooklyn como un

duende?

Me río.

—¿Alguna vez estuviste por el Upper East Side?

—Por supuesto. Tenía un amigo que vivía… —Sus ojos se abren. Como platos—. Mierda. El Heyward Plaza. Acabo de atar cabos.

El asombro en su cara me hace sonreír.

—¿Eres el propietario del hotel Heyward Plaza? —exclama Allie.

—¿Yo personalmente? No. Pero supongo que podría heredarlo algún día. La familia de mi madre, los Heyward, es propietaria de bienes inmuebles por todo el mundo. Hoteles en su mayoría, pero también tenemos una urbanización chulísima en Abu Dabi que está básicamente construida con vidrio. Su…

—Vale ya. Será mejor que dejes de hablar ahora mismo porque estás haciendo que tenga ganas de darte un puñetazo. Sinceramente, ¡no sabía que eras así de rico! No estoy segura de si me pone cachonda o me da todo el bajón de libido.

—Te pone cachonda —digo al instante—. Todo lo que tenga que ver conmigo te pone cachonda, ¿recuerdas?

Resopla.

—Ya, claro. Si tú lo dices.

Le lanzo una sonrisa arrogante y le empiezo a señalar varias partes de mi cuerpo.

—¿Mi cara? Te pone. ¿Mi pecho? Te pone. Me daría la vuelta para enseñarte el culo, pero ambos sabemos que la respuesta será «te pone» así que esa la ignoro. ¿Mi polla? Te PONE cachonda que no veas. Y entonces llegamos a las increíbles cualidades no físicas que conforman a Dean.

—¿Hablar en tercera persona? No me pone nada.

Ignoro el zasca.

—Soy adorable, eso para empezar. Mi sentido del humor es extraordinario, obviamente.

—Obviamente —repite con sequedad.

—Soy un absoluto experto en el arte de la conversación.

Ella asiente con la cabeza.

—Cuando la conversación trata sobre ti mismo, por supuesto.

—Por supuesto. —Pretendo reflexionar un poco más—. Ah, y puedo leer las mentes. No es coña. Siempre sé lo que la otra persona está pensando.

—¿Sí? A ver, ¿en qué estoy pensando en este momento? —me desafía.

—En que quieres que me calle y te eche otro polvo.

Niega con la cabeza con consternación.

—Joder. Eso es lo que estaba pensando.

Yo le lanzo una sonrisa y me doy un golpecito en la frente.

—Ya te lo dije. Leo las mentes.

—Enhorabuena. —Suspira—. ¿Cuántos condones has traído?

—Uno.

—Menudo vago estás hecho. Mete la mano en el cajón. Debería haber alguno ahí.

Abro el cajón de la mesilla, que… vaya, vaya…, contiene más que unas cuantas gomas. Mi mano emerge con un vibrador de silicona de veinte centímetros en un tono rosa bastante gracioso.

—Uh, uh, ¿quién es este pequeño amiguito? —Agito el consolador de arriba a abajo, y es lo suficientemente flexible como para que se nueva como un pene real.

Allie me lo quita de la mano.

—¿PEQUEÑO? Será mejor que retires tus palabras o acabarás creando un complejo a Winston.

—¿WINSTON? ¿Me estás tomando el pelo?

—Venga, vamos, ¿me estás diciendo que no le pega llamarse Winston?

Estudio el juguete sexual de color rosa. Para un objeto con forma de polla resulta ridículamente femenino. Y Winston… Está claro que un nombre así solo podría ponerlo una tía.

—Eh. Supongo que sí.

Asiente con seriedad.

—Tengo un talento especial para escoger nombres adecuados para penes.

Rápidamente frunzo el ceño hacia ella.

—Que no se te ocurra buscarle nombre al mío ¿me oyes?

—¿Por qué? ¿Tienes miedo a que se me ocurra algo mejor del que ya tienes? —Su tono es pura dulzura.

—¿Quién te dice que mi polla tiene nombre?

Allie inclina su cabeza desafiante.

—¿Estás diciendo que no lo tiene?

Me encojo de hombros en respuesta.

—¡Ja! ¡Lo sabía! ¿Cómo se llama?

Mi frente se arruga aún más.

—Vamos, dime —exige—. Te prometo que no me voy a burlar de ti.

Después de cinco segundos de debate interno, me rindo.

—Pequeña Dean.

Eso provoca que se ría a carcajadas.

—Dios mío. ¡Claro! Eres un idiota egocéntrico total.

Le pellizco su muslo en venganza, pero solo consigo que se ría aún más fuerte, así que decido callarla acercándola hacia mí y cerrando mi boca en la suya. Inmediatamente, ella separa sus labios y le permite el acceso a mi lengua. No tardamos en morrearnos con deseo y frotarnos el uno contra el otro como gatos en celo.

Separo mi boca y digo:

—¿Te apetece atarme otra vez?

—No. Tengo otra cosa en mente.

—Joder, me apetecía mucho la idea.

—Deja de quejarte, cielo. Créeme, te va a gustar.

Ahora es ella la que rueda sobre mí y yo gimo mientras comienza a descender por mi cuerpo con besos. Un instante después, su templada boca envuelve mi polla, y… sí…, la pequeña Dean no se queja ni lo más mínimo.

15
Dean

El partido del sábado por la noche contra Yale comienza de forma prometedora.

Después del gol de Garrett al comienzo del encuentro, conseguimos mantener a Yale fuera de nuestra zona durante la mayor parte del primer periodo. Bueno, excepto cuando Brodowski se aleja absurdamente de su posición y les brinda al extremo derecho y al centro una perfecta jugada sin defensor ninguno.

Gracias a esa estúpida decisión, me encuentro solo ante todos los atacantes, y es solo por pura chiripa que Yale no encaja un gol: el disco golpea en el poste. Corro hacia el disco y le lanzo un pase rápido a Hunter. Nuestros delanteros, gracias a Dios, vuelan atravesando la línea central de la zona de Yale, mientras hago todo lo posible por no estrangular a Brodowski cuando patinamos hacia el banquillo para un cambio de línea.

Me echo agua a chorros por la cara y escupo a mis pies. El sudor se derrama por mi cara por el esfuerzo invertido en defender yo solo nuestra área.

A mi lado, Brodowski está avergonzado.

—La he cagado —murmura para que le oiga.

Aprieto los dientes y digo:

—Le pasa a los mejores. —Lo digo porque eso es lo que se supone que hay que decir cuando uno forma parte de un equipo. Aquí en Briar no le damos caña al tema de la culpa.

Pero si alguien es el responsable de ese ataque sin defensa ninguna, es Brodowski. Eso lo sabe todo Dios.

—¿Qué te ha pasado en el labio? —pregunta, analizando el fino corte en mi labio inferior.

—Sexo —gruño en respuesta.

A mi otro lado, oigo las risitas de Tucker. Me ha hecho la misma pregunta por la mañana y le he dado la misma «no-respuesta».

Al otro lado de Tucker, uno de nuestros delanteros de primero parece de veras

impresionado.

—Eres mi ídolo, tronco —dice en voz alta.

El primer cambio de línea dura el resto del periodo y nos vamos al vestuario con una ventaja de 1-0. Por primera vez en varias semanas, la moral es alta.

El segundo periodo comienza exactamente igual que el primero. Otro gol al comienzo, esta vez cortesía de Fitzy. Ahora vamos ganando 2-0 y Yale está sintiendo la presión. Lo que se traduce en que van a por nosotros a tope, jugando de forma agresiva y tirando una y otra vez a portería. Patrick Corsen, nuestro portero, está lejos de tener el talento de nuestro antiguo guardameta Simms, que se graduó el año pasado. También tiene la mala costumbre de patinar demasiado lejos del área de portería, de modo que cuando uno de los delanteros de Yale recibe un pase de un defensor, Corsen no está en posición para detener el disco.

Pero todo está bien. Todavía vamos ganando. Durante… eh, unos treinta segundos. Es mi turno; estoy saltando para entrar en el hielo cuando el mismo delantero que acaba de marcar recibe el disco tras un magnífico pase y lanza otro tiro abatiendo a Corsen. El cabronazo marca de nuevo. Dos goles en menos de un minuto y nuestra ventaja se convierte en un empate.

El resto del segundo periodo transcurre sin goles.

En el tercero, todo se desmorona para nosotros. Ni siquiera puedo contar todas las cosas que van mal. Es un puto error tras otro.

A Logan le pitan falta y le expulsan dos minutos. Marca Yale en el *power play*.

2-3.

Wilkes acaba en el banquillo de penalizaciones por frenar al rival con el *stick.* Marca Yale en el *power play*.

2-4.

Un delantero engaña a Corsen. Se mueve como si fuera a disparar bajo, pero de pronto eleva el tiro y el disco vuela hasta la esquina superior izquierda de la red. Yale marca y esta vez ni siquiera teníamos menos jugadores en el hielo.

2-5.

Hunter mete un gol directo.

3-5.

Me pitan una falta por zancadilla. Dos minutos. Yale marca en el *power play.*

3-6.

Suena el pitido final y hemos perdido nuestro tercer partido de la temporada. De puta madre.

###

O’Shea me aparta a un lado del autobús antes de que me pueda subir. Ya nos gritó a mí y a Logan en el vestuario por las absurdas faltas que nos pitaron y que tuvieron como resultado dos goles para el otro equipo, y espero sinceramente que no vaya a hacerlo de nuevo. Estoy de mal humor y los filtros que separan mi cerebro de la boca no están funcionando a pleno rendimiento ahora mismo. Si O’Shea me presiona un poco, no sé si seré capaz de controlar mi temperamento.

—¿Qué ocurre, entrenador? —pregunto todo lo educadamente que me es posible.

Sus oscuros ojos se me quedan mirando, después se mete la mano en el bolsillo y saca una BlackBerry. Algo que me distrae durante un instante, porque no puedo recordar la última vez que vi una. Ahora casi todo el mundo tiene un iPhone, ¿no?

—¿Algo que quieras decirme? —pregunta O’Shea con frialdad.

No tengo ni la más remota idea de a lo que se refiere.

—Mmm… ¿sobre qué?

Su mandíbula se tensa. Sin decir una palabra, me entrega el teléfono.

Siento un ligero mareo en el estómago cuando miro la pantalla. Aparece una cuenta de Instagram que no conozco, pero la foto en cuestión muestra un montón de caras conocidas, entre ellas la mía. No estoy seguro de quién la ha hecho, pero obviamente se trata de alguna chica que estuvo en el Malone’s la noche del jueves. Lo sé porque los *hashtags* que hay debajo de la foto son #BuenorrosHockey y #ChicosSexysBriar.

La verdad es que no veo cuál puede ser el problema. La foto muestra a mis amigos y a mí haciendo un brindis con unos vasos de chupito. Habíamos pedido la ronda de chupitos antes de cambiar a jarras de cerveza. Y sí, por supuesto que estamos bebiendo, pero ninguno somos menores de edad, y no es que nos hayan pillado con los pantalones bajados y el pito colgando. Estamos sentados en una mesa, por Dios.

—¿Todavía no tienes nada que decir?

Levanto la mirada hacia O’Shea.

—La hicieron el jueves por la noche. Estábamos celebrando el cumpleaños de Fitzy.

—Eso ya lo veo. ¿Y exactamente cuánto lo celebraste tú?

—Si está preguntando que si nos emborrachamos, la respuesta es no.

Eso no le apacigua.

—¿Recuerdas lo que te dije en el despacho de Jensen el otro día? Te dije que nada de borracheras, nada de drogas y nada de peleas.

—No estábamos de borrachera, señor. Solo nos tomamos un par de copas.

—¿Conoces la política de Briar sobre las restricciones de drogas y alcohol para los estudiantes atletas? Si no es así, estaría encantado de proporcionarte una copia de la normativa.

—Venga, vamos, entrenador, no puede esperar que no bebamos. Estamos en la universidad, jo… jolines. Por el amor de Dios. Y todos tenemos más de veintiún años.

—Cuida tu tono, Di Laurentis —suelta—. Y sí, los otros entrenadores y yo esperamos eso de ti. Siempre y cuando juegues hockey para esta universidad estás obligado a seguir las reglas establecidas por tus entrenadores y la NCAA, y a comportarte en consecuencia.

—Señor… —Cojo aire para tranquilizarme, pero no me siento tranquilo. Estoy cabreado por la derrota de esta noche y no me apetece una mierda que me echen la charla por tomarme un puto par de copas—. Mis compañeros de equipo y yo nos comportamos de manera magnífica la noche en cuestión. Así que puede estar seguro de que no tiene nada por lo que preocuparse.

—No te hagas el listo conmigo, chaval. Tenemos un grave problema…

—No, no —le corto—. Creo que está exagerando. Fuimos a un bar y tomamos unas cervezas. Es lo que hacemos a veces, ¿de acuerdo? Pero vaya, si es algo que realmente le preocupe, tal vez debería comunicárselo al entrenador Jensen y ver lo que dice él. —Mi boca se tuerce en una mueca—. Él es el entrenador de este equipo, ¿no? ¿No debería ser él el encargado de gestionar este «grave problema»?

Me arrepiento de mis palabras nada más salir de mi boca, pero joder, estoy más que harto de este tío.

Como era de esperar, O’Shea no lleva demasiado bien que se cuestione su autoridad.

—Chad me ha dado libertad total sobre los defensores y te vendría muy bien recordarlo —suelta—. Si se trata de la defensa del equipo, tengo potestad para gestionar cualquier problema que surja. Y esto, Di Laurentis, es un problema. No vas a probar el alcohol ni ninguna droga mientras seas miembro de este equipo, ¿queda claro?

Por el amor de Dios. Ya he tenido suficiente de esta mierda.

—Muy bien, entrenador. ¿Puedo subirme ya al bus?

La ira enrojece su rostro.

—¿Quieres unirte a tus compañeros de equipo en el autobús? Entonces será mejor que te responsabilices de una puta vez de tus acciones. Reconoce que has hecho algo mal.

Estoy a esto de perder el control. Mis manos se cierran en puños, pero por algún milagro, consigo no soltarle una hostia.

—Por curiosidad, ¿su plan es soltarle esta misma charla a todos los demás que aparecen en esta foto o es que yo soy especial?

—Mi plan es hablar con todos ellos, no te preocupes. Decidí hablar primero contigo porque ya estaba al tanto de tu historial con el abuso del alcohol. —Él levanta una ceja, y hostia puta, casi dejo que mi puño vuele.

¡¿Mi historial con el abuso del alcohol?!

A tomar por culo con eso. ¡Y a tomar por culo con él!

O'Shea sabe muy bien que no tengo ningún problema con el alcohol. Solo está portándose como un puto rencoroso y está intentando encontrar nuevas formas de castigarme por lo que pasó con Miranda. Pero ¿esto? Acusarme de tener un problema con la bebida por una única vez que bebí demasiado cuando era un puto adolescente…, ¿utilizarlo para dar a entender que soy un borracho?

Me he cansado de esta puta mierda.

—Gracias por su preocupación —digo en tono amable—. Se lo agradezco mucho. De verdad. —Y a continuación le dejo de pie en la acera y salgo hacia el autobús.

Afortunadamente no me detiene.

Todavía estoy recogiendo los pedazos dispersos de mi compostura cuando me deslizo en mi asiento de siempre junto a Tucker. Me lanza una mirada interrogativa.

—¿Qué ha pasado?

—Absolutamente nada. —Pillo mis auriculares del bolsillo y me los meto en la oreja. Si Tuck piensa que estoy actuando como un borde, no dice nada, simplemente baja la mirada a su teléfono y unos minutos más tarde estamos en la carretera.

La canción de rock que aparece en mi iPod Shuffle solo consigue cabrearme más, así que busco la lista de reproducción que Wellsy hizo para mí este verano y me intento calmar con los sonidos de jazz suave. No. Tampoco funciona. Apago el iPod y escucho la charla de mis compañeros de equipo en su lugar.

Logan y Fitzy están murmurando sobre un videojuego de disparos sobre el que Fitzy está escribiendo en el blog de la universidad. Hollis está tratando de convencer a alguien para que se encuentre con él en su residencia:

—Ya verás cómo merece la pena, cielo… —Lo que significa que, o está hablando por teléfono, o él y su compañero de asiento acaban de salir del armario delante de todo el bus. Corsen y su compañero de asiento están discutiendo sobre quién es la actriz más pibón de *Juego de tronos*, si la chica que interpreta a Daenerys o la tía que hacer de Cersei.

—Los dos estáis equivocados —dice Garrett en voz alta—. Melisandre es la que está más buena. Sin duda.

—¿La bruja roja? Ni de coña. Dio a luz a una criatura asquerosa. Ese coñito está contaminado, tronco.

—¡Alerta de *spoiler*! —exclama Wilkes cabreado—. ¡Iba a empezar a ver la primera temporada este finde!

—No pierdas el tiempo —aconseja Fitzy—. La serie es una mierda. Mejor léete los libros.

—Juro por Dios que si vuelves a decir «léete los libros», te estrangulo —anuncia Corsen—. Lo digo en serio. Voy ahora mismo y te estrangulo, Colin.

Nuestro empollón se encoge de hombros.

—No es culpa mía que los libros sean mejores.

No me sumo a la conversación, pero en secreto estoy de acuerdo con Fitz. Los libros son mejores. Aunque dudo que nadie me crea si digo que me los he leído. A excepción de mis compañeros de piso, la mayoría de mis colegas de equipo no me toman en serio. Estoy bastante seguro de que piensan que solo voy a hacer el máster de Derecho en Harvard porque mis ricos padres han comprado mi admisión. No me molesta, la verdad. Me mola cuando la gente subestima mi inteligencia. La mitad del tiempo juego encantado al estereotipo de rubia tonta solo para divertirme.

Mientras la charla continúa, desconecto de todo el mundo y cojo mi teléfono. No sé qué fuerza superior me obliga a abrir la aplicación de Facebook y a buscar su nombre. Estoy en piloto automático, apenas consciente de lo que estoy haciendo hasta que los resultados de búsqueda aparecen.

Hay docenas de «Mirandas» O’Shea en Facebook, pero ninguna de ellas es la que estoy buscando.

Hago otra búsqueda, esta vez con su nombre y las palabras Universidad de Duke. No tengo ni idea de si estudia allí, pero parece un buen lugar para comenzar. Durante el tiempo que estuvimos juntos, Miranda no paraba de decir que quería entrar en Duke a toda costa.

Esta vez su perfil aparece en la pantalla.

Estudio la pequeña foto. No ha cambiado nada en cuatro años. Tiene la misma

cara redondita, los mismos rizos oscuros y rebeldes, los mismos ojos marrones.

Para mi desgracia, su perfil es privado. No puedo ver nada excepto su foto de perfil y la foto de portada, que es un paisaje genérico de una playa. Fijo la mirada en el pequeño botón verde en la parte superior de la página.

Agregar a amigos.

No sé lo que me pasa por dentro para hacer clic. Pero lo hago.

Con la solicitud de amistad enviada, apago la aplicación y guardo el móvil. Tucker ya no está con el suyo. Está apoyado contra el reposacabezas con los ojos cerrados y decido seguir su ejemplo. Tenemos dos horas más hasta llegar a Boston, luego otra hora hasta Hastings. Bien podría dormir un poco y tratar de olvidar el partido de esta desastrosa noche.

La siesta funciona. Me despierto sintiéndome más centrado y relajado, y cuando me asomo por la ventana para esperar a que aparezca la siguiente señal de carretera, descubro que estamos a solo media hora del campus.

En el asiento de al lado, Tucker también está despierto. Ahora está otra vez escribiendo en su teléfono.

—Amigo, ¿estás saliendo con alguien? —No puedo evitar preguntárselo. Apenas he visto Tucker últimamente y vivimos en la misma casa.

—No —dice con desdén.

—¿Estás seguro de eso?

—Creo que si estuviera saliendo con alguien, lo sabría, ¿no? —Pero hay un tono extraño en su voz, un tono que no soy capaz de descifrar.

—Entonces ¿dónde te metes? Ya no apareces por casa.

Tucker se encoge de hombros.

—Voy a clase. Estudio en la biblioteca. Me relajo en mi habitación. —Hace una pausa—. Me he quedado en casa de alguien en Boston un par de veces.

—¿Alguien? ¿Qué alguien?

Antes de que pueda responder, suena mi teléfono y juro que veo alivio en su cara. Me recuerdo a mí mismo que tengo que interrogarlo de nuevo más tarde. Será una buena forma de practicar para el máster de Derecho.

Lo cojo cuando veo el nombre de Beau y le recibo con el saludo habitual.

—Maxwell. ¿Qué pasa, *tron*?

—Ey. ¿Qué tal el partido? —La música suena a todo volumen en el fondo, pero puedo oírle alto y claro.

—Una puta mierda.

—Ya. He leído el resumen en el blog de deportes de la universidad. Os han dado un palizón de la hostia.

—¿Por qué me lo preguntas si ya sabes la respuesta?

—Estaba siendo amable.

No puedo evitar reírme.

—Bueno, tío, que hay fiesta en mi casa esta noche. Sé que es tarde para avisar, pero aun así te invito. Supuse que te vendría bien un poco de acción para ayudar a abstraerte de la paliza de Yale.

Me lo pienso un instante, pero solo brevemente.

—*Naah.* Gracias, pero no estoy de humor para fiestas. —Suelto una respiración cansada—. Ha sido una noche de mierda.

—Razón de más para airearte y salir. Aquí hay una mezcla heterogénea de chicas sexys. Y ya sabes que las mujeres no pueden resistirse a un hombre de bajón y depre. Diles lo triste que estás por haber perdido el partido y te suplicarán que les dejes reconfortarte. —Hace una pausa—. Espera. A no ser que sigas con… eh, ¿problemas con el funcionamiento de los bajos?

—No. Todos estamos mejor ahora.

—¡Genial! ¿Eso significa que Bella por fin te ha echado otro polvo?

—¿Bella? —Le digo sin comprender.

—Sí, ya sabes, la chica a la que has imprimado.

Me río.

—Es verdad. Sí, sí, lo hizo. —Mantengo mi respuesta ambigua porque Tucker está ahí y no puede enterarse de lo mío con Allie. Y… mierda. Supongo que eso significa que no me puedo meter con él por ser tan reservado últimamente. La paja en el ojo ajeno…

—Bueno, entonces ya está todo arreglado. Ahora vente a casa y pones en funcionamiento tu recién reestrenado pito.

—*Naah* —repito—. No me apetece mucho. —Lo que sí me apetece es otra cosa porque, como de costumbre, solo pensar en Allie me la pone dura—. Nos vemos esta semana, ¿va? Salimos a por unas birras o algo.

—Suena bien. *Ciao,* hermano.

Nada más colgar el teléfono, abro la aplicación de mensajes. Será prácticamente la una de la mañana cuando llegue a casa. A estas horas solo se llama a una chica para una cosa concreta, pero es sábado por la noche y Allie no tiene clase mañana, así que imagino que estoy a salvo.

Yo: *Tú + Yo = sexo salvaje sta noche?*

Responde al instante. Guay, estaba despierta.

Ella: *Tú = tentación - Yo = ya en la cama ÷ durmiendo.*

Yo: *Y ese signo de división??*

Ella: *No lo sé. Estaba intentando responder en matemáticas. En pocas palabras: estoy en la cama.*

Yo: *Perfect. Ahí es donde quiero q estés. Llego en 45.*

Ella: *No puedes. Hannah en casa.*

Yo: *Vamos a ser muy, muy silenciosos. Ni siquiera sabrá que estoy allí.*

Hay una pequeña pausa, pero incluso antes de que aparezca su respuesta sé que va a ser un no.

Ella: *No quiero arriesgarme. Mejor una noche q podamos estar solos.*

Yo: *No tienes sentido de la aventura.*

Ella: *Tú no tienes paciencia.*

Yo: *No, cuando se trata de ti.*

Ella: *Lo hemos hecho 3 veces anoche! Estoy segura de q saldrás adelante hasta q nos veamos de nuevo.*

Yo: *¿Y cuándo será eso?*

Ella: *Mañana noche tal vez? Te digo algo.*

Yo: *Ok.*

Yo: *X cierto… cuando esta noche me masturbe, pensaré fijo en ti.*

Ella: *Guay. Yo me acabo d hacer un dedo y me he imaginado q eras tú.*

Gimo en voz alta.

Tucker gira la cabeza hacia mí. Me mira a la cara y después a mi teléfono. Resopla y niega con la cabeza.

—¿En serio, tío? ¿Estás dándole al *sexting* aquí a mi lado? Vete a un hotel.

Me fliparía poder irme a un hotel, o más que a un hotel, a la habitación de Allie. Pero está claro que eso no está en las cartas esta noche. Y ahora, gracias a esa pequeña provocación, tengo que pasar el resto del viaje empalmado.

16
Dean

—¿Tienes novia? —Dakota pega saltitos por toda la sala de equipación como un pequeño duendecillo, mientras yo apilo los cascos en la plataforma frente a mí.

Dado que el vestuario de los chicos no es solo para el equipo de hockey, sino que también es el que usan todos los demás estudiantes de sexo masculino del colegio de primaria Hastings, tengo que almacenar toda la equipación de hockey en esta sala. Como asistente del entrenador, es mi trabajo recogerlo todo.

—¿Tienes o no? —exige cuando tardo más de dos segundos en responder.

Giro la cabeza y la miro.

—No, no tengo. Y, ¿no deberías estar haciendo los deberes en este momento? —No es que me moleste su compañía para nada. Me lo paso bien con Dakota.

Salta sobre la tapa cerrada de un gran baúl de almacenamiento y se sienta con las piernas cruzadas.

—Hoy no nos han puesto deberes. —Se toquetea la punta de su cola de caballo rubia, mastica ruidosamente su chicle y hace una pompa gigante de color rosa, después dice—: ¿Por qué no?

—Por qué no, ¿qué? —Pongo el último casco en la estantería y me vuelvo hacia ella.

—¿Por qué no tienes novia?

—Porque no tengo.

—¿HAS tenido novia?

—Por supuesto. He tenido un montón. —Bueno, no desde que llegué a la universidad, pero no le digo eso a Dakota. Probablemente no es apropiado que una niña de diez años se entere de que los últimos años permanecí soltero porque estaba ocupado acostándome con todo lo que he podido en Briar.

Hablando de acostarme con alguien, si no consigo algún tipo de acción pronto, juro por Dios que mis pelotas me van a reventar. Al final Allie y yo no quedamos el domingo, y tampoco pudo verme ayer. Ha estado liada con los ensayos y dijo algo sobre grabar un casting que tenía que mandar, pero estoy

empezando a preguntarme si me está evitando. Será mejor que no, porque yo no estoy preparado para que esta… ¿aventura? Sí, aventura. No estoy preparado para que esta aventura se acabe.

—¿Conoces a mi hermano Robbie? —pregunta Dakota en voz baja.

Me río en voz alta.

—No, renacuaja, no conozco a Robbie. Solo entreno a su equipo.

Un vergonzoso tono rosáceo tiñe sus mejillas.

—Uy, es verdad. Ha sido una pregunta estúpida.

—¿En serio?

Entre risitas, dice:

—Bueno, no se lo puedes decir a NADIE, pero ¡Robbie tiene novia!

Alzo las cejas.

—¿Sí? Y ¿cómo sabes tú eso? ¿Has estado espiando a tu hermano mayor?

—No, él me lo contó, *tonti*. Robbie me lo cuenta todo. Se llama Lacey y ¡está en octavo! —Dakota sacude la cabeza con asombro—. Eso es un curso entero más que él.

Reprimo la risa que amenaza con desbordarse.

—Está con una mujer mayor, ¿eh? Me alegro por Robbie.

Dakota baja la voz hasta llegar al susurro y empieza a contarme todos los detalles sobre la novia de octavo de su hermano. Escucho atentamente, intentando determinar exactamente en qué momento pasar el rato con alumnos de primaria se convirtió en lo más destacado de mi vida.

No quiero que se me malinterprete, el tiempo que he pasado en Briar ha sido impresionante. Mi equipo de hockey ha ganado tres campeonatos nacionales y académicamente siempre he sido de los que mejores notas han sacado. La única clase con la que tuve problemas fue una de Política en segundo año; una clase que no había quién la entendiera y en la que acabé sacando un notable alto. Pero no me gusta pensar en esa nota porque está vinculada a un montón de otras chorradas que prefiero olvidar. A pesar de ese episodio, no puedo negar que mi carrera académica ha sido exitosa. En las pruebas de acceso a la universidad me salí del tiesto. Entré en el máster de Derecho de Harvard por mis propios méritos y no por el nombre de mi familia.

Pero no recuerdo que ninguna de mis clases me haya emocionado nunca. No salté de alegría cuando me enteré de la nota de los exámenes de acceso a la universidad. Y desde luego, no estoy dando volteretas con la idea de ir a Harvard.

Siempre se supuso que seguiría el camino del Derecho. No es algo a lo que

mis padres me presionaran, pero tampoco puedo fingir que es algo que me apasione. No soy como mi hermano, que vive y respira por el Derecho. Le encanta su trabajo en el bufete y dice que cada vez que entra en un tribunal se siente vivo. Igual que se sienten Garrett y Logan cuando juegan al hockey.

¿Yo? Nunca he tenido esa sensación. Amar algo tanto que sienta que la sangre corre a toda velocidad por mis venas y que hace que todo el cuerpo cobre vida.

O por lo menos no me había sentido así hasta la noche del viernes, cuando fui testigo de cómo los Hurricanes dominaban por completo al líder de su división. Y luego otra vez hoy, cuando he organizado un ejercicio de pase y he visto que cada uno de los chavales en el hielo lo bordaba.

—Dean, ¡no estás escuchando!

La voz enfadada de Dakota me saca de golpe de mis pensamientos.

—Lo siento, pequeña. Estaba distraído. ¿Qué estabas diciendo?

—Nada —murmura.

Está evidentemente molesta por haberse sentido ignorada, lo que me da a entender que debe de haber dicho algo importante. Arrastro una silla de metal hacia ella, le doy la vuelta y me siento al revés, apoyando los brazos en el respaldo.

—Cuéntame.

Su labio inferior sobresale en un puchero.

—Te estaba haciendo una pregunta.

—Está bien, en ese caso, pregunta de nuevo. Prometo escuchar esta vez.

—Tú… —El resto sale volando en apresurada carrera—, ¿meenseñaríasapatinar?

—¿Puedes decirlo más despacio? —pregunto con una sonrisa.

—Me enseñarías a patinar —repite.

Unas arrugas surcan mi frente.

—¿No sabes patinar?

Dakota sacude lentamente la cabeza.

—¿Por qué co… cosa no te han enseñado? —Estoy horrorizado. ¿Quién vive en Nueva Inglaterra y no sabe patinar? Eso es pecado.

—Mi madre solo tenía suficiente dinero para enviarnos a uno de los dos a clases de patinaje y Robbie es mayor, así que le tocaba a él. Además, va a ser un jugador de hockey famoso algún día, así que necesita saber patinar.

Aunque el tono de Dakota no es defensivo, no me pasa inadvertido el punto de dolor que hay bajo la superficie. Mi corazón da un pequeño vuelco doloroso. Mis hermanos y yo nunca tuvimos este tipo de problemas cuando éramos niños.

Nuestra familia tenía un montón de dinero, lo que significa que no tuvimos que hacer ningún sacrificio. Summer fue a sus clases de ballet y natación. Nick y yo fuimos a clases de patinaje y a campamentos de hockey y nos compraban todo el equipo que era necesario.

No le había mentido a Allie la otra semana: «La vida de Dean» es muy cómoda. Siempre he conseguido lo que quería.

Ahora, al ver la cara de disgusto de Dakota, me siento como un niño mimado y desagradecido.

—Supongo que eso significa que no tienes patines, ¿verdad? —pregunto lentamente.

Ella da otra sacudida de la cabeza.

—¿Qué talla de patín tienes?

—No sé. ¿Pequeña?

Me río.

—Vamos a ver uno de tus zapatos.

Rápidamente se quita una zapatilla de color rosa fosforito y me la acerca a la cara.

Después de comprobar la etiqueta del tamaño, le devuelvo la zapatilla y me acerco al gran armario metálico que contiene los patines de los niños. La mayoría son demasiado grandes para ella, pero después de bucear dentro encuentro un par de Bauers en el estante inferior que le podrían valer.

Sostengo los patines negros desgastados.

—Prueba estos.

Una mirada de terror llena sus grandes ojos azules.

—¡Pero esos son patines de chico! Yo quiero patines de CHICA.

Otra risa me hace cosquillas en la garganta. Cuando su ánimo se derrumba, suspiro.

—Bueno. No te preocupes, renacuaja. Veré lo que puedo hacer, ¿vale? —Devuelvo los malvados Bauers de chico al armario y cierro la puerta con firmeza antes de que se eche a llorar.

El entrenador Ellis elige justo ese momento para meter la cabeza en la habitación.

—Tu madre está aquí —le dice a Dakota.

Temo que se dé cuenta de su decepcionada expresión y haga que me detengan por molestar a una menor de edad o algo así, pero cuando miro hacia Dakota, es toda ella una sonrisa.

—¡Adiós, Dean! —Salta del baúl y sale pitando hacia la puerta.

Ellis me sonríe.

—Un amor de niña, ¿eh?

Le sigo al exterior de la sala de equipación y pasamos un par de minutos discutiendo lo que queremos que trabajen los chicos en el siguiente entrenamiento. Una vez hemos terminado, dejo el campo y reviso mi teléfono de camino a mi coche. Hay un mensaje de Garrett diciendo que se queda en la residencia Bristol con Hannah esta noche, pero que ha dejado su Jeep en casa, por lo que necesitará que le lleve mañana después del entrenamiento.

Cuando entro en nuestra cocina diez minutos más tarde, me encuentro una nota de Tucker en la nevera informando que va a pasar la noche en casa de una amiga. Su misteriosa no-novia, supongo.

¿Y a continuación? El trío de ases. Logan entra para coger una botella de agua y dice que no llegará a casa hasta tarde.

—¿A dónde vas? —pregunto mientras cotilleo en la nevera.

—Boston. El padre de Grace nos ha comprado entradas para una movida con una orquesta. A ninguno de los dos nos apetece mucho ir, la verdad, pero ella dice que se sentirá dolido si no vamos.

Sonrío mientras giro la cabeza.

—¿Así que vas a pasar la noche escuchando música clásica?

—Sí —dice con tristeza—. Pero hay un intermedio, así que Grace me ha prometido que nos esconderemos en el guardarropa el tiempo que dure.

—Parece un buen trato.

—Sí, ¿verdad?

Logan se va un par de minutos más tarde y mi libido, en urgente necesidad de sexo, salta de felicidad ante la idea de tener la casa para mí esta noche. No tardo ni un segundo en contactar con Allie, que debe estar tan cachonda como yo a juzgar por el tiempo que tarda en responder.

Ella: *SÍ!!! 3 días de estrés = voy n cuanto acabe l gym. Dame un par d horas.*

Yo: *Hazme un favor.*

Ella: *?*

Me: *Trae a Winston.*

La sugerencia me proporciona un emoticono riéndose y otro giñando un ojo, que bien puede significar «qué gracioso pero no» o «qué gracioso y sí, lo llevo». Espero que sea lo segundo.

###

Hojeo la revista *Sports Illustrated* en la encimera de la cocina mientras me enchufo mi cena, que consiste en sobras de pollo y brócoli. El nutricionista del equipo nos manda emails todas las semanas con una lista de sugerencias de platos, pero Tucker, nuestro chef residente, parece pensar que la palabra «sugerencias» significa «cosas obligatorias», porque se niega a tener ningún tipo de comida basura en la casa. Y como él es el único que se acuerda de ir a hacer la compra y el único al que le gusta cocinar, esta es la casa más saludable del puto planeta Tierra.

Después de la cena, me ducho, me afeito y me depilo un poco, porque hago todo lo que está en mi mano para las mujeres. A continuación, me instalo en mi escritorio para empezar mi tarea de la clase de Relaciones Internacionales en la que sigo trabajando, cuando Allie llama al timbre. Guardo el archivo, cierro el ordenador portátil y bajo las escaleras para abrir la puerta.

Está al teléfono cuando abro. Me dice sin hablar «lo siento» y levanta un dedo para indicar que tarda un minuto.

—¿Quieres cenar? —murmuro mientras entra en el vestíbulo—. Tenemos sobras.

Allie cubre el teléfono durante un segundo.

—Gracias, ya he cenado. —Levanta la mano del auricular—. No, todavía estoy aquí, Ira. Y sí, le envié la grabación. No entiendo por qué lo necesitan tan rápido si no se toma ninguna decisión del reparto hasta febrero.

Subimos las escaleras y le dejo que vaya delante de mí para poder así admirar su culo. Al llegar al rellano del segundo piso, no puedo evitar ponerme detrás de ella y frotar mi entrepierna contra su culo mientras agacho la cabeza para besar su cuello.

Ella se estremece y me aparta.

—No sé —le dice al teléfono. —Sigo sin tener muy claro lo de este papel. —Hace una pausa—. Sí, he leído lo que me pidieron que leyera. Mi amiga Megan leyó la parte de Zoey fuera de cámara.

Me he dado cuenta de que sigue frotándose su zona lumbar. Cada vez que su mano toca un punto en concreto, su expresión cambia a dolor. O tal vez es que le molesta algo de lo que el tal Ira le está diciendo.

—Te la he enviado urgente desde el centro de envío del campus, así que deberías tenerla allí mañana por la tarde. —Aprieta la mano en la parte baja de la espalda, masajeando la zona con aire ausente—. Si piensas que necesito hacerla otra vez, la hago. Pero la he hecho lo mejor que he podido con lo que me dieron… sí… SÍ, Ira… hablamos mañana.

Cuelga y se vuelve hacia mí.

—Mi agente me está volviendo loca —anuncia.

Ni siquiera sabía que tenía un agente así que estoy especialmente impresionado.

—¿Cómo?

—Me quieren hacer una prueba para un capítulo piloto de una serie de Fox, pero como no puedo ir a Los Ángeles para el casting, he tenido que enviar una cinta grabada. Ahora está muy preocupado de que mi «encanto natural» no llegue a verse en la cámara. Algo que es superabsurdo, porque de eso trata la interpretación en televisión: transmitir emociones ¡a la cámara!

Frunzo el ceño cuando noto que todavía se sujeta la espalda.

—¿Qué pasa?

—No lo sé —se queja—. Creo que he cogido demasiado peso en el *gym*. He estado súper estresada con la obra de teatro que estoy haciendo y he entrenado demasiado fuerte. La espalda me está matando.

—¿Quieres que te masajee yo?

—Dios, sí. Por favor.

Estoy a punto de decirle que se tumbe en la cama, pero tengo una idea mejor. —Desnúdate —ordeno—. Ahora vuelvo.

Después de años de hacer deporte, estoy acostumbrado a los dolores y las molestias. Los músculos tensos, las costillas doloridas, rodillas reventadas… Lo he tenido todo, y descubrí hace mucho tiempo que no hay nada que vaya mejor que ponerse en remojo. Dado que ni el jacuzzi ni el baño turco de las instalaciones del equipo de hockey son una opción, elijo la segunda mejor alternativa: un baño de agua hirviendo.

Mientras sube el nivel del agua, rebusco en el armario debajo del lavabo para ver si hay sales de baño o aceites que pueda echar en la bañera. Encuentro una botella de gel de baño de burbujas, que supongo pertenecerá a Grace, porque Hannah tiene el lujo de usar el baño privado de Garrett. G, el muy bastardo codicioso, sacó el comodín de capitán del equipo para reclamar el dormitorio principal cuando nos mudamos a esta casa.

Logan, Tuck y yo nos vemos obligados a compartir el único baño del pasillo, y se nota. Las estanterías están repletas de productos masculinos, las toallas están siempre por el suelo y la papelera contiene una cantidad alarmante de envoltorios de condones.

Suspirando, empiezo a recoger las toallas del suelo. Logan ha dejado un par de pantalones color caqui en el toallero, pero lo que hago es colgar las toallas

húmedas sobre los pantalones y a continuación cojo dos más, limpias, del armario de la ropa y las pongo en la tapa cerrada del inodoro.

Vuelvo a la habitación y me encuentro a una Allie muy desnuda sentada en el borde de la cama. Mi cuerpo responde al estímulo, endureciéndose ante la visión de toda esa piel suave y desnuda. Sus pezones se tensan a modo de saludo. Joder, quiero chuparlos.

Una sonrisa emerge cuando me doy cuenta de lo que sostiene en las manos.

—Al final lo has traído.

—El mensaje me lo has mandado cuando aún estaba en la resi, así que he decidido concederte el favor. —Mueve el consolador de forma amenazante en mi dirección—. Pero si quieres que te meta a Winston por tu culito, que sepas que no va a ocurrir.

Ahogo una risa.

—No te preocupes. Prefiero que mi culito se mantenga alejado de Winston.

—Genial. —Acaricia amorosamente el falo de color rosa—. No me malentiendas… Yo te meto por ahí lo que quieras, pero simplemente prefiero que no sea Winston. Es muy especial para mí.

Eh… ¡¿Cómo?!

—Espera un segundo. ¿ESE es el inconveniente que tienes? ¿Estás dispuesta a enchufarme por el culo lo que sea si te lo pido, siempre y cuando no sea tu preciado Winston?

—Por supuesto —lo dice como si fuera la cosa más normal del mundo—. ¿Por qué debería negarte todo ese placer prostático? Es como decirle a una mujer que no le piensas tocar su clítoris.

—Como hombre que jamás ha experimentado con su próstata, no puedo hacer comentarios en relación a esa comparación.

Abre la boca de par en par.

—¿Nunca? ¿En serio? Vale, está clarísimo que tenemos que cambiar eso.

—Paso. —Tiro de ella hasta que se pone de pie, disfrutando de la vista del balanceo de sus pechos desnudos—. Vamos, tengo algo para ti que hará que mejore tu dolor de espalda.

La llevo al baño y su cara se ilumina cuando ve el baño de burbujas que he preparado.

—Mmm, Dios mío. Esto es increíble.

Le cojo el vibrador de la mano y la empujo hacia la bañera.

—Métete. Pero déjame hueco.

—*Ooooh*, ¿nos vamos a bañar juntos? Qué morbo. —Sumerge con delicadeza

un pie en el agua y a continuación gime en voz alta. Eso basta para despertar a mi polla. No es que estuviese dormida. Ella siempre está en estado de alerta cuando Allie está alrededor—. Mmm. Qué calentita —ronronea.

Secundo sus palabras.

Pongo a Winston en el borde de la bañera y tiro de mi camiseta y de la sudadera. El agua se derrama cuando Allie se echa hacia delante para que pueda ponerme a su espalda.

El vapor que se eleva a nuestro alrededor huele al aroma de fresa del gel de burbujas. Emito un sonido de satisfacción y atraigo hacia mi pecho su cuerpo resbaladizo y desnudo. Mis piernas son demasiado largas para esta bañera de las narices, así que tengo que subir las rodillas, pero no me importa, porque el culo redondo de Allie está contra mi polla, y no me importa en absoluto tener algún que otro calambre en las piernas si eso significa mantenerla en esta posición.

—Bueno, volvamos a nuestra charla sobre el culo. ¿De verdad no sientes ni un poquito de curiosidad por saber lo que se siente?

Deslizo mis manos hasta su coxis y comienzo a masajear su carne suave y húmeda.

—Ni lo más mínimo.

—*Oooh,* qué bien eso que haces… sigue, sigue… —Gime de nuevo mientras se encorva con mi tacto—. ¿Y un dedo? Deja que te meta un dedo ahí y a ver qué pasa.

Resoplo.

—Te agradezco la oferta, pero no.

—¿Te sentirías mejor si es un chico el que te lo hace? Porque, cariño, tengo un par de amigos gays que matarían por tener tu culo en sus manos.

Esta vez lo que le contesto es un «¡Ni de coña!»

—Nunca pensé que fueras homófobo —se burla.

—No lo soy.

—Mentiroso.

—No lo soy. En serio, no me importa si uno es gay, heterosexual, bisexual o cualquier otra categoría en la que uno crea encajar. Simplemente no me interesa ponerle el culo a ningún tío. Las pollas no son lo mío.

—¿Cómo lo sabes? —pregunta—. ¿Qué pasa si te lías con un chico y termina gustándote?

—Créeme, no me gusta.

—¿Cómo puedes estar seguro sin probarlo? —Me encojo de hombros, lo que provoca que Allie suelte un chillido. —¡Oh, Dios mío, lo HAS probado! —El

agua salpica sobre el borde de la bañera mientras se da la vuelta hasta estar los dos cara a cara—. ¿Quién fue? ¿Cómo era? ¿Qué hicisteis? ¡Cuéntamelo todo!

—No hay nada que contar.

—No te creo. —Echa a un lado las diminutas burbujas blancas que se agarran a mis pectorales—. Hagamos un trato. Si tú me cuentas tu experiencia gay… —Hace una pausa provocadora— yo te cuento mi experiencia lésbica.

Y así sin más, se me pone más dura que el acero.

—Trato hecho —le digo al instante.

Su risa rebota en los azulejos de la ducha.

—Hombres. Sois tan fáciles de manipular.

—Por supuesto que lo somos. Ese es nuestro gran defecto: estamos controlados por nuestras pollas. —Planto las manos en su estómago jabonoso y las subo hasta rodear sus tetas. No dejo de mirar sus tentadores pezones que brotan atravesando la espuma blanca y no puedo evitar buscarlos con los dedos. Cuando los pellizco, se ponen duros, Allie hace un sonido gutural y cierra los ojos.

—No, no —le reprendo, dejando caer las manos—. No se puede soltar que has tenido un encuentro lésbico y después no continuar con la historia.

—Tienes razón. Se me olvidó. —Se encoge de hombros con desdén, lo que hace que unas gotas de agua salgan volando de las puntas de su pelo—. Me enrollé con una amiga en el tercer año de instituto. Nos emborrachamos en una fiesta y decidimos probarlo. —Otro encogimiento de hombros—. No estuvo mal.

—¿Solo besos?

—Sí.

—Y ¿simplemente «no estuvo mal»? — Gruño—. Joder. Qué decepción.

—Vaya, siento mucho que mi experiencia no esté a la altura de tus estándares pervertidos. Pero eso es lo que pasó. Bueno, te toca. ¿Cuándo fuiste gay?

—También en el instituto —confieso—. Un amigo y yo estábamos en una doble cita y las chicas nos retaron a que nos besáramos. Nosotros dijimos que lo haríamos solo si ELLAS lo hacían primero. No pensé que fueran a aceptar el farol, pero sí, empezaron a liarse como si fueran estrellas porno, así que Jason y yo no nos pudimos echar atrás.

—¿Te gustó?

—No es que fuera horrible, pero no se me puso dura.

—¿Hubo lengua?

—Sí.

—¿Mucha lengua?

—No sé. Lo normal.

Parece tan decepcionada con mi historia como yo con la suya.

—¿Y no llego a nada más? ¿No se tocaron vuestros capullos entre sí imaginándoos que era una pelea de espadas?

Me río con tanta fuerza que toda el agua de la bañera se mueve como los rápidos de un río.

—No, pero ahora que lo dices, me habría molado hacerlo. Suena superdivertido. —Me ahogo entre carcajadas—. ¡Pollas espadas!

Allie se contagia de la histeria, pero la forma en la que tiembla de la risa hace que sus muslos jabonosos se deslicen hacia arriba y abajo de mi entrepierna, lo que transforma velozmente mi diversión en pura excitación.

Sigue riéndose cuando le tapo la boca en un beso hambriento. Pero no dura mucho. Pronto empieza a jadear contra mis labios, sujetando mi nuca con las manos, mientras su lengua se enreda con la mía.

Le sujeto las caderas y la traigo hacia mí hasta que mi pelvis está alineada con la suya. Gime cuando deslizo mi polla a lo largo de su carne húmeda, frotando mi capullo sobre su clítoris.

—Dean…

Su susurro entrecortado apenas se oye. Estoy demasiado distraído por su coño sexy y resbaladizo y la suavidad de sus tetas que estrujo con mis manos.

—Dean.

—¿Mmm?

—¿Has oído eso?

De repente me doy cuenta de que se ha puesto tensa, y su cabeza está inclinada hacia la puerta cerrada. Detengo el lento movimiento de las caderas y escucho con atención, pero la casa está en silencio. —No oigo nad…

Mierda. Sí. Ahora lo oigo. Los sonidos inconfundibles de alguien subiendo las escaleras.

Y entonces:

—Tronco, ¡no te vas a CREER lo que me ha pasado!

Antes de que pueda parpadear, Allie sale de la bañera, y su cuerpo desnudo y chorreando se esconde detrás de la puerta medio segundo antes de que Logan la abra.

17
Dean

—Todo el puto camino hasta la puta ciudad de Boston para darme cuenta de que me he dejado la puta cartera en casa. Así que hemos tenido que hacer *tooodo* el camino de vuelta a casa, y ahora…

Logan derrapa hasta detenerse rollo dibujos animados. Me sorprende que su cabeza no de vueltas en plan la niña del exorcista y se le salgan los ojos con un muelle.

—Eh… —Su mirada rebota por el cuarto de baño como una pelota de goma.

Mira el toallero, donde cuelgan sus pantalones cargo.

Mira a la bañera, donde estoy descansando como Cleopatra.

Mira las burbujas que rodean mi cuerpo como una nube blanca y esponjosa.

Y luego mira a Winston.

—Tronco —suelto—. No es lo que parece.

—No, no, no, ¡no quiero saberlo! —Logan agita sus manos en el aire y comienza a retroceder hacia la puerta como si hubiera entrado por accidente en el foso de un león. Se detiene. Coge de un tirón los pantalones de la barra. Continúa retrocediendo. Una vez más sus ojos se centran en el consolador de color rosa que está a unos centímetros de mi mano.

Lo intento de nuevo.

—Te prometo que no es…

—¡No quiero saberlo!

Se abalanza hacia la puerta y la cierra de golpe. Oigo sus pasos yendo hacia las escaleras. Después vuelven en dirección al cuarto de baño.

—Oye, me voy a quedar con Grace esta noche. Así puedes… eh… terminar lo que sea que estás haciendo… eh…

Joder.

Espero hasta que escucho la puerta principal cerrarse antes de abordar a Allie.

—¿Te has escondido detrás de la puerta? ¿En serio?

Da un paso hacia adelante con timidez.

—Lo siento.

—Guárdate tus disculpas, muñequita. Te das cuenta de lo que has hecho, ¿verdad? —La miro fijamente—. Has permitido que mi mejor amigo piense que me mola meterme consoladores por el culo.

—Eh, eso no es cierto. En todo caso, ahora Logan es más avanzado. Le hemos abierto la mente a las deliciosas posibilidades de juego anal.

—Ven aquí —ordeno.

Rápidamente, Allie se mete en el agua y se arrodilla delante de mí.

—Lo siento, de veras. Probablemente debería haberle dicho que estaba aquí. —Se mete un mechón de pelo mojado detrás de la oreja—. Yo solo… me gusta la idea de mantener esto en secreto. Sabes bien lo que pasará si todo el mundo se entera de que estamos liados. Se meterán en nuestros asuntos y convertirán esta aventura en algo más grande de lo que es.

Tiene toda la razón. Está en la naturaleza del ser humano social, y yo he intentado evitar lo mismo. Pero joder, Logan nunca va a dejarme tranquilo. ¿Darse un baño de burbujas con un consolador de color rosa? Allie me ha condenado a ser el chiste recurrente para el resto de mis días.

—Deja que te compense —me dice—. Estoy segura de que podemos encontrar ALGUNA manera de conseguir quitarte a Logan de la cabeza… —Sus dedos jabonosos rodean mi polla, que se endurece rápidamente en su mano—. ¿Ves? Ya te estás olvidando.

Gruño cuando me da un meneo firme.

—No, todavía estoy enfadado contigo.

—¿Qué necesitas para desenfadarte?

—Tu boca, para empezar.

Reflexiona y su mirada sigue el movimiento de su propia mano bajo el agua.

—En circunstancias normales diría que sí, pero no creo que pueda aguantar la respiración durante tanto tiempo, y estoy bastante segura de que acabaré ahogándome si intento chupártela con mi cabeza bajo el agua.

Me río y me pongo de pie. Extiendo una mano en la pared de azulejos. La espuma se desliza por mi pecho y se agarra a mi piel húmeda.

—¿Qué tal ahora?

—Así SÍ que puedo hacerlo. —Se acerca más a mí, tanto que su cara está a dos centímetros de mi erección prominente. Después se lame los labios y es lo más sexy que he visto nunca.

No. Rectifico. Mirar cómo me envuelve con esos labios es lo más sexy que he visto jamás.

Chupa con delicadeza, su lengua se enrosca en mi capullo como si estuviera probando una deliciosa golosina. Su suave gemido retumba a través de mi cuerpo, provocándome una sacudida de placer.

Me agacho y le paso mi dedo por la perfecta O que forman sus labios mientras me aprietan.

—Ni te imaginas lo guapísima que estás en este momento.

Sus ojos azules se quedan fijos en los míos. Me estremezco cuando su boca me recibe, templada, húmeda y con ganas. Con cada lenta succión, se la mete más y más adentro, hasta que estoy cerca de tocar la parte posterior de su garganta. Dios. Quiero follarme su boca, fuerte, pero sé que si aumento el ritmo, acabaré disparando demasiado rápido.

—Eres… —Su aliento me hace cosquillas en el capullo hinchado— tan… —Me lame la parte inferior y yo tiemblo de deseo—, chupable.

Una risa se escapa silbando.

—¿Y qué es lo que me hace «chupable»?

—Esto. —Me aprieta el paquete—. Esta polla maravillosa. Grande, pero no demasiado grande. —Sus dedos vuelven a rodearme—. Ancha, pero no demasiado ancha. Es perfecta.

—¿Existe algo como «demasiado lo que sea» en lo referente a pollas?

Se ríe con voz ronca, vuelve a metérsela, y ya no me acuerdo de lo que estamos hablando, porque Allie Hayes es demasiado buena haciendo mamadas.

Me coge los huevos mientras trabaja con la boca, lamiendo y envolviéndome, y básicamente conduciéndome a un estado de locura total. Cada centímetro cuadrado de piel comienza a temblar. El creciente placer hace que mis rodillas se tambaleen.

Mantengo una mano en la pared y con la otra enredo mis dedos en el cabello húmedo de Allie hasta que mi palma está sujetando su cuero cabelludo.

—¿Vas a dejar que me corra en tu boca, linda?

Hasta ahora no lo ha hecho. La última mamada terminó con ella masturbándome durante el clímax. Pero me he estado muriendo de ganas de hacerlo en su boca, de sentir cómo trabaja su garganta para tragar hasta la última gota.

Allie eleva la mirada, seductora. Mis huevos, cargados de necesidad, se tensan y se acercan a mi cuerpo. Cuando inclina ligeramente la cabeza, no puedo más. La liberación electriza mi cuerpo y sale a chorros de mi polla. Un gemido ronco se escapa de mi boca mientras me chupa hasta dejarme seco.

Tardo casi un minuto en recuperarme. Una vez mi respiración se estabiliza y

mi visión deja de estar nublada, me dejo caer en el agua de nuevo, empujándola hacia atrás. Allie pega un chillido cuando la levanto para apoyarla sobre la pequeña repisa de porcelana. Mide más o menos medio metro, espacio de sobra para que se siente.

—Mi turno —murmuro.

Su mirada arde cuando le separo las piernas y acaricio el interior de sus muslos. La piel en esa zona es suave como un bebé, su tacto sedoso bajo mis dedos. Estoy a punto de bajar la cabeza para darme un buen banquete cuando recuerdo algo.

Con una sonrisa traviesa, me echo hacia atrás en la bañera y cojo a Winston.

La respiración de Allie se entrecorta.

—Vamos a ver si Winston te pone tanto como la pequeña Dean, ¿te parece? —Arrastro la punta del juguete sobre su clítoris, y me río cuando ella separa aún más sus piernas. Me encanta su falta de pudor, cómo está dispuesta a hacer lo que sea sin ningún tipo de complejo. Igual que yo.

La provoco durante un rato, deslizando el juguete arriba y abajo de su hendidura hasta que mueve sus caderas hacia delante, visiblemente agitada. Excitada. A continuación lo abro del todo con los dedos y llevo el capullo del juguete rosa hacia su apertura.

Los dos nos miramos cuando la meto dentro. Mi intención era ir despacio, pero está tan mojada que toda la longitud del juguete se cuela sin resistencia. Tiro de él, dejando solo la punta ahí dentro. Después lo sumerjo de nuevo.

Allie gime.

Yo también, porque una vez más, estaba equivocado. Viendo el consolador entrando y saliendo de ella… ESO sí que es lo más sexy que he visto nunca.

—¿Cómo te sientes? —murmuro.

—Llena —contesta.

Con el juguete dentro de ella, me agacho y presiono mi lengua sobre su clítoris. Lamo suavemente y empiezo a mover la mano, haciendo que el lento lamido de la lengua coincida con el lento empuje del juguete. Allie me agarra el pelo y se retuerce sobre la bañera. El movimiento de sus piernas me salpica agua en la cara. No me importa. Aprieto su clítoris entre mis labios y succiono mientras Winston sigue haciendo su trabajo más abajo.

Los ruidos que se escapaban de su garganta son cada vez más entrecortados, más rápidos. Le lamo más fuerte y muevo el juguete de tal forma que le golpea en ángulo. Eso me hace ganarme un:

—OH, DIOS…

Sonrío contra su carne caliente mientras se convulsiona. Me encanta hacer que se corra. Siempre reacciona como si acabara de recibir un paquete sorpresa inesperado, como si de verdad no esperara este regalo grande y brillante, pero estuviera más que feliz de quitarle el lazo y abrir el papel.

Su cuerpo se desploma con un grito de felicidad, y después sus párpados aletean hasta abrirse.

—Me encanta Winston.

Tiro suavemente de su juguete. Pero mi mirada no es tan suave.

—Sabes que no es real, ¿verdad?

—En serio, déjame que te lo meta una sola vez y apuesto a que tus palabras serán distintas.

Cuando salimos de la bañera empapamos la alfombrilla y las baldosas. Cuando me agacho para vaciar la bañera, Allie me da una palmada en el culo y me dice:

—Deja de provocar a Winston.

Yo me río y me giro para coger una toalla para ella.

En mi habitación, Allie pone el juguete en mi cómoda y comienza a secarse.

—Lo siento mucho, por cierto. —Suspira—. Logan te va a torturar, ¿eh?

—Sin parar. —Cuando la culpa inunda su expresión, yo también suspiro. —No te preocupes, no pasa nada. Ya le diré que había una chica muerta de la vergüenza escondida detrás de la puerta.

Allie parece alarmada.

—No le voy a decir que eras tú.

Mi comentario tranquilizador tiene el efecto contrario. Su mirada se oscurece con descontento.

—¿Le vas a decir que estabas con otra chica?

—¿PREFERIRÍAS que le dijera que eras tú?

—No. Pero… —Se muerde el labio y no dice nada.

He estado con muchas pibas. Las CONOZCO. ¿Y cuando se cierran así? En sus cerebros no anda rondando solo un pensamiento. No. Están construyendo una complicada red de escenarios y de «qué pasaría si», cada uno de los hilos de la red encima del otro, haciéndose más grande y más retorcida, hasta que de pronto estallan de cabreo por algo que ni siquiera ha ocurrido.

Reprimo otro suspiro.

—Escúpelo, Allie-Gátor.

—¿Te estás acostando con más gente?

Eso me pilla con la guardia baja.

—No. Por supuesto que no. —Una vez más, el comentario tranquilizador cae en saco roto. Ahora parece incluso más cautelosa—. No lo estoy haciendo —le digo con firmeza.

Analiza mi cara como si estuviera jugando a *Dónde está Wally*, excepto que está viendo si descubre una mentira en vez de a un tipo extraño con un gorro. Luego deja escapar un suspiro.

—Probablemente deberíamos haber tenido esta conversación antes de acostarnos. El típico rollo de si vemos a otra gente o no.

Supongo que tiene razón, aunque no es una discusión que yo tenga a menudo. Todas las chicas con las que me enrollo ya saben que veo a otras tías. Y es recíproco, porque no es que ellas me sean fieles tampoco. Me tiré a una chica de segundo muy guapa hace unos meses que admitió abiertamente que acababa de venir de una cita con otro tío.

Con Allie, simplemente he asumido que no vemos a nadie más. No se me ocurriría jugar con la mejor amiga de Wellsy.

—No vemos a nadie más —le digo.

—¿En serio no has estado con ninguna tía? —Ni siquiera intenta ocultar su sorpresa, y no sé si debería sentirme insultado.

—No desde la primera vez que tú y yo nos liamos.

Ella asiente con la cabeza.

—¿Y te parece bien?

—¿A ti?

Otro asentimiento.

—Yo no quiero que haya nadie más. A ver, que entiendo que esto es una aventura, pero no me siento cómoda con la idea de que te acuestes con más gente. Lo mismo digo para mí misma; yo tampoco lo voy a hacer.

—Vale —digo.

Allie sigue sin estar convencida.

—Estás aceptando esto demasiado rápido.

—¿Prefieres que me encabrone y exija poder follar con más gente?

—No, pero… —Y ahí está otra vez, mordiéndose el labio inferior—. ¿Estás diciendo que estás perfectamente feliz de acostarte solo conmigo durante el tiempo que dure esta historia? ¿Qué pasa si vuelvo a estar superliada como estos últimos días? ¿No vas a salir a ligar?

Esta conversación me parecía bien hasta este punto. Ahora estoy cabreado.

—¿Qué pasa? ¿Piensas que soy incapaz de mantener mis pantalones cerrados un puto par de días?

—No nos hemos visto en tres días, Dean, y no has dejado de quejarte sobre lo empalmado que has estado.

—Solo porque me mole tener sexo de forma habitual no significa que me vaya arrastrando por los bares cada segundo del día buscando la forma de eyacular.

—Vale. Lo siento… —dice con tristeza—. Tenía que preguntar. —Juguetea con la parte inferior de la toalla—. Mira… me haces un favor, ¿vale? Si alguien te entra en un bar o lo que sea y te mueres de ganas de acostarte con esa persona, o si simplemente te apetece, eh… tener otra amante…, me mandas un mensaje que diga «fin de la aventura» o algo así, ¿ok?

—Ok —le prometo.

Pero, sinceramente, no imagino eso pasando. No he pensado en nadie más desde que Allie se metió en mi cama esa primera noche. Algo que resulta desconcertante. Pensé que si nos liábamos unas cuantas veces, las suficientes, finalmente lograría sacarla de mi sistema, pero esta chica me pone a lo bestia. Incluso ahora, en medio de una conversación incómoda sobre la potencial existencia o no de otros amantes, mi cuerpo está preparado para una segunda ronda.

Estoy empezando a preguntarme si alguna vez podré sacarla de mi sistema.

#ALLIE

Hice mi primer casting a los doce años. Estaba superentusiasmada, y aunque no me dieron el papel, me lo pasé genial leyendo para la directora de casting, que era la mujer más amable que había conocido jamás. Me hizo un valioso comentario, que todavía recuerdo a día de hoy, y me aconsejó seguir intentándolo porque vio «algo» en mí.

No pasó mucho tiempo hasta que me di cuenta de que los castings no son siempre un camino de rosas. No importa si es para un anuncio, para un personaje episódico o para un papel más jugoso; siempre estás obligado a hacerle frente a este obstáculo al menos una vez: el compañero difícil.

Sí, hay uno de esos en cada casting. La persona que trata de sabotearte a pesar de aspirar a un papel diferente. El típico que te roba protagonismo porque NECESITA sentirse mejor que tú. O que se comporta de forma cero profesional y se olvida de todas sus frases, haciéndote quedar mal en el proceso. O a veces, simplemente es gilipollas y una preferiría arrancarse cada centímetro de piel antes que estar en la misma habitación que él, o mucho peor: tener que leer una escena juntos.

Me he encontrado con todo tipo de compañeros de escena en los últimos años, y el mejor consejo que he recibido sobre cómo manejar esa situación provino de Jack Emery, el *coach* de interpretación del campamento de teatro donde fui voluntaria.

Me dijo que tenía que utilizar esa energía negativa para mi provecho.

Es imposible controlar cómo se va a comportar el otro actor. No se le puede obligar a recordar sus frases, ni uno puede exigirse a sí mismo hacerse el majo con alguien que, francamente, no merece la energía que se necesita para forzar una sonrisa. Jack me explicó cómo coger esa energía negativa y canalizarla hacia mi propio trabajo. Claro, el consejo no se aplica necesariamente a las pruebas para un anuncio de cereales en el que se supone que eres megafeliz y todo son sonrisas, mientras te metes cucharadas de azúcar en la boca. Pero ayuda muchísimo si los personajes tienen una relación combativa. En ese caso, es fácil usar la rabia o el enfado, o incluso el odio, y llevarlo a la actuación.

Y eso es justo lo que estoy tratando desesperadamente de hacer en el ensayo del jueves por la noche con la estudiante de cuarto que hace de mi hermana.

He coincidido con Mallory Richardson en otras clases, pero esta es la primera vez que tenemos que subirnos juntas al escenario. La semana pasada, trabajamos con los libretos en la mano porque era el comienzo de los ensayos.

Esta semana, nuestro director, un estudiante de dirección, quiere que lo pasemos sin el texto. No toda la función; solo un par de escenas para poner en marcha el proceso de memorización. A mí me parece bien, porque ya he memorizado la mitad de la obra.

¿Mallory? Apenas puede hilvanar una frase completa.

—Acéptalo, Jeannette, eres débil —dice Mallory sin emoción—. ¿Por qué piensas que se marchó Bobby? Porque no podía… —Se detiene—. ¡Texto! —dice hacia la primera fila, donde nuestro director y dos productores están sentados.

No hay duda de la frustración de Steven. No le culpo. Durante la última hora aquí he oído a Mallory gritar «¡texto!» tantas veces, que la palabra ha perdido todo su significado.

—No podía soportar tus lloriqueos —lee Steven, su voz de barítono atraviesa la cavernosa sala—. Eres patética…

Mallory interrumpe.

—Gracias, ya conozco el resto. Me he liado arriba, en la parte de los lloriqueos.

Steven nos dice con un gesto que empecemos desde arriba.

—Acéptalo, Jeannette, eres débil. ¿Por qué piensas que se marchó Bobby? Porque no podía soportar tus lloriqueos. Eres patética. Te desmoronas… ¡Texto!

Resisto a la tentación de atravesar corriendo el escenario y tirarla al suelo. Quizá si le grito el texto al oído a todo volumen para que se le clave en su perezoso cerebro…

Steven le da la siguiente frase.

Empezamos de nuevo.

—Estoy cansada de ser la que te tiene que coger la mano y limpiarte las lágrimas y…

—¡Bobby está MUERTO! —gruño, tambaleándome hacia donde está ella—. Si quiero llorar su muerte, ¡puedo hacerlo! Y nadie te pidió que me cogieras la mano. Yo no te pedí que vinieras aquí, Caroline.

—Estoy aquí porque…

Espero a que diga la palabra mágica.

—¡Texto!

Y otra vez. Y otra y otra.

Texto.

Texto.

Texto.

Tenemos el auditorio cogido hasta las diez y media, lo que significa que nos queda una hora más para ensayar. Normalmente Steven hace uso de cada segundo disponible. Esta noche, está claro que ha tenido suficiente. Se pone de pie y anuncia que el ensayo ha terminado.

Me sorprende que le haya llevado tanto tiempo.

—Volvemos a vernos mañana —dice—. Tenemos el auditorio desde las doce del mediodía hasta las tres, así que podremos ver muchas más cosas. Lee las escenas unas cuantas veces más, Mallory. Necesitas tener claro el texto.

—Lo siento, Steve —se queja Mallory. Por lo menos tiene la decencia de parecer avergonzada—. Anoche no tuve tiempo para estudiar la escena. Estuve preparando un monólogo para la clase de Nigel. —Suspira en voz alta—. Estoy agobiada, la verdad.

Quiero decirle «bienvenida a la universidad», porque venga ya, ¿se ha creído que es la única con una carga descomunal de trabajo?

Estoy haciendo un curso de Guión que me obliga a escribir dos escenas a la semana. Mi profesora de Teoría del Cine me manda tantas lecturas, que mis ojos están empezando a bizquear. Para mi taller de casting se espera que escribamos y preparemos un monólogo cada semana. El taller está diseñado para ayudar a los

actores estudiantes a que se sientan cómodos y construyan su confianza en el proceso de casting, pero al parecer era demasiado «fácil» que nos dejaran trabajar con material ya existente.

No hace falta decir que estoy igual de agobiada que ella, pero no me VEO poniendo excusas. No. Aun con todo, encuentro tiempo para memorizar unas pocas páginas de un diálogo.

No obstante, me siento feliz de que el ensayo haya terminado. Estoy demasiado cerca de estrangular a Mallory, quien ni siquiera dice adiós cuando deja el escenario.

—Lo haremos mejor mañana —le aseguro a Steven. Me siento fatal por haberle decepcionado; sé lo en serio que se toma la dirección.

La primera vez que nos conocimos, le dije de broma que debería estar enfrente de la cámara y no detrás. En serio, el tío es guapísimo. Piel del color del chocolate negro, facciones perfectas, ojos hipnóticos. Es como Idris Elba pero sin el sexy acento británico. Pero a Steven no le interesa ser actor. Una vez me dijo que su objetivo era ganar el Óscar al mejor director cuando llegue a los cuarenta.

—Tú no eres la que tienes que mejorar —responde Steven—. Estás haciendo un gran trabajo.

Guardo el cumplido en mi bolsillo trasero imaginario y salgo del escenario entre bastidores, rebuscando en mi mochila mientras camino. Encuentro mi teléfono y mi corazón da un vuelco cuando veo a una llamada perdida de Ira. Le llamé anoche para que me informara sobre la obra de Cavanaugh para la que me muero de ganas de hacer la prueba. No estoy segura de que se vaya a hacer de verdad, o de si no es más que un rumor que suena por Broadway, así que le pedí a Ira que fisgoneara un poco.

Miro la hora. Son las nueve y media, lo que significa que son las seis y media en la costa oeste. Sé que está todavía en LA, porque me envió un mensaje antes diciendo que estaba comiendo con el productor del piloto de Fox. No sé si estoy feliz o decepcionada de que los productores me hayan dejado enviar una prueba de cámara. Por suerte, es probable que no vuelva a saber de ellos a corto plazo, ya que oficialmente los castings no empiezan hasta febrero.

—Hola, Ira, —digo cuando me coge—. Soy Allie. Quería saber si tienes noticias sobre la obra de Brett Cavanaugh.

—Pues la verdad es que sí.

¿Entonces por qué no me has llamado?

—El proceso de producción ha comenzado. Conozco a una de las productoras,

así que la llamé. —Hace una pausa—. No tengo buenas noticias.

Mi corazón se desploma a la boca del estómago.

—Vaya. ¿Qué ha dicho?

—Es un elenco totalmente masculino. Valiente decisión, ¿no?

Muy valiente. Por no mencionar devastadora. De repente, me encuentro deseando desesperadamente tener pene.

—Por desgracia, eso significa que no hay ni un solo papel para ti… —No me digas, vaya sorpresa. ¡No tengo pene!—. Pero le dije a Nancy que estás interesada en trabajar con Brett de nuevo. Se ha comprometido a transmitírselo, así que ¿quién sabe? Quizá te llame cuando esté preparando algo más.

Eso me anima. Un poco. Todavía estoy mega de bajón por la noticia.

Le envío un mensaje a Dean mientras salgo del edificio.

Yo: *Día horrible! Igual me desahogo luego contigo! Q tal el partido?*

No me contesta. Por supuesto, solo han pasado tres segundos, pero por lo general, es bastante rápido en responder.

Cinco minutos andando en dirección a la residencia y todavía no hay respuesta. Su partido ha tenido que acabar ya. Hannah dijo que empezaba a las seis y son casi las diez.

Pasan cinco minutos más. Estoy casi en la resi. ¿Por qué no me responde?

Han pasado diez minutos. Que no se te vaya la olla. Relájate.

En lugar de relajarme, me angustio más y más porque me acabo de dar cuenta de algo preocupante.

No he escrito a Dean porque quisiera acostarme con él.

Quería desahogarme por el día que he pasado.

Mierda. Hannah tiene toda la razón: La palabra «casual» no existe en mi vocabulario. He tenido un ensayo de mierda y mi primera reacción ha sido escribir a la persona con la que me estoy acostando para contárselo todo. Para que me escuche, me consuele y me diga que todo va a ir bien.

Repite después de ti misma, Allison Jane: No. Es. Tu. Novio.

—No es mi novio —digo con seguridad.

—¿Qué? —Un tipo alto con una parka ralentiza su marcha y se gira para mirarme.

Yo me sobresalto.

—Uy, no estaba hablando contigo.

Su mirada se dirige a mi oído, y me doy cuenta de que está buscando una conexión Bluetooth. Cuando no encuentra nada, me mira de forma extraña y sigue caminando.

—¡Hablar con uno mismo no te convierte en un loco! —digo a su espalda. Bueno, a menos que seas el sintecho al que solía ver por Brooklyn, que no paraba de gritar sobre conspiraciones del gobierno y sobre cómo los extraterrestres nos están robando las neuronas usando nuestros teléfonos.

Pero ¿quién puede decir que Lou no está perfectamente en su sano juicio? Tal vez los extraterrestres SÍ que usan los móviles para eso. No puedo demostrar lo contrario.

Recorro pesadamente el resto del camino a la resi y entro en la sala común a oscuras. Hannah aún no está en casa. Sé que ha ido al partido de hockey esta noche, así que decido darle un toque para averiguar qué está haciendo ahora.

—¡Ey! —Dondequiera que esté, hay mucho ruido. Oigo una cacofonía de voces en el fondo y una línea de bajo golpeando mi oído—. Estamos en el bar. ¿Quieres venir?

Pongo un tono casual.

—¿Quiénes estáis? ¿Garrett y los chicos? —¿Y Dean?

Me detengo antes de que la pregunta se escape. Joder, otra vez estoy actuando como si fuera su novia. Una novia increíblemente nauseabunda para empezar. Del tipo de personas que controla al otro cuando no está.

—Sí. La mayor parte del equipo está aquí. Hemos ganado esta noche, así que todo el mundo está de celebración. —Otra ola de música atraviesa la línea telefónica—. Garrett no hace más que insistir en desafiarme a un concurso de chupitos.

—¿Y qué hacen los demás? —pregunto con fingida indiferencia—. ¿Logan… Tuck… Dean…?

Me odio a mí misma en este momento. Mucho, mucho.

—Tuck no está. Logan está jugando al billar. Y una chica está intentando comerle la cara a Dean.

Todo mi cuerpo se enfría.

Eh… ¿Cómo?

—Oye, te oigo muy mal —dice Hannah—. Mándame un mensaje si vas a venir.

Mi mano tiembla cuando dejo el teléfono. ¿Dean está en el bar enrollándose con otra tía?

¿Dos días después de haber hablado sobre no ver a nadie más?

No, joder, ¡no!

18
Allie

Mi madre era una mujer muy guapa. No lo digo porque yo sea su hija y por lo tanto la veo a través una lente de color rosa. Lo digo porque es verdad. Eva Hayes era una mujer bella, impresionante, con clase. Fue modelo cuando tenía veinte años, y aunque no era lo suficientemente alta para la pasarela, estaba muy cotizada en las revistas. Todavía conservo todos los recortes de catálogos y revistas que hizo en un libro de recuerdos que guardo en mi estantería.

Heredé su pelo rubio y sus ojos azules, pero mis facciones no son tan perfectas como las suyas. Mi madre tenía esa belleza clásica que hacía que los hombres, las mujeres y los niños se giraran para mirarla cada vez que caminaba junto a ellos.

Yo soy más «mona» que guapa.

Pero he aprendido que el maquillaje correcto y la ropa adecuada pueden transformar a cualquier chica mona en una MUJER EXPLOSIVA.

No sé cuál es mi plan. Para empezar, Dean y yo no estamos saliendo. Y dado que no quiero que nadie sepa que estamos liados, no puedo irrumpir en el Malone's y echarle una jarra de cerveza en la cabeza.

Lo que SÍ puedo hacer es mostrarle exactamente lo que se está perdiendo.

No voy a mentir, me duele que no me haya avisado antes de hacerlo, tal y como me había prometido. Y sin duda, me escuece que esté con otra persona esta noche cuando a mí me habría encantado compartir el tiempo con él. Pero sabía en dónde me metía involucrándome con él. Dean Heyward-Di Laurentis se lía con tías. Fin del asunto.

Mi ego, sin embargo, se niega a tolerarlo, y esa la razón por la que treinta minutos más tarde me encuentro saliendo del asiento trasero de un taxi y subiéndome a la acera que hay frente al Malone's.

Mi chaquetón me mantiene calentita mientras pienso mi plan de acción junto a la puerta. Un par de chicos de la universidad salen del bar y me siento bien cuando ambos se detienen a mirarme. Ja. Y sus miradas de admiración están

basadas únicamente en mi maquillaje y moño «fóllame». Probablemente se pondrían a salivar si vieran lo que hay debajo de mi abrigo.

Busco mi teléfono. Le escribo a Hannah: *Estoy*. *Dónde estás?*

Ella: *Mesa d billar*.

Cojo aire, entro y camino a través de la multitud. La música vibra en el suelo bajo mis talones, mientras paso las mesas de la izquierda y me dirijo hacia el arco que separa la sala principal de la sala de juegos.

Hay media docena más de mesas normales y algunas mesas altas en esta sección del bar. Veo a mi mejor amiga nada más entrar. Está hablando con Logan y Hollis, mientras que Garrett circunda una de las mesas de fieltro verde con un taco de billar en la mano. Fitzy, que sostiene una botella de cerveza, está mirando cómo Garrett prepara su disparo, su palo está apoyado en la pared junto a él.

Finalmente veo a Dean. Está casi oculto a la vista en una esquina hablando con una morena con curvas en vaqueros ajustados y un suéter escotado.

Bonito suéter, cielo, pero te gano.

Me desabrocho el abrigo, me lo quito y lo meto bajo el brazo. A continuación cuadro los hombros y me paseo hasta la mesa de billar.

Un silbido atraviesa la música, cortesía de Logan.

—*Mamma mía* —elogia—. Estás increíble. —Sus ojos azules brillan—. ¿Cuál es la ocasión especial?

Sonrío tímidamente.

—Solo me apetecía ponerme guapa.

Hannah resopla.

—Cariño, estás más que guapa. Creo que cada tío que hay en este bar acaba de tener una erección.

Me encojo de hombros. Solo me importa una erección en particular. Me pregunto si la pequeña Dean se habrá percatado ya de mi presencia.

—Así que habéis ganado el partido, ¿eh? —le digo a Logan.

—Ya te digo que si hemos ganado.

—Genial. Volvéis a la carga entonces. —Sé que el gran Dean estaba disgustado por su mala su racha de tres partidos.

—Bueno, no te emociones. Hemos jugado contra un equipo de la segunda división. Y aun así, hemos ganado por los pelos.

—¡Ey, Logan! —grita Garrett—. ¿Crees que puedo meter esta bola?

—Discúlpenme, señoritas. Requieren mis supremas habilidades al billar y mis servicios como mejor amigo. —Se aleja.

Hannah se acerca más a mí.

—Oye, ¿quiere esto decir que vuelves a estar lista para cruzar la frontera y meterte otra vez en el mundo citas? —Sonriendo, le hace un gesto a mi ropa que, la verdad, no dice para nada «busco una cita».

Dice «busco un polvo».

Mi vestido ceñido de color azulón me llega más o menos a la mitad del muslo. Me he puesto un *push-up*, así que mi escote está ahí fuera. Mi sombra de ojos hace que estos parezcan enormes. Mis tacones de doce centímetros hacen que mis piernas parezcan increíblemente largas. Es verdad que casi se me congelan en el trayecto del taxi al bar, pero estar buena a veces requiere un sacrificio. Es la lección 1 de Belleza.

—*Naah,* solo estoy tanteando el terreno.

Su sonrisa se ensancha.

—Bueno, pues en este tanteo has sacado un diez. Yo misma te echaría un polvo.

Me tenso de repente al sentir cómo Dean se aproxima a decirme como si nada:

—Muy guapa, muñequita.

Pero la tensión de su voz no me pasa desapercibida, su disgusto es inconfundible. Algo que considero absurdo, porque ¿por qué tiene que estar molesto? ¡Yo no he sido la que me he enrollado con otra persona!

—Gracias. ¿Quién es tu amiga? —pregunto en el tono más dulce que puedo.

Su rostro es inexpresivo.

—¿Eh?

Hago un gesto con la cabeza hacia la morena, que nos observa con visible recelo. No puedo creer que Dean tenga el morro de hacer como que no la conoce. ACABO de verlos hablar.

—Ah —responde—. ¿Polly? ¿Paula? No he pillado bien su nombre.

Por supuesto que no.

—Penélope —ayuda Hannah—. Me he sentado a su lado durante el partido. Es una SUPERFAN de Dean. Me ha estado comiendo la oreja sobre ti todo el tiempo. —Mi mejor amiga sonríe—. Al final tuve que interrumpirla y decirle que tampoco eres para tanto.

Lo secundo.

—Qué dices. Por supuesto que lo soy. —Protesta, pero está distraído. Puedo sentir cómo me observa.

—Voy a pedir una copa. —Me separo de la mesa.

—Gran idea — dice Dean en un tono demasiado alegre—. Me vendría bien

una copa a mí también.

Aprieto los dientes mientras me sigue. Es muy difícil correr con estos tacones, así que tengo que conformarme con caminar de forma acelerada y esperar a perderme entre la multitud.

Dios, qué idea tan estúpida salir esta noche. No sé qué esperaba, pero no era esto. Si acaso, ahora estoy aún más tensa y más enfadada que antes.

Un pequeño chillido se escapa de mi boca cuando de repente tiran de mí hacia atrás.

Los labios de Dean rozan mi oído mientras gruñe.

—Si has venido a provocarme, ha funcionado, pibón.

Mi mandíbula se tensa aún más. Me giro y le lanzo una mirada asesina.

—Al contrario de lo que piensas, el mundo no gira a tu alrededor. —Lo único es que tiene razón. Ese es el motivo por el que estoy aquí, y ahora me siento totalmente absurda, porque no es mi estilo jugar a ese tipo de jueguecitos.

Debería haberme quedado en casa. El ensayo me ha dejado de mal humor, y después he permitido que la idea de Dean con otra persona me haya convertido en un personaje de una comedia romántica. ¿Y eso de vestirme como una prostituta para llamar la atención de un tío que no la merece? Pero ¿quién SOY?

La repugnancia que siento hacia mí misma me impulsa a seguir caminando. Me acerco al mostrador, donde los chicos se abren dejándome paso como el Mar Rojo. Supongo que es uno de las ventajas de tener pinta de «sexo salvaje con tacones».

Me pido un Cosmo, porque ¿por qué no? Será mejor estar a la altura de la imagen que he creado. He traído un pequeño bolso *clutch* negro, pero cuando lo abro para coger dinero, tres manos diferentes agitan billetes de veinte dólares en el aire.

—Ya pago yo…

—Te invito…

—Deja que te invite yo a esta copa…

Dean suelta un gruñido enfurecido y lo siguiente que veo es que saca su propio billete de veinte y se lo mete al camarero en la mano.

—Pago YO —dice con brusquedad y mira fijamente a mis otros pretendientes, que apartan la mirada.

—¿Ahora vas a mear encima de mí para marcar tu territorio? —siseo.

Sus ojos resplandecen.

—No sé… ¿debería? ¿Qué leches está pasando aquí, Allie?

—Nada. —Cojo la bebida que el camarero me ofrece y me aparto rápidamente

de la barra.

Dean me pisa los talones, así que camino más rápido. Estamos con nuestros amigos otra vez y suspiro de alivio. Guay. Ahora ya no me puede molestar más con tantas preguntas.

Penélope viene al instante a gran velocidad, y mi columna vertebral se pone rígida cuando aprieta sus garras en el antebrazo desnudo de Dean. La camiseta negra que lleva se estira en su pecho perfecto y deja ver sus brazos perfectos. Los mismos brazos que me sujetaban la otra noche cuando se movía dentro de mí.

Le doy un trago a mi cóctel y trato de prestar atención a lo que dice Hannah. Está hablando de sus ensayos para el concierto de la uni, y lo contenta que está de que sus tutores la dejen cantar una canción compuesta por ella misma, en vez de obligarla a formar pareja con un compositor de último año de carrera.

—Estoy pensando en enviar maquetas a algunos sellos discográficos —admite.

—¿En serio? —Hace unos meses me comentó que quizá le apetecía más centrarse en la composición de canciones que en interpretarlas, pero no pensé que lo decía tan en serio.

—Sí —contesta mientras juguetea con un mechón de pelo oscuro. El movimiento hace que me fije en la horquilla verde fosforito que lo sostiene. Es el único toque de color en su look *total black*—. Me encanta componer. Bueno, también me encanta estar sobre el escenario, pero en el ensayo de anoche, Dexter y yo estábamos haciendo el tonto en el piano, y cuando se puso a cantar una de las canciones en las que estoy trabajando fue…

Desconecto de lo que dice. Soy una amiga terrible, ya lo sé, pero no puedo evitarlo. Estoy demasiado distraída con el malvado buitre que está picoteando a Dean como si fuera un jugoso cadáver. Le pasa sus dedos de manicura recién hecha por sus brazos, le acaricia sus bíceps, se inclina hacia él para susurrarle algo al oído.

En defensa de Dean, he de decir que no parece darse cuenta de que Penélope está como pegada con pegamento a su lado. Su mirada está fija en mí y se va nublando por segundos.

Le doy otro sorbo a mi copa y paso la siguiente hora haciendo un esfuerzo por ser sociable. Pero la verdad es que cada vez me estoy cabreando más… ¡conmigo misma!

Sin querer, he puesto a Dean en un papel que no debería estar jugando. NO es mi novio. No debería estar enviándole mensajes después de haber tenido un mal

día. No debería ponerme furiosa que no me responda los mensajes, ni que hable con otra chica.

Aunque, de nuevo, en su defensa, él no parece tener el más mínimo interés en Penélope. Cada vez que los miro, él está con su teléfono y no le presta ni la más mínima atención.

Mi bolso no hace más que vibrar. Probablemente porque me está enviado mensajes. Pero no saco el teléfono de donde está porque estoy demasiado ocupada dándome cuenta de que al parecer no soy nada sin un novio.

Soy… ¿codependiente? ¿Es esa la palabra correcta? ¿Es por eso por lo que no hago más que volver con Sean? ¿Porque no puedo estar sola? También tuve novio todos mis años de instituto.

Bueno, puede ser que esté haciendo una montaña de un grano de arena. El hecho de haber tenido siempre novio no quiere decir que tenga un problema de adicción, ¿verdad? Me gusta tener novio. Me gusta ir de la mano, y los besos, y estar acurrucados y contarnos qué tal ha ido el día. Pero eso no quiere decir que «necesite» uno en todo momento.

Quizá soy lo peor para los rollos o aventuras, pero estoy segura de que hay un montón de chicas que también tienen problemas para separar las emociones del sexo.

Aun así, todo esto es muy desalentador. Decido que es hora de irme. No estoy prestando atención a nada de lo que la gente está diciendo, y la verdad es que lo que me apetece es ir a casa a buscar la palabra «codependencia» en Google para ver si puedo hacerme un autodiagnóstico.

Antes de irme quiero hacer pis, así que me excuso y me dirijo hacia los aseos. No me molesto en darme la vuelta para ver si Dean me está siguiendo, porque sé que lo hace. Puedo ver en mi visión periférica que se separa de Penélope nada más alejarme de la mesa.

Para mi frustración, la cola para el aseo de chicas es excesivamente lenta. No pienso esperar media hora para entrar al cuarto de baño. Tampoco tengo tantas ganas. Pero sé que si me doy la vuelta, probablemente me tropezaré con Dean.

Sigo caminando en línea recta hacia la salida de emergencia. Ya he salido alguna vez por aquí y dudo que se active la alarma. No lo hace. El aire frío golpea mis brazos y piernas desnudos cuando salgo al callejón que hay detrás del Malone’s. Me apresuro a ponerme el abrigo justo cuando la puerta se abre de golpe y aparece Dean.

—Lárgate —le digo.

Sus fosas nasales se dilatan.

—No.

—Vale, pues quédate aquí. Me voy a casa. —Abro el broche de mi *clutch*. Tengo que llamar a un taxi y decirle a Hannah que me voy. Dean me quita el bolso de la mano a la vez que suelta un improperio enfurecido—. ¿Me puedes, por favor, devolver mi bolso? —exijo.

—No. No hasta que me digas por qué estás enfadada conmigo.

No contesto.

—Deja de actuar como una niña y habla de una puta vez conmigo —ordena.

—¿Por qué no te vas con Penélope? —le sugiero—. Estoy segura de que le apetece mucho, mucho hablar contigo. Si tienes suerte, incluso podría meterte la lengua hasta la garganta otro rato.

Por un momento, se queda sorprendido. Luego comienza a reírse.

—¿Estás celosa de Penélope?

—No estoy celosa —contesto con frialdad—. Simplemente no me gusta que me mientan.

La boca de Dean se abre de par en par.

—¿Cuándo te he mentido yo?

Mis mejillas se calientan. Mierda. Mierda él y mierda yo por haberle dado el poder de hacerme sentir tan… tan… Dios, ni siquiera sé lo que estoy sintiendo en este momento.

—Me prometiste que me contarías si te ibas a enrollar con otra persona —le acuso.

—No me he enrollado con ella.

—Hannah me dijo que os estabais besando.

—No, ¡ella me estaba besando a mí! O al menos intentándolo. Le dije que no estaba interesado.

—¿Le dijiste eso? —Parte de mi indignación se tambalea, pero me obligo a no ablandarme. No importa lo que Dean hiciera o dejara de hacer. He permitido que esta aventura vaya en una dirección con la que no estoy cómoda, y ahora es el momento de rectificar y llevarla por el lugar que debe ir.

—Sí, lo hice —contesta enfadado—, porque al contrario de lo que piensas, soy un hombre de palabra. Te dije que no me liaría con nadie más.

—De acuerdo. Te creo. —Trago saliva—. ¿Me puedo ir ya? —Intento coger mi bolso, pero lo mantiene fuera de mi alcance.

—Todavía estás enfadada —dice con rotundidad.

—No es cierto.

—No mientas a un mentiroso, muñequita —suelta.

—¿Estás diciendo que esa historia tuya de que era ella la que intentaba besarte es una trola? —le contesto.

—No, lo que estoy diciendo es… —Maldice con agotamiento y a continuación exhala lentamente—. Estoy diciendo que no te vas a ningún sitio hasta que no me digas qué pasa. Y para tu información, si alguien debería estar cabreado en este momento, soy yo.

Abro la boca con sorpresa.

—¿Y eso?

—Llevan metiéndome caña dos días seguidos gracias a tu numerito de Houdini en la bañera —dice Dean sombrío—. Anoche encontré una botella de lubricante debajo de la almohada con una nota de Garrett que decía: *Para tu culito*. Logan compró un brick de limonada rosa y cada vez que bebe un vaso me mira y levanta el pulgar. Grace no me puede mirar a los ojos sin reírse. Y ahora eres tú la que me mete caña y ni siquiera tienes la deferencia de decirme por qué.

—Estoy… estoy… *argh*, no puedo más con esta historia. —Las palabras estallan antes de que pueda detenerlas—. Ya no estamos enrollados, ¿vale? Se ha acabado.

Los hombros de Dean se tensan.

—¿Por qué?

—Porque lo digo yo.

—¿Y YO no tengo una opinión al respecto?

—No.

—Una mierda —contesta—. No puedes acabar esto sin darme una buena razón.

Una sensación de impotencia sube hasta mi garganta, porque no tengo ninguna buena razón.

He tenido un mal día y eres la primera persona a la que he llamado.

Suena a locura si lo digo en voz alta, pero me conozco. Puedo sentir cómo estoy cayendo en la trampa del «novio», y tengo que salir de ahí antes de que la puta trampa se cierre de golpe y destroce mi pobre corazón indefenso.

—¿Me estás diciendo que ya no te sientes atraída por mí? ¿Es eso?

—No es eso. Sabes que sí, pero…

—Pero nada. —Se acerca más y mi respiración se queda atrapada en los pulmones. Sus ojos están en llamas, sus cinceladas facciones muestran ferocidad y tensión. Nunca había visto a Dean cabreado. Está que te mueres de bueno—. ¿Qué tal si recapitulamos lo que ha pasado esta noche? ¿Qué te parece?

Antes de poder parpadear, mi espalda está contra la pared de ladrillo y su boca

a centímetros de la mía. Estamos semiocultos entre un palé de cajas de leche y un contenedor de basura, afortunadamente, vacío. No es que importe mucho, porque incluso si estuviera hasta los topes de bolsas, no podría oler nada que no fuera el olor masculino y aromático de Dean. Cada vez que inhalo, su adictiva fragancia hace que mi cerebro se nuble más y más.

—Te han dicho que estaba en el bar con otra chica y te has puesto celosa. ¿Me voy acercando?

Aprieto la mandíbula.

—Entonces te has asustado porque te has puesto celosa, ¿verdad? ¿Estoy dando en el clavo? —Cuando no contesto, me bloquea la barbilla con su mano —. ¿Qué está pasando en esa preciosa cabecita tuya? ¿Crees que eso significa que te vas a enamorar de mí? ¿Que porque me quieres solo para ti significa que vamos camino del altar y de tener hijos?

Su tono burlón me jode.

—No seas gilipollas.

Él me ignora.

—Bien, no significa nada, muñequita. Estás celosa. Pues vaya cosa. ¿Sabes lo celoso que estoy yo ahora mismo? ¿Crees que me gusta ver a todos esos tíos en la barra babear cuando te miran las tetas y meterse las manos en los bolsillos para reorganizar los empalmes que les has provocado al aparecer con ese vestido? Querría sacarles los ojos solo por mirarte.

Mi mirada sorprendida se eleva a la suya.

—No estoy de coña —me dice—. ¿Pero me ves volviéndome loco por eso? No, porque no significa absolutamente nada. Solo significa que seguimos poniéndonos el uno al otro.

Mete uno de sus enormes muslos entre los míos. Se restriega contra mí para que pueda sentir su erección.

—Todavía te pongo, ¿o no?

El duro bulto presionándome en el vientre me distrae de responder. Puedo sentir mis bragas empapándose. Dios, estoy mojada hasta límites ridículos. Y mis pezones, de repente, están megasensibles y siento un violento dolor mientras se rozan contra el encaje del sujetador.

—No pasa nada. No tienes que responder. Sé que todavía te pongo a mil. —Sus labios rozan mi oreja provocando una oleada de escalofríos—. Si meto mi mano por debajo de tu vestido ahora mismo, los dos sabemos lo que me voy a encontrar. Tu coño más mojado que nunca.

No puedo respirar. No hay aire. Dean lo está robando con sus palabras

guarras. Sus manos apartan el abrigo de mis hombros. Me he quedado congelada donde estoy, demasiado fascinada por la intensidad de sus ardientes ojos. Deja caer el abrigo a la sucia acera, a continuación sube el bajo del vestido y cubre mi vagina son su mano. La sacudida de placer que me provoca esa acción me hace salir del trance.

Cualquiera puede vernos, joder, pero a Dean no parece importarle. Y aunque hace frío en la calle, sus dedos están sorprendentemente templados mientras se sumergen bajo la goma de las bragas.

Riéndose, acaricia la humedad encharcada ahí.

—Sí. Justo lo que pensaba.

Se está burlando de mí otra vez y mi indignación regresa con toda su fuerza.

—No seas tan creído —murmuro—. Estaría igual de mojada si cualquier tío se frotara contra mí.

—Sí, ya. Y una mierda. —Su pulgar roza mi clítoris. Casi me caigo al suelo —. Soy yo. Me deseas. —Empuja un dedo dentro y mis músculos internos me traicionan apretándolo—. Y mientras este coño hambriento siga chorreando por mí, aquí no hemos acabado nada.

Oh, Dios. Ahora me está haciendo un dedo. El nivel de placer es insoportable, concentrado entre mis piernas, latiendo en mis venas. Mi cabeza no puede pensar en nada más.

—Dean… —De alguna manera recuerdo cómo hablar—. Alguien puede salir y vernos en cualquier momento.

—Bueno. Déjalos. Que vean la niña traviesa que eres.

Gimo tan fuerte que me da hasta vergüenza. Dean añade otro dedo y juega con ambos dentro de mí, retorciéndolos hasta que llegan a un punto que hace que vea puntitos blancos. Empujo contra su mano, ya sin protestar. Acepto con ansia lo que me está dando.

—¿Crees que deberíamos ofrecerles un espectáculo de los buenos? ¿Debería follarte aquí mismo contra la pared?

Mi visión vuelve a entrar en foco. Sus ojos están ardiendo de puro deseo. Su mano libre se apoya sobre la cremallera de sus vaqueros. Inclina su cabeza, esperando una respuesta por mi parte.

No sé qué hechizo ha echado sobre mí. Debería apartarle la mano. Decirle que se deje la cremallera abrochada y que deje de ser un idiota. Estamos en PÚBLICO. Va en serio, alguien podría vernos.

Pero entonces ¿por qué está latiendo mi corazón aún con más fuerza?

Y ¿por qué estoy subiendo y bajando la cabeza asintiendo?

La aprobación brilla en sus ojos, junto con una dosis de pura necesidad. Sus dedos salen de mi interior, me da la vuelta y me veo mirando a la pared.

Me tenso cuando oigo voces apagadas que vienen hacia nosotros desde la calle que sale del callejón. ¿Y si nos pillan? ¿Y si nos pilla la POLICÍA? La gente va al calabozo por esto, ¿verdad?

El aliento caliente de Dean sopla sobre mi cuello mientras me levanta el vestido hasta la cintura. El aire frío me pone la parte posterior de los muslos con piel de gallina.

Debería parar esto. Probablemente. Quizás. Pero no lo hago.

El sonido del plástico rasgándose, la ropa que cruje…, y a continuación su erección se abre paso entre mis nalgas. Baja más y más hasta que la punta empuja mi apertura.

—Córrete rápido, ¿vale? —me susurra Dean al oído—. Te tengo tantas ganas que no voy a durar más que un par de embestidas.

No sé si yo podría durar más de dos SEGUNDOS. Mi clítoris está hinchado hasta casi agonizar. Igual que mis tetas. Nunca hasta ahora había echado un polvo rápido fuera de un bar y todo es diferente, emocionante y aterrador. El elemento añadido de peligro, el riesgo de que alguien nos pille, ha convertido mi cuerpo en un cable de alta tensión a la espera de una chispa que lo encienda.

Y esa chispa se presenta en forma de una embestida profunda de Dean.

Mi grito de clímax es silenciado cuando me pone una mano a la boca. Para alguien que me acaba de proponer montar un espectáculo, se muestra repentinamente cauteloso de lo que nos rodea.

Yo, por el contrario, ni siquiera puedo recordar en qué continente estamos. El orgasmo me sacude y me deja sin aliento. Hago presión en la polla de Dean con cada temblor incontrolable, y él emite un gemido apenas audible y entierra la cabeza entre mi cuello y mi hombro mientras bombea dentro de mí desde atrás.

Dean no estaba de coña. Se corre tan rápido que no sé bien si sentir admiración o reírme de él. Se mete en mí una última vez y se estremece violentamente, con sus manos sujetando firmemente mis caderas.

Yo también estoy temblando, pero no sé si es por las réplicas del orgasmo o por el frío viento que golpea mi culo desnudo.

Cuando oigo unas voces rompiendo el silencio, pego un salto para distanciarme de Dean y me bajo el vestido hasta los muslos. Echo un vistazo detrás del contenedor de basura y vislumbro unas figuras en sombra deambulando por la acera. Ni una sola cabeza se vuelve hacia el callejón.

Cojo mi abrigo, y rápidamente me lo pongo mientras Dean se mete su polla

aún dura en sus pantalones. Tira el condón en el contenedor de basura y me dirige una mirada recelosa.

—¿Qué? —Mi voz no suena como mi voz. Es más grave. Gutural.

Su mirada me recorre de arriba abajo antes de coincidir con la mía.

—No se ha acabado —dice con voz ronca.

Me muerdo el interior de la mejilla y digo:

—Ya lo sé.

19
Allie

Según Lou, el hombre sintecho de Brooklyn, cada vez que uno tiene un *déjà vu*, no es más que un fallo en el sistema que se produce cuando los extraterrestres intentan acceder a tus recuerdos. Supongo que en eso están los pequeños hombres verdes ahora mismo porque, Dios, esto es como un festival de *déjà vus*.

El viernes por la noche comienza de la misma manera que hace dos semanas. Salgo del gimnasio con mi bolsa de deporte en una mano y el teléfono en la otra. Hay tres mensajes no leídos de Sean esperándome.

Los leo y gruño. Necesita, de verdad, DE VERDAD, hablar conmigo. Mierda.

De alguna manera he logrado con éxito evitar verlo durante dos semanas. El sexo con Dean ha funcionado genial como distracción, pero esta noche no tengo ese lujo a mi disposición. Dean sigue en el partido de los Hurricanes y después tiene planes con su amigo Beau.

Tengo que decidir qué hacer con Sean. ¿Quiero hablar con él? ¿Tiene sentido hacerlo? Estoy empezando a pensar que nuestras anteriores rupturas no duraron porque intentamos seguir siendo amigos al acabar. Eso es una mala idea lo mires por donde lo mires. No se puede ser amigo de tu ex, al menos no de inmediato. Megan insiste en que es necesario que pase un periodo de seis meses sin contacto antes de considerarlo siquiera.

No es que Megan sea una experta en relaciones. La última vez que hablé con ella, seguía viendo al médico de treinta y siete años, pero no dejaba de inventarse excusas para no tener que coincidir con su hija. Si ella no puede comunicarse con él sobre sus miedos y preocupaciones, ¿cómo puede ser eso una relación sana?

Pero será mejor que me centre en mi propia vida amorosa en este momento. Bueno, en mi vida examorosa, porque ya no quiero a Sean McCall. Da miedo el poco tiempo que han tardado en desaparecer mis sentimientos hacia él.

Mi madre solía decir que el tiempo cura todas las heridas. Eso es claramente verdad. Al año siguiente de morir, el simple hecho de imaginar su cara me

provocaba una oleada de dolor desgarrador. Ahora, cuando pienso en ella, todavía me duele, pero de una manera más apagada, más agridulce. La echo de menos, pero no siento la necesidad de acurrucarme como una bola bajo la manta y llorar todo el día.

Pero eso es dolor por la pérdida de un ser querido. Pensé que el amor tardaría más en desaparecer, lo que me hace preguntarme si tal vez el proceso de desamor se inició mucho antes de que Sean y yo nos separásemos. Quizá dejé de estar enamorada antes y no me di cuenta de ello.

Y quizá un café con él tampoco sea una idea tan terrible. Creo que puedo usarlo como oportunidad para evaluar cómo responde mi corazón en su presencia.

Mientras subo las escaleras de la residencia, sigo debatiendo conmigo misma. La Residencia Bristol solo tiene cuatro plantas, por lo que no hay ascensor, así que solo tengo que subir cuatro pisos cargando con mi bolsa de deporte.

Salgo de la escalera al pasillo y me quedo congelada cuando veo a Sean sentado frente a mi puerta.

Una vez más, ha tomado una decisión sin contar conmigo.

Su cabeza está inclinada sobre su teléfono, pero no es ajeno al sonido de mis pasos. Se pone de pie y empieza a caminar hacia mí.

Mi corazón RESPONDE, pero no de la manera que esperaba. Sean está exactamente igual que siempre: el mismo pelo oscuro saliendo de los lados de una gorra de los Red Sox con la visera hacia atrás, los ojos de color marrón oscuro, cara bien afeitada. ¿No debería dolerme el corazón al ver al chico con el que he pasado tres años de mi vida?

Pero todo lo que siento es cabreo.

—No te enfades —dice en vez de hola. Obviamente, se ha dado cuenta de mi disgusto—. Sé que no debería haber aparecido sin avisar.

—Y entonces ¿por qué lo has hecho?

—Porque no contestas a ninguno de mis mensajes. —Sacude la cabeza con rabia—. Hemos estado juntos casi cuatro años, Allie. ¿Ni siquiera puedes usar cinco minutos para hablar conmigo?

—No tengo nada que decir. —Abro mi puerta y dejo la bolsa en el pasillo. Cuando Sean intenta seguirme dentro, frunzo el ceño y agarro el marco de la puerta para que no pueda entrar.

Él frunce el ceño.

—¿Qué pasa? ¿Ahora no me dejas entrar?

—No hay ninguna razón para que entres. Di lo que tengas que decir, Sean.

—No voy a hacerlo en un pasillo donde todo el piso me pueda oír.

Cojo aire en una respiración profunda. No sé por qué estoy siendo tan dura. Tal vez porque verlo me recuerda la pelea que condujo a nuestra ruptura. Todas las palabras crueles, injustas e insensibles que vomitó sobre mí.

Me esfuerzo para exhalar. Probablemente esté siendo así de insolente porque el ensayo de esta noche también ha sido una mierda. Mi ritmo vertiginoso en la cinta del *gym* tampoco creo que haya ayudado mucho.

—Mira, necesito desesperadamente pegarme una ducha así que, ¿por qué no nos vemos en el Coffee Hut en media hora? Podemos hablar ahí.

Sé que le sigue jodiendo que no le deje entrar, pero asiente con la cabeza.

—Vale. Supongo que me vendría bien una dosis de cafeína.

Asiento con la cabeza.

—En un rato estoy ahí. —Cierro la puerta y me apoyo contra ella durante unos segundos. Mierda, no creo que me apetezca tener esta conversación, trate de lo que trate.

Ojalá Hannah estuviera aquí, así podría pedirle consejo sobre cómo gestionar esta situación. Pero está ensayando. El concierto está a la vuelta de la esquina, y no creo que la vaya a ver mucho hasta que se quite esa actuación de encima.

En la ducha, me recuerdo a mí misma que rompí con Sean por una buena razón. En realidad, por muchas. Queríamos cosas diferentes para el futuro. Yo no era feliz. Estaba enfadada todo el tiempo.

En pocas palabras, demasiado dolor para tan poca recompensa. Me gusta pensar que mi madre estaría de acuerdo conmigo en esto. Sí, ella me animó a esforzarme en las relaciones, y sí, las relaciones requieren trabajo y esfuerzo, pero no deberían ser hostiles, ¿verdad?

No me puedo imaginar nada que Sean me pueda decir que me haga reconsiderar mi decisión.

###

Sean ha cogido una mesa en la parte de atrás de la concurrida cafetería; está medio escondido detrás de una enorme maceta de cerámica con un helecho falso que cuelga. No pillo del todo la decoración de este lugar. Hay demasiadas plantas… ¿Quieren darle un rollo tropical? Pero vamos, que no me importa. Me encanta cómo huele este sitio, a granos de café recién molidos, y además se agradece la privacidad.

Sean desliza un vaso alto de plástico hacia mi lado de la mesa.

—Te he pillado un café. — Sonríe con ironía—. Café Latte de vainilla con doble de expreso.

Esta vez, mi corazón sí que reacciona en consecuencia, y se tensa. Por supuesto, él sabe cómo me gusta el café. Sabe todo sobre mí y viceversa. No necesito mirar su vaso para saber que está bebiendo un café de tostado medio, con poca leche y sin azúcar. Y que la bolsa de papel que hay sobre la mesa contiene un muffin de arándanos, que es el único tipo de muffin que le gusta. Cuando estábamos juntos le obligué a probar todos los muffins y demás bollos que tienen en el mostrador, pero nada, insistía en que el arándano era el único sabor capaz de cautivar a sus papilas gustativas.

Mierda. Ahora estoy triste.

—¿Qué tal has estado? —pregunta en voz baja.

No, por favor, ¿vamos a empezar esto con una charla casual? Rodeo el vaso con ambas manos para evitar repiquetear con los dedos.

—Bien. ¿Tú?

—No ha sido mi mejor momento, pero… —Se encoge de hombros.

Me fijo en que tiene aspecto de cansado. ¿No está durmiendo lo suficiente? Reprimo la pregunta antes de que se escape. Ya no estamos juntos. Sus hábitos de sueño ya no son de mi incumbencia.

—Te echo de menos —murmura.

Rápidamente cojo el café para darle un sorbo. No repito sus palabras porque la verdad es que… NO le echo de menos. Nada más separarnos, claro, por supuesto que lo hice. Pero desde entonces, he tenido otras cosas en la cabeza. La obra de teatro. Dean…

Cuando no respondo, continúa hablando con una mirada abatida.

—He estado dándole mil vueltas a todo desde que me dejaste. Mucha introspección.

Por fin encuentro mi voz.

—Eso está bien. Me alegro.

—He pensado en los últimos seis meses, y me he dado cuenta de que la cagué pero bien. Me he portado fatal contigo, Allie. —Su expresión es seria—. Pero ahora sé por qué.

Un nudo se forma en mi garganta.

—¿Por qué?

—Porque tenía miedo.

Mierda. Veo vulnerabilidad nadando en sus ojos. Lucho con todas mis fuerzas contra la imperiosa necesidad de apretarle la mano.

Ya no es mi responsabilidad cuidar de él nunca más.

—Tienes tu futuro planeado desde los doce años. Sabes y has sabido exactamente lo que querías hacer, y eso es la hostia de raro. No mucha peña puede decir eso. —Su tono es cada vez más triste—. Yo desde luego no puedo. Yo no crecí soñando con trabajar en la compañía de seguros de mi padre. Pero es un trabajo seguro y no es algo que mucha gente pueda decir que tiene, especialmente nada más salir de la universidad, pero tampoco es que me esté muriendo de ganas por volver a Vermont.

—Sin duda, eso parecía por tus palabras —señalo.

—Porque es la única opción que tengo. —Suena frustrado—. Estaba intentando emocionarme con la idea… Y la verdad es que imaginarte allí conmigo hizo que la idea de volver allí fuese más soportable. Supongo que hacía que el trago no fuese tan amargo. Pero era injusto para ti. No tenía derecho a insistir en que sacrificaras el futuro que deseabas solo para poder sentirme mejor con el futuro que me toca.

Estoy sin palabras. Sean no había dado ninguna señal de que no quisiera estar en Vermont, pero supongo que eso es otra muestra de la falta de comunicación que había entre nosotros.

—En nuestra primera cita ya me dijiste que tu plan era mudarte a Los Ángeles después de la graduación. Me lo dijiste una y otra vez hasta que lo dejamos. —Sacude la cabeza, avergonzado—. Pero este verano decidí no escucharlo más. Me convencí de que yo era lo más importante en tu vida, y que tú querrías ir a donde fuese para poder estar conmigo.

—Eso no es una expectativa justa para nadie —digo con delicadeza—. No puedes ordenarle a alguien que anteponga tu felicidad a la suya propia.

—Lo sé, y la cagué al darte un ultimátum. Ya te lo he dicho, he estado dándole muchas vueltas. —Coge aire—. He llegado a algunas conclusiones.

El estómago se me encoge cuando mete una mano en el bolsillo de la chaqueta. Oh, Dios. POR FAVOR, que no se le ocurra sacar una caja aterciopelada de una joyería.

¿Es una locura que casi me gustaría que fuera a coger un arma? ¿Que su plan fuera retenernos a todos como rehenes hasta que yo acceda a volver con él? Por alguna enfermiza razón, creo que estoy más preparada para afrontar eso que una petición de matrimonio.

Pero su mano aparece con un sobre estrecho. Lo pone sobre la mesa.

—¿Qué es eso? —Me quedo mirando el sobre como si contuviera Ántrax.

—Ábrelo —ruega.

Joder, joder.

—Por favor.

La sinceridad en su tono me hace ceder. Cojo el sobre. Está cerrado, pero la aleta está metida dentro así que uso la uña para sacarlo. Miro dentro y veo una sola hoja de papel que saco y despliego, mientras peleo con mi creciente inquietud.

La sorpresa me golpea primero. Después viene la sospecha. Le sigue una profunda angustia porque… ¿qué coño se supone que tengo que decir a esto?

Lo que ven mis ojos es el recibo de confirmación de dos billetes de avión a Los Ángeles, California. El vuelo sale el día después de la graduación.

Me muerdo el labio y levanto la mirada hacia Sean.

—Tú y yo, cariño —dice con devoción—. Esto es lo que debería haber hecho desde el primer momento. Fue una gilipollez intentar obligarte a que te vinieras a Vermont. Lo que tenía que haber hecho era tragarme mi orgullo y ¡mudarme a Los Ángeles! Contigo.

Oh, Dios. ¿Por qué he insistido en vernos en público? Que haya gente es negativo. Que haya gente significa que todo el mundo está a punto de presenciar la agonía y la humillación de Sean cuando digo:

—No.

La incertidumbre sobrevuela su rostro.

—¿Qué?

—Que no te vienes a Los Ángeles conmigo.

La boca de Sean se abre. A continuación, se cierra. Después se abre de nuevo. Le doy un momento para digerir lo que acabo de decir. Por desgracia, es en ese mismo momento cuando mi teléfono vibra. Lo saco del bolso y… estupendo. Un mensaje de Dean.

Él: *El partido ha acabado. Los Hurricanes arrasaron como un huracán. Beau no puede quedar hasta más tarde. ¿Uno rápido?*

Dios, ya me molaría.

Yo: *No puedo. En medio d algo gordo.*

—¿Por qué no? —pregunta Sean por fin.

—Porque… —Estoy distraída.

Él: *¿Todo bien?*

Yo: *Sí. Tomando café con Sean.*

Hay una larga pausa interminable.

Sean aún está esperando mi respuesta. Yo estoy esperando la respuesta de Dean. Me doy cuenta de que probablemente no debería haberle dicho nada a

Dean, pero he escrito en piloto automático.

Responde con: *WTF?*

Yo: *Ya lo sé *suspiro* T lo explico todo más tarde, Ok?*

No hay más respuesta después de eso y Sean parece cada vez más enfadado.

—¿Con quién te estás mensajeando? —pregunta.

—Con Hannah —miento.

¿Lo peor de salir con alguien durante todo el tiempo que salí con Sean? Que SIEMPRE saben cuándo estás mintiendo.

—Y una mierda. —La rabia rebosa en sus ojos, oscuros y feroces—. ¿Es ese tío? ¿Con el que te acostaste?

—No, no lo es. —Esta vez no me importa si se da cuenta de mi mentira—. Pero si lo fuera, no es asunto tuyo. Tú y yo hemos roto. —Cojo aire—. Y esa es la razón por la que no puedes venir a Los Ángeles conmigo.

Los labios de Sean se sellan. Su cara y cuello enrojecen. Incluso las puntas de las orejas son de color rojo.

—No lo estás diciendo en serio.

—Sí. Lo siento. Creo… que es momento de que cada uno vaya por su lado.

—Cada uno por su lado. ¿O por el lado de otras personas? —Su tono arrogante me saca de quicio—. ¿Otros como ese tío del que no me quieres decir el nombre?

Podría comportarme como una cabrona y lanzarle otro «no es asunto tuyo». También podría ponerme filosófica y soltarle el rollo de «si quieres a alguien, déjale marchar».

No hago ninguna de las dos cosas. Simplemente deslizo los billetes de avión sobre la mesa para devolvérselos y digo:

—Lo siento. Espero que te reembolsen el dinero de esto. Y de verdad espero que descubras cuál es tu pasión, ya sea trabajando para tu padre o haciendo otra cosa. —Joder, tengo un nudo en la garganta—. De verdad, quiero lo mejor para ti, Sean. Quiero que seas feliz.

Él no contesta. Se queda ahí sentado. Absolutamente inexpresivo.

Echo hacia atrás la silla arrastrándola. Me tiemblan las manos mientras me pongo el abrigo. No me molesto en decirle que podemos seguir siendo amigos, porque sé que no quiere escuchar eso en este momento. Además, no voy a hacer ninguna promesa que quizá no sea capaz de mantener.

—Adiós, Sean —digo con delicadeza.

###

Veinticuatro horas después de mi desgarrador encuentro con mi exnovio, salta a la vista que Dean ha decidido ignorarme.

Le envié un mensaje al salir de la cafetería preguntándole si todavía quería que nos viésemos.

Sin respuesta.

Le envié otro mensaje más tarde para preguntarle si había salido con Beau.

Sin respuesta.

Le envié un mensaje para desearle buenas noches.

Sin respuesta.

Le envié un mensaje para decirle buenos días.

Sin respuesta.

Ahora, aquí sentada en mi cama, sola en casa un sábado por la noche, se me hace difícil no ser dura con Dean. Anoche, estaba totalmente dispuesta a asumir la responsabilidad. Por supuesto, Dean se había puesto en lo peor al enterarse de que estaba con Sean, y no le culpo por cabrearse por eso. Unas cuantas horas de cabreo es una reacción perfectamente razonable si ha llegado a pensar que he podido volver con mi ex.

¿Pero veinticuatro horas? Eso es ridículo. Si Dean está enfadado conmigo, vale, que lo esté. Si él ha decidido terminar lo nuestro. Vale también. Que por lo menos tenga los cojones de decírmelo. Ignorar a alguien hasta que lo «pilla» es francamente insultante, y no tengo paciencia para eso.

Cojo mi portátil de la mesita de noche porque necesito desesperadamente una distracción en este momento, y no hay nada que distraiga más que ver vídeos adorables en YouTube. Con suerte, habrá un bebé jirafa por ahí que ha decidido toser, o un hipopótamo bebé al que le apetecía chapotear en un estanque.

Por alguna razón termino en Twitter. Y vaya, mira esto. Dean está vivo. Ahora no puede utilizar un «estaba muerto» como excusa para ignorarme, porque un estudiante de Briar está tuiteando en directo el partido de esta noche y acaba de mencionar un gol de Di Laurentis.

Cierro el navegador y salto de la cama. Quizá soy masoquista, pero ver el nombre de Dean hace que quiera ver a DEAN. Quiero respuestas, joder. Quiero que me mire a los ojos y me diga si nuestro rollo ha terminado.

Tardo una media hora en llegar al estadio, que está en el extremo opuesto del enorme campus de Briar. En la taquilla muestro mi carnet de estudiante para obtener el descuento. El estudiante que trabaja ahí me dice:

—Solo hay tickets de pie —mientras desliza un billete bajo el cristal.

Un minuto más tarde, estoy en el área reservada para los asistentes de pie. El segundo periodo acaba de comenzar.

Me asomo al hielo tratando de recordar el número de camiseta de Dean. Mi mente está en blanco, así que en lugar de eso miro los nombres en la parte posterior de las camisetas de color plata y negro. El apellido de Dean tiene tantas letras que debe ser fácil de detectar, pero no, no lo veo en el hielo. ¿Quizá su línea no está jugando en este momento? Pero tampoco parece estar sentado en el banquillo.

Qué raro.

Sigo un pálpito y abro el Twitter en mi teléfono. Busco el perfil que estaba siguiendo antes. Tal vez @BriarBryan38 ha tuiteado algo nuevo durante mi trayecto. Echo un vistazo a los posts más recientes, hasta que uno de ellos me llama la atención.

De golpe, el corazón se me sube a la garganta.

Han expulsado a Dean del partido.

20
Dean

Me siento en el vestuario vacío, la cabeza hacia abajo, los hombros encorvados. Usando todo el valor que tengo para no coger el objeto que me pille más cerca, que resulta ser el casco, y lanzarlo contra la pared. Los nudillos de mi mano derecha están agrietados y sangran gracias al violento gancho que le he metido al delantero del St. Anthony, pero presiono las palmas de las manos contra mis muslos y dejo que la sangre penetre en mis pantalones de hockey.

Desprecio a esos cabrones del St. Anthony. Nuestros equipos son rivales desde hace mucho tiempo, por lo que cada vez que se enfrentan entre sí, la tensión y los insultos son de esperar. Pero la hostilidad ha empeorado en los últimos dos años. Y hace un par de semanas, un grupo de chicos de su equipo se metieron con una de las amigas de Grace, le robaron el teléfono y no la dejaron salir de la habitación del motel de mala muerte donde se concentraban.

Esta noche yo tengo la culpa. Hubo los típicos insultos en los saques, patinaje agresivo, golpes excesivamente violentos por ambas partes… Pero yo ya estaba de mala hostia antes de empezar el partido y, cuando ese idiota me incitó a que le diera un puñetazo, perdí el control.

Me han expulsado por conducta antideportiva. Ya ves. Si los árbitros hubiesen escuchado la mitad de la mierda que el hijo de puta de Connelly ha ido diciendo sobre nuestras madres, también le habrían expulsado a él.

Pero la conclusión es que yo soy el único jugador expulsado. Un puñetazo en un partido, ya de por sí caldeado, probablemente no me lleve a que me expulsen del equipo, pero ahora estoy encerrado en el vestuario y no podré largarme hasta que no reciba la bronca de rigor del entrenador Jensen.

O quizá decida delegar de nuevo y sea O’Shea el que me suelte el sermón. Menuda suerte la mía. Eso significaría dos sermones de ese mamón en solo veinticuatro horas. Anoche me llamó a su despacho cuando me dirigía a casa después del partido de los Hurricanes. Súmale a eso el mensaje de Allie de que estaba con su ex, y no es de extrañar que acabara pillándome un pedo con Beau.

Juro por Dios que si Allie vuelve a salir con ese imbécil indigno de ella, voy a… ¿qué? ¿Perder el control otra vez? ¿«Romper» con ella? Todo lo que he hecho hasta ahora es evitarla, por muy bocazas que sea ahora. La verdad es que tengo miedo de lo que pueda decir.

Unos pasos resuenan más allá de la puerta. Me tenso al instante. Espera un momento, ahora que me fijo, es la otra puerta. No la que conduce a la pista, sino la que se abre hacia el pasillo principal.

—¿Dean? —La voz de Allie hace que mi cabeza dé un respingo.

¿Cómo narices ha entrado aquí? Tenemos guardias de seguridad en las instalaciones durante los partidos en casa, para evitar que la gente robe en los vestuarios y que estropeen la equipación. Algo así pasó hace un par de años: un fan radical del otro equipo se coló y escribió *PRINGAOS* con spray en las taquillas. Al parecer algunas universidades permiten la entrada a niños de cinco años.

Oigo un golpe suave en la puerta.

—Dean, ¿estás ahí?

Respondo con una respiración entrecortada.

—Sí.

Allie asoma la cabeza rubia en la habitación. Me ve en el banco y viene en línea recta. Lleva unos pantalones vaqueros y un suéter rojo, y su pelo está recogido en un moño despeinado. Y, o bien me lo estoy imaginando o sus ojos están rojos. ¿Ha estado llorando?

—¿Cómo has conseguido que te dejen pasar los de seguridad? —pregunto con voz ronca.

—Le dije al *segurata* que soy tu novia y que necesitaba desesperadamente ver qué tal estaba mi chico. Puede que haya hecho uso de unas pocas lágrimas de cocodrilo. —Sonríe irónicamente—. La verdad es que ser capaz de llorar cuando uno quiere viene muy bien a veces.

—¿Te creyó?

—Sí. Fui muy convincente. Pero le tuve que enseñar el carnet de Briar para demostrar que no venía a sabotear el partido. —Se sienta a mi lado—. ¿Por qué te han expulsado?

Fijo la mirada al frente.

—Le di un puñetazo por sorpresa a alguien. Una gilipollez por mi parte. Merezco estar aquí.

—Tal vez. Pero aun así es una mierda. —Se queda en silencio por un momento. Puedo sentir sus ojos azules clavados en el costado de mi cara—. Me

estás evitando.

La miro un instante.

—Solo un poco.

—¿Un poco? No hay GRADOS de evasión, Dean. O evitas a alguien o no lo haces.

—No es cierto. A veces hay circunstancias atenuantes. Variables inesperadas.

—¿Como qué?

Me encojo de hombros.

—No importa.

—Sí que importa —me corrige—, pero podemos dejarlo para más tarde por el momento. — Apoya una mano en mi mejilla, después la desliza hasta mi barbilla y gira mi cabeza hacia ella, forzando el contacto visual—. Sé que estás enfadado conmigo por haber quedado con Sean.

—No estoy enfadado. Puedes quedar con quien quieras. —Mi tono de voz es de indiferencia, pero por dentro echo chispas—. Aunque permíteme señalar la hipocresía del asunto. ¿No se suponía que teníamos que informar al otro antes de liarnos con otra persona?

—No me he liado con él.

—¿No?

—No —dice con voz firme—. Y si esto de evitarme también tiene que ver con que piensas que Sean y yo hemos vuelto, pues que sepas que no ha sido así. Él quería, pero le he dicho que no.

No puedo explicar la ráfaga de alivio que choca contra mi pecho.

—Está bien saberlo —digo sin darle más importancia, pero el brillo de complicidad en sus ojos revela que es absolutamente consciente de lo contento que estoy.

Me coge la mano y entrelaza sus dedos con los míos.

—Sean y yo hemos terminado. No quiero estar con él y eso es exactamente lo que le dije ayer.

—Apuesto a que no le gustó mucho escucharlo.

—No, pero es algo que tendrá que aceptar. —Frota su pulgar sobre mis estropeados nudillos. Ya no sangran, pero por cómo se entrecorta su respiración, uno podría pensar que me han amputado la mano—. No deberías pelearte —dice con severidad.

—Los jugadores de hockey tenemos sangre caliente, linda. A veces nos peleamos. No es el fin del mundo.

—¿Qué dijo el idiota para que le dieras un puñetazo?

—Ni siquiera me acuerdo —admito—. Lo recuerdo todo borroso, pero yo ya estaba de un humor de mierda al empezar.

La culpa llena su rostro.

—¿Por mí?

—*Naah.* —Mis dedos se contraen en los suyos—. O'Shea está jodiéndome otra vez porque ha aparecido otra puta foto en Instagram. —Me río—. Necesito empezar ya a prestar más atención cuando estoy en el Malone's.

—¿O'Shea es tu entrenador asistente? ¿El que te ha obligado a ser voluntario en el colegio?

—El coordinador defensivo, y sí.

—Ok. ¿Y a qué foto te refieres? Espera, ¿en el Malone's? ¡¿Una nuestra?!

Su cara palidece.

—No —le aseguro—. Con Penélope, la fan que me estaba comiendo el cuello. O'Shea está cabreado.

—¿Por qué? ¿Mostrar afecto en público está prohibido? —Y añade rápidamente—: No es que esté diciendo que estabas mostrando afecto en público con ella, sé que fue ella la que te «atacó». Pero vamos, incluso si hubiese sido recíproco, ¿cómo te pueden echar la bronca por eso?

—La bronca no era por lo de Penélope. En la foto tengo una cerveza en la mano, y O'Shea es megaestricto con lo de no beber.

—Ah. Es consciente de que sois jugadores de la universidad ¿verdad? La norma de no beber es imposible de cumplir.

—Lo sé.

—¿Y todo lo que estás haciendo en la foto es tomarte una cerveza? ¿Qué narices? Como si te hubiera pillado esnifando rayas de coca en sus tetas.

Una sonrisa cosquillea mis labios.

—Por supuesto que no. Si tuviera que esnifar rayas de unas tetas, sería de las tuyas.

—*Oooh,* gracias. Eso es tan romántico… —Sin dejar de acariciar mi mano con sus dedos, se inclina más hacia mí y me besa en la mejilla—. O'Shea es un idiota, cielo. No dejes que te afecte, ¿de acuerdo? Sobre todo, no hasta el punto de estar tan enfadado que acabes dándole puñetazos a la gente y te expulsen de los partidos.

Tiene razón, tengo que esforzarme en controlar mi temperamento. Pero Frank O'Shea… joder. Solo el sonido de su voz aguda y condescendiente, me saca de quicio.

Los labios de Allie rozan mi mandíbula en un beso fugaz. Luego suelta su

mano, visiblemente reacia.

—Probablemente debería irme de aquí antes de que alguien me vea. El tercer periodo acabará pronto.

—¿Por casualidad has visto el marcador antes de entrar aquí?

—Creo que estaba empatado.

Mierda. Bueno, espero que mis chicos se las arreglen para convertir el empate en ventaja, porque estoy harto de perder.

Y la verdad, estoy harto de ocultar esto.

Al principio, acostarme con Allie a escondidas de nuestros amigos era emocionante, pero ya no me apetece. Cuando se presentó en el Malone's la otra noche así de cañón, me hubiera flipado meterle la lengua hasta la garganta enfrente de todos. Fue la hostia de difícil fingir que no me afectaba su presencia, y estoy hasta las narices de escribirle mensajes furtivos para quedar a echar un polvo rápido y mentir a mis amigos sobre a dónde voy.

Amigos que, por cierto, ahora piensan que incorporo vibradores a mi rutina de pajas. Cuando Tucker me sirvió un plato de huevos con beicon esta mañana, inocentemente me preguntó si mi «amiguito rosa» se iba a unir a nosotros para el desayuno. Garrett casi se rompe una costilla de la risa. La pobre Grace todavía no puede mirarme sin ruborizarse.

Sé que Allie no quiere que nuestros amigos sepan que estamos liados, pero me molaría que hubiera una manera de poder tener un poco más de libertad. Quizá podríamos reservar una habitación de hotel para el fin de semana, para pasar dos días enteros en la cama sin tener que preocuparnos de…

Se me enciende la bombilla.

—Oye, espera. —Le cojo la mano antes de que pueda ponerse de pie—. ¿Has reservado ya tu billete de tren para Acción de Gracias?

Allie maldice.

—¡No! Mierda. *¡Argh!* ¿Por qué se me da tan mal recordar cosas? ¡Me puse una nota en el móvil!

—No lo reserves.

—¿Por qué no?

—Porque tengo una idea mejor. —Dudo—. ¿Por qué no voy a Nueva York contigo? Podemos ir en mi coche.

Parece sorprendida.

—Eh. Tú… eh… ¿quieres que pasemos la noche de Acción de Gracias juntos? Eh. Bueno. Voy a casa con mi padre…

—No me estoy autoinvitando a la cena, ni nada así —la interrumpo—. He

pensado que me puedo quedar en mi casa de Manhattan mientras estás con tu padre y, que si estás libre el jueves o el viernes por la noche, te puedes venir. —Muevo mis cejas de arriba a abajo—. Tendríamos mi casa solo para nosotros.

—Bueno, eso parece… interesante —dice ella despacio—. ¿Cuándo tienes que estar de vuelta en Briar para el partido?

—Tendría que salir el sábado por la mañana. ¿Cuándo tenías pensando volver?

—El sábado por la mañana. —Una pequeña sonrisa eleva sus labios—. Coincide…

—¿Eso significa que te apetece? —pregunto esperanzado.

—¿Un viaje gratis a Nueva York y sexo salvaje de fin de semana? Por supuesto.

—Bueno. Pero te tengo que pedir un favor.

Ladea la cabeza esperando a que continúe.

Mi humor, que era peor que malo antes, ahora está tan emocionado como la sonrisa que le lanzo.

—Tráete a Winston.

###

Y así es como acabo conduciendo hacia Nueva York con Allie en el asiento del copiloto.

El sol ya se ha puesto cuando emprendemos la marcha, porque Allie tenía ensayo hasta las seis, y después ha tardado una hora en hacer la puta maleta. Yo llevo una mochila. ¿Ella? Ella lleva una maleta que apenas cabe en el maletero.

Dejé la bolsa de hockey ahí dentro porque no se me pasó por la cabeza que llevaría tantas historias para solo tres días. Por suerte, el parking detrás de la Bristol está completamente desierto, lo que significa que nadie nos ve tratando de encajar la maleta en el maletero. El campus está en silencio total, da casi miedo, como si se hubiera abierto un agujero en el cielo y hubiese aspirado a todo el mundo. Está claro que no somos los únicos que hemos decidido salir el día antes de Acción de Gracias.

Hannah y Garrett cogieron un vuelo a Filadelfia esta mañana, y Grace y Logan se fueron unas horas más tarde. Iban a visitar al padre de Logan en la clínica de desintoxicación y después iban a ver a su madre en Boston por la noche, antes de volver a Hastings para pasar las fiestas con el padre de Grace. Tucker seguía en casa cuando me fui, pero se va a casa de Hollis en New

Hampshire mañana por la mañana. Me alegro, porque si no hubiera tenido a dónde ir, el remordimiento me habría hecho invitarle a Manhattan.

Me quejo. Una vez que por fin Allie y yo podemos sentarnos, descubro que tenemos gustos completamente diferentes en música. Nos lleva unos cinco minutos de discusión antes de llegar a un trato: cada uno dispone de un bloque de treinta minutos durante los cuales a la otra persona no se le permite quejarse. La capulla incluso pone el temporizador para asegurarse de que cumplimos las reglas. Y, por supuesto, anuncia que le toca primero.

—¿Por qué no puedo ir yo primero? —me quejo.

—Porque saco el comodín de la vagina.

Yo la sonrío.

—Vale. En ese caso yo saco el comodín del pene.

—No es así como funciona esto. —Parece cabreada.

—Y entonces ¿cómo funciona? Porque la última vez que los revisé, los genitales no decidían quién escucha música primero.

—Uy, sí, sí que lo hacen. —Allie se dirige a mí como si fuese un niño de guardería—. Mira, si me retiras mis privilegios para con tu polla, no me pasará nada en meses. Años, incluso. Pero si yo te retiro tus privilegios para con mi coño, estarás completamente perdido. Como un hombre ahogándose en el mar, sujetándose con desesperación al salvavidas de la vagina. —Sonríe de oreja a oreja—. Por lo tanto, la vagina triunfa sobre el pene.

Mi sonrisa se desvanece porque tiene razón.

Como resultado, me paso los primeros treinta minutos del camino escuchando baladas cursis de los ochenta que coinciden en tener la palabra «amor» en sus títulos.

I Want To Know What Love Is.

I Just Called To Say I Love You.

It Must Have Been Love.

Uno pensaría que Allie está intentando decirme algo de una forma poco sutil, pero estoy bastante seguro de que todas las canciones de los años ochenta hablan de amor.

Cuando llega mi turno, elijo los temas más guarros que encuentro. Ol ‘Dirty Bastard. Algunas canciones prohibidas en la radio de Jay-Z. Cypress Hill. Incluso meto un tema de Insane Clown Posse en la *playlist.*

Allie se venga poniendo los grandes éxitos de Madonna.

En lugar de castigarla, decido premiarme a mí mismo y cambiar de hip-hop a country. Sí, al niño rico le mola Tim McGraw. Así es la vida.

Todavía estamos en la I-90, con cerca de dos horas por delante, cuando Allie saca su teléfono y empieza a escribir.

Manteniendo mis ojos en la carretera, pregunto:

—¿A quién escribes?

—A Dillon… una amiga del insti. Va a la universidad de Florida, pero espero que vaya a casa estos días. *Oooh*, y debería ver si Fletch está por aquí.

—¿Fletch?

—Kyle Fletcher, pero todo el mundo le llama Fletch —dice ella con aire ausente—. Un exnovio.

Mi cabeza gira en su dirección.

—¿Estás haciendo planes con tu exnovio?

—Guarda las garras, querido. Fletch sigue siendo un buen amigo.

No puedo evitar tener curiosidad.

—¿Cuánto tiempo estuvisteis juntos?

—Tres años.

Silbo.

—Y tres años y medio más con Sean… Eres de relaciones largas, ¿eh?

—No, no es cierto —protesta.

—Cariño, son casi siete años de tu vida en una relación seria. Y solo tienes veintidós.

—Veintiuno. Soy un bebé de Navidad.

—¿De verdad? ¿Tu cumpleaños es el veinticinco?

—El veinticuatro. Supongo que eso me convierte en un bebé de Nochebuena. Perdón.

—Más te vale pedir perdón. ¿Cómo te atreves a engañarme con algo así?

Ella resopla.

—Pero vale, está bien. Tienes razón. Eso es mucho tiempo. —Hace una pausa —. ¿Cuál es tu relación más larga?

—Un poco más de un año. —contesto sin retirar la mirada de la oscura carretera.

—¿En serio? —dice con sorpresa—. Eso es mucho más de lo que esperaba. ¿En el instituto?

Asiento con la cabeza.

—¿Por qué lo dejasteis?

Ahora me toca a mí resoplar.

—Porque estábamos en el instituto.

—¿Y? ¿Y si era tu alma gemela? —me desafía Allie—. ¿No crees que las

parejas de instituto puedan funcionar?

—No. No creo que uno pueda saber lo que quiere o necesite de una relación a esa edad. Cuando estás en el instituto, uno no tiene ni idea de lo que es la vida real. No te das cuenta de lo que aún te falta por crecer. Sin duda, yo no soy la misma persona ahora que en mi adolescencia. Joder, ni siquiera soy la misma persona que el pasado semestre.

—Claro que sí lo eres. —Sonríe con dulzura—. Eras un zorrón el pasado semestre y eres un zorrón este semestre.

—Es cierto —digo entre risas.

Allie deja el teléfono en el soporte para latas y se recoloca en su asiento para poder verme mejor.

—¿Todavía hablas con tu novia del insti?

La tensión cala en mis huesos.

—No.

—¿Simplemente habéis perdido el contacto?

—Creo que se podría decir eso, sí. —Exhalo lentamente, con la esperanza de aliviar la opresión del pecho—. La verdad es que esa chica es la razón por la que el entrenador O'Shea me odia. Miranda es su hija.

—Oh, oh. ¿Salías con la hija de tu entrenador? —El tono de Allie es de cierto reproche—. Cariño, esa es la regla número uno en el manual de citas: nunca te líes con el hijo o la hija de la autoridad.

—¿Tengo pinta de ser alguien que sigue las reglas? —Mi sonrisa se desvanece rápidamente—. No pude evitarlo —admito—. En ese momento, Miranda era increíble. Era imposible resistirse. Iba al Greenwich Prep gratis, porque Frank entrenaba allí, así que no era una niña rica. Era completamente diferente a las chicas con las que siempre había ido a la escuela. Su imagen no le importaba una mierda, ni ser la reina del baile, ni humillaba a otras personas para sentirse mejor. Tenía los pies en la tierra. Era divertida. Estaba buena.

—Bueno, claro. Dean Heyward-Di Laurentis solo se tira a tías buenas.

—No me la tiré. Al menos no de inmediato. Nos llevó mucho tiempo llegar a ese punto, pero yo no tenía ninguna prisa. —Guiño un ojo—. Nos divertíamos haciendo otras cosas.

—¿Y cuándo lo hiciste?

—Un par de meses antes de separarnos. —Mis hombros se tensan de nuevo. No me gusta pensar en esa noche.

Allie se da cuenta, porque su tono se vuelve cuidadoso.

—¿Qué pasó?

Joder, ¿por qué he abierto esta puta puerta?

—Cuando llevábamos casi nueve meses de relación, las cosas se pusieron… intensas. —Y ¿por qué estoy respondiendo a la pregunta?—. Miranda empezó a hablar de que deberíamos seguir juntos cuando fuéramos a la universidad, algo que nunca formó parte del trato.

—Espera… ¿O'Shea lo sabía? ¿Que estabas saliendo con su hija?

—Sí, lo sabía. No es que le hiciera mucha ilusión, pero me dijo que si Miranda estaba feliz, él estaba feliz. Pero eso no evitó que me pusiera la cabeza como un bombo. Si la iba a buscar para irnos por ahí, me interrogaba sobre a dónde íbamos, quién estaría allí o cuándo volvíamos. Y una vez me amenazó con dispararme a las pelotas si no la trataba con respeto.

—Mi padre le soltó a Fletch el mismo discurso cuando empezamos a salir. Créeme, es una cosa de padres. —La risa de Allie se detiene—. Entonces, Miranda hablaba de la universidad y…

—Sin parar. Y me preocupaba un montón, porque estábamos en la misma onda al empezar la relación. Yo no quería tener nada a larga distancia en la universidad. Vi a mi hermano y a su exnovia pasar por eso, igual que a algunos compañeros que acabaron el instituto un año antes que yo. Se pasaron su primer año de universidad aferrándose a algo que debería haberse, simplemente, acabado. Las llamadas telefónicas eran cada vez menos frecuentes, las visitas pararon, los celos y la inseguridad irrumpieron. Empezaron a preocuparse por lo que la otra persona estaba haciendo o dejando de hacer, con quién podría estar liándose. Yo no quería eso y tampoco Miranda. Ella quería ir a Duke. Yo estaba pensando en Briar o Harvard. Estábamos de acuerdo en que si aún seguíamos juntos cuando llegara el último día de insti, romperíamos.

—Pero cambió de opinión.

—Exacto. Al principio era algo sutil. Comentaba algo que íbamos a hacer en el futuro y yo le recordaba que probablemente no sucedería, y entonces se reía y decía que se le había olvidado. Pero entonces empezó a… estar muy insegura y muy encima de mí. Llamaba unas diez veces al día, y de repente le entraba la paranoia de que le estaba poniendo los cuernos. No era verdad, por cierto, no le he puesto los cuernos a nadie con quien me haya comprometido.

—Así que, ¿rompiste con ella? No, espera, primero os acostasteis.

Noto la acusación en el tono de Allie, y no puedo negar que da en el blanco.

—Sí. Nos acostamos. —Mi boca se seca. Intento tragar saliva—. Miranda estuvo con un chico durante dos años antes de lo nuestro. Cuando empezamos a salir, me dijo que había tenido relaciones con él.

—Oh, no —dice Allie en voz baja—. No me gusta a dónde está yendo esto.

—Estábamos en una fiesta y empezó con el rollo de la inseguridad y de estar encima de mí todo el rato. No me dejaba hablar con nadie, se negaba a soltarme la mano. Incluso me siguió hasta el puto cuarto de baño. Estaba frustrado y cabreado y empecé a enchufarme cerveza tras cerveza, porque era la única manera de pasar el rato. Ella no quería irse de la fiesta, pero tampoco quería irse de mi lado. En realidad, mi intención era romper con ella en ese momento y supongo que lo percibió, porque lo siguiente que sé es que estaba tirando de mí hacia el piso de arriba. —El remordimiento late dentro de mí—. Estaba megapedo, por no hablar de que mis diecisiete años me hacían estar bastante salido, así que no le puse precisamente muchas resistencias. Nos acostamos. Y al acabar admitió que era virgen.

—Mierda.

—Si lo hubiera sabido, lo habría hecho…, no sé, ¿con más cuidado? ¿Más suavemente? Yo estaba muy borracho y le eché un polvo chapucero. ¡Su primera vez, Allie! Al día siguiente me sentí fatal, pero Miranda no estaba enfadada. Me dijo que se sentía más cerca de mí que nunca, y después de eso, fue como estar encima de mí a nivel de alerta máxima. De repente, se puso a planificar visitas a la universidad y a decirme que debíamos pensar en estar prometidos, porque un compromiso más fuerte haría más fácil sernos fieles el uno al otro. —Mi estómago se agita solo de pensar en eso. Ni siquiera había cumplido dieciocho años.

—Y entonces, como habría hecho cualquier adolescente, te asustaste y acabaste la relación.

Asiento con la cabeza.

Suspira.

—No te culpo. Estoy segura de que cualquiera se sentiría agobiado en esa situación.

—Quizás. Pero… Miranda no gestionó la ruptura demasiado bien —confieso, luchando contra las náuseas que arañan mis entrañas—. Resultó que había tenido depresión en el pasado, pero que nunca me había hablado de eso. Yo jamás lo sospeché, porque parecía superfeliz y relajada todo el rato. Pero descubrí que era por las pastillas que estaba tomando. Unas pastillas que dejó de tomar cuando rompimos.

—Mierda —dice Allie de nuevo.

—Cambió por completo. Se pasaba el día llorando, me gritaba en los pasillos, me llamaba en medio de la noche amenazando con que se iba a suicidar. No tuve

más remedio que involucrar a su padre, porque me aterraba la idea de que pudiese de verdad acabar con su vida. Frank la sacó del instituto después de eso y no la he visto ni sé nada de ella desde entonces.

Allie abre la boca.

—¿En serio?

—Frank no me dejó. —La frustración que sentí en aquel entonces vuelve a aparecer—. Me dijo que Miranda estaba tomando otra vez su medicación y que estaba recibiendo ayuda profesional. Ah, y que si alguna vez intentaba ponerme en contacto con ella, me arrancaría la garganta. Eso no me impidió estar preocupado por ella. A pesar de haber roto con ella, me seguía importando, así que más o menos un mes después de que se fuera del insti, acorralé al entrenador en el parking y le exigí ver a Miranda. —Mi mandíbula tiembla—. Y él me dio un puñetazo en la cara.

—Oh, Dios mío. ¿Alguien os vio?

—No. Era tarde y él estaba saliendo de una reunión de personal. No había nadie más en el parking. Pero sí, me dio un buen golpe. Fue entonces cuando entendí que Miranda le había contado que nos habíamos acostado. También le contó que estaba superpedo cuando sucedió.

—Ya, eso no mola nada —Allie dice con rabia.

—Nada de lo que pasó mola una mierda. No debería haberme dejado convencer la noche de la fiesta, por supuesto. —La amargura obstruye mi garganta—. Pero ella le hizo creer a su padre que me aproveché de ella estando borracho, y eso tampoco es justo. —Hago un esfuerzo por relajar mis manos en el volante—. En fin, que es por eso por lo que O'Shea no puede soportar ni mirarme. Él piensa que engañé a su hija…, que pasé un año intentando meterme en sus bragas y que cuando conseguí lo que quería, la dejé.

—¿Y de verdad no tienes ni idea de lo que está haciendo ahora? ¿No has intentado ponerte en contacto con ella?

—Le envié una solicitud de amistad en Facebook hace algún tiempo —admito —. No ha aceptado. Pero creo que le va bien. Su perfil dice que va a Duke.

—Creo que tiene sentido que O'Shea fuese tan sobreprotector con su hija —reflexiona Allie—. Debe de haber sido muy duro para él ver a su hija luchar contra la depresión. Ver cómo le iba mejor y de repente verla caer en ese oscuro lugar de nuevo.

Tal vez, pero me niego a empatizar con ese cabrón, no cuando él está intentando joderme mi último año en Briar.

—Ahora lo tuyo tiene más sentido —añade.

—¿Qué? —No me gusta su mirada reflexiva e inquisitiva.

—Esta es la razón por la siempre eres tan directo sobre el sexo, ¿verdad? Estás asegurándote de que tus rollos quieren exactamente lo mismo que tú.

—No voy a engañar a nadie nunca más, eso es cien por cien seguro. O tomarme su aceptación de las reglas al pie de la letra. No me importa si eso hace que la gente piense que soy un cabrón. Nunca, nunca miento sobre mis intenciones. Y nunca salgo con vírgenes —añado—. Ni estudiantes de primer año, porque tienden a estar más encima.

—«La vida de Dean» tiene un montón de reglas.

—Sin esas reglas, no hay «vida de Dean».

—Supongo. —Hace una pausa—. No obstante, lo de las vírgenes es un poco difícil. Es sencillo para una chica mentir sobre eso. Es decir, solo la hípica habrá roto el cincuenta por ciento de los hímenes.

Suelto una risa.

—Créeme, mi radar de vírgenes es infalible.

—¿Ah si? ¿Cómo supiste que yo no era virgen?

—Porque Garrett se queda en tu residencia muchos fines de semana y os ha oído a ti y a Sean follando un montón de veces. Me dijo que te mola gritar.

Su respiración se detiene.

—No te ha podido decir eso.

—Ya te digo yo que sí. Acéptalo, nenita, eres un polvo gritón. —Me río de su expresión afectada—. No es nada malo. Hacer ruido es guay. —Pienso en sus gemidos guturales y sus «Dios, Dios» entrecortados y en un nanosegundo me medio empalmo—. Hacer ruido es guay.

—No, da vergüenza —murmura. Sus mejillas son de color rojo brillante.

—Oye, yo prefiero estar en la cama con una chica que grite a estar con una que no diga nada. Los orgasmos silenciosos son los peores. Me acosté una vez con una tía que no hacía ningún ruido, en ningún momento. En serio, no sabía si le estaba molando o no, y después, cuando acabamos, se volvió hacia mí y me dio las gracias por los múltiples orgasmos.

Allie deja escapar un grito.

—Estás de coña. Es mentira.

—Yo no miento.

—Tú… de verdad no mientes, ¿eh? Estoy empezando a pensar que podrías ser la persona más honesta que he conocido.

—Otro requisito en «La vida de Dean». Di lo que piensas, piensa lo que dices.

—Y haz lo que quieras.

—Y haz lo que quieras —repito.

—Creo que me gusta mucho «La vida de Dean».

Creo que tú me gustas mucho, casi suelto.

Afortunadamente, consigo aplacar el sentimiento, porque… ¿qué coño? Me gusta follármela. Mola mucho hablar con Allie y es superdivertida…, pero eso es todo. Y teniendo en cuenta lo inflexible que es sobre que esto no es más que un rollo, sé que está totalmente de acuerdo conmigo en eso.

Pero unas horas más tarde, cuando aparco delante de una casa de piedra rojiza de tres pisos en Brooklyn Heights, la pregunta de Allie me pilla por sorpresa.

—¿Quieres venir a cenar mañana?

La invitación es inquietante e inesperada.

E inquietante.

¿He dicho ya inquietante?

Mi inquietud debe estar escrita por toda la cara, porque Allie se apresura a decir:

—No me sentiré insultada si dices que no. De verdad, puedes decir que no. Solo te estaba imaginando solo en Manhattan la noche de Acción de Gracias, mientras tu familia engulle un pavo tropical en San Bartolomé, y la imagen era tan deprimente que pensé que estaría bien invitarte.

—¿Qué…? —Me aclaro la garganta—. ¿Qué le vas a decir a tu padre?

Se encoge de hombros.

—Le diré que eres un amigo de la universidad que no tenía otro lugar a donde ir. No será nada del otro mundo, lo prometo. Hablareis de hockey, haré la cena, vemos un rato el fútbol americano, y hay un cuarenta por ciento de posibilidades de que todos acabemos con intoxicación alimentaria. Nada más que la típica noche de Acción de Gracias en la familia Hayes.

Una risa se me escapa.

—Suena muy divertido. —Me lo pienso—. Vale. Cuenta conmigo. ¿A qué hora quieres que venga?

—A las cuatro debería estar bien, pero probablemente no cenaremos hasta las cinco.

Asiento con la cabeza.

—Vale. Genial. —Sonríe con cierta culpa—. Me ayudas a sacar mi maleta del maletero, ¿verdad? Estoy bastante segura de que si intento levantar esa cosa yo sola, me romperé la espalda.

21
Dean

El padre de Allie me odia nada más verme.

Estoy seguro que si se lo cuento a Allie, haría un gesto con la mano quitándole importancia y diría algo así como «es solo porque es un gruñón», o «así es como se comporta con todo el mundo». Pero estaría equivocada.

Joe Hayes me odia desde el momento en que abre la puerta y me ve de pie en el escalón. Y ay, ay, ay, vaya si me siento demasiado arreglado para la ocasión. Allie me dijo que fuera «normal», así que me he decidido por una camisa de vestir blanca de Tom Ford y un pantalón gris de Armani. No llevo americana, pero mi chaqueta negra de Ralph Lauren recibe una elevación de cejas por parte del padre de Allie, que está en pantalones de chándal y camisa de franela.

—¿Eres el amigo de la universidad de AJ? —me ladra.

Arrugo la frente.

—¿AJ?

—Mi hija. Allison Jane. —El señor Hayes parece molesto de tener que explicármelo.

—Eh, ah, sí, señor. Lo que pasa es que yo la conozco como Allie.

—¿Y no conocías su apodo? —Hace un sonido burlón—. Muy amigos no sois, ¿verdad? —murmura—. Adelante —dice, y se da la vuelta con rigidez. Rigidez en el sentido literal, porque su modo de andar es visiblemente dificultoso y va andando a trompicones con un delgado bastón.

Allie ya me había advertido que su padre tiene esclerosis múltiple. También me aconsejó no tocar el tema en la conversación, me dijo que no le gusta hablar de ello y que lo más probable es que acabe arrancándome la cabeza si lo menciono. Así que no lo hago, pero es evidente, incluso sin saber nada de medicina, que en este momento siente dolor.

Sigo al señor Hayes a través de un sorprendentemente enorme primer piso con suelo de reluciente madera noble y lo que parece ser la carpintería y las puertas originales de cuando se construyó esta casa. Allie y su padre son dueños de las

dos plantas inferiores, y tal y como se me informa con brusquedad, tiene cuatro dormitorios y tres baños. O bien la familia compró el apartamento antes de que el barrio de Brooklyn Heights se convirtiera en la zona superexclusiva que es, o los cazatalentos profesionales de hockey hacen mucha más pasta de la que pensaba.

Me conduce a un amplio salón con un ventanal que da a un jardín y un patio cuidadosamente atendidos.

—¿Le gusta la jardinería? —pregunto con cortesía.

El padre de Allie me frunce el ceño.

—La mujer de arriba se ocupa del jardín.

Vale, vale.

—Dean. Hola.

Gracias a Dios bendito. Allie viene a la habitación y me alivia ver que lleva puesto un vestido azul hasta la rodilla. No es muy de vestir, pero sí lo suficientemente elegante como para que no sienta que me he presentado a la cena de una pizzería en esmoquin.

—¿Quieres algo de beber? —pregunta después de saludarme con un abrazo rápido.

Echo un vistazo al sofá de cuero marrón en el que el señor Hayes se está dejando caer lentamente. Apoya el bastón en el borde del sofá y coge una cerveza de la mesa de centro. Su mano tiembla violentamente mientras levanta la botella a los labios. Cuando me pilla mirándole, frunce el ceño de nuevo.

—Eh… —Trago saliva—. Una cerveza estaría bien.

—¿Coors o Bud?

—Bud.

Ella asiente con la cabeza.

—Ahora te la traigo.

Una vez más me quedo solo en las garras del señor Hayes, cuyos ojos azules ahora están pegados al partido de los Lions que parpadea en la pantalla plana. Supero a ese hombre en quince centímetros y quince kilos, pero aun así me aterra de flipar. Sospecho que era un matón cuando jugaba al hockey. Tiene el pecho fuerte y ancho, y la actitud hosca.

—¿A qué estás esperando, niño bonito? Siéntate de una vez.

¿Niño bonito?

Maldita sea. ¿Por qué me habré presentado en Ford y Armani? El padre de Allie, probablemente, ha visto mi ropa cara y ha decidido que soy un pijo idiota.

Muy a su pesar, me siento en el otro extremo del sofá de dos piezas.

El señor Hayes me mira un instante.

—AJ dice que juegas al hockey.

—Sí, señor.

—¿Delantero?

—Defensor.

—¿Qué tal tus estadísticas hasta ahora esta temporada?

Me detengo con incertidumbre. A ver, ¿espera de verdad que le suelte los números? ¿En plan los goles, las asistencias y los minutos de penalización? Probablemente podría darle un cálculo aproximado, pero recitar mis propias estadísticas me parece algo pretencioso.

—No están mal —digo sin mucha precisión—. El equipo ha tenido un comienzo difícil. Pero la temporada pasada ganamos la *Frozen Four.*

Él asiente.

—La gané en tercero. Boston College.

—Genial. Eh… Felicidades. —Su cara es completamente inexpresiva, por lo que no puedo estar seguro de si se trata de algún tipo de competición tipo a ver quién mea más lejos. Si es así, probablemente podría mencionar que también la ganamos el año anterior. Pero mantengo mi boca cerrada. Por suerte, Allie vuelve con mi cerveza, y me acerco a por ella como si fuera un salvavidas.

—Gracias, cariño.

Los dos nos quedamos congelados en cuanto el «cariño» sale de mi boca. Mierda. Espero que el señor Hayes no haya oído eso.

Está sentado aquí mismo. Por supuesto que lo ha oído.

Quito la tapa de la botella y le doy un trago muy necesitado de alcohol.

—¿Qué me he perdido? —pregunta Allie en un tono demasiado alegre.

Su padre se burla.

—Niño bonito me estaba contando que ganó la *Frozen Four.*

Joder.

Esto va a ser un día de Acción de Gracias muy largo.

###

La cena es horrible. Bueno, no la comida…, sobre todo para alguien que dice ser malísima en la cocina. Allie ha hecho un buen trabajo con la comida. Es el acto de comer dichos alimentos lo que me resulta insoportable. La conversación es salvaje. El señor Hayes parece esforzarse activamente en contrariarme. Su frase preferida de la noche es «por supuesto». Pero lo dice en un tono plano y

condescendiente que me hace desear haber pasado la cena de Acción de Gracias en la casa vacía de Hastings.

Cuando Allie le dice que el próximo otoño empezaré el máster de Derecho él dice:

—Por supuesto.

Cuando menciona que mi familia tiene una casa en Manhattan, él dice:

—Por supuesto.

Cuando le doy las gracias por invitarme a cenar, él dice:

—Por supuesto.

Muy salvaje.

No quiero que se me malinterprete; mi esfuerzo por ser educado es sincero. Le pregunto cómo era ser un cazatalentos profesional y lo único que consigo es una respuesta de una frase entre dientes. Le felicito por lo bonita que es la casa y me gruñe con un:

—Gracias.

Al rato me doy por vencido, pero Allie está más que feliz de llenar el incómodo silencio. Cuando le cuenta a su padre cosas de la obra que está preparando, de sus cursos, de sus próximos castings, y de todo lo demás que ha pasado, es la única vez en la que el señor Hayes parece cobrar vida. Es evidente que adora profundamente a su hija y se aferra a cada palabra que dice como si le estuviera ofreciendo los secretos de la vida eterna. No obstante, alguna vez también frunce el ceño, como cuando le pregunta si todavía está en contacto con Sean y ella admite que tomaron un café.

—Nunca me gustó ese chico —murmura el señor Hayes. Por una vez él y yo estamos de acuerdo.

Allie mastica su último bocado de puré de patatas cargado de salsa antes de protestar.

—Eh, eso no es cierto. Siempre os llevasteis bien cuando veníamos a verte.

Su padre se ríe. Oye, mira eso, resulta que es capaz de transmitir humor. Nunca lo hubiera imaginado.

—Era tu novio. No tenía más remedio que llevarme bien con él. Ahora ya no lo es, así que ya no tengo que fingir que me cae bien.

Escondo una risa detrás de la servilleta.

—El muchacho era demasiado dependiente —continúa el señor Hayes—. No me gustaba la forma en la que te miraba.

—¿Cómo me miraba? —pregunta Allie con cautela.

—Como si tú fueses todo su mundo.

Ella frunce el ceño.

—¿Y eso es malo?

—Por supuesto que sí. Nadie debería ser nunca todo el mundo de otra persona. No es sano, AJ. Si toda tu vida se centra en una persona, ¿qué te queda si esa persona se va? Absolutamente nada. —Y repite con brusquedad—: No es sano.

Joe Hayes tiene una forma muy práctica de ver las cosas. Estoy extrañamente impresionado.

—Bueno, pues ahora me estás haciendo que me sienta mal por Sean. Cambiemos de tema. Dean, cuéntale a mi padre qué tal tu último partido.

Suspiro con pesar.

—¿En serio? ¿Del que me expulsaron?

Su padre dice con cierta indignación:

—Por supuesto.

La conversación se vuelve tensa de nuevo. Estoy aliviado cuando llega la hora de recoger la mesa, me pongo de pie con entusiasmo para ayudar a Allie a recoger los platos. Todavía queda la mitad de un pavo en la fuente. El señor Hayes lo coge mientras se pone de pie tambaleante.

—No, papá —le dice Allie en tono estricto—. Vete a ver el resto del partido. Dean y yo recogeremos todo.

—No soy ningún inválido, AJ —refunfuña—. Soy perfectamente capaz de llevar un plato a la cocina.

Tan pronto como sus palabras salen de la boca, la fuente tiembla en su mano. O mejor dicho, su mano tiembla y la fuente sigue el movimiento, y acaba resbalándose bruscamente de sus dedos y rompiéndose en el parqué.

La fuente de cerámica se rompe en pedazos, lanzando al resbaladizo pavo a toda velocidad por el suelo. De inmediato, dejo los platos en la mesa y corro alrededor de la mesa. Allie hace lo mismo y nuestras cabezas chocan cuando los dos nos agachamos a por la misma pieza rota.

—Maldita sea —exclama el señor Hayes—. Ya me ocupo yo del desastre.

—¡No! —El tono de Allie ya no es estricto. Es mandón. Allie coge el fragmento de cerámica de la mano y dice—: Dean, ¿puedes llevar a mi padre a la sala de estar y asegurarte de que se quede ahí?

Su padre me clava una mirada asesina que hace que mis huevos se sequen, pero de ninguna manera pienso confrontar la ira de Allie en este momento. Ahogo un suspiro, delicadamente cojo el brazo de Joe y le saco del pequeño comedor.

El ceño fruncido se mantiene fijo en su cara, incluso después de estar sentado en el sofá.

—Podría haberlo limpiado yo mismo —informa.

—Lo sé. —Me encojo de hombros—. Pero creo que hemos hecho bien saliendo de allí. Para ser así de pequeñita, su hija es bastante aterradora cuando intenta conseguir lo que quiere.

Curva los labios ligeramente. Ostras, ¿acabo de hacerle sonreír?

Sea como sea, la pizca de humor que he logrado provocar desaparece antes de que pueda parpadear. El señor Hayes baja la voz a un tono amenazante y me pregunta:

—¿Qué quieres de AJ?

Me revuelvo en mi sitio de la confusión.

—No entiendo la pregunta.

—Veo la forma en que la miras. —Su mandíbula comienza a temblar, pero no sé si es del cabreo, o de la enfermedad contra la que está luchando—. Te gusta.

—Por supuesto que sí —digo con torpeza—. Somos amigos.

—No me vengas con cuentos. Llevo vivo mucho más tiempo que tú, niño bonito. ¿Crees que no sé cuando un hombre siente deseo?

Y yo que pensaba que la conversación de la cena había sido incómoda.

—Te entiendo. AJ es un buen partido. Es inteligente, guapa como su madre. Se preocupa por los demás… ¡a veces demasiado! —admite—. Si AJ quiere a alguien, siempre va a anteponer sus necesidades a las suyas propias. —Y sé que está hablando de su propia relación con Allie ahora. Es evidente que, por la esclerosis múltiple, Allie pone en primer lugar las necesidades de su padre, por no hablar de que lo mima más de lo que a él le gusta.

—Ella necesita un hombre que la cuide. —Su tono se suaviza por un momento, pero luego vuelve a ser duro—. Tú no eres ese hombre, chaval. Tú eres incapaz de eso.

El insulto me escuece la piel. ¿Quién es él para hacer esa clase de juicio?

Se da cuenta de mi ceño fruncido y se ríe.

—He sido un cazatalentos de hockey durante más de veinte años… ¿Crees que eres el primer hijo de puta engreído que he conocido en mi vida? Más engreído incluso, porque has crecido con dinero. Ya tienes ese aire de importancia que se da un jugador cuando firma su primer contrato de siete cifras.

Obligo a mis manos a que no se aprieten en puños.

—Que mi familia tenga dinero no significa que yo sea una mala persona, señor.

—No he dicho eso. —Se encoge de hombros—. Pero los tipos como tú, no sabéis nada de los problemas del mundo real. Y si algo sale mal, pues se echa un poco de dinero en el problema y zas…, todo solucionado. —Unos ojos azules, de un tono más oscuro que los de Allie, hacen un barrido por mi cuerpo, de la cabeza a los pies—. Tú no eres lo que ella necesita, Dean. No darías un paso adelante para estar allí para ella si fuese necesario. —Una pausa—. No me fío de ti para que cuides de mi hija.

Con ese cortante comentario final, cambia su mirada hacia el partido de fútbol.

22
Dean

Allie me llama al mediodía del día siguiente para decirme a qué hora llega.

—Hola, estoy en un taxi. Estaré allí en quince o veinte minutos, dependiendo del tráfico.

Acabo de salir de la ducha, así que solo llevo una toalla mientras camino a paso largo más allá de los ventanales de mi habitación, sosteniendo el teléfono en mi hombro.

—¿Por qué no has cogido el metro? Habría sido más rápido.

—Preferí consentirme un poco y brindarme un acogedor asiento trasero, en vez de un viaje en un metro abarrotado.

—Bien hecho.

—¿Alguna instrucción especial para cuando llegue allí? ¿En qué piso vives?

Ausente, entro en el vestidor y cojo un par de pantalones de chándal de un estante.

—Simplemente dile al conserje quién eres y alguien te traerá arriba. Se necesita una llave especial para el ascensor, para entrar en el ático.

Suspira.

—¿Vives en el ático del Heyward Plaza Hotel?

—Sí. —Dejo caer la toalla en la madera pulida—. Oye, ¿qué crees tú? ¿Eso hará que tu padre me odie menos, o me odie más?

Su risa me hace cosquillas en la oreja.

—Calla, anda. No te odia.

Sí, claro. Diría algo diferente si hubiera oído la mierda que me dijo en la sala de estar anoche.

No me fío de ti para que cuides a mi hija.

Joder. Con esclerosis múltiple o sin ella, el señor sigue dando golpes que escuecen días más tarde.

Aparto la cabreante conversación de la cabeza y digo:

—Nos vemos en un rato. —Después me paseo por mi habitación recogiendo

ropa de todas partes.

El personal de limpieza estuvo aquí por la mañana —vienen dos veces por semana como un reloj, aunque no haya nadie en el ático—, pero tengo un hábito difícil de explicar que me hace generar desorden incluso habiendo estado en donde sea solo durante un par de horas. Nuestra señora de la limpieza, Vera, me llama «desordenado accidental».

Veinte minutos más tarde, después de que desde la recepción me comuniquen que mi visita ha llegado, me dirijo hacia el ascensor que se abre directamente al salón.

Solo mis amigos del instituto han estado aquí antes, y como sus casas son igual de… lujosas…, ninguno de ellos jamás se ha inmutado al venir.

Allie parpadea.

Un segundo después de emerger del ascensor, su mandíbula cae hasta el suelo de mármol y sus cejas suben más arriba que los cuatro metros y medio de altura del ático.

—Santa madre de Dios —dice. Su impresionada mirada analiza la recepción, el salón y la terraza orientada al norte antes de regresar a mí—. Vale. Exijo un tour.

Contesto con una risa modesta

—Va a ser un tour bastante largo —le advierto.

—No me importa si dura cinco horas. Quiero ver cada centímetro de este palacio, su majestad.

Mientras le enseño todo el ático, decido mirarlo a través de sus ojos. En cada habitación en la que entramos mira boquiabierta y maldice con asombro: la biblioteca de nogal, la moderna cocina, el gimnasio, la bodega… Bueno, supongo que este lugar sobrepasa un poco la media superior.

—¿Dónde están los dormitorios? —Parece confundida cuando regresamos al salón y nos detenemos cerca de la repisa tallada a mano de la enorme chimenea.

—Ah, esto es el primer piso —digo con vergüenza.

—¿Este sitio tiene dos pisos?

Balbuceo:

—Tres.

—¡¿Tres plantas?! —Me mira como si acabara verme bajar de una nave espacial extraterrestre—. Creo que quiero pegarte un puñetazo en este momento.

—Creo que me quiero dar un puñetazo a mí mismo. —No me gusta esta punzada no deseada de vergüenza. O mejor dicho, no me gusta sentir que soy el niñato más consentido del planeta.

La voz del padre de Allie retumba de repente en mi cabeza. Despreciativa y fría, burlándose de mí por no saber nada de los problemas del mundo real.

Joder. ¿Por qué estoy dejando que ese señor se meta bajo mi piel? ¿Y qué si he crecido con dinero? No me ha impedido conocer el significado de la lucha y de las dificultades y… joder, pero ¿a quién estoy engañando? «La vida de Dean» es muy dulce. Siempre lo ha sido. Pero aun así, todavía puedo empatizar con las personas que han tenido menos suerte que yo. Aun así puedo «dar un paso adelante y estar allí» cuando alguien me necesita, hostias.

Subimos la escalera de mármol y se detiene para admirar uno de los cuadros abstractos preferidos de mi madre. Para lo pomposo de este lugar, mis padres no lo tiraron por la borda con la decoración. El ático tiene un diseño limpio y moderno, y la mayoría de las obras que cuelgan de las paredes no son en absoluto caras. A mi madre le gusta mucho apoyar a los artistas locales.

—¿Tu cuarto está en el segundo piso? —pregunta Allie.

Niego con la cabeza.

—El dormitorio principal está ahí. —Señalo hacia la izquierda—. Las habitaciones de invitados están ahí. —Señalo hacia la derecha—. ¿Quieres ver alguna o nos saltamos este piso?

—Nos lo saltamos. —Ya está saltando por las escaleras de nuevo.

La llevo a mi habitación. Admira cada centímetro del enorme cuarto, desde la cama de roble hecha a medida, hasta las estanterías empotradas o la pared de relucientes ventanales.

—¿No hay cortinas? —Parece algo aturdida.

—Cortinas automáticas —admito—. Funcionan con control remoto.

—¡Uau! —Mientras se da una vuelta para explorar, la luz del sol que inunda la habitación queda atrapada en su pelo dorado, suelto sobre los hombros. Estudia las interminables filas de títulos de la estantería y a continuación se gira hacia mí—. Vale. Admítelo.

—¿Qué admita qué?

Me señala con un dedo.

—Eres inteligente.

Resoplo en voz alta.

—Por supuesto que soy inteligente.

—Pero no actúas acorde a la verdad. —Allie cruza los brazos sobre su suéter holgado a rayas—. De hecho, tengo la sensación de que te esfuerzas un montón en hacer creer a los demás que eres tonto. Con tus «muñequitas» y tus palabrotas y esa forma en la que lanzas «¿que no?» en una frase de vez en cuando.

Le muestro una gran sonrisa.

—No me jodas, muñequita, simplemente es así como hablo. No hay nada de malo en eso, ¿que no?

Sus ojos bailan divertidos.

—Ajá. Entonces ¿cómo es que nunca hablas de la facultad de Derecho a la que vas a ir?

—¿De qué hay que hablar? Aún no estoy en la facultad de Derecho. —Me siento en el borde de la cama que he hecho a toda prisa justo antes de que llegara.

—Pero ¿no te emociona la idea? —continúa.

—Eh. Pues en realidad no. —Me río en voz baja cuando frunce el ceño—. Estoy seguro de que me emocionaré cuando esté allí. Me mola vivir el momento, ¿recuerdas? —Aliso la colcha y a continuación, la llamo con un dedo—. Ven aquí de una vez, ¿quieres?

—Dame una buena razón para hacerlo.

Deslizo mi mano en mi entrepierna y lo sujeto.

—La pequeña Dean se siente ignorada.

Allie se ríe y se sube a mi regazo, apoyando sus manos en la parte de atrás de mi cuello. Lleva su boca a la mía.

—Pobrecita. ¿Necesita un caprichito para la tarde?

—Se muere por ese caprichito —gimo. Nuestros labios se encuentran en un beso, mientras meto las manos debajo de su camiseta. Gimo cuando sus pechos desnudos llenan las palmas de mis manos. Me flipa cuando no se pone sujetador. Hace que sea mucho más fácil levantar la camiseta y meter un pezón en mi boca dulce.

—*Oooh* —gime—. Me gusta.

—Está a punto de gustarte más, cariño. —Meto mi otra mano entre nuestros cuerpos para poder tocarle el coño sobre las mallas—. Joder. Quitémonos la ropa ya.

La mirada de Allie se dirige a las ventanas.

—¿Cerramos las persianas? ¿Dónde está el mando?

Estoy totalmente concentrado en la deliciosa tarea de succionar un pezón, jugueteando con la lengua en el botón duro.

—Dean —protesta—. ¡Estamos en un invernadero! ¿Y si alguien con un telescopio nos ve desde uno de los otros edificios?

—Disfrutarían de un espectáculo cojonudo. —Pellizco ambos pezones y soy recompensado con un ruido gutural.

Sus objeciones se desvanecen cuando la tumbo sobre el colchón y empiezo a quitarle cada prenda de ropa de su cuerpo. Empuja mis pantalones de chándal por las caderas y les doy una patada. Estamos desnudos, besándonos y rodando por mi enorme cama hasta quedarnos sin aliento.

—¿Te parece bien si dejamos los juegos previos para más tarde? —Le susurro contra el cuello antes de arrastrar mi lengua de nuevo a sus tetas.

—*Mmm-hmmm*. Métete dentro de mí de una vez —me susurra en respuesta.

Cojo un condón y me lo pongo contra su coño empapado, dando gracias a Dios y a cualesquiera otras deidades que quieran escuchar mi agradecimiento de que Allie esté tan cachonda como yo. Nuestra compatibilidad sexual es algo fuera de lo normal. Los dos emitimos respiraciones llenas de placer cuando me meto en casa. ¿EN CASA? Me detengo a medio camino.

—No pares. —La orden ronca de Allie hace que mis huevos se tensen. Estoy desarrollando una respuesta pauloviana a su catálogo de sonidos. Gemidos entrecortados o suspiros roncos y estoy semiempalmado o con el mástil a tope. Sonidos de felicidad o risas y me sale una sonrisa de oreja a oreja. Es… diferente.

Me toca el hombro con impaciencia.

—¿Necesitas que te dé instrucciones? La pequeña Dean no está del todo dentro todavía.

Amortiguo una risa contra sus deliciosas tetas y empujo hasta dentro, a casa. Ya está. Lo dije. Casa. *Venga, tío, que esto es sexo, por Dios. No necesitas pensarlo demasiado*. No con Allie. Ella quiere que se la meta hasta el fondo, que la folle hasta morir, y eso es también lo que yo quiero.

—Oh, la pequeña Dean sí está dentro, cielo. Está tan dentro y tan dura que la vas a sentir durante días. —Empujo hacia adelante con tanta fuerza que Allie se desliza con rapidez hacia el otro lado del colchón. Apoya sus manos contra el cabecero acolchado y me mira con ojos semiabiertos y mirada «ven y fóllame».

Sí, el sexo con ella es increíble. Y voy a devolverle el favor.

Las paredes de su coño convulsionan a mi alrededor, apretándome en el abrazo más erótico que jamás se ha inventado. Reprimo mi orgasmo. Ni de coña me pienso correr aún. Quiero ver esos maravillosos ojos ponerse en blanco. Quiero ver su boca abierta y su cara adoptando esa expresión nublada de estar viviendo el momento, esa expresión que se le pone cuando está tan metida en el polvo que sé que no hay nada en su cabeza más que yo.

Le echo el pelo hacia atrás, enredando mis dedos en los anchos mechones y tirando de su cabeza para poder besarla bien. Allie ataca mi lengua, metiéndosela

en la boca, dejando que le folle la boca con la lengua, mientras abajo le arremeto con la polla.

Los dos estamos sudando. Nuestros cuerpos resbaladizos se mueven uno contra el otro en un ritmo perfecto que me hace marearme de pura excitación.

—Estar dentro de ti es increíble. Es como un puto sueño —digo con los dientes apretados. El esfuerzo para no correrme está poniendo a prueba mi último resto de control.

—Sí. Ahí. Fóllame justo AHÍ —me suplica, subrayando sus súplicas con las uñas en mis hombros. Me apoyo en la cama, mi codo cerca de su cabeza, la rodilla hincada en el colchón para tener más fuerza y darle todo lo que tengo. En golpes medidos y potentes, la conduzco a un estado de trance placentero hasta que se queda temblando y gritando su satisfacción a todas las habitaciones vacías de este ático.

Sigue temblando cuando le doy la vuelta y la abrazo por detrás. Mis huevos golpean sus muslos y la presión de su coño desde este ángulo casi me hace llorar del placer. Ella hace estos sonidos increíblemente sexys que incluyen las palabras «Dean» y «oh, Dios» y «sí», hasta que es como una especie de extraña canción, sus gemidos son la melodía, nuestros cuerpos golpeándose, el ritmo del sexo, los latidos de nuestros corazones mezclados en todo lo que pasa hasta que soy yo el que está en trance. Todos mis sentidos se llenan con ella… Sus sonidos, su olor, su tacto. Ella.

Mi culo desnudo bombeando dentro de ella y no me importa si hay un telescopio por ahí viéndonos. Que vean lo mucho que me gusta estar dentro de esta chica.

###

Pasamos todo el día en la cama. Bueno, no solo en la cama. También follamos en mi enorme ducha bajo el chorro de cuatro cabezales y múltiples chorros de hidromasaje.

Y le hago sexo oral en la cocina mientras está tendida en la encimera de mármol.

Y me hace una mamada en la sala de juegos.

Y hacemos un sesenta y nueve en la sauna privada.

¿He dicho ya que este es el mejor día de mi vida?

Para cuando son las nueve en punto, estoy oficialmente derrotado. Agotado. Vacío. No queda ni una gota de semen dentro de mi cuerpo. Allie Hayes ha

chupado y follado todo lo que tenía en mi interior.

—Eres una bestia del sexo —me quejo cuando siento su mano acariciándome el muslo. Acabamos de terminar de cenar —hamburguesas y patatas fritas subidas por el servicio de habitaciones y devoradas en la cama—, y ahora estamos tumbados en mis sábanas de algodón egipcio, recuperándonos de la maratón de sexo más intensa que he tenido en mucho tiempo. O en mi vida.

—No puedo evitarlo —protesta Allie. Se sienta y quedo anonadado por lo preciosa que está en este momento. Las mejillas encendidas, el pelo despeinado y los ojos nebulosos—. «La vida de Dean» me pone supercachonda.

Mi teléfono suena y gimo de alivio.

—Oh, gracias a Dios. Con suerte, quienquiera que sea me salvará antes de que me acabes rompiendo la polla. —Resulta que mi salvador es Beau, y contesto con mi habitual:— ¿Qué pasa, *tron*?

—Ey —Beau responde alegremente—. Pasa que estamos dirigiendo nuestros culitos a una discoteca esta noche.

—*Um.* ¿Me estás pidiendo que vaya a bailar contigo? —Hago una pausa—. ¿No deberías estar en Wisconsin con tu abuela en este momento?

—La abuela nos ha dado plantón. Se ha ido a un crucero para jubilados en vez de pasar las vacaciones con su familia. ¿Cómo se atreve? ¿Verdad? ¡Menuda capulla! —Beau se parte de risa, lo que tomo como una indicación de que está de coña. Si no fuera así, me sentiría fatal por su abuela—. Joanna y yo estamos en la ciudad con nuestros padres. ¡Veámonos!

—¿Cómo sabes que estoy en la ciudad? —pregunto con recelo. Tengo un número de móvil de Boston y yo no le he dicho que venía a Manhattan, así que no hay razón para que piense que estoy aquí.

—Tengo un buscador de amigos en el móvil. Es una aplicación que te dice dónde están todos tus amigos en todo momento.

Fantástico. Estoy siendo espiado por uno de mis mejores amigos.

—Vamos a una disco en el Soho. ¿Te animas?

—Espera un segundo. —Cubro el micro del teléfono y miro a Allie—. ¿Te apetece salir? Beau y su hermana están en la ciudad y van a ir a una discoteca.

La reticencia arruga su frente.

—¿Beau, el *quarterback* de Briar?

Sé exactamente lo que está pensando y me apresuro a acallar sus miedos.

—No dirá nada si nos ve juntos. En serio. Maxwell sabe cómo mantener la boca cerrada.

Después de un largo instante de vacilación, finalmente asiente con la cabeza y

una pequeña sonrisa levanta sus labios.

—Hace mucho que no voy a una discoteca.

Levanto la mano del teléfono.

—Nos animamos.

—¿Nos?

—Voy con una amiga.

—Genial. ¿Nos vemos allí en una hora?

—Perfecto. —Cuelgo y veo que Allie está agobiada—. ¿Qué pasa?

—No he traído nada que ponerme para salir. —Se muerde el labio inferior—. ¿Podemos parar en Brooklyn antes para que me pueda cambiar, o es demasiada molestia?

—No es necesario —digo, tirando de ella para que salga de la cama—. Puedes ponerte algo de mi hermana Summer. Debéis de tener la misma talla.

—¿Seguro que no le importará? —dice Allie inquieta, mientras la guío hasta el otro lado del pasillo, donde está el cuarto de mi hermana—. Algunas chicas son muy susceptibles a la hora de prestar su ropa.

—Confía en mí, a Summer le da igual.

La cara de Allie se llena de asombro cuando entramos en el armario de Summer. Y por armario, quiero decir el vestidor gigante casi del tamaño de la casa de piedra rojiza de Allie.

—¿Cómo es posible que llames a esto un armario? —exclama Allie. Sigue avanzando mientras chilla—. Oh, Dios. ¡Tiene una pared entera de zapatos! Ahora es a tu hermana a quien quiero pegarle un puñetazo.

Me río.

—Yo no lo intentaría. Summer se rige por las reglas de patio de colegio. Te va a arañar los ojos y a tirarte de los pelos.

Allie examina otro estante repleto de perchas.

—Si me pongo a mirar las etiquetas de cualquiera de estos, ¿voy a ver palabras como Prada, Kors y Lagerfeld?

—Eh, sí.

—En ese caso, por favor llévame a la sección *low cost* para que tu hermana no me mate si alguien me tira algo en su precioso Versace.

—Cielo, de verdad, tienes que confiar en mí cuando te digo que le da igual. Incluso ni se dará cuenta. Summer dejó todo esto aquí al irse a Brown —le recuerdo a Allie—. Por no hablar de toda la ropa de su armario en Connecticut. Elige lo que quieras y ya está.

—De acuerdo. Bueno, ya que probablemente no tendré la oportunidad de

ponerme un vestido de Valentino nunca más…, bueno, al menos no hasta que diseñe a medida mi vestido para los Óscar… —El comentario me provoca otra risa—, elijo este. —Sostiene un minivestido de encaje negro con un escote enorme y a continuación le echa un vistazo a la pared de los zapatos—. Y voy a conjuntarlo con… *oooh*, ¿son esos unos Jimmy Choo?

—Y aquí es justo cuando me voy —anuncio—. Ven a buscarme cuando estés lista.

Dejo a Allie adulando el armario de verano, y me voy a mi cuarto a vestirme. Me lleva exactamente cinco minutos. Lo que tardo en ponerme un jersey gris y los mismos pantalones de anoche. A continuación me acuesto en la cama para ver vídeos de YouTube en mi móvil mientras espero a Allie. Unos veinte minutos después, entra en la habitación como un destello negro, rápidamente coge un pequeño neceser de maquillaje de su bolso y desaparece como un rayo en mi cuarto de baño.

—¡Ah, oye! —dice a los pocos minutos. Su cabeza se asoma desde detrás de la puerta—. Mi amiga Dillon me acaba de enviar un mensaje. Es su última noche aquí y quiere quedar. Su novio está con ella. ¿Les puedo invitar a la disco?

—Claro, adelante.

Mi teléfono vibra y apagó el YouTube para acceder a mi bandeja de mensajes.

Logan: *Acabo d encontrar el regalo d Navidad perfecto para ti en Boston.*

Una foto aparece al momento y me provoca un fuerte gemido que sale de mi garganta. El gilipollas me ha enviado una foto del nuevo consolador *Mi Pequeño Pony.* La mierda es rosa fucsia con purpurina de arco iris en el asa.

Logan: *Y es recargable! No tienes q comprar pilas. SUPERpráctico!*

Yo: *Ja-ja-ja. Eres SUPERgracioso.*

A continuación, le escribo un mensaje a Grace: *Dile a tu novio q deje d ser así de cabrón conmigo.*

Me responde con una cara sonriente. Traidor.

—Estoy lista.

Mi cabeza se eleva con brusquedad y, joder, se me olvida respirar por un momento. Uau, debería pensarse dejar lo de la interpretación y convertirse en maquilladora. Esta chica tiene la capacidad de transformarse por completo en función de lo que se hace en la cara. Justo cuando me acostumbro a verla con su look de «la chica de al lado», con su maquillaje sutil y *gloss* labial, de repente se presenta en el Malone’s como un sueño húmedo materializado, con ojos ahumados y labios carnosos pintados de rojo.

Esta noche es una combinación de los dos looks: natural con un toque de

glamour. Labios color carne, sombra de ojos oro brillante y rímel que hace que sus pestañas parezcan increíblemente largas.

—¿Qué tal estoy? —planta una mano en la cadera y hace una pose sexy.

—Absolutamente follable. —Me levanto de la cama de un salto y la miro con detenimiento, atraigo su cuerpo hacia el mío mientras me agacho para darle un pequeño beso. Su olor llena mis fosas nasales. Respiro profundamente, tratando de identificarlo. ¿Fresa? ¿Mango? ¿Rosas? No puedo descifrarlo, pero es increíblemente adictivo.

—¿Qué pasa?

No entiendo por qué me está frunciendo el ceño.

—¿Qué quieres decir?

Su frente se arruga más aún.

—Me estabas mirando fijamente.

¿Yo? Mierda, ni siquiera me había dado cuenta.

—Lo siento, yo y… las musarañas. —Le lanzo una sonrisa, haciendo todo lo posible para ignorar el aleteo extraño que tengo en el estómago.

Y el curioso escalofrío que sube por mi columna vertebral.

Y la forma en la que mi pecho está tenso y ligero al mismo tiempo, algo tan desconcertante como la fragancia indescifrable de Allie.

Trago saliva, me obligo a ignorar la contradicción de mi pecho y sigo el culito sexy de Allie por la puerta de la habitación.

23
Allie

Estoy nerviosa por la reacción de Beau Maxwell al vernos a mí y a Dean aparecer juntos, pero resulta ser un gasto de energía inútil. Beau ni siquiera parpadea cuando Dean me presenta como la mejor amiga de la novia de su amigo G. ¿Quizá el trabalenguas le haya confundido? Sea como sea, solo parece estar feliz de que hayamos querido salir esta noche.

La hermana de Beau, Joanna, está igual de contenta. Lanza sus brazos alrededor de Dean.

—¡Di Laurentis! Gracias a Dios que estás aquí. No te haces ni idea de lo cerca que he estado de matar al idiota de mi hermano estos últimos dos días.

—*Naah,* no quieres matarme —dice Beau con una amplia sonrisa—. Adoras a tu hermano pequeño y lo sabes.

Joanna le enseña el dedo corazón, pero también está sonriendo. Es tan atractiva como Beau, alta e imponente con brillantes ojos azules y pelo oscuro con un corte *bob.* Dean me dijo que tiene un pequeño papel en un espectáculo de Broadway. Es por lo primero que le pregunto mientras nos dirigimos a la entrada después de pasar por la cola. Y lo que quiero decir con eso es que nos la saltamos por completo, porque una palabra de Dean al oído del gorila de la puerta y la cuerda de terciopelo se levanta mágicamente para nosotros.

En el interior, las luces de *flash* están a tope y la música es ensordecedora. Joanna y yo tenemos que gritar desde lo más profundo de nuestros pulmones para poder continuar nuestra conversación. Dean y Beau, que iban delante de nosotras, son tragados inmediatamente por la frenética multitud.

—Hemos perdido a los chicos —le grito en el oído a Joanna.

Niega con la cabeza y señala a la escalera de caracol a nuestra izquierda. Efectivamente, los chicos están subiendo por los escalones metálicos. Dean se gira y nos encuentra entre toda la gente. Hace gestos para que los sigamos.

Descubro que la escalera conduce a la zona vip. Llegamos arriba justo a tiempo para escuchar a Dean abordando al musculoso *segurata* que controla la

cuerda.

—Dean Heyward —grita—. Tony sabe quién soy.

El gorila toca el pequeño dispositivo Bluetooth escondido en su oído. Sus labios se mueven, pero no puedo entender lo que está diciendo. Un segundo más tarde, nuestro pequeño grupo atraviesa tranquilamente otra cuerda de terciopelo.

Afortunadamente, aquí la música no está tan fuerte, así que no es necesario que siga gritando como una loca.

—¿Dean Heyward? —bromeo—. ¿Ya no usas el Di Laurentis?

Él pasa su brazo por mi hombro y la fragancia de su *aftershave* inunda mis sentidos haciéndome temblar.

—Di Laurentis funciona mejor en clubs de campo o fiestas benéficas. El apellido Heyward abre más puertas en Manhattan.

Estoy convencida. No solo tenemos acceso a la sala vip, sino que nos dan una amplia mesa junto a la barandilla de hierro forjado que da a la pista de baile. Saco mi teléfono para comprobar si Dillon me ha enviado un mensaje y… sí. Ella y su novio están al llegar. Le contesto que suban aquí cuando lleguen, y después vuelvo a centrarme en la conversación que me rodea.

Joanna se burla de su hermano sobre una chica llamada Sabrina, pero él insiste en que la relación ha terminado, algo que parece molestar a su hermana.

—Eres un idiota. En serio, Beau-Beau, necesitabas a alguien como ella para mantenerte a raya.

Como Dean sigue con su brazo sobre mi hombro, es imposible no sentir que se pone rígido. Analizo las duras facciones de su perfil, y le pellizco el muslo con suavidad.

—¿Estás bien?

—Ah, no le des importancia, guapa —dice Beau con una sonrisa—. Siempre se pone así cuando alguien saca el tema de Sabrina. Creo que sigue cabreado porque le rechazó después de echar un polvo.

No me sorprende escuchar que Dean se ha acostado con esa chica, quien quiera que sea. Lo que me sorprende es mi total ausencia de celos.

Lo mismo ocurrió durante nuestro viaje a Manhattan. Escuchar a Dean hablar de tías con orgasmos silenciosos y rollos antiguos no me molestó, no como la noche que vi a Penélope entrándole en el Malone’s. Esta vez no me siento amenazada. ¿Tal vez porque claramente representan recuerdos para él y no una amenaza que podría interferir en lo que estemos teniendo? No estoy del todo segura de cuál es la razón, pero me gusta esta extraña e inesperada confianza que tengo en él.

En el asiento de al lado, Dean está levantando las cejas y resoplando en respuesta a la provocación de Beau.

—Créeme, estoy feliz de que me rechazara.

Espero a que dé más detalles. Cuando no lo hace mi curiosidad aumenta, así que le doy un empujoncito en un costado y le digo:

—Suéltalo, cielo. Quiero conocer esta pequeña disputa de sangre en la que estás metido. —Tal y como puede dar fe Hannah, soy demasiado entrometida.

—Yo también —dice Beau con sinceridad.

Dean hace un gesto con la mano para quitarle importancia.

—No fue más que una chorrada que pasó en segundo. Nada importante.

—Bueno, si te sigue molestando dos años después, está claro que sí que lo es —señalo.

La reticencia arruga su frente.

—En resumen, tuve problemas con una clase, pero cada vez que pensaba que había suspendido un examen o que había hecho una tarea horrible, sacaba un diez. Fui gilipollas y no lo relacioné con que me estaba enrollando con la profesora asistente.

Beau se parte.

—Me encanta.

Yo suspiro.

—Ay, madre.

—Ya lo sé, fue una decisión estúpida —dice Dean con arrepentimiento—. En fin, la cuestión es que a Sabrina y a mí nos pusieron juntos en el proyecto final. Cada uno de nosotros hicimos la mitad del trabajo y se clasificó por separado. Mi parte estaba para un seis como mucho y ambos lo sabíamos, pero cuando llegaron las notas, yo saqué un diez y Sabrina un siete y medio. —Su mandíbula se tensa—. Se cabreó. Fue a quejarse al profesor y acabo releyendo cada uno de mis trabajos y exámenes, todos calificados por la estudiante de cuarto que hacía de profe asistente que me estaba tirando. Resultó que debería haber suspendido el curso y no sacado sobresalientes.

Dean parece tan disgustado que me sorprende. Antes de que nos enrolláramos, supuse que era el tipo de chico que iba por la vida con una especie de salvoconducto gracias a su aspecto y a su dinero. Esta historia lo corrobora, pero la rabia de su tono de voz revela otra cosa: él no quiere ESE salvoconducto.

—No podía soportarlo —admite, lo que confirma mis sospechas—. Le dije al profesor que me suspendiera. Yo estaba perfectamente dispuesto a repetir el curso durante el verano. Pero el cabrón no quería suspenderme.

—¿Por qué no? —es Joanna la que habla ahora, indignada y desconcertada.

—Conocía a mi padre —murmura Dean—. Fueron juntos a la facultad de Derecho y me dijo que miraría hacia otro lado como favor a mi padre. Dije que de ninguna manera. Discutimos durante un rato, hasta que finalmente accedió a bajarme la nota a un ocho y medio. Era lo «mejor que podía hacer».

La expresión de Dean es más oscura que una nube de tormenta.

—Debería haber suspendido ese puto curso, pero el apellido Di Laurentis me compró un pase, y Sabrina nunca me dejará olvidarlo. Piensa que soy un rico idiota que consigue siempre lo que quiere. —Su tono despectivo aumenta otra vez—. Me la sopla. Que piense lo que quiera. Lo único que importa es lo que pienso yo, ¿verdad?

Veo más allá de esa sonrisa que muestra. Le molesta que la gente piense que él es un *playboy* rico que tiene todo servido en bandeja de plata. Y sí, reconozco esa faceta suya, «La vida de Dean» es la hostia de agradable, pero también he podido ver otras facetas de su personalidad este último mes.

Es tenaz. En serio, es un tío que nunca, nunca se da por vencido cuando quiere algo.

Se preocupa por sus amigos y por sus compañeros de equipo. Joder, si no quedamos ni el lunes ni el martes, porque había pedido tiempo adicional en la pista de hielo para poder ayudar a un tipo llamado Hunter a perfeccionar sus habilidades.

Tiene más libros que la biblioteca pública de Brooklyn, y puedo afirmar por el desgaste, que los ha leído todos.

Es…

—Tu bolso.

Mi cabeza se eleva.

—¿Qué pasa con él?

Dean señala el bolso negro que hay en el banco de terciopelo.

—Ha vibrado.

Sacudo de mi mente la extraña lista «¿por qué Dean es tan guay?» que estaba componiendo y abro de golpe el *clutch,* en donde encuentro mi móvil vibrando.

Dejo mi ron con cola en la mesa.

—Mis amigos han llegado. ¿Quieres acompañarme abajo? Puede ser que necesite que hables con el gorila de nuevo.

Exhala un suspiro exagerado.

—Lo sabía. Me estás usando por mis contactos.

—Sí —contesto alegremente.

Volvemos a la escalera y chillo cuando veo un rostro familiar detrás de la cuerda.

—Vienen con nosotros —le dice Dean al *segurata*.

Un instante más tarde, una chica bajita y morena, tan emocionada como yo, se lanza a mis brazos.

—¡Ay, Dios! ¡Qué guay verte! —grita mi mejor amiga del instituto—. ¡No me llamas lo suficiente, joder!

Sonrío y digo:

—Se necesitan dos para bailar un tango. —Y a continuación volvemos a abrazarnos felices, hasta que noto una sombra que se cierne sobre nosotros.

Dillon deshace el abrazo y nos presenta a su novio.

—Os presento a Roy.

La última vez que hablamos por teléfono, me contó que estaba saliendo con un jugador de fútbol americano. Lo habría adivinado aunque no me lo hubiera dicho, porque Roy es gigante, colosal. Mide por lo menos dos metros, sus brazos son anchos como troncos de árboles y cada uno de sus muslos es más grande que mi torso. Y, o me lo estoy imaginando, o es exactamente igual que…

—Oye, ¿alguna vez te han dicho que te pareces a Samuel L. Jackson de joven? —pregunta Dean, quitándome las palabras de la boca.

Los enormes hombros de Roy se ponen rígidos.

—*Ahhh,* ya lo entiendo, lo dices porque todos nosotros te parecemos iguales, ¿verdad?

Mi mirada alarmada se dirige como un dardo a Dillon, porque la mirada amenazante que modifica la expresión de Roy es francamente aterradora. Y su voz es más grave que la línea de bajo que resuena por la discoteca.

—¿Y qué es lo siguiente? —gruñe Roy—. ¿Vas a ponerme pegas por salir con esta chica blanca y atractiva? ¿Es eso lo que estás diciendo?

Dean se muestra imperturbable.

—Sí, me has pillado, tío. Soy muy racista. —Sacude la cabeza con incredulidad, mientras sigue mirando fijamente a Roy—. Es asombroso. Eres CLAVADO a él.

Estoy a esto de taparle la boca a Dean con mi mano antes de que este gigante le tire al suelo como si fuera una ramita, pero para mi sorpresa, la expresión siniestra de Roy se desvanece.

—Te estoy tomando el pelo, hermano. Me lo dicen todo el tiempo. —Roy estalla en una enorme sonrisa—. El verano pasado gané diez mil pavos en un concurso de suplantación de famosos. Primer premio por Sam Jackson. Hice el

discurso de *Deep Blue Sea*, justo antes de que el tiburón le pille.

—Qué bueno. —Dean muestra una sonrisa traviesa—. Por cierto, un poco más de racismo… Tu voz es igual a la de James Earl Jones.

Roy echa la cabeza hacia atrás y suelta una carcajada. A continuación le golpea a Dean en el brazo y le dice:

—Eres majo, blanquito.

Y así se convierten en mejores amigos, hablando animadamente mientras avanzan.

Dillon suspira y enlaza su brazo con el mío.

—A Roy le gusta asustar a la gente —se disculpa.

Me río.

—No te preocupes, Dean no se asusta fácilmente.

—Dean, ¿eh? —Sus ojos se iluminan—. ¿Por qué no me dijiste que tenías nuevo novio?

—Porque no lo tengo. Estamos divirtiéndonos un rato. Nada serio.

—¡Ja! Sí, claro, AJ. Contigo SIEMPRE es serio.

«No esta vez», quiero decir, pero ya hemos llegado a nuestra mesa y las voces de los chicos ahogan nuestra conversación. Beau y Roy ya están hablando de fútbol americano, y dado que el segundo es enorme, ocupa el espacio de al menos tres personas normales en el sofá. Dillon se sienta junto a él, lo que me deja a mí con cero espacio.

Con una sonrisa, Dean me tira hacia su regazo y me sostiene con un fuerte brazo alrededor de mi cintura.

—Puedes sentarte aquí, muñequita.

—Oh, gracias, precioso.

Los seis formamos un grupo tan inusual que de repente pasan por mi cabeza algunas escenas de la peli *El club de los cinco.* Beau, el *quarterback* de la costa este. Dean, el jugador de hockey. Roy, el *linebacker* de Louisiana. Joanna, la actriz de Broadway. Dillon, la estudiante de económicas. Y yo, la futura estrella de comedias románticas.

A pesar de eso, la conversación fluye. Dillon y yo nos ponemos al día con lo que hemos estado haciendo en los últimos meses. Desde que empecé la universidad, he perdido contacto con la mayoría de mis amigos del instituto, pero siempre estuve decidida a conservar la amistad con Dillon.

Mientras charlo con ella, soy más que consciente de que Dean me está tocando. Sin parar. Me acaricia un hombro. Me roza un muslo. Me rasca el cuello. En un momento dado, incluso me planta los labios en mi mejilla, lo que

provoca una burla de Beau.

—¡Uau, Bella! —dice con asombro. Parece pasárselo pipa cuando encuentra mi mirada—. ¿Qué clase de hechizo has lanzado a mi Dean? Nunca lo había visto así con una chica.

—Mi nombre es Allie —corrijo.

Eso le hace reír aún más.

Dean suspira, luego se acerca más a mí y murmura:

—¿Te apetece bailar?

—Depende… ¿Se te da bien?

—A todos los hombres se les da bien.

Resoplo.

—El dedo roto del pie que me hicieron en el instituto indica otra cosa.

—Lo siento, lo que debería haber dicho es que todo hombre tiene la CAPACIDAD de hacer que se le dé bien. —Sus manos no me sueltan la cintura cuando me pone de pie—. Solo hay un paso que un hombre necesita saber para ser lo más en la pista de baile.

—¿Sí? ¿Cuál es ese paso? —pregunto con curiosidad.

Dean enreda sus dedos con los míos para bajar la escalera.

—¡Molinillo! —Tiene que gritar su respuesta porque la música está más alta aquí abajo.

Me pongo de puntillas para que mi boca esté cerca de su oreja.

—¿Qué es eso de molinillo?

—La única chorrada de Logan que practico. —Su boca se extiende en una amplia sonrisa—. Quedarse quieto y mover la pelvis en círculos.

La risa brota de mi garganta y se convierte en un grito de placer cuando Dean me coge en brazos. Envuelvo mis piernas alrededor de su cintura, y me sujeto fuerte mientras me lleva a la pista de baile. Luego me deja en el suelo, presiona su delicioso cuerpo contra el mío y me demuestra que el MOLINILLO es de verdad el único paso que importa.

Mientras el ritmo sensual y trepidante serpentea por mi sangre, tiro de mi pelo, muevo mis caderas y subo y bajo mis manos por el pecho marcado de Dean. Los flashes iluminan a ráfagas la oscura discoteca, ofreciendo destellos seductores de los rasgos cincelados de Dean, de sus hipnóticos ojos verdes y de la curva sensual de su boca.

Bailamos durante horas. O por lo menos parecen horas. Los otros se unen a nosotros en la pista de baile. No puedo recordar la última vez que me divertí tanto. Bailo con Beau, que me agarra el culo cada vez que puede. Bailo con Roy,

que hace unos pasos flipantes para un hombre del tamaño de una montaña. Bailo entre Dillon y Joanna. Bailo con Dean, y el movimiento erótico de sus caderas me pone cachonda, deseosa y completamente feliz.

Dillon y yo nos enchufamos dos chupitos en la barra, pero no estoy borracha, simplemente tengo un puntito delicioso. Dean parece estar también tomándoselo con calma, pero los otros sin duda van camino de pillarse una buena. En especial Beau, cuyas mejillas están enrojecidas y sus ojos brillan, mientras baila en plan lambada con una pelirroja guapísima en la pista de baile.

Joanna se excusa sobre las once y media, diciendo que tiene un ensayo por la mañana temprano. Dillon y Roy se van poco después; en cuanto Dillon empieza a arrastrar sus frases, Roy demuestra no solo ser un adulto responsable sino también un novio considerado, y rápidamente se la lleva a casa. Alrededor de la medianoche, cuando Beau se tambalea más pedo que nunca, Dean decide que es hora de irse.

—¿Dónde está tu amiga? —le pregunto a Beau, girándome en busca de la pelirroja.

—Se ha ido a casa con su marido.

Reprimo una carcajada. Dean, que es más o menos lo único que mantiene en posición vertical a Beau en ese momento, se ríe en voz alta.

Salimos de la discoteca y entramos en el aire gélido de la noche. Beau ahora se apoya en mí, porque Dean está junto a la acera buscando un taxi. Dado que Joanna se ha ido, me preocupa que Beau llegue a casa bien, así que insisto en que compartamos todos un taxi.

—Deberías subir a su casa con él —le digo a Dean—. Para asegurarte de que llega a su puerta.

Un taxi aparece milagrosamente. Entro la primera, seguida por Beau, que gime, cierra los ojos, y procede a desmayarse con la cabeza en mi hombro.

Entra Dean y le dice la dirección de Beau al taxista. Mira a su amigo dormir y después busca mi mirada sobre la cabeza de Beau.

—Sus padres están en casa, ¿verdad? —digo lentamente—. ¿Van a asustarse y cabrearse si lo ven así?

—Puede —suspira Dean—. Beau dice que son un poco estrictos. Ha ido a un colegio católico solo para chicos toda su vida.

Me muerdo el labio.

—En ese caso, quizá no deberíamos llevarlo allí.

—Probablemente no. —Dean se inclina hacia adelante y golpea el asiento del conductor—. Olvídese de la primera dirección. Llévenos directamente al

Heyward Plaza, por favor. —Me mira—. Que duerma la mona en el ático.

Quince minutos más tarde estamos en el ascensor del hotel. Es raro, pero unas míseras horas en una discoteca y se me ha olvidado que Dean vive en un puto palacio en Manhattan. Una vez más me quedo anonada por el lujo que me rodea, y lo mismo le pasa a Beau, cuyos ojos azules se abren como platos cuando tropieza al salir del ascensor.

Su boca también se abre de par en par cuando mira fijamente a la interminable pared de ventanales que otean el brillante *skyline* de la ciudad.

—Hostia puta. Me siento como un príncipe.

—Sí, ¿verdad? —digo.

Sin dejar de mover la cabeza con asombro, se dirige tambaleándose hacia el enorme sillón de cuero que hay junto al sofá en forma de C y se desploma. En cuestión de segundos está roncando.

Dean envuelve sus brazos alrededor de mí por detrás y me besa el cuello.

—¿Hora de dormir? —pregunta.

Me doy la vuelta.

—No estoy cansada —confieso—. ¿Te apetece ver una peli?

—En realidad, tengo algo mejor. —Sube y baja sus cejas de forma seductora —. Ponte algo cómodo. Voy a prepararlo.

¿Preparar qué? Y espero que «cómodo» signifique CÓMODO de verdad y no piense que voy a regresar en un picardías de encaje y un liguero.

Dejé mi bolsa de viaje en la habitación de Dean, así que rápidamente subo las escaleras hasta el tercer piso —todavía no me puedo creer que este lugar tenga tres putos pisos— y me pongo unos shorts de algodón y una camiseta sin mangas. Cuando regreso al salón, me encuentro a Dean tumbado en el sofá con el mando a distancia en la mano. No lleva nada de parte de arriba. Qué raro. Pero sus pantalones de cintura baja muestran la atractiva V de sus caderas. Mi lengua se estremece de ganas de lamer toda esa deliciosa carne masculina.

Humedezco mis labios, que de repente se han vuelto secos y camino hacia él.

—¿Qué vamos a ver?

—Míralo tú misma. —Le da al mando y se me corta la respiración cuando veo los títulos de crédito de *Solange* en la pantalla más grande que he visto nunca fuera de una sala de cine.

—¿Y esto? —exclamo—. ¿Me has robado los DVD de la resi?

—No. Antes de salir de Briar, llamé al conserje y le pedí que me localizara la segunda temporada para nosotros.

Estoy flipando. Después de encontrarme esta serie por azar mientras navegaba

por YouTube, pagué a una chica de mi residencia para que me descargara todos los episodios y me hiciera un DVD. *Solange* es muy importante en Francia, pero aquí nadie ha oído hablar de ella, lo que significa que es casi imposible encontrarla *online*. Pedir los DVD en Amazon no tiene sentido, ya que aquí no funcionan porque es otra zona.

—¿Has hecho una llamada telefónica y has conseguido una rara telenovela francesa? —Le miro—. Joder. «La vida de Dean» es de verdad gloriosa.

—Te lo dije. —Se pone bocarriba, levanta una mano y me hace señas para que me acerque.

En un instante estoy acurrucada a su lado con la cabeza apoyada en su hombro. Su pecho desnudo es cálido y robusto, y huele como los ángeles. No me molesto en preguntarle qué *aftershave* usa, porque probablemente no haya oído hablar de él en mi vida y cueste mil dólares cada gota.

Nos quedamos ahí tumbados un rato viendo la serie, que ahora incluye un montón de personajes nuevos que le están causando problemas a Solange.

—¿Sabes qué? —reflexiona Dean—, si Marc tuviera dos dedos de frente, habría dejado a Christine y se habría liado con Monique.

—Me gusta Christine —protesto—. Es una chica muy dulce.

—Le está engañando, cariño. Nadie es tan dulce todo el rato.

—Yo lo soy.

El resoplido de Dean vibra en mi mejilla.

—Sí, claro. Tu nivel de dulzura llega quizás al veinte por ciento. Como mucho.

Finjo que me ha dolido.

—¿De verdad crees eso? —pregunto en voz baja.

Una mano tranquilizadora me acaricia la espalda.

—*Naah* —dice con voz ronca—. No te preocupes. Eres dulce al cien por cien.

—Ja. No estaba preocupada lo más mínimo. Solo quería oírte decir eso.

Se ríe y me abraza más fuerte. A medida que el episodio va desarrollándose, nos enganchamos más y más y nos quedamos en silencio. Dean me acaricia distraídamente, sus largos dedos me rozan un lado de una teta con cada ir y venir lento de su mano. No creo que ni siquiera se esté dando cuenta de que lo está haciendo, pero me hace sentir…, bueno, me está poniendo cachonda.

—Ya te lo he dicho, trama algo. —Los ojos verdes de Dean se centran en la TV, pero su mano sigue acariciándome.

En la pantalla, Christine se sienta en una mesa en un restaurante al aire libre, susurrando algo en su teléfono móvil. La conversación parece ser bastante

agradable. Pero claro, es en francés, así que, quién sabe.

—Fijo que está contratando a un asesino a sueldo. —El pulgar de Dean roza mi pezón.

Ahora estoy totalmente distraída.

Él sigue hablando.

—Tenemos que buscar una versión de esta serie con subtítulos en inglés.

Su pulgar se aleja de mi pezón, y se acerca otra vez.

—Entiendo que estés intentando aprender el idioma, cielo, pero me está volviendo loco no saber lo que está pasando…

—Dean.

—¿Mmm?

—Deja de hacer eso.

—¿Dejar de hacer qué?

—Tocarme la teta.

—Uy. ¿Estaba haciendo eso?

Me apoyo en un codo para poder ver su cara. Su expresión traviesa me dice que no estaba tan ausente como pensaba.

—Sabías exactamente lo que estabas haciendo —le increpo—. Y ahora vas a parar de hacerlo.

Su lengua sale para lamerse los labios.

—¿Por qué? ¿Te está poniendo cachonda?

—Sí.

Responde con una risa profunda, a continuación me da la vuelta de tal forma que estamos el uno frente al otro. Me agarra el pecho izquierdo y lo aprieta suavemente. Esta vez, cuando sus dedos encuentran mi pezón, lo hace con toda la intención del mundo. Frota el bulto que se va endureciendo por segundos. A continuación, abandona el pecho y desliza su mano dentro de mis shorts.

Lanzo una mirada alarmada en dirección a Beau. Ya no está roncando, pero sus ojos siguen cerrados.

—Beau está ahí sentado —le susurro a Dean.

—Está durmiendo. —Sus dedos separan la goma de las bragas y después se meten por debajo. Cuando su pulgar aprieta mi clítoris, tengo que morderme los labios para no gemir.

—Dean —murmuro con nerviosismo.

—Allie —murmura en respuesta.

La yema del pulgar rodea suavemente mi clítoris, enviando un escalofrío sexy por mi columna vertebral. Me frota y me provoca, hasta que está hinchado y mis

caderas involuntariamente se echan hacia adelante, buscando un contacto más profundo. Se ríe de nuevo.

—Dean… —Ahora es una advertencia.

—Allie. —Ahora es una provocación.

Su mano se mueve más abajo, la palma callosa raspa mi coño en su descenso. Un dedo talentoso se desliza dentro de mí. Una mezcla entre respiración, suspiro y gemido se escapa de mi boca, pero se corta al instante cuando Dean presiona sus labios contra los míos.

Respondo a su beso con avidez, incapaz de resistirme. Dean Di Laurentis está metido en mi sangre. No esperaba esta química sexual tan intensa entre nosotros, pero es lo que hay, y es adictivo, y no sé cómo alguna vez podré renunciar a ella. Frota en círculos la palma de su mano contra mi clítoris, y la deliciosa presión hace que mis muslos se junten. El placer se concentra entre mis piernas, haciendo que todo mi cuerpo se estremezca.

Soy demasiado consciente de los sonidos que estamos haciendo. Nuestra respiración pesada. El ruido de su húmedo dedo moviéndose dentro de mí. Ruego a Dios que Beau no tenga el sueño ligero.

—Siempre sé cuando estás a punto. —susurra Dean.

—¿Cómo lo sabes? —El empuje regular de su dedo me distrae. Comienzo a retorcerme, mis músculos internos acercándose a él cuando el placer se intensifica y baila por mi carne caliente.

—Tus mejillas se ponen rojo brillante, tus ojos…, vidriosos.— Su boca cálida resbala sobre mi mandíbula antes recorrer mi cuello—. Tu pulso… justo aquí… —Me lame el centro de la garganta—. Tu coño me aprieta tanto, como si intentara atrapar mi dedo dentro de él.

Mi respiración se vuelve superficial. Mi cabeza se nubla. Su voz profunda y su mano mágica es todo en lo que soy capaz de concentrarme, pero cuando Dean curva su dedo y comienza a moverse más rápido, mi cerebro se apaga por completo.

—Eso es —Dean dice con voz ronca—. Córrete para mí, linda.

Cierro los ojos y dejo que las sensaciones tomen el control, jadeando suavemente mientras la presión finalmente se libera y yo floto en una nube de felicidad. Con un suspiro, descanso mi mejilla en sus pectorales, mientras las residuales oleadas de placer revolotean por mi cuerpo.

—Sabéis que estoy despierto, ¿verdad?

La voz irónica de Beau desencadena una ráfaga de terror mezclada con el escozor de la vergüenza. Entierro mi rostro contra el pecho de Dean, demasiado

mortificada como para mirar al sillón donde está sentado.

—Y ahora estoy duro como una piedra —añade Beau con voz alegre—. Así que lo preguntaré directamente: ¿hay alguna posibilidad de un trío?

Mi cabeza se levanta indignada, pero no puedo evitar reírme cuando veo el brillo intrigado en los ojos de Dean.

—Ni lo sueñes —le ordeno, señalándole con el dedo en el pecho. Me incorporo para lanzarle a Beau la misma mirada asesina—. Y tú, quítate esa idea de tu bonita cabeza, Maxwell, porque no va a pasar.

Su sonrisa es descaradamente pícara.

—¿Esta noche o nunca?

—Nunca.

—Dame una buena razón para no hacerlo —desafía Beau.

—Porque A, no quiero, y B, imagina esta situación: diez años a partir de ahora. Soy una estrella de Hollywood, tres veces ganadora del Óscar, la actriz más solicitada de la historia del cine… y el último número de la revista People llega a los quioscos. ¿Y sabes lo que dice el titular? —Muevo la mano en el aire como si estuviera gritando el titular*:* «¡Escándalo sexual de una *celebrity*! ¡Allie Hayes, reina de los tríos en la universidad!»

Beau exclama su propio titular.

—El campeón de la Super Bowl, Beau Maxwell, confiesa: «La mejor noche de mi vida».

Suspiro y me giro a Dean, que está claramente intentado no partirse de risa.

—Y ahora ha llegado el momento de irse a dormir. Dale las buenas noches a tu amigo Beau, cariño.

—Buenas noches, Beau —dice Dean obediente.

24
Allie

Dean y yo llegamos al campus sobre las doce del mediodía del día siguiente. El autobús del equipo sale a la una para su partido en Burlington, así que tiene que salir pitando del parking si quiere ir a casa y cambiarse antes del viaje. Pero se queda pegado al asiento del conductor.

—¿Qué pasa? —No puedo adivinar su expresión.

—¿Podemos vernos esta noche? —Su voz es ronca y hay un punto que no sabría explicar en ella.

—Tengo ensayo, así que depende de cuando nos deje salir Steven. Llámame cuando hayas vuelto de Vermont y ya vemos dónde estoy, ¿vale?

El asiente. Sigue sin moverse.

—¿Te importa ayudarme con mi maleta?

Vuelve a asentir.

Noto una punzada de inquietud cuando salgo del coche. No hay nadie en el aparcamiento que pueda ver cómo descargamos mi equipaje, pero eso no es lo que me inquieta. Es la intensidad que irradia Dean. Como si quisiese decir algo, pero no supiese cómo abordar el tema.

—¿Todo bien? —pregunto sin darle mucha importancia.

Esos ojos verdes me observan con tanta atención que me siento insegura. Sé que mi pelo es un desastre, y estoy bastante segura de que hay un diminuto grano incipiente en mi barbilla. Espero que no sea eso lo que está mirando.

—Todo bien, muñequita —dice por fin, saliendo del profundo pensamiento en el que estaba absorto—. Ven aquí y dame un beso de buena suerte. Necesitamos desesperadamente ganar el partido de hoy.

Mi mirada revolotea alrededor del parking. Dean frunce ligeramente los labios y ver eso me produce un destello de culpabilidad. Acabamos de pasar tres días juntos. Nos hemos enrollado delante de Beau, por el amor de Dios, y ¿tengo miedo de darle un beso en un aparcamiento vacío?

Me acerco y me pongo de puntillas para rozar mis labios sobre los suyos.

—Buena suerte —le susurro. Y después le meto un poco de lengua y sonrío cuando se le corta la respiración.

Se queja en voz baja.

—Calientabr… ya sabes.

Mi sonrisa se ensancha cuando doy un paso atrás.

—Gracias por el viaje en coche. Y por la noche tan guay.

—Y por el sexo guarro, guarro —me recuerda.

—Un «guarro» habría bastado. —Pero no es verdad. Lo que hemos hecho este fin de semana requiere al menos dos «guarros». Es más, creo que cuatro sería probablemente la cantidad correcta.

—¿Estás seguro que puedes con esa cosa? — pregunta al mover mi maleta a reventar hacia la acera.

—Seguro. Tiene ruedas.

—¿Y las escaleras?

—Puedo seguro —insisto—. Vete, Dean, que vas a perder el autobús.

Justo cando le doy un empujón suave en su culo sexy para que se ponga en marcha, una voz familiar suena detrás de nosotros.

—Ey, Allie.

Mi mano se queda congelada en el pecho de Dean. Rápidamente me separo y me doy la vuelta para saludar a la figura que se aproxima. Es Jim Paulson, uno de los hermanos de fraternidad de Sean. Mis nervios se agitan en mi estómago mientras me pregunto cuánto habrá oído. Y visto…

Mierda. ¿Habrá visto el beso que le he dado a Dean?

—Hola —le digo, forzando una sonrisa—. ¿Qué tal tu día de Acción de Gracias?

—Estuvo bien. —La mirada de Jim se dirige ahora a Dean—. Hola, tío.

—Ey —dice Dean, tenso.

—¿De dónde venís? —Su mirada inequívocamente sospechosa se posa en mi maleta.

—De Nueva York —respondo de forma casual—. Dean es de Manhattan y yo de Brooklyn, así que hemos compartido coche. ¡Todo por el medio ambiente! — Hago como que agito una banderita, pero Jim ni siquiera esboza una sonrisa.

—Guay. —Sigue analizándome—. Bueno, sí… genial verte.

Su sonrisa de despedida es bastante amable, pero a medida que le veo alejarse, no puedo controlar la bola de temor que se apelotona en mi garganta. Mierda. Tengo un muy mal presentimiento sobre este encuentro.

No tengo ninguna duda de que Jim le contará todo a Sean. A una parte de mí

no le importa, porque Sean ya no es mi novio.

Aun así, la ansiedad que se arremolina en mi estómago se niega a desaparecer, y sé que me voy a pasar todo el puto día con esta preocupación en la cabeza. Esperando a que pase algo.

###

Ese algo pasa a la una de la mañana. Pasa de golpe y sin avisar. Literal, porque unos fuertes golpes en la puerta me despiertan de forma abrupta de un sueño profundo.

Me siento y miro alrededor un poco atacada, porque mi cerebro todavía no está alerta del todo como para comprender lo que está pasando. Una vez deduce que los sonidos provienen de la puerta principal, salgo de mi cuarto y camino tambaleándome hacia la zona común. Dos figuras en la sombra salen de la habitación de Hannah al mismo tiempo. Mi compañera de cuarto medio dormida y su novio se detienen bruscamente cuando me ven.

¡Pum!

¡Pum! ¡Pum! ¡Pum!

—¿Qué coño pasa? —dice Garrett aturdido, mientras gira la cabeza hacia el ruido.

Mi pulso se acelera cuando escucho la voz de Sean.

—¡Allie! —grita desde detrás de la puerta—. ¡Sé que estás ahí! ¡Déjame entrar, hostias!

Y de repente Garrett está completamente despierto y va directo hacia la puerta. Pego un gritito alarmado, pero no la abre, simplemente golpea su puño contra ella un par de veces.

—Cierra la boca, idiota. Vas a despertar a todo el mundo.

—¡Me importa una mierda! —Es la furiosa respuesta de Sean—. Necesito hablar con Allie.

—Pues coge el teléfono y llámala como una persona normal ¡y cuerda! —continúa Garrett—. Y hazlo mañana por la mañana. Allie está dormida.

Hannah se pone mi lado y apoya una mano en mi brazo. Mi piel está fría como el hielo, y sé que se da cuenta porque me da una palmadita suave y reconfortante.

—Garrett va a echarle de aquí —susurra.

Pero está subestimando la terquedad de Sean.

—No está dormida —vuelve a soltar—. Conozco a mi novia…

¡Exnovia! casi le grito.

—…Y está de pie justo detrás de esa puerta de mierda, sé que está ahí. —Los golpes se reanudan. ¡Pum! ¡Pum, pum, pum!— ¡Allie! ¡Abre la puerta! ¡Tenemos que hablar!

Me estremezco. Hannah envuelve un brazo alrededor de mis hombros.

—Golpea la puerta una vez más y llamo a la policía —dice Garrett entre dientes.

¡Pum, pum, pum!

Mi garganta se contrae y se cierra. Joder. No se va a ir. Sé que no lo hará, y de repente me invaden imágenes de los *seguratas* del campus y una brigada de la policía llegando a la Residencia Bristol, como cuando un comando de los SWAT va a detener a un ladrón de bancos. Algo que no solo sería humillante, sino totalmente nocivo para mí. A partir de ese momento, todo el mundo en esta residencia me conocería como la chica con el exnovio loco.

—Déjalo entrar —digo débilmente.

Garrett se da la vuelta, sus ojos grises arden.

—Ni de coña, Allie. Está borracho.

—Lo sé, pero se calmará en cuanto entre. —Dejo caer los hombros con tristeza—. Se quedará ahí aporreando la puerta toda la noche, Garrett. Déjalo entrar, por favor. Hablaré con él para calmarlo. Puedo gestionarlo, te lo prometo.

El novio de Hannah se mantiene escéptico. Le entiendo. Sean está actuando como un loco en este momento. Pero he estado cuatro años con él y sé que no es más que un perro ladrador. Nunca me haría daño físicamente.

Garrett me señala con un dedo.

—Si intenta hacerte algo, le voy a partir la puta boca.

Asiento con la cabeza.

Maldiciendo en voz baja, gira la cerradura y abre la puerta. Medio espero que Sean entre disparado y haga una voltereta en el suelo antes de tumbarse en el suelo, como un militar de guerra en una misión. Pero entra con pasos lentos y dificultosos que coinciden con su respiración entrecortada. Sus ojos marrones me buscan al instante.

—Tenemos que hablar —murmura.

Garrett se ha pegado a Sean. Hannah está pegada a mí.

Trago saliva con nerviosismo, y me separo de las manos de mi mejor amiga.

—¿Nos dais un minuto?

—Por supuesto que no. —La expresión de Garrett es de pura incredulidad.

—Por favor. Todo está bien. Solo vamos a hablar. —Le lanzo a Sean una

mirada directa—. ¿Verdad?

Su mandíbula se tensa, pero asiente con la cabeza.

—Sí. Solo quiero hablar.

Transcurren varios segundos. Después Garrett suelta otro taco y le frunce el ceño a Sean.

—No hagas nada de lo que te arrepientas, tronco. Solo con que la mires de forma equivocada, lo único con lo que hablarás después será con mi puño.

La cabeza de Sean baja asintiendo otra vez. El novio de Hannah es quince centímetros más alto que él y pesa unos veinte kilos más. Es obvio que Sean se toma muy en serio la amenaza.

Hannah me aprieta el brazo.

—Estaremos en mi habitación. Grita si nos necesitas.

No creo que llegue a ese punto. Sean parece haberse calmado, su respiración es constante, su mirada ya no arde con malicia. En cuanto la puerta de Hannah se cierra, se hunde en el sofá y hace un ruido grave y agonizante.

—¿Dean Di Laurentis? —Gruñe, y el dolor y la traición que habita en sus ojos me corta como una cuchilla—. No me jodas, Allie.

Mi pulso se acelera cuando me acerco. No me siento a su lado. Me paro frente a él. Bloqueo las rodillas y cruzo con fuerza los brazos contra mi pecho, ya que todo mi cuerpo se sacude con tanta fuerza, que esa es la única manera de evitar los temblores. No sé qué decir, así que no digo nada.

—¿Estáis juntos?— Su voz de repente sale con asco glacial.

Trago saliva, incapaz de decir palabra. ¿Por qué tiene este tío tanto poder sobre mí? Siempre sabe exactamente qué botones tocar, exactamente la cantidad de asco y desaprobación que inyectar en su tono de voz para hacerme sentir culpable, incómoda…, para hacer que me sienta fatal.

—¿Lo estáis? —exige.

Fuerzo a mis cuerdas vocales para que cooperen.

—Sí y no. No estamos saliendo. Estamos…

—Acostándoos. —Sean termina la frase con sequedad.

Asiento con la cabeza, lo que provoca otro destello en sus ojos.

—Así que no es más que tu *follamigo,* ¿no? —Un silbido se escapa de su boca —. ¡Tú no tienes follamigos, joder! Tú no eres así.

Mi piel se tensa. Me ofende.

—¿Así, cómo?

—El tipo de chica que va por ahí follando con gente. Esperamos CUATRO MESES antes de acostarnos por primera vez. ¿Desde cuándo saltas a la cama de

alguien cuando han pasado solo un par de días? ¿O fueron horas? ¿Cuánto tardaste en saltar sobre la polla de Di Laurentis?

Me estremezco cuando me ataca. Sé que está borracho por el rojo en sus mejillas coloradas y los ojos borrosos, pero no arrastra las palabras, y cada una de ellas dispara en mi dirección como una bala, haciendo diana y reavivando el malestar que siempre he sentido hacia el sexo casual.

—Y de todos los chicos que podías haber elegido, ¡¿le elegiste a él?! ¿Pero tú te das cuenta de la cantidad de tías en las que ha metido su polla? ¡Se pasa la vida en el centro de salud del campus, hostias, pillando medicinas para curarse las enfermedades de transmisión sexual que tiene que tener!

Me tenso.

—Para ya. Estás actuando como un auténtico gilipollas.

Pero Sean no está ni siquiera cerca del final.

—¿Te lo follaste mientras estábamos juntos? —exige.

Me quedo boquiabierta.

—¡No! Por supuesto que no.

—¿Y tengo que creerte? —Se pone de pie de repente. Doy un paso hacia atrás de forma instintiva, pero él no avanza hacia mí. En vez de eso, empieza a andar por el suelo de parqué, pasándose las manos por el pelo como si estuviera intentando arrancarlo de raíz—. Y ahora necesito hacerme un puto análisis de sangre, ¿eh? ¿No es así? Necesito ver si he pillado alguna enfermedad de mierda, porque mi novia me ha puesto los cuernos con un cerdo hijo de puta como Di Laurentis.

La rabia emerge a mi garganta.

—No te he puesto los cuernos —suelto entre dientes—. ¡Y estás diciendo ridiculeces! No tienes ninguna enfermedad…

—Pero TÚ puede que sí —me corta, y después se empieza a reír, una risa grave y ronca—. Te estás acostando con un putón. TÚ misma eres un putón.

Retrocedo ante la cruel acusación, pero me las arreglo para mantener la respiración bajo control. Me las arreglo para no lanzarme sobre él y darle un puñetazo en la boca.

—No soy ningún putón —le digo con frialdad—. Y no te he puesto los cuernos. Y ahora te tienes que ir de aquí.

—¿Sabes qué? Me alegro de que me hayas dejado. No quiero tener nada que ver contigo. —Su voz se eleva, y me estremezco porque sé que Hannah y Garrett le deben de oír incluso con la puerta cerrada—. He sido un idiota intentando que volvieras conmigo. ¡¿Por qué coño iba yo a querer volver con un putón con

sífilis?!

—¡SE ACABÓ!

La exclamación repentina de Garrett llega demasiado suave, demasiado tarde. La última observación de Sean ya ha hecho el daño que pretendía. Me tropiezo hacia atrás como si me hubiera dado una bofetada. Bien me la podría haber dado. Mis mejillas están ardiendo. Mi labio inferior tiembla con violencia, y tengo que clavar mis dientes en él para que se detenga. Tengo que luchar contra el sollozo estrangulado, que está desesperadamente tratando de salir con fuerza de mi garganta.

Desde la nube donde me encuentro, veo a Garrett agarrando a mi exnovio por el cuello. Arrastrándolo hacia la puerta. Amenazándole entre dientes. Pero mi cara está en llamas y mi visión es borrosa, y me resulta difícil centrarme en lo que está pasando.

Pego un respingo cuando siento que un par de brazos suaves me rodean. Es Hannah, abrazándome con fuerza. Mi cabeza cae contra su hombro y parpadeo para parar las lágrimas que amenazan por salir a la superficie.

—¿Estás bien? —me pregunta alarmada.

—No. —Mi respuesta suena amortiguada contra la manga de su pijama.

—Garrett ha ido abajo con él. Va a llamar a un taxi y a esperarlo con Sean para asegurarse de que ese hijo de puta se mete dentro. —Masajea entre mis omóplatos—. Allie. Háblame. Necesito saber que estás bien, cariño.

Por alguna razón, el cariño en su voz hace estallar el último hilo que sujetaba mi control. Las lágrimas se desbordan y corren por mis mejillas. Un sollozo emerge mientras tiemblo en su abrazo. ¿Cómo me ha podido decir todas esas cosas tan hirientes y terribles? Hemos estado juntos años. Me ha QUERIDO. Me CONOCE. Él sabe que no soy… Me ahogo con otro sollozo…, un putón con sífilis.

Mientras la pena inunda mi cuerpo, me aparto de Hannah y corro hacia mi cuarto. Oigo sus pasos detrás de mí, cómo llega a la puerta justo cuando me derrumbo en mi cama. Me hundo en la almohada y me limpio las lágrimas con la manga de mi camiseta, pero siguen cayendo más rápido, escociendo mis párpados y bajando hasta mi boca.

—Allie —dice Hannah en voz baja.

La ignoro, tragando los sollozos mientras estiro una mano hacia la mesita de noche. Necesito… Dios, necesito a DEAN. Necesito que envuelva sus fuertes brazos alrededor de mi cuerpo y me suelte ese discurso otra vez, el de que tengo que borrar la palabra «putón» de mi vocabulario y no dejar que la gente mojigata

y juiciosa me convenza de que he hecho algo malo.

Mis dedos tocan mi móvil y gimo cuando descubro que no tiene batería.

—Allie. —Hannah suena muy preocupada—. Habla conmigo.

Aspiro una respiración irregular.

—¿Me puedes hacer un favor?

—Lo que necesites —dice al instante—. Dime y lo hago.

—¿Puedes…? —¿Podré hablar a pesar del nudo apretado de mi garganta?—. ¿Puedes llamar a Dean y decirle que venga?

No miro su cara para medir su reacción. No lo necesito, escucho el desconcierto alto y claro en su tono de voz.

—¿Dean? —Hace una pausa—. ¿Dean Di Laurentis?

—Sí. —Me hago una bola de nuevo y meto la cabeza en la almohada.

—Quieres que llame a Dean.

—Sí.

—¿Dean Di Laurentis?

—SÍ. —Me paso la lengua por los labios secos, que están salados por mis lágrimas. Lágrimas que no dejan de caer, joder. —Por favor… llámale. Yo… —Siento que mi expresión colapsa de nuevo—. Le necesito.

25
Dean

—¿Dónde está? —Me abro paso antes de que Garrett pueda abrir la puerta del todo. Mi mirada va de un sitio a otro de la habitación común, pero Allie no está ahí. Wellsy sí y se pone de pie de un salto cuando me ve.

—En su habitación…

Voy en esa dirección hasta que su pequeño cuerpo me intercepta.

—Espera un segundo —ordena Hannah, plantando su mano contra mi pecho —. No vas a entrar en ningún sitio hasta que no me digas qué LECHES está pasando.

—Cuéntamelo tú —suelta con impaciencia—. Tú eres la que me ha llamado a la una de la madrugada y me ha dicho que viniera porque Allie me necesita. ¿Qué ha pasado?

—Sean vino —dice Garrett serio—. Borracho, aporreando la puerta y exigiendo hablar con ella. Le dejé en…

—¿Le dejaste entrar? —suelto en un rugido.

—Ella me dijo que… —murmura—, que podía gestionarlo.

Hannah habla con rabia.

—Deberías haber escuchado cómo la gritaba. Llamándola putón y diciendo que tiene sífilis.

Pero ¿qué hostias…?

La furia me abrasa la columna vertebral en su ascenso, y me arranca un gruñido amenazador de la garganta.

—¡Déjame pasar! —le digo a Hannah.

—Dean —protesta mientras corro hacia el pequeño pasillo—. Pero… ¿qué estás tú haciendo aquí…?

Mis fuertes pasos ahogan el resto de la frase. Entro de golpe en el dormitorio de Allie y a continuación paro en seco cuando me la encuentro acurrucada en la cama, hecha una bola. Levanta la cabeza cuando entro y la mirada desolada de sus grandes ojos azules tritura mi corazón en mil pedazos.

—Cariño —digo en voz baja.

Un jadeo de sorpresa suena desde la puerta. Aprieto la mandíbula, me giro sobre mis talones y cierro la puerta en las caras de asombro de Hannah y Garrett. Ninguno de los dos existe para mí en este momento. Solo Allie, y estoy en su cama antes de que pueda parpadear, tirando de ella hacia mis brazos y acurrucándola en ellos. Entierra su cara en mi pecho y puedo sentir su temblor.

—¿Qué ha pasado?

—Sean ha estado aquí. —Oigo la respuesta amortiguada contra mi sudadera.

—Lo sé, G me lo ha dicho. Pero ¿POR QUÉ? —Un taco se me escapa cuando recuerdo nuestro encuentro con Paulson esta mañana—. Su compañero de fraternidad… ¿Paulson le ha dicho que nos vio juntos?

Cuando asiente golpea la cabeza en mi clavícula.

—Gilipollas —murmuro. A continuación cojo aire y paso suavemente una mano sobre su sedoso pelo—. Supongo que Sean se ha cabreado.

—Él… —Su voz se rompe—. Me llamó putón con sífilis.

Una intensísima ira me golpea en el pecho como una flecha. Necesito toda la fuerza que tengo para expulsar la furia de mi cuerpo. Quiero matar a ese hijo de puta por llamarle eso.

—Tú… no eres… —Cojo aire otra vez—, un putón con sífilis. ¿Me escuchas, cariño? No eres ningún putón. Jamás. No sé por qué ese hijo de puta ha podido…

—Por ti —susurra.

Mis manos se convierten en puños contra sus hombros.

—¿Qué?

—Él piensa que tú tienes un montón de enfermedades de transmisión sexual, porque… tu vida sexual es muy activa.

—Estoy limpio —interrumpo. Mi tono de voz es bajo, irregular por la ansiedad. Joder, espero con todas mis ganas que me crea—. Nunca en mi vida he tenido relaciones sexuales sin protección, Allie. Me hice la prueba antes del comienzo de la temporada, pero puedo hacerlo de nuevo si tú… —me detengo. Qué coño. Me las haré aunque no me lo pida, solo para aniquilar cualquier semilla de duda que ese hijo de la gran puta de Sean haya podido plantar en su cabeza.

—Confío en ti, Dean. Sé que siempre lo haces con protección, ¿vale? No ha sido lo de la sífilis lo que me ha molestado. Ha sido lo otro. La forma en la que me miraba… —Su pequeño cuerpo se estremece—. La cara de asco. Ha sido como si, en ese momento, realmente me estuviese viendo como un putón y me

odiase por ello.

La fisura en mi corazón se abre de par en par, enviando fragmentos afilados a mis entrañas. Sean debería darle las gracias a su buena estrella por no estar aquí en este momento. Quiero rodear su garganta con mis manos y hacer que su vida salga por la boca.

—Cariño…—Me trago la rabia—. Cariño, mírame.

Levanta lentamente los ojos hacia los míos.

—Me importa una mierda lo que diga Sean, o lo que piense. No has hecho absolutamente nada para merecer ese maltrato verbal, ¿entiendes? No eres una puta ni un putón ni… Eres… —«Perfecta», estoy a punto de decir, pero no puedo porque está temblando de nuevo.

—Y entonces ¿por qué me siento como si lo fuera? —Parpadea rápidamente, como si estuviera intentando no llorar—. Dios. Odio esta mierda. Te lo dije, no estoy hecha para el sexo casual.

Mis manos están húmedas. No quiero que siga. Tengo demasiado miedo a escuchar lo que va a decir.

—No estoy segura de poder seguir con esto.

Joder.

—Es demasiado raro todo…, acostarse contigo cuando en realidad no estamos juntos…

—Estamos juntos —suelto.

Se sobresalta.

—¿Qué?

Es como si alguien me hubiera echado un puñado de grava en la garganta. Trago saliva a pesar de la arena

—Que estamos juntos —repito.

Me mira con desconcierto.

—Estamos… ¿por qué?

—Porque lo estamos. —Una respuesta sin sentido, lo sé, pero es todo lo que puedo ofrecer. No quiero que esto termine. No puedo explicar por qué, pero solo sé que no quiero que esto sea el final.

—¿Quieres…? —El surco en su frente es más profundo—. ¿Quieres estar conmigo?

Mi ritmo cardíaco es irregular. No he tenido una conversación con una chica como esta en años. No desde lo de Miranda. Pero Allie no es Miranda. Allie es… es… joder, no puedo dar nombre a mis confusos pensamientos. Excepto a uno. La absoluta certeza de que NO puedo permitir que esto acabe.

—¿Dean?

La aprieto más fuerte y entierro la cara en el hueco de su cuello.

—Quiero estar contigo —murmuro—. Y eso significa que estamos saliendo, ¿vale?

Su risa temblorosa me hace cosquillas en la mejilla.

—Me estás acojonando ahora mismo.

—Yo me estoy acojonando a mí mismo. —Resoplo y le levanto la cabeza, sosteniendo su delicada barbilla con ambas manos—. ¿Por qué le pediste a Wellsy que me llamase?

Allie duda.

—Porque… —Se muerde el labio—. Porque quería que me dijeses que Sean no tenía razón. Porque necesitaba… —Duda de nuevo, como si estuviera tan asustada por todo esto como yo. Su incertidumbre solo provoca que yo esté más seguro de lo que estoy haciendo.

Con mi pulgar recorro la comisura de sus labios, suavizando la pequeña hendidura que se ha hecho con los dientes.

—¿Tú también quieres? ¿Estar conmigo?

Se queda callada durante tanto tiempo que vuelvo a ponerme nervioso, pero entonces asiente con la cabeza.

—Dime por qué —le digo con voz ronca—. Necesito saber que no es solo porque el sexo casual te hace sentir mal contigo misma. Que no es solo porque te sientes insegura por todo lo que ha dicho Sean.

Allie pasa lentamente una mano por mi mejilla.

—No lo es. —Sus dedos raspan mi barba de dos días—. Quiero estar contigo porque parece ser lo correcto.

La tensión en el pecho desaparece y es reemplazada por una extraña oleada de calor que, aunque lo intentara, no podría explicar. Después de eso, dejamos de hablar. Algo igualmente extraño, un inexplicable y largo silencio que no necesita ser llenado. La suelto un segundo, solo para poder quitarme el jersey y los vaqueros. Extiendo la mano hasta la mesilla de noche y apago el interruptor de la lámpara.

La oscuridad cae sobre nosotros. Allie se mete bajo las sábanas. Sin decir ni una palabra, se echa a un lado dejando sitio para mí.

Me coloco detrás de ella, paso un brazo alrededor de su delgado cuerpo y la atraigo hacia mí. Hace un ruido de satisfacción y arrima su culo a mi ingle, su espalda contra mi pecho. Su pelo me hace cosquillas en la barbilla. Me quedo dormido con el sonido de su suave respiración y el latido constante de su

corazón bajo mi mano.

###

Hannah y Garrett están en la pequeña cocina cuando salgo de la habitación de Allie a la mañana siguiente. En sus manos sostienen las tazas más ridículas del universo. Wellsy tiene una que pone «ALLIE'S BEST FRIEND. ¡SIEMPRE!» grabado en la parte de delante. Y la de Garrett dice «HAN-HAN'S BEST FRIEND. ¡SIEMPRE!». Las dos son rosas con letra morada.

Reprimo una risa. ¿Por qué me da que lo de las tazas personalizadas fue idea de Allie?

Como ya daba por hecho que vendría un interrogatorio, no me sorprende que el ataque empiece nada más verme.

—¿Se puede saber a qué juego estás jugando con mi mejor amiga?

—Te dije ESPECÍFICAMENTE que te guardases la polla en los pantalones, tronco.

Sigo el aroma del café recién hecho hasta la estrecha encimera. Ni siquiera son las nueve. Aún no estoy lo suficientemente despierto como para mantener esta conversación.

Por desgracia, mi decidido esfuerzo por ignorarlos no surte ningún efecto. No paran de acribillarme a preguntas mientras me sirvo un café.

—¿Cuánto tiempo lleva sucediendo esto?

—¿Por qué no me lo contaste, hostias?

—¿Por qué ella no me lo contó?

—Esto va a arruinar nuestra dinámica de grupo, lo sabes, ¿verdad?

—¿Eso crees? —La atención de Hannah ahora está en Garrett—. Si es solo un rollo, es probable que no cambie nada.

—Tu amiga no tiene rollos, peque. Solo le van las relaciones largas.

Es la misma observación que le hice a Allie en el trayecto a Nueva York, pero escuchar a Garrett diseccionar los hábitos sexuales de la chica con la que estoy me toca las pelotas.

La chica con la que estoy saliendo. Dios. Nunca pensé que acabaría diciendo ESO. Pero es lo que es y he decidido tirar para adelante.

—Oye, tengo una idea. —Me apoyo contra la encimera y los miro por encima del borde de mi taza—. ¿Qué tal si os ocupáis de vuestros asuntos?

La boca de Wellsy se abre de par en par.

Las cejas de Garrett se disparan.

Una risa ahogada viene del pasillo. Un segundo después, Allie entra a la habitación principal.

—Buenos días —dice de forma casual.

Hay una pausa.

—Buenos días —responde Hannah.

Allie se acerca a la encimera y coge la cafetera. Cuando se pone de puntillas para coger una taza del armario superior, no puedo evitar darle una palmadita a su culo respingón.

Hannah me mira.

Garrett niega con la cabeza.

—¿Qué pasa? —Mi expresión es de pura inocencia.

Allie bebe un sorbo de café, luego envuelve ambas manos alrededor de la taza y se dirige a la audiencia.

—Bueno. Me pongo seria, chicos. —Mira a Hannah—. Dean y yo estamos juntos. Hala. Ya está. Es público. Ahora podéis empezar con las preguntas.

La boca de Hannah se queda cerrada. Para alguien que no hacía más que preguntar hace solo unos minutos, su silencio es sorprendente. Preocupante. Sus intranquilos ojos verdes me dicen que no está contenta con esta nueva situación.

—¿No? ¿No queréis que os diga nada? —Allie levanta la taza a sus labios—. Genial, entonces.

Escondo una sonrisa y me giro hacia Garrett.

—Hunter y yo tenemos una hora extra en el hielo hoy. El entrenador nos ha dejado. ¿Quieres venir?

Se pasa una mano por la mandíbula, rascándose la oscura barba.

—¿Sigues currando con Davenport?

Asiento con la cabeza.

—Tiene ganas, trabaja duro. Pero creo que algunos consejos de otro extremo le vendrán bien.

Garrett asiente.

—Claro, te acompaño. Vendría bien que trabajara con él cómo machacar al portero en los penaltis. Cometió demasiados errores ayer durante el *power play* de Burlington.

—Por lo menos ganamos el puto partido.

—Cierto. Pero nuestros números siguen siendo una puta mierda.

—Es una mierda, tío. Mis Hurricanes tienen mejores estadísticas y van al puto colegio.

—¿TUS Hurricanes? —sonríe—. Amigo, admítelo. Estás enamorado de esos

mocosos.

—Vete a la mierda. Simplemente me lo paso bien entrenando…

—¡Largo de aquí! ¡Los dos! —anuncia Wellsy con una mezcla de enfado y exasperación en su cara.

Garrett parece visiblemente dolido.

—¿Me estás echando?

—Lo siento, cariño. Te quiero con todo mi corazón, pero es hora de tener una conversación de chicas y, que yo sepa, no tienes vagina. Así que sí, te tienes que ir.—Frunce el ceño hacia mí—. Tú también, Dean.

Sé que lo mejor es no discutir con Hannah Wells si tiene algo en mente. Quiere que nos vayamos, pues nos vamos.

Me acabo el café, pongo la taza vacía en el fregadero y miro a Allie.

—Te llamo luego, ¿vale?

—Sí. —Se acerca y me da un pequeño beso en la mejilla, pero ni de coña pienso salir de aquí sin algo un poco más sustancial. Sostengo su barbilla en mi mano, le echo la cabeza un poco hacia atrás y presiono mi boca contra la suya. El beso que le doy es profundo y hambriento, y conlleva un montón de lengua, y es largo, tanto que provoca un graznido de Hannah.

—Bueno, ¡ya basta! —ordena.

Cuando Allie y yo nos separamos, lanzo una sonrisa en dirección a Wellsy.

—Ey, relájate, muñeca, es solo un pequeño beso con lengua entre mi chica y yo. Nadie se va a morir por eso.

La boca de Hannah se abre a más no poder. Después señala a la puerta y gruñe:

—¡Largo!

#ALLIE

—¡¿Su chica?! —exclama Hannah nada más salir Dean y Garrett por la puerta —. Explícate, Allison. Lo digo en serio. Explícate.

Me meto otro sorbo de cafeína. Necesito poner en marcha mi cerebro si vamos a tener esta conversación ahora mismo. Aunque, honestamente, no estoy segura de poder explicarme. Yo tampoco me aclaro mucho con esta historia con Dean.

Imagino que soy su chica, ¿no?

Y eso significa que es mi chico, ¿verdad?

Porque ahora estamos saliendo, ¿no?

En pocas palabras: anoche no esperaba que esto acabara como ha acabado.

Después de que Sean perdiera por completo los papeles y me tratara como un montón de mierda de perro debajo de su zapato, debería haber decidido olvidarme de todos los tíos. Pero no, he acabado con novio. La vida a veces es fascinante.

—¿Cuándo ha pasado todo esto? —El tono de Hannah se suaviza mientras analiza mi cara—. ¿Y por qué no me lo dijiste?

Me encojo de hombros con torpeza.

—Me daba vergüenza.

—¿Por qué te daba vergüenza?

Suspiro y me llevo la taza de café al sofá y me hundo en él. Meto las piernas dobladas por debajo y espero a que Hannah se una a mí.

—Porque… porque es Dean. Dean Di Laurentis, el don Juan más grande que conocemos. —Me siento mal al decirlo, pero siempre he sido sincera con Hannah—. Es un pesado y un chorras y para nada mi tipo.

O por lo menos eso es lo que creía antes de llegar a conocerlo. Y claro que sigue siendo un pesado y un chorras la mayor parte del tiempo, pero Dean es mucho más de lo que jamás podría haber imaginado.

Hannah frunce los labios.

—Vale. Empieza desde el principio. ¿Cuándo pasó?

—¿Cuándo crees? —digo con ironía—. La noche que me quedé en su casa.

Su rostro palidece.

—Oh, Dios. Entonces ¿es culpa mía? ¿Soy YO la que te hice esto?

Me echo a reír.

—No, me lo he hecho a mí misma. Me emborraché y acabé en su cama. Fui yo y solo yo.

—¿Y ahora estáis juntos? —Me mira atónita—. ¿Cómo es eso posible? Tú misma lo acabas de decir, es el don Juan más grande que conocemos. ¿Por qué querrías salir con él?

—Porque me gusta —digo sin más.

—¿Estás segura de que esto no lo estás haciendo por lo de Sean, un poco por despecho?

Me encojo de hombros.

—Puede que empezara por eso, pero la verdad es que la atención de Dean me hizo sentir bien. Era… distinta a la atención de Sean. Sean me necesitaba, pero de una forma que nunca pude ni podría satisfacer. Nada de lo que hacía era lo suficientemente bueno para él. Siempre le estaba enfadando y decepcionando, y una parte de mí sabía que en realidad no éramos el uno para el otro, pero… me

gusta estar en una relación. —Esas últimas palabras cuelgan entre nosotras como un yunque gigante. Ni siquiera tengo que mirar a Hannah para anticipar su siguiente pregunta.

—¿Seguro que no estás metiéndote en una relación porque NECESITAS estar en una? —Su escepticismo está cavando un agujero en lo que anoche parecía lo correcto, lo que incluso está mañana parecía lo correcto.

La miro, acongojada.

—No lo sé. Intenté decirle a Dean que no. Después de la primera noche que nos acostamos… —*Una noche de sexo inolvidable, increíble, alucinante*—, él siguió llamando y mandándome mensajes pidiendo una segunda vez. Yo no hacía más que rechazarlo hasta que la situación me pareció ridícula. Yo quería y él quería, ¿por qué no?

—¿Pero no podíais haberlo dejado solo en un rollo sexual?

Me quejo.

—Lo intenté, de verdad que lo intenté, pero no soy así, no me sale, Han-Han. Y no sé cómo sucedió, pero empecé a disfrutar de más cosas además de su polla mágica. —Suelta unas risas, pero yo continúo—. Es muy bueno conmigo. Sabe escuchar. Es divertido. El sexo es que ni te lo imaginas.

Espera, ¡¿he puesto el sexo en el CUARTO lugar de esa lista?! Aparentemente sí, pero eso es porque… bueno, porque el sexo ya no es en lo primero que me viene a la cabeza cuando pienso en Dean. Hemos recorrido un buen trecho desde que solo éramos dos cuerpos sudorosos en busca de un orgasmo. Hemos visto un culebrón francés del que, entre nosotros, solo entendemos una de cada tres palabras. Hemos bailado juntos. Hemos pasado el rato sin hacer nada. Ha conocido a mi amiga del instituto. ¡Ha conocido a papá!

—Y es la primera persona con la que quieres hablar cuando estás disgustada —añade Hannah inteligentemente.

Aprieto los labios. No puedo, aunque quiera, negar lo que pasó anoche. Mi primer instinto fue conseguir que Dean me rodease con sus brazos, como si fuera la única persona que pudiese hacerme sentir mejor. Y lo hizo. Calmó mi orgullo herido, mis dolidos sentimientos, y me abrazó toda la noche. No habría dormido ni un minuto anoche si no hubiera estado él.

—¿Te preocupa que vaya a hacerme daño? —pregunto con un suspiro.

Hannah toca el borde de la taza de café un par de veces antes de contestar.

—No. Creo que puede que tenga que preocuparme de Dean. Nunca lo ha dejado todo para ir a correr al lado de nadie. No estoy diciendo que sea egoísta. Es un buen amigo, pero sé que Garrett llamaría a Logan antes que a Dean.

—No entiendo por qué —digo un poco cabreada—. Dean haría lo que fuera por un amigo. Sin hacer preguntas.

—Logan es más de fiar. Es cumplidor.

—¿Y Dean no? ¡Que esté un poco obsesionado con el sexo no significa que no sea de fiar o cumplidor! —Unas gotas templadas de café se derraman cuando pongo la taza de un golpe sobre la mesa.

Hannah se echa a reír. Sus desagradables sonidos me siguen hasta la cocina, en donde cojo un par de servilletas de papel para limpiar lo que he tirado.

—¿Qué te hace tanta gracia? —pregunto, tirando las servilletas mojadas en la basura.

—Tú y tu entusiasta defensa de Dean. —Se levanta del sofá y se une a mí en la cocina, dándome un apretón en el hombro—. Mira, si quieres estar con Dean, estate con Dean. Estoy preocupada porque tú no te acuestas con tíos solo por diversión. No estoy diciendo que acostarte con él justo después de dejarlo con Sean esté mal o te deshonre de ninguna manera. Para nada. Es solo que no eres tú.

Me dejo caer contra el mostrador.

—Sé que no soy yo. Me lo digo todo el rato, pero… me gusta mucho estar con él, joder.

—¿Estás enamorada de él?

—No. No tengo esa sensación de mariposas en el estómago. No como cuando estaba con… —Me detengo. Iba a decir que no como cuando estaba con Sean, pero no puedo recordar la última vez que sentí mi corazón emocionarse cerca de Sean. Los únicos sentimientos que recuerdo son cabreo, control, impaciencia y, anoche, dolor.

Hannah pone una nueva taza de café en mi mano.

—Deja de pensar demasiado y mira a ver dónde te lleva esto.

26
Allie

Durante la siguiente semana, sigo el consejo de Hannah e intento apagar mi cerebro. Dean y yo empezamos a salir juntos como pareja. No hay nada explícito. No llevamos cartelitos ni nada así, pero nuestras interacciones lo hacen evidente.

Cuando salimos, él siempre me está tocando, pero no de una manera que me haga sentir como si estuviera intentado marcar su territorio o presumir. Simplemente él se muestra superfísico. Si estoy cerca de él, su mano está en algún lugar de mi cuerpo. Por lo general, con la palma pegada a la parte superior de mi culo, pero a veces me echa el pelo hacia atrás o cuelga sus dedos por encima del hombro. Me da besos en la sien y en la mejilla. Ni una sola vez siento que me esté lastrando.

De todos nuestros amigos, Garrett es al que más parece preocuparle. Hannah quiere que yo sea feliz, y si sonrío, ella sonríe. Garrett, por el contrario, se debate entre la preocupación y una aceptación cautelosa. Está convencido de que Dean me va a romper el corazón, y que eso generará un distanciamiento entre su novia y uno de sus mejores amigos.

He intentado asegurarle que ya soy mayorcita y que puedo gestionar cualquier dolor que aparezca en mi vida, pero después la conversación siempre termina en lo sucedido con Sean, a quien yo solo quiero olvidar. Dean lo hace bastante fácil.

Cuando no está en clase o en el hielo, está siempre conmigo. A veces, se pone a leer un libro mientras que yo estudio mis escenas, a veces me ayuda dándome la réplica. La voz femenina aguda que pone me hace partirme de risa, así que normalmente necesitamos varios intentos para conseguir pasar una escena entera. Para cuando hemos acabado, está cachondo. Dice que es por mi risa, aunque me da la impresión de que podría hacer casi cualquier cosa y tener a Dean listo para el mambo.

Lo más importante es que estamos felices… En mi caso mucho más feliz de lo que he estado en mucho tiempo.

Lo que es totalmente flipante. Si alguien me hubiera dicho hace seis semanas que Dean Di Laurentis y yo no solo íbamos a estar saliendo, sino saliendo y FELICES, me habría partido de risa.

—¿Qué haces esta noche después del ensayo? —me pregunta Dean desde la cama. Está tumbado sobre las almohadas con el pelo despeinado, con el aspecto del dios del sexo que es. Vuelvo a enfocar mi mirada en el espejo para no tener un accidente con el aplicador de rímel y clavármelo en el ojo.

—Nada. Probablemente cene en uno de los comedores. ¿Por? ¿Cuál es tu plan?

—Tengo que hacer un recado y después he alquilado la pista una par de horas para los Hurricanes.

Mi estómago da un pequeño vuelco. ¿No voy a verlo esta noche? Me obligo a no mostrar ninguna decepción. Que estemos juntos no significa que tengamos que estar unidos por la cadera como siameses.

—¿Quieres que cenemos después? —añade.

Mi corazón da una voltereta.

—Por supuesto.

—Guay. ¿Puedes venir al campo? Hay un restaurante cerca que creo que te gustará. Es un italiano y tiene un montón de posters y objetos de películas antiguas. —Mete la mano bajo la sábanas, que tiene hasta la cintura.

Me meto el rímel en el ojo.

—¿Quieres dejar de tocarte? —Dejo caer el tubo negro sobre la mesa y cojo un pañuelo para limpiar la mancha negra que me acabo de hacer en la esquina interior del párpado… ¡porque no puedo quitar la mirada del puto Dean!

—¿Qué pasa, cielo? ¿Estás celosa? Estaba pensando en lo buena que estás. —Se pone de lado—. Haces un circulito con la boca cuando te pones maquillaje en los ojos… Es como si básicamente me suplicaras que te metiera mi polla ahí.

No, no hay nada cursi o sentimental en mi relación con este tío. Le lanzo una mirada de incredulidad.

—Acabamos de terminar de echar un polvo mañanero —le recuerdo. Me pongo un par de golpes rápidos de rímel antes de que la mano de Dean pueda hacer más daño bajo las sábanas.

—Eso fue hace treinta minutos. Desde entonces, te has duchado, has agitado tus tetas y tu culo desnudos frente a mi cara al vestirte, y después has puesto esos circulitos de mamada en tu boca. Así que, sí, estoy cachondo otra vez. Qué le voy a hacer.

Me pongo el abrigo y clavo una rodilla en el colchón para darle un beso de

despedida.

—Vas a tener que masturbarte, porque tengo clase y no quiero llegar tarde.

Se incorpora, me besa el cuello y después los labios.

—Me voy a hacer una ahora para durar más esta noche.

Mierda. Ahora YO también estoy cachonda.

###

Dean está en el hielo cuando llego al pequeño estadio frente al colegio de primaria Hastings. Siempre he pensado que los entrenadores se sentaban en el banquillo y ladraban órdenes, pero él está en el centro de la pista, con la atención fija en una pequeña figura que lleva patines de color rosa. ¿Rosa? Pensaba que los Hurricanes era un equipo masculino.

—Estás demasiado erguida. Mantén la postura más baja para que tu peso se distribuya mejor. —Dean se agacha tanto que su cabeza es solo un pelín más alta que la pequeña personita y su culo roza el hielo.

Le miro con asombro mientras patina unos pocos metros, antes de estirar una pierna y dar un giro. Su agilidad sobre el hielo es bastante sorprendente.

—Venga. Vuelve a intentarlo.

La patinadora se tambalea hacia delante.

—Recuerda, cuando estás perfectamente recta, en realidad tu peso está cayendo sobre los bordes interior y exterior de la cuchilla. El centro de la cuchilla está hueco. —Dean hace una U invertida con su dedo—. Lo que quieres conseguir es utilizar los costados para que las piernas no se extiendan demasiado. Es un poco raro al principio, pero te prometo que le pillarás el punto.

Un patín de color rosa se impulsa hacia adelante con indecisión, le sigue el otro, y todo el movimiento se repite hasta que la figura pasa por delante de Dean en cuclillas.

—¿Está bien? —dice la voz de una niña en voz alta—. ¿Lo estoy haciendo bien?

—Ya te digo. —Él la observa con atención mientras ella flota por el hielo—. Has nacido para esto, Koty.

—¿Quién es Koty? —pregunta.

—Tú eres Koty. O espera, ¿quizás mejor… Dakotita? Todo el mundo necesita un apodo.

—¿Cuál es el tuyo? —Dakota pone sus diminutos puños en sus inexistentes caderas.

—Genial. Yo soy «Genial». —Le guiña un ojo y a continuación le ofrece sus manos y los dos se ponen a patinar juntos. O quizá debería decir que Dean patina y ella se agarra a él. Sus ojos están fijos en su rostro, dos focos admiradores que saborean cada movimiento.

A pesar del aire frío del estadio, siento calor. La paciencia de Dean hacia esta niña está provocando que me exploten los ovarios. Esta es una faceta que no había visto antes, que nunca llegué a pensar que me importaría.

Una sensación dulce como la miel se despliega dentro de mí, rellenando grietas y agujeros que no sabía que existían, cogiéndome absolutamente por sorpresa.

—¿Estás enamorada de él?

—No. No siento las mariposas en el estómago…

Pienso en mi conversación con Hannah, y… joder. ¿Qué estoy sintiendo entonces? ¿Cómo es que todo lo que hace me provoca una sonrisa? ¿Por qué fue el primero al que quise ver cuando estaba desesperadamente disgustada? ¿Por qué…?

Un silbido estridente irrumpe en mis pensamientos y me siento agradecida por la interrupción. El sonido de lo que parece ser un centenar de palos golpeando contra el hielo invade el estadio. Veo una línea de jugadores de hockey diminutos en el otro extremo de la pista.

Dean les hace gestos para que avancen y todos vuelan con los patines a hacer lo que les ordena, levantando una pared de hielo cuando se detienen en la línea central.

—Mientras Dakota practica, quiero que os dividáis en dos grupos. El primer grupo llevará el disco desde aquí hasta la línea azul y al revés. El segundo grupo estará repartido por el medio de la pista. Nada de acercarse, ni intentar quitar el disco, ni cargas. Solo os quedáis ahí. Cuando el primer grupo llegue a la línea azul, cambio de grupo. Lo más importante de este ejercicio es mantener la cabeza en alto.

Dean organiza a los chicos que hacen de obstáculos en distintos puntos de la pista y se queda en el medio de la acción mientras el equipo se divide en dos y el primer grupo empieza a ir de un lado a otro de la pista, desviándose con cuidado para evitar colisionar con sus compañeros.

—Está haciendo un gran trabajo con ellos —dice una profunda voz masculina. Me giro y me encuentro a un hombre mayor acercándose a mí en las gradas.

—¿Dean? —pregunto. El hombre asiente con la cabeza—. Sí, se nota que él también está disfrutando.

—Lo está. Soy Doug Ellis.

Nos damos la mano.

—Allie Hayes. Una amiga de Dean. Presume de lo bien que lo están haciendo los Hurricanes este año. Mejor que su equipo.

Se ríe con humor.

—No parece que Briar vaya a conseguir otra *Frozen Four* este año. Una lástima. ¿Cómo se lo está tomando Dean?

—Bien, supongo. Quiere ganar, pero… No creo que el hockey sea su vida. Va a ir a la facultad de Derecho el año viene a hacer un máster. —Dean no habla de los equipos profesionales de hockey para nada, no como lo hace Garrett. Así que deduzco que le gusta mucho el hockey, pero no es algo que le defina, algo que yo agradezco.

A veces, la conversación de Garrett sobre el hockey es un coñazo. No sé bien cómo se lo toma Hannah, pero supongo que cuando uno está enamorado pasa por alto cosas como esa.

A mi lado, Ellis suspira.

—Eso sí que es una lástima. Lo de la facultad de derecho. Es evidente que su talento es enseñar.

Miramos a los jugadores hacer su ejercicio, mientras Dean habla a la vez con algunos de los chavales que no son tan rápidos o tan ágiles como sus compañeros de equipo. No levanta la voz, pero los niños le escuchan con atención. Les da una palmadita en la cabeza o en la espalda antes de que sigan patinando.

—¿Es alguno de esos su hijo? —asomo la cabeza a la pista.

—Ya no. Tengo un hijo que sí que jugó en los Hurricanes, pero ahora está en el instituto. Uno de los otros profesores de educación física me ofreció reemplazarme cuando Wyatt acabó el cole, pero no renunciaría a este puesto de entrenador por nada del mundo. Los niños a esta edad son especiales. Tienen hambre de aprender, todavía piensan que las figuras de autoridad están ahí para ayudarles y no para reprimirles, y la amenaza de castigo funciona tan eficazmente como el castigo real.

—Entiendo que a partir de ahí es todo cuesta abajo, ¿no?

—No te puedes imaginar. —Niega con la cabeza fingiendo consternación—. Cuanto más mayores se hacen, más se creen que lo saben todo. Dean, sin embargo, tiene mano. Ha habido chavales más mayores que se han quedado por aquí solo para escucharlo hablar con los Hurricanes. Y no son solo los chicos los que sienten fascinación por él. —Ellis señala a Dakota—. Esa niña le mira como

si hubiese descubierto la luna, y ya era así incluso antes de que él le regalara sus patines rosas. Es paciente y se dirige a los niños como si fueran importantes. No es algo que se vea mucho en estudiantes universitarios. ¡Qué digo! No es un comportamiento que se vea en la mayoría de los adultos. —Ellis se encoge de hombros—. Si Dean mostrara interés en convertirse en entrenador, sería estupendo, pero supongo que pasar los días con alumnos de primaria no es tan glamuroso como ser abogado.

—Dean no eligió Derecho porque fuera glamuroso —le rebato, sintiendo la necesidad de defenderle de nuevo.

—En ese caso, deberías hablar con él sobre ser profesor o entrenador o cualquier otra cosa que le permita trabajar con niños. Ha nacido para eso. —Ellis comienza a levantarse, pero se detiene.

—¿Por qué me está diciendo todo esto a mí?

—Porque tú también le miras como si hubieses descubierto la luna. Y tengo la sensación de que él siente lo mismo por ti. —Ellis inclina la cabeza en forma de despedida y se va patinando para unirse a Dean y a los chavales.

#DEAN

—¿Por qué estabais Doug y tú tan serios? —bromeo, entrelazando mis dedos a los de Allie mientras cruzamos el aparcamiento hacia mi coche. Le doy al botón de la llave—. Por favor, no me digas que te estaba tirando los tejos.

Ella palidece.

—Oh, Dios, no. ¿Delante de los niños? Eso sería tan inapropiado.

No puedo evitar reírme. Para alguien tan guarro en la cama, su obsesión con el protocolo y las etiquetas es un poco ridícula.

—Y entonces ¿qué quería?

Nos metemos en el coche. Allie aún no ha respondido a la pregunta, lo que hace que frunza mis labios. Vale, ahora estoy empezando a pensar que me ha mentido y que el entrenador Ellis sí que la estaba entrando. Pero abre su boca y me sorprende diciendo:

—Piensa que te debes dedicar a la enseñanza.

Mis cejas vuelan hacia arriba.

—¿Ha dicho eso?

Asiente con la cabeza.

—Profesor o entrenador o cualquier otra cosa que te permita trabajar con niños. Esas fueron sus palabras. Yo, personalmente, creo que deberías considerar

la posibilidad de ser profesor de Educación Física. Así puedes tocar el silbato y llevar esos diminutos pantalones cortos de gimnasia. Tu culo sería superapetecible. —Una leve sonrisa aparece en las comisuras de su boca—. Bueno, supongo que Ellis ha visto tu «algo».

—¿Mi «algo»?

—Eso es lo que me pasó cuando tenía doce años —explica. —Fui a mi primera prueba y la directora de casting me dijo que veía «algo» en mí. Es lo que me convenció para seguir haciendo pruebas y dedicarme a la interpretación.

Me río.

—Sí, pero tú tenías talento para empezar, cielo. Todo lo que he hecho hoy ha sido darle a una niña una clase de patinaje y hacer unos cuantos ejercicios de hockey con los chavales.

Algo muy divertido, eso es innegable, pero la idea de dedicarme a correr alrededor de un gimnasio soplando un silbato a unos niños pequeños es… una locura. Porque es una locura, ¿verdad?

—No sé… —Allie dice de coña—. Puede ser que jugar al balón prisionero sea tu destino. O entrenar. Te saldrías haciéndolo. Te encanta trabajar con niños.

Es verdad, pero… oh, por Dios, ¿por qué estamos siquiera discutiendo esto? Empiezo en la facultad de Derecho el año que viene.

Arranco el coche y salgo marcha atrás de la plaza de aparcamiento, cambiando de tema antes de que Allie empiece a darme la brasa de nuevo.

—¿Qué tal el ensayo?

—La verdad es que bien. Mallory se había memorizado el último acto, así que Steven está feliz. Pero todavía estoy un poco preocupada.

—¿Por?

—Nos cogemos tres semanas de vacaciones durante las fiestas. ¿Y si Mallory entra en un coma de ponche de huevo y se olvida de su texto?

Me río.

—Seguro que irá bien. ¿Cuándo se estrena?

—La primera semana de febrero. —Hace una pausa—. Para entonces, probablemente también sabré si me han cogido en ese piloto de la Fox o no.

No noto ningún entusiasmo en su voz y me giro para ver su ceño fruncido. Me contó que les había enviado el casting a los productores en LA, pero aparte de eso, no ha dicho nada más de la serie, y no creo ni que haya llamado a su agente para saber cómo va la cosa.

Pero debería estar suplicando a su agente que le pusiese al día, ¿no? No sé mucho del mundo del espectáculo, pero un piloto para la cadena Fox parece algo

bastante gordo.

—¿QUIERES que te den el papel? —pregunto lentamente.

Su duda es más elocuente que cualquier otra cosa que pudiera haber dicho.

Piso el freno cuando nos acercamos al semáforo en rojo.

—Habla conmigo, cielo. ¿Qué te inquieta de ese proyecto?

Allie se encoge de hombros.

—Es solo que no me enamora el personaje. Y… bueno, últimamente he estado pensando que me gustaría alejarme de la comedia e intentar hacer papeles más dramáticos. O quizás hacer teatro. Tal vez en Nueva York.

La confesión me sobresalta, pero cuando me paro a pensar en ello, entiendo lo que hay detrás.

—Quieres estar cerca de tu padre.

Se vuelve hacia mí con tristeza en sus ojos azules.

—Eso es sin duda una parte. Cada vez está peor, y la idea de vivir en el extremo opuesto del país no me vuelve loca. ¿Y si pasa algo y me necesita? Tendría que firmar un contrato… No puedo irles a los productores y decirles «lo siento, tengo que ir a Nueva York durante unas semanas. Grabad sin mí».

—¿Y contratar a un enfermero —propongo.

—Dios, no. Él jamás aceptaría eso. Es más, saqué el tema el año pasado. No era algo que necesitásemos en ese momento, simplemente estábamos hablando del futuro, pero pilló un cabreo de la hostia. Dijo que podía cuidar de sí mismo y que muchas gracias.

Reprimo una sonrisa, porque casi puedo oír la voz gruñona de Joe Hayes en mi cabeza pronunciando esas palabras.

Se muerde el labio.

—Y es cierto, en este momento sí que puede cuidar de sí mismo, pero el entumecimiento en las piernas es mucho peor que el año pasado. Igual que su vista. Por ahora se maneja bien con el bastón, pero ¿y si en el futuro necesita una silla de ruedas? ¿Qué pasa si acaba paralizado? O ciego. Si eso sucede, va a necesitar a alguien. Puede que ese momento no esté a la vuelta de la esquina, pero no me gusta la idea de que esté solo en Brooklyn.

Alargo la mano sobre la palanca de cambios para apretarle la suya. Está fría. Tiembla. Tiene miedo, me doy cuenta. Miedo a perder a su padre de la forma en la que ya perdió a su madre. No estoy seguro de qué decir para hacerle sentir mejor, porque la verdad es que tiene todo el derecho del mundo a tener miedo.

Mis padres están sanos y activos, así que no paso mucho tiempo preocupándome de que puedan morir. Cuando estoy con ellos, no veo una nube

gris de fatalidad cerniéndose sobre sus cabezas.

Pero el señor Hayes sufre una enfermedad que lentamente le va corroyendo su sistema nervioso. Lleva luchando años, mientras su hija es testigo del progreso de la enfermedad sin poder hacer nada.

Dios. De repente me siento conmovido por la fortaleza de Allie. Hasta este mismo momento, no había entendido lo difícil que debe de ser para ella.

—No hablemos más de eso. Me estoy poniendo de bajón. —Su voz tiembla un poco antes de estabilizarse—. Cuéntame más cosas del restaurante al que me llevas.

###

Después de la cena, vamos a mi casa. Ayer por la noche me quedé con Allie en la residencia, así que esta noche es su turno para dormir aquí. Tenemos un trato chulo y justo al respecto, excepto cuando Allie saca el comodín de la vagina, en cuyo caso el trato se convierte en «haz lo que quiera tu novia».

Mi novia. Joder. Es algo que todavía perturba mi mente. Pero no me quejo, no. Allie y yo nos lo pasamos pipa juntos. También tenemos sexo salvaje y sudoroso de forma regular, así que estoy intentando concentrarme en todo eso y no ponerme a pensar demasiado en nada más.

Lástima que mis amigos no puedan hacer lo mismo. Garrett está convencido de que voy a hacer algo que joda la relación y que todo acabará siendo una enorme bola de fuego que explotará en nuestras caras. A veces me molaría que confiara más en mí.

Dice el tío que casi lleva a alguien al suicidio.

El doloroso recuerdo me estruja el corazón, imaginarme a Miranda, sus lágrimas y las desgarradoras llamadas telefónicas de madrugada amenazando con matarse y acusándome de arruinar su vida.

Dios. Me siento fatal cada vez que me pongo a pensar en ello, así que pongo los recuerdos no deseados a un lado. Nunca aceptó mi solicitud de amistad en Facebbok, ahora caigo. Supongo que no me sorprende demasiado.

Allie y yo entramos en el estrecho vestíbulo de entrada a mi casa. Huele casi tan bien como el restaurante del que venimos. Tucker debe estar en casa.

—¿Tuck? ¿Dónde estás?

—En la cocina. —Es su vaga respuesta.

Me quito el abrigo y lo tiro en uno de los ganchos de la pared. Allie hace lo mismo antes de agacharse a quitarse sus botas de cuero. Le doy una palmadita en

el culo y después sonrío cuando me frunce el ceño.

—¿Qué estás cocinando? —le grito a Tucker.

—Sopa —devuelve el grito—. Y pan casero.

Suspiro.

—A veces me preocupa —le digo a Allie—. Cuanto más casero se vuelve, mayor es el riesgo de que se le caiga la polla.

Ella chasquea en señal de desaprobación.

—Sexista cabrón.

—Creo que querías decir ATRACTIVO cabrón —digo amablemente.

—No, lo dije bien la primera vez.

Nos dirigimos hacia el salón justo cuando la puerta que hay detrás de nosotros se abre. Me doy la vuelta y, literalmente, tengo un segundo para reaccionar antes de que un tornado rubio vuele hacia mí y se me lance a los brazos.

—¡SORPRESA! —grita el tornado, apretando ambos brazos alrededor de mi cuello—. ¡Adivina quién se queda contigo el fin de semana!

Estoy tan aturdido y desconcertado que devuelvo el abrazo de forma instintiva. Por el rabillo del ojo, veo cómo la boca de Allie hace una mueca. Mierda. Sé la conclusión a la que está llegando en este momento y necesito cargármela ya mismo.

Cuando Allie carraspea adrede, la intrusa gira la cabeza y dice:

—Uy. Hola. ¿Y tú eres?

—La novia de Dean —responde Allie con determinación—. ¿Y TÚ?

En lugar de responder, Summer se gira hacia mí de nuevo.

—¿Tienes NOVIA? ¡Qué leches, Dicky! ¿Por qué soy siempre la última en enterarme de estas cosas?

Allie hace un ruido gutural. Creo que podría ser un gruñido.

—¿Acabas de llamar a mi novio DICKY?

—Sí, ¿y? —desafía Summer.

Intervengo rápidamente antes de que empiece una pelea. A ver, las peleas entre mujeres normalmente son supermorbosas, pero no lo son cuando una de las gatas es de mi familia.

—Summer, te presento a Allie. Allie, Summer. —Suspiro—. Mi hermana pequeña.

27
Allie

Estoy cabreada conmigo misma por no haberme dado cuenta antes. Por supuesto, esta chica guapísima y enérgica es la hermana de Dean. Ahora que mis garras se han retractado, puedo ver claramente el parecido.

El pelo de Summer es del mismo tono de rubio, los ojos son del mismo color verde intenso. Ella es mucho más bajita que Dean, pero mucho más alta que yo. Por lo menos mide uno ochenta.

—¿Qué estás haciendo aquí? —Dean dirige la pregunta a su hermana, que no parece molestarse en lo más mínimo.

—Te dije que iba a venir de visita, ¿recuerdas?

—No, me dijiste que QUERÍAS venir de visita. —Emite un ruido de cabreo —. Uno no puede simplemente aparecer en las casas de la gente sin avisar, Summer. ¿Y si no llego a estar en casa?

—Pero estás —dice con alegría—. Y ahora estoy yo aquí. ¿Ves? El universo siempre acierta.

Él arquea una ceja.

—¿Y se le ha ocurrido al universo mencionarte que mañana tengo un partido fuera? ¿Y que el autobús sale a las ocho de la mañana? ¿Y que probablemente no vuelva hasta medianoche?

La decepción llena los ojos de Summer.

—Mierda. Y yo me voy el domingo por la mañana temprano. —Se queda en silencio por un momento y a continuación su expresión se ilumina—. No pasa nada. Eso solo significa que tenemos esta noche para ponernos al día. ¿Dónde pongo mi bolsa?

Aprieto los nudillos sobre la boca para reprimir una risa. Tengo la sensación de que no hay nada en este mundo de Dios que pueda estropear el buen humor de Summer Di Laurentis. Tiene toda la pinta de ser el tipo de chica que se queda dormida con una sonrisa.

Dean habla con tono tenso, como si la visita sorpresa de su hermana fuera una

gran molestia.

—La verdad es que tenía planes para esta noche, Mocos.

¿Mocos? Vaya mote.

—Los planes cambian —dice sin darle importancia—. Y tus planes ahora me incluyen mí. — Sus ojos verdes se giran en mi dirección—. Te parece bien que esté contigo y con Dicky esta noche, ¿verdad, novia?

La risa que estaba tratando de reprimir se me escapa. En realidad, se parece más a un aullido, porque, Dios mío ¿por qué le llama Dicky? ¡«Dicky» es «pollita» en inglés!

—No me importa en absoluto —le aseguro. Me encuentro con la mirada cabreada de Dean y añado—: ¿Vas a contarme lo del apodo o debería imaginarme mi propia historia?

Summer me sonríe.

—Es una de mis anécdotas menos interesantes, la verdad. Cuando era pequeña, no podía pronunciar su nombre. A nuestro hermano mayor, Nick, le llamaba Nicky, así que con Dean lo que hice fue sustituir la primera letra y listo. Dicky. —Me guiña un ojo con complicidad—. Lo odia.

No me extraña. Me puedo imaginar perfectamente a una traviesa como Summer divirtiéndose de lo lindo atormentando a su hermano con un apodo como ese.

—Y entonces ¿qué plan tenemos esta noche? —pregunta Summer nerviosa. Deja caer su largo pelo rubio sobre un hombro y hace un pequeño giro. Dios. Esta chica es demasiado enérgica—. ¿Hay alguna disco por aquí? ¿Un bar? Tengo mi carnet falso en la cartera así que…

—Entonces será mejor que me lo des —interrumpe Dean—. Porque ni de coña voy a ayudar o incitar a una menor de veintiún años a que beba alcohol.

Su hermana resopla.

—No me vengas con esas chorradas. Tú te pillabas pedos cuando tenías trece.

—Era muy maduro para mi edad.

—¡Pues ahora no eres maduro para tu edad!

—Al menos no hago que me echen de Brown por quemar unas togas griegas en una fiesta.

—No me han echado de Brown y yo no he quemado nada.

—¿Cómo iba a saberlo? No tengo ni puta idea de lo que has hecho para que te echen porque nadie en esta familia me lo dice.

—¡No me han echado!

Me mareo de pasear mi mirada del uno al otro. ¿Esto significa tener

hermanos? Si es así, me siento afortunada de ser hija única. Todas estas broncas parecen agotadoras.

—Y si dejas de gritarme —se queja Summer—, quizá podamos sentarnos como dos adultos y así te cuento por qué estoy en libertad condicional. —Ondea una mano con la manicura recién hecha—. Pero dejemos eso para más tarde, tengo ganas de fiesta. ¿Crees que alguna de las fraternidades organizará algo esta noche? Espera, ¿qué estoy diciendo? Por supuesto que habrá alguna fiesta. Es la única manera en la que esos pervertidos pueden echar un polvo, ¿verdad?

Reprimo otra risa.

Dean está más al límite de lo que nunca lo he visto. Sus puños descansan tensos contra sus costados como si estuviera intentando no estrangular a su hermana.

—No vamos a ninguna fiesta esta noche. Ya te lo he dicho. Tengo que levantarme temprano para esperar el autobús. Y eso significa que nos vamos a quedar en casa. Una noche tranquila y agradable en casa —dice con firmeza.

Por supuesto, él dice esto justo cuando la puerta de entrada se vuelve a abrir y cuatro jugadores de hockey entran en su interior. O tal vez sean tres jugadores y un civil, porque conozco a Logan, Fitzy y Hollis, pero no al cuarto chico. Tiene el pelo moreno de punta y es demasiado pequeño como para ser jugador de hockey.

—Ey. —Logan asiente con la cabeza a modo de saludo y se quita la chaqueta. El pasillo no es lo suficientemente grande como para que quepa tanta gente y, cuando los chicos se abren paso hacia el interior, me siento aplastada contra la pared.

—Os presento a mi hermana —Dean dice en un tono resignado que me hace ocultar una sonrisa.

Los chicos saludan con un gesto y dicen hola, pero parecen tener muchísima prisa en llegar al salón. Logan nos mira girando la cabeza.

—Morris tiene una versión demo del último *Mob Boss.* Ni siquiera ha llegado al mercado aún. Es probable que nos quedemos despiertos hasta tarde.

A mi lado, Summer estalla en una amplia sonrisa.

—Que no se os haga demasiado tarde. El autobús sale a las ocho de mañana —recuerda Dean a su compañero de piso.

Logan se encoge de hombros.

—Dormiré en el autobús. —A continuación, desaparece en el salón.

Ahora Summer prácticamente está vibrando de emoción. Se me acerca y susurra:

—¿Quién era ese?

Arrugo la frente.

—¿Te refieres a Logan? Vive aquí, pero no te hagas ilusiones. Tiene novia.

—No, ese no. —Mueve la mano con desdén—. El tío grande de los tatuajes. No he pillado su nombre.

—Ah. Fitzy. Colin Fitzgerald —aclaro—. Uno de los compañeros de equipo de tu hermano.

Los ojos verdes de Summer brillan. Se echa otra vez el pelo hacia atrás y anuncia:

—Lo quiero.

—¡Summer! —dice Dean cabreado, mientras que yo intento por todos los medios no partirme de risa.

—¿Qué? Solo estoy siendo honesta. —Su hermana parpadea con inocencia—. Sé honesta o sé una idiota… Eso es lo que me enseñaste cuando tenía doce años, ¿recuerdas? Después de que te robara tu camiseta favorita y se me cayera accidentalmente en la alcantarilla.

—¿Cómo se cae ACCIDENTALMENTE una camiseta en una alcantarilla? —pregunto.

—No la llevaba puesta. Se me cayó de la mochila. —Le lanza una sonrisa a Dean—. Después mentí sobre lo que pasó y me soltaste un discurso sobre la honestidad, ¿recuerdas? Bueno, pues felicidades, Dicky. Ahora soy una chica supermegahonesta. —Ella señala con el dedo la puerta del salón—. Eso ha sido el trozo de carne masculina más apetecible que he visto en mi vida. Y la quiero para mí.

—Un día voy a acabar matándote mientras duermes —le dice Dean a su hermana—. Lo juro por Dios.

Su sonrisa es la personificación de la dulzura.

—Vamos, Dicky, nunca, nunca harías algo así. ¿Quieres saber por qué?

—¿Por qué? —gruñe.

—Porque me quieres.

¿La verdad? Creo que yo también la quiero.

#DEAN

Estoy aterrado de lo que voy a encontrarme cuando llegue a casa esta noche. Solo estaré fuera dieciséis horas, pero Summer Heyward-Di Laurentis es capaz de hacer daño tipo terremoto en dieciséis… ¡minutos!

Una vez, cuando mi hermana tenía trece años, Nick y yo estábamos solos en casa con ella. Nos ausentamos veinte minutos, como mucho, y cuando entramos en el salón, el mueble bar estaba por el suelo, cristales rotos y alcohol por todas partes. Summer nos sonrió y dijo: «Ups.»

Nos dijo que quería probar el alcohol para ver si de verdad era para tanto. Y destruyó miles de dólares en el proceso.

Es cierto que ahora tiene veinte, pero ¿puedo confiar en ella? La respuesta es un no rotundo. Solo espero que Allie encuentre la manera de controlarla. Y sí, he reclutado a mi novia para que haga de niñera de mi hermana hoy. Por nada del mundo dejaría a Summer suelta en el campus sin compañía.

Durante el viaje en autobús de cinco horas a Scranton, Allie me va poniendo al día de lo que van haciendo, junto con comentarios sobre lo guay que es mi hermana y muchos ¡OMG! cada vez que Summer revela algún detalle embarazoso de mi infancia.

Desayunando en el diner.

OMG! Tu primera palabra fue «teta»? X q no me sorprende????

Llevando a S a la pelu. Va a hacerse una mani.

Te dan miedo las agujas de tatuaje?? S me acaba d contar q casi te haces un tatu a los 18, pero q tuviste q dejarlo xq t daba miedo! Jajajajajajaja

Odio a mi hermana.

Mi teléfono se queda en el vestuario durante el partido, y ni siquiera las miradas frías de O'Shea, ni sus críticas a ladridos pueden hoy con mi buen humor, porque salimos del hielo después del tercer periodo con una enorme V de victoria en nuestro haber.

Mi buen humor continúa al salir del estadio y al entrar al autobús, donde me pongo cómodo para el largo viaje, aliviado por el último lote de mensajes que me encuentro.

Yendo n coche a Boston a comer. S quiere ir d compras.

La comida superguay. Vamos a casa.

Oooh está nevando! S y yo estamos dando un paseo.

Casa. Tranquis d charleta d chicas. Dile a Tuck q su sopa de tomate es lo más!

Veo n twitter q habéis ganad!! OH YEAH!

Maratón de pelis. Pongo móvil en silencio. Te veo a tu vuelta.

El último mensaje llegó en torno a las ocho. Guay. Espero que eso signifique que Allie y Summer están escondidas bajo una manta en el salón viendo una película y no por ahí causando problemas.

Uy. Y Allie tenía razón. ESTÁ nevando. En cuanto el autobús cruza la frontera del estado y entra en Massachusetts, de repente veo copos blancos bailando por fuera de mi ventana. Me encanta el invierno, así que apruebo totalmente la vista.

Es cerca de la medianoche cuando llegamos a nuestro propio estadio. Voy a casa en el BMW solo con Tuck, porque Garrett y Logan van a la zona de residencias a pasar la noche con sus novias.

Diez minutos más tarde, subimos por nuestro camino de entrada. Ni una sola luz brilla en las ventanas, pero veo destellos intermitentes de un televisor detrás de las cortinas del salón.

El vestíbulo principal está totalmente oscuro cuando entramos. Yo voy por delante de Tucker y le doy una patada a mis zapatos mientras busco el interruptor de la luz.

No tengo la oportunidad de encenderla. Un grito desgarrador corta de repente el silencio.

Antes de que pueda reaccionar, estoy empapado de pies a cabeza con lo que parece un cubo de líquido tibio. Otro grito me rompe los tímpanos. Todavía estoy intentando averiguar qué coño pasa cuando algo duro me golpea mi sien izquierda.

Crack.

El dolor inunda mi cabeza y caigo al suelo como un saco de patatas.

28
Dean

Hecho 1: El departamento de policía de Hastings cuenta con unos ocho oficiales en activo.

Hecho 2: Creo que todos y cada uno de ellos están en mi puta casa en este momento.

—¿Quieres presentar cargos? —El oficial al cargo rodea a Allie como un oso protector y pone una mueca cuando lanza una mirada acusadora en mi dirección.

Desde mi posición, el último peldaño de la escalera, le devuelvo la mirada. El técnico sanitario de la ambulancia que me examina la sien hace un sonido de reprimenda cuando giro la cabeza en la dirección opuesta. Decido ignorarle porque lo que está sucediendo es completamente absurdo.

—Si alguien debería presentar cargos, ese soy yo —le digo con recelo.

El policía levanta una mano para que me calle.

—Estamos hablando con la señorita Hayes, señor.

Ah, sí. La señorita Hayes. La loca de atar que resulta ser mi novia. La maestra de kung-fú que me ha noqueado con un pisapapeles de Wayne Gretzky.

Pero mira, al menos, las luces están encendidas. Así todo el puto mundo y sus madres pueden ser testigo de mi desgracia.

—Está hablando con la persona equivocada —murmuro entre dientes—. Yo soy el que ha sido atacado.

Una de las oficiales entrecierra los ojos mirándome.

—Por lo que podemos ver, señor, las jóvenes son las víctimas en este caso. —Señala el suelo con la mano—. Al entrar, le hemos encontrado en un charco de sangre…

—¡Es sopa! ¡Sopa de tomate!

—Y gritándole obscenidades a la señorita Hayes y la señorita Di Laurentis.

—Porque me han dejado SIN CONOCIMIENTO.

—Si tomaron medidas para incapacitarle, es evidente que percibieron que usted era una amenaza… —dice otro oficial con frialdad. Aprieta los labios y su

bigote tipo depredador sexual se eleva en su cara.

Hostia puta. Las voy a estrangular. En cuanto estos policías se larguen, voy a estrangular a las muy capullas.

—Señor, estamos haciendo preguntas —dice el oficial jefe tajante—. Por favor, absténgase de hablar a menos que nos dirijamos a usted.

Tucker, que está apoyado en la pared a unos pocos centímetros de distancia parece estar a punto de mearse de risa en los pantalones. Su risa es de la variedad silenciosa, que provoca que sus anchos hombros vibren y tiñe sus mejillas de color rojo brillante.

Al menos Allie tiene la decencia de parecer avergonzada. Summer solo parece aburrida.

—He reaccionado desproporcionalmente —confiesa Allie.

—Cuéntenos qué ha ocurrido —le insta la mujer policía con suavidad.

Me rechinan los molares cuando Allie coge aire. Mientras tanto, el sanitario que está a mi lado me manosea la parte posterior de la cabeza como si estuviera intentando ponerme cachondo.

—Acababa de calentarme un plato de sopa en la cocina. Bueno, no estaba demasiado caliente, porque prefiero tomarme la sopa templada, la verdad, si no me quema el paladar y lo odio. —Ella suspira—. Ahora eso es irrelevante. Bueno, pues yo estaba regresando al salón. Todas las luces estaban apagadas porque estábamos viendo una película. Oí pasos fuera de la puerta principal y, de repente alguien entró por la puerta como si fuese su casa…

—¡Es que es mi casa! —gruño.

Allie evita mi furiosa mirada.

—Me pareció que era un intruso.

—¿Un intruso con llave de la casa? —digo con sarcasmo.

Los policías me miran otra vez. Cierro la boca.

—Le tiré el cuenco por la cabeza y cogí el primer objeto contundente que encontré. —Señala el pisapapeles de Gretzky que usamos para sujetar el correo en la mesa del salón para que no salga volando cada vez que alguien abre la puerta principal. Ahora está en el suelo de madera junto a un charco enorme de sopa de tomate. Me sorprende que los policías no pongan las típicas banderitas para señalar las pruebas alrededor.

—No fue culpa de Dean —insiste Allie—. En serio, he sido yo. Me asusté sin ninguna razón. —Por fin me mira—. ¿Ves? ¡Por esto no me gustan las películas de terror! Uno ve una sola película de miedo cuando es pequeña y de repente todo el mundo que entra por la puerta es un asesino en serie.

—Me estás tomando el pelo, ¿no? ¡Vas a ver una película de terror con mi hermana! Y sin embargo, conmigo, ¡¿me tengo que tragar la película del cáncer?!

—Dicky —le reprende Summer—. Estás siendo un poco gruñón.

Miro a mi hermana con la mala hostia suficiente como para hacer que ponga una mueca de dolor.

—No quiero oírte decir ni una sola palabra —suelto entre dientes—. Y no creas que no me he dado cuenta de la patada que me has soltado justo antes de desmayarme. ¿Qué tipo de persona hace eso, Summer? ¿Quién patea a un hombre cuando está en el suelo?

Por el rabillo del ojo veo a Tucker agacharse en el suelo. Entierra su cara en las manos, temblando de la risa.

El técnico sanitario bloquea mi línea de visión al ponerse en cuclillas frente a mí.

—Tengo que auscultarle para descartar una conmoción cerebral.

Joder, por el amor de Dios.

De repente saca una linterna de bolsillo y me ciega con ella. Allie aparece detrás de él, la preocupación arruga su frente.

—Oh, no. ¿Tiene una conmoción cerebral? —Ella se arrodilla y me toca el brazo—. ¿Quieres que llame a tu entrenador?

Su pregunta capta la atención del oficial de policía.

—¿Tu entrenador? Mierda. ¿Eres uno de los chicos de Jensen?

Asiento cabreado. Sigo queriendo retarme en un duelo con estos capullos por tratarme como sospechoso en vez de como víctima.

—¿Cuál es tu nombre otra vez?

—Dean Di Laurentis.

—Ah, sí, ahora te reconozco. —Parece emocionado—. Menuda *Frozen Four* la temporada pasada, chaval. Vaya victoria. Jugaste un buen partido.

El policía-bigotes se acerca a paso ligero.

—El equipo no parece ir muy bien estos días. ¿Qué está pasando?

—Pero ese Davenport es rápido —apunta otra policía—. ¿Hay alguna posibilidad de que Jensen lo ponga en la línea de Graham?

Durante los siguientes diez minutos, los policías me dan la lata con el equipo y las posibilidades de un nuevo título nacional, mientras que el sanitario me obliga a pasar su innecesario protocolo de conmoción, hasta que finalmente determina que no necesito ir a urgencias. Recoge sus cacharros y a continuación él y los policías salen de la casa. Nada más irse, me pongo de pie de un salto.

Mis calcetines mojados chapotean incómodamente con cada paso. Todo mi torso está teñido de rojo y gotas de sopa de tomate caen de mi pelo mientras avanzo hacia las chicas. Bueno, sobre todo hacia Allie, la persona que blandía el arma que me noqueó.

—Me voy a la ducha —anuncio—. Y cuando salga, tú y yo vamos a tener una pequeña charla sobre lo rematadamente chalada que estás.

Sus mejillas se enrojecen.

—Lo siento, ¿vale? Ya he admitido que reaccione desproporcionadamente.

—¿Tú crees? —Salto sobre un pie y después sobre el otro para quitarme los repugnantes calcetines—. Lo digo en serio. Mi cabreo contigo no se acaba aquí, así que más te vale estar esperando en mi habitación cuando salga de la ducha.

—¿Qué vas a hacer, darme un azote?

Gruño.

—No me tientes, peque, no me tientes.

—Puaj —mete baza Summer—. Por favor, no hables de vuestros juegos *sadomaso* delante de tu hermana.

La señalo con un dedo.

—Ni una sola palabra. —Miro a Tucker, el traidor que está disfrutando tanto de mi miseria—. Por favor, escolta a Summer a la habitación de Garrett y busca la forma de encerrarla en su interior.

Tuck se ríe pero extiende una mano hacia ella.

—Vamos, hermanita, dejemos a este pobre hombre solo. Ya le han dado bastante paliza esta noche.

#ALLIE

No soy tan orgullosa como para no admitir cuando he metido la pata.

¿Esta noche? La he metido hasta el fondo. No solo he atacado a mi novio con un pisapapeles, sino que después llamé a la policía porque por un segundo estuve de verdad preocupada de haberle matado.

Me siento fatal. Tan mal que estoy dispuesta a dejar que Dean me grite todo el tiempo que quiera. Y por eso estoy sentada en el borde de la cama como me ha pedido.

—Mira eso… Me obedece —se burla Dean cuando entra al dormitorio.

Deja caer su toalla y va hacia la cómoda. Mientras se pone un par de calzoncillos negros, me quedo esperando un sermón que no llega.

—Pensé que me ibas a gritar —le recuerdo.

Se frota un lado de la cabeza, gimiendo suavemente.

—He cambiado de opinión. Me duele la cabeza que no veas.

La alarma se dispara en mi interior.

—Eso no es bueno. ¿Vamos a urgencias?

—*Naah.* Estoy bien, Allie-Gátor. —La culpa sigue retorciéndose en mi estómago cuando veo que se frota la sien—. No me habían dado así de fuerte en años y eso que juego al HOCKEY —refunfuña—. Eres la hostia de fuerte, ¿lo sabías?

—Lo sé. —Le miro con timidez—. Ya te lo dije. Mi padre quería asegurarse de que aprendiese autodefensa.

—Bueno, pues dale la enhorabuena a tu padre por enseñarte a protegerte a ti misma. Y también que le jodan a tu padre por convertirte en un arma letal. —Se queja de nuevo—. Joder. No me puedo creer que me pillaras por sorpresa así. Tienes suerte de que te quiera, cielo. Si cualquier otra chica me hubiese hecho esto…

—¿Me quieres? —suelto.

Dean se detiene a mitad de frase. Por un segundo, parece de veras confundido, como si no supiese de lo que estoy hablando. Como si no se hubiese dado cuenta de lo que ha dicho.

Pero lo he oído. Alto y claro. Mi corazón se salta un latido. Me acaba de decir que me quiere.

—Lo acabas de decir —insisto, peleándome contra la enorme sonrisa que amenaza con salir a la superficie.

—Yo… —Se aclara la garganta—. Joder. Supongo que sí lo he dicho.

—¿Lo sientes de verdad? —Cuando él asiente con la cabeza, mis labios comienzan a temblar sin control. Dios, me muero por sonreír—. Quiero escucharlo otra vez —le suplico.

Se frota el puño en la barbilla. Su aspecto es… adorablemente incómodo.

—Joder, cariño. No me hagas decirlo otra vez. Ya es bastante horrible que lo haya dicho yo PRIMERO. No me había pasado nunca antes.

La sonrisa se escapa. Se extiende por mi cara de oreja a oreja. Salgo a toda pastilla de la cama y me lanzo a sus brazos, demasiado confundida como para besarlo como una adulta. Mis besos son torpes y demasiado ansiosos ,y Dean se ríe como un loco cuando le arrollo con mi boca.

Me aparto con brusquedad.

—¿Estás seguro que no te duele la cabeza?

—Estoy bien —insiste, y un profundo rugido de placer sale de su garganta

cuando le planto más besos en su cara.

—Vale, genial, porque creo que deberíamos follar. —Le empujo hacia la cama y le cojo por la cintura del calzoncillo.

Se lo está pasando pipa.

—¿Deberíamos? ¿Y eso por qué?

—Porque me has dicho que me quieres y yo también te quiero y ya sabes lo que me pone todo este rollo emocional. —Ya me estoy quitando la camiseta—. No tienes idea de lo mojada que estoy ahora mismo, cariño.

El humor de su mirada se sustituye por deseo vidrioso.

—Déjame verlo —ordena.

Me quito las mallas. Hago lo mismo con las bragas. Las mando lejos de una patada y me acerco a él. A continuación cojo la mano de Dean y la llevo entre mis piernas. Al instante me rodea y yo le cubro los nudillos con mi mano, moviendo en círculos ambas manos contra mi coño húmedo.

Dean se queja, y esta vez no es de dolor. O tal vez es un tipo diferente de dolor. Su erección levanta la tela de sus bóxers. Una excitada protuberancia, dura, larga, que me muero de ganas de sentir dentro de mí.

—Allie… —Su voz es ronca.

—¿Mmm? —Muevo mis caderas contra sus manos.

—Te quiero.

Esas dos palabras envían una sacudida de calor a mi vagina. Gimo. También lo hace él. Sé que ha notado la compresión de mis muslos y el líquido moja la palma de su mano.

—Dios —ahoga—. Esto del «te quiero» sí que te empapa.

—Te lo dije. —Le doy otro empujón y cae sobre el colchón. Se apoya en sus codos—. Me voy a correr encima de ti. Una corrida tipo… explosión de los ovarios y orgasmos múltiples.

Dean mete la mano en el cajón para sacar un condón y me subo a horcajadas sobre él antes incluso de que se saque la polla.

—Te quiero —susurra y presiona su boca a la mía.

El beso es dulce y suave, y envía mariposas de placer por todo mi cuerpo. Su mano tiembla mientras se pone el condón, y nuestras bocas siguen juntas cuando me da la vuelta y empuja la punta de su polla dentro de mí.

Envuelvo mis brazos alrededor de sus hombros e inclino mis caderas, intentando que entre más profundo. Funciona. Con un suave gemido, entra otro centímetro, y luego otro, hasta que finalmente está todo en mí, dándome de sí, llenándome.

Nuestras miradas se fijan cuando comienza a moverse. Me siento tan completa… Es la hostia. Dean me aparta un mechón de pelo de la frente y me acaricia la mejilla, haciéndome el amor en un *tempo* pausado y delicioso que hace que se me retuerzan los dedos de los pies.

—Te quiero —dice otra vez, y todo mi cuerpo canta de alegría.

Le abrazo más fuerte contra mí, dándole la bienvenida a cada lento empuje. Desliza sus manos por debajo de mi culo y me levanta de tal forma que su hueso pélvico presiona en mi clítoris cada vez que empuja hasta el fondo. El movimiento me nubla la visión. Me hace jadear y gemir y retorcerme hasta que todo mi mundo se concentra solo en Dean. Cuando las ondas del orgasmo sacuden mi cuerpo, tengo las palabras «te quiero» en los labios.

Sus ojos verdes arden de emoción. Deja escapar un gemido ronco y se hunde sobre mí, empujando profundamente por última vez. Y entonces dice:

—Yo también te quiero —mientras se libera temblando.

29
Allie

El resto de diciembre pasa volando. Antes de que pueda darme cuenta, llegan las vacaciones y me veo recompensada con tres semanas de tiempo de relax, familia y empacho hasta morir.

Voy a pasar las vacaciones con mi padre, pero iré a Connecticut con Dean los dos primeros días. Su familia se marcha a San Bartolomé durante un par de semanas, así que es mi única oportunidad de verlo hasta su vuelta, momento en el que se unirá a mí en Nueva York para disfrutar de los últimos tres días de libertad.

Dean me pidió que me fuera a la isla con él, pero por mucha rabia que me dé rechazar un viaje gratis al paraíso, prefiero estar en Brooklyn. ¿Quién sabe dónde acabaré cuando me gradúe? Necesito aprovechar cada segundo que tengo con mi padre.

Aun así, no puedo decir que no me dé bajón irme de Connecticut. Si bien Dean ya me había comentado que sus padres eran personas relajadas y sencillas, una parte de mí lo dudaba. A ver, son abogados millonetis dueños de TRES casas. ¡Qué narices! Quizá de más de tres. Dean no es nada fardón, así que por lo que yo sé, su familia tiene una casa en cada país del mundo.

Sin embargo, uno jamás lo adivinaría al verlos. La madre de Dean iba en vaqueros y camisa de franela todo el tiempo que estuve en Greenwich, y me confesó que lo que más le gusta del tiempo libre es que puede aparcar la ropa de trabajo que lleva al bufete. Se llama Lori, y al parecer se quedó con su apellido de soltera y ejerce la profesión de abogada como Lori Heyward.

El padre de Dean, Peter, es igual de majo. Trabajaba un rato en su despacho todas las mañanas, pero la mayor parte del tiempo estaba con sus hijos, esquiando con Summer o jugando al hockey con Dean y Nick en la pista al aire libre detrás de su mansión. Sí, tienen su propia pista de hielo.

Nick, el hermano de Dean, es uno de los hombres más agradables que he conocido nunca. Se trajo a su nueva novia, una abogada de otro bufete, y aunque

al principio se mostró un poco tensa, una vez llegué a conocerla mejor me pareció la dulzura personificada.

Y Summer… Bueno, ella es simplemente Summer. Sin filtros, más grande que la vida misma y de risa contagiosa. A veces pienso que adoro a la hermana de Dean más de lo que le adoro a él.

A pesar de lo triste que estoy por despedirme de los Heyward-Di Laurentis, me hace feliz ver a mi padre. Decido darme un capricho y cojo un taxi desde Greenwich a Brooklyn, y ya es por la tarde cuando arrastro mi maleta enorme hasta la puerta delantera y llamo a mi padre.

Me lo encuentro en el salón, en chándal y leyendo un libro titulado *La física del hockey.* Me saluda con una sonrisa cariñosa y después se queja y refunfuña cuando le beso la mejilla y le machaco a preguntas sobre cómo se encuentra. Finalmente me interrumpe para preguntarme sobre mi visita a Connecticut. Cuando le cuento lo maravillosamente bien que me lo he pasado, parece un poco decepcionado, y eso me hace fruncir el ceño.

Hablamos por teléfono un par de veces a la semana, así que ya sabe que estoy saliendo con Dean. Para mi sorpresa, se ha mostrado bastante hermético sobre ello. Cuando se lo conté, simplemente refunfuñó y no volvió a sacar el tema.

Hasta ahora.

—Dean no sirve para algo duradero, AJ —dice papá con un suspiro cansado —. Espero que seas consciente.

Sus contundentes palabras me escuecen. A ver, no es que Dean y yo estemos planeando enviar la próxima semana las invitaciones de boda, pero no nos imagino rompiendo en breve. Tenemos veintidós años. Estamos enamorados. El futuro podría ser difícil, conmigo en Los Ángeles o Nueva York, y con Dean en Cambridge durante los próximos dos años, pero estoy segura de que podemos hacer que funcione si lo intentamos con ganas. Y en cuanto Dean acabe el máster, podrá ejercer donde quiera. Donde sea que yo esté. No hemos hablado del tema, pero Dean no me ha dado ninguna indicación de que quiera romper la relación después de graduarnos.

—Podría ser —digo en voz baja—. Duradero, quiero decir.

Papá niega firmemente una vez con la cabeza.

—No vale. —Su tono pierde algo de la dureza—. ¿Quieres saber lo más importante que aprendí después de dieciocho años con tu madre?

Me siento en el sofá junto a él y espero a que continúe.

—A veces las relaciones son como un puto grano en el culo.

No puedo evitar reírme.

—Mamá me dijo lo mismo. —Pensar en la última conversación que tuve con mi madre atrae el dolor a mi corazón—. Ella me dijo que en un momento dado tuvisteis problemas en vuestro matrimonio —confieso. Nunca he hablado de esto con él antes. En cambio, mi madre siempre había sido muy abierta sobre sus peleas. No en detalle, pero quería que yo supiera el duro esfuerzo que habían hecho para que funcionase su matrimonio.

—Sí que los tuvimos —confirma con tono dolorido—. Eran los viajes. Eva dejó su carrera de modelo cuando naciste, así que siempre estaba en casa. Y yo estaba siempre de viaje. —Me lanza una mirada feroz—. Nunca he tocado a otra mujer, AJ. Nuestros problemas no eran por eso.

—Lo sé.

—Era muy duro. Las separaciones tan largas. Las breves llamadas de teléfono. Volvía a casa y nos sentíamos como extraños, teníamos que conocernos de nuevo. Costó un gran esfuerzo lidiar con todo eso. —La agonía parpadea en sus ojos—. Y entonces cayó enferma, y todo se complicó aún más.

Se forma un nudo en mi garganta. Yo tenía doce años cuando le diagnosticaron un cáncer de pulmón. Recuerdo pedirles que me dejaran ir con ellos cada vez que mi padre la llevaba a quimioterapia. Nunca me dejaron, y los días en los que los efectos secundarios eran demasiado fuertes, cuando su piel era más gris que la ceniza y vomitaba de una forma tan violenta que se llegó a romper una costilla, me mandaban a la casa de mi tía en Queens. No querían que la viera así. Pero vi lo suficiente.

—Dean… —Mi padre se aclara la garganta, cambiando de tema otra vez—. Conozco a los hombres como él. No están preparados para gestionar las cosas grandes, los contratiempos que hacen que de repente la vida se tambalee. Los cambios en las reglas del juego. Dios no lo quiera, pero si enfermas, o te lesionas, o si el país entra en recesión y arruina el imperio de tu novio… —Noto cierto tono despectivo en su voz—, se derrumbaría como un castillo de naipes.

—Eso no es así —protesto—. Dean es una buena persona. Y es bueno conmigo. Bueno para mi vida.

—Te estás engañando a ti misma, AJ. Sí, es bueno contigo ahora. Porque tiene una vida perfecta. Paga a otras personas para limpiar su mierda. Y mientras todo le siga yendo bien, será lo mejor que te ha pasado nunca. Pero ¿y si la mierda cambia de dirección? Se largará. No se quedará a tu lado, porque eso implicaría salir de su burbuja perfecta y permitir que las cosas feas entren dentro. Ese chico no quiere cosas feas.

—Estás equivocado —murmuro.

Maldice.

—Dios, me pone malo decirte esto, cariño. ¿Crees que me gusta ver esa mirada de dolor en tu cara? Me rompe en dos, AJ. Pero quiero que estés preparada para cuando suceda. —Mi padre deja escapar un suspiro de resignación—. Acuérdate de mis palabras. No podrás contar con él. Mejor que lo asimiles ahora, antes de que sea demasiado tarde.

###

No permito que la advertencia de mi padre y su opinión completamente injustificada sobre Dean nos arruinen las vacaciones. Le entiendo. Está preocupado. No quiere que me vuelvan a romper el corazón. Y ni siquiera me puedo enfadar por la contundente forma en la que me ha dado su opinión, porque contundente es el segundo nombre de mi padre.

Pero se equivoca. Dean estaría AHÍ si lo necesitase. Ya lo ha hecho viniendo a todo correr a mi residencia la noche que el ataque verbal de Sean me dejó hecha polvo. Así que elijo no cuestionarme una relación de la que recibo tanta felicidad y me obligo a disfrutar del resto de las vacaciones.

La Nochebuena, que también es mi cumpleaños, la paso en casa con mi padre. Vemos *Qué bello es vivir* como todos los años y lloro a rabiar, como todos los años. Después nos tomamos un chocolate caliente y me da el mismo regalo de cada año: trescientos dólares con una nota escrita que dice que me compre algo bonito. Mi padre es lo peor haciendo regalos. No me importa, porque yo ya tengo el único regalo que quiero: mi padre, todo lo saludable que puede estar en este momento, vivo, y aquí, conmigo.

Unos días más tarde, Dean, moreno y relajado ya de vuelta de San Bartolomé, viene a recogerme a mi casa de Brooklyn. Me sorprende que haya traído el coche, ya que habría sido más fácil para mí meterme en el metro y encontrarme con él en Manhattan, pero cuando le pregunto, él solo sonríe y dice:

—No vamos a Manhattan. Tengo una sorpresa de cumpleaños para ti.

—Ya me diste una sorpresa de cumpleaños —le recuerdo. Ya te digo que lo hizo… Me llamó desde San Bartolomé y tuvimos el sexo telefónico más sexy y morboso que he tenido en mi vida. Me corrí a un volumen bastante alto, pero le di gracias a mi buena estrella de que mi padre duerma siempre como un tronco.

—Este es aún mejor —me promete Dean, y a continuación me planta un beso rápido en los labios y arranca—. Te he echado de menos.

Me resulta imposible evitar una sonrisa tonta.

—Yo sí que te he echado de menos.

Mientras me guiña un ojo, me coge la mano y la coloca directamente en su entrepierna, que luce una semierección bastante notable.

—La pequeña Dean también te ha echado de menos.

—Ya lo veo, ya.

Froto el bulto cada vez mayor y gime.

—Sigue haciendo eso y me voy a ir en los pantalones —advierte.

Mi sonrisa se hace más amplia.

—¿Me estás desafiando?

Le bajo la cremallera y deslizo mi mano en el interior, rodeando con mis dedos su pene duro y palpitante. Dios, no estaba de coña. Menos de un minuto de caricias y gime de nuevo, agarrando el volante con todas sus fuerzas mientras ahoga dos palabras.

—Me corro.

No permito que ensucie los pantalones, porque son probablemente más caros que la matrícula de mi universidad. En su lugar, bajo la cabeza y me trago su descarga, gimiendo mientras su sabor salado y masculino cubre mi lengua.

—Dios de mi vida —balbucea, y a continuación me acaricia la mejilla con ternura—. Joder, cómo te adoro, cariño.

—*Naah*, lo que adoras son las mamadas al volante.

—A ti. —Niega con la cabeza con insistencia—. Te adoro.

Y mi corazón se dispara. Me reinstalo en mi asiento y miro por la ventana mientras cruzamos el puente hacia Nueva Jersey. No sé dónde narices me lleva, pero me encanta que lo haga. Seguiría a Dean Di Laurentis hasta los confines de la tierra, hasta las entrañas de un volcán, si me pidiese que fuera su Meg Ryan y él mi Tom Hanks. Hasta el puto Mordor, si me pide que sea Sam y él mi Frodo. Hasta…

—Hemos llegado —anuncia.

Salgo de la película mental más ridícula que he tenido nunca. Dean aparca el BMW frente a un pequeño edificio de lo que parece ser una zona industrial de Newark. Me inclino hacia el parabrisas para leer la señal. Y entonces me quedo sin aliento.

Mi cabeza gira de golpe hacia él. Está sonriendo.

—Ah, Dios mío. ¡¿En serio?!

—Sí. —Sale del coche de un salto y rodea el parachoques delantero para abrirme la puerta. Cojo la mano que me ofrece y prácticamente voy saltando todo el camino hasta las dobles puertas de cristal. La emoción burbujea dentro de

mí. Mi pecho está caliente y fundido, y la gruesa capa de emoción adherida a mi garganta dificulta emitir una sola palabra.

Analizo el vestíbulo del estudio de baile y después busco los ojos centelleantes de Dean.

—¿Pero no habías dicho que no querías bailar salsa? Y Dean Di Laurentis solo hace lo que él quiere, ¿recuerdas?

Se encoge de hombros.

—Estoy haciendo lo que quiero.

Mis cejas se juntan mientras espero a que me aclare eso.

—Te estoy haciendo feliz.

Chof. Ese es el ruido que hace mi corazón. Porque está tan lleno de amor, que no puede contenerlo todo dentro.

#DEAN

La vida real llama a la puerta. Quiero espantarla y decirle que me moleste más tarde, pero así no es como funciona el mundo. Por mucho que me encante estar tumbado en la playa con mis padres, ponerme al día con mis hermanos y dibujar una sonrisa en la cara de mi novia sorprendiéndola con unas clases de baile, ha llegado el momento de salir del modo vacaciones y darle al interruptor del modo vida.

Mi primera semana de vuelta en el campus es más movida que nunca. El hockey, las clases y los entrenamientos a los Hurricanes se comen la mayor parte de mi tiempo. Por suerte, Allie está ocupada otra vez con los ensayos, así que no se queja de que nuestra vida sexual sea más o menos una colección de polvos rápidos esta semana.

El sábado, el equipo pierde otro partido en casa. Ya nadie menciona siquiera la palabra *playoffs*, porque todos sabemos que no llegamos. A pesar de eso, sigo trabajando con Hunter. Pase lo que pase esta temporada —alerta de *spoiler:* no pasará nada—, Hunter seguirá jugando para Briar el año que viene, y con suerte será el líder del equipo para los demás.

El entrenador O’Shea, quien para mi sorpresa últimamente está siendo agradable, nos da una hora extra en la pista el domingo por la noche, y Hunter y yo hacemos un buen uso de ella. La sesión de hoy va bien y voy en mi coche desde el campo hasta casa de muy buen humor. Como no tengo entrenamiento mañana temprano, Allie va a venir a pasar la noche y me muero de ganas de echarle un polvo a mi novia. Un polvo de los BUENOS. Me refiero a uno de tres

horas seguidas de polla hasta el fondo en el paraíso, en vez de esos revolcones apresurados que hemos estado echando durante toda la semana.

Mi cabeza mira hacia abajo cuando entro en la cocina. Estoy tan concentrado comprobando a ver si Allie me ha mandado un mensaje, que necesito un segundo para darme cuenta de que todos mis compañeros de piso están sentados alrededor de la mesa. Incluso Tucker, que ha estado desaparecido desde que comenzó el nuevo semestre, está ahí. Ya ni me molesto en tomarle el pelo con ese tema. Es obvio que tiene una novia. ¿O tal vez es un novio? Joder, está siendo tan reservado últimamente que nada me sorprendería.

—¿Qué pasa? —pregunto distraídamente.

Nadie dice absolutamente nada.

Me meto el teléfono en el bolsillo y miro a todos en la mesa. Sus expresiones afectadas hacen que mi corazón lata más rápido.

La humedad que vislumbro en los ojos de Logan hace que deje de latir por completo.

—¿Qué está pasando? —exijo.

El extraño silencio se prolonga. Logan se frota los ojos con el puño.

Joder. Ahora estoy preocupado. No. Estoy ASUSTADO.

—En serio, si alguien no me dice lo que está pasando de una puta vez…

—El entrenador ha llamado —interrumpe Garrett. Su voz es baja. Seria.

Espero a que continúe. Mis manos son como dos bloques de hielo. Y ahora están empezando a temblar.

—Acababa de hablar por teléfono con Patrick Deluca, y, eh…

Vale, esto está yendo en una dirección que no esperaba. Pat Deluca es el entrenador del equipo de fútbol americano de la uni. ¿Qué coño tiene que decirle Deluca al entrenador Jensen?

Garrett percibe mi confusión y sigue hablando.

—Creo que Deluca le ha llamado porque sabe que somos amigos de Beau…

¿Beau?

—¿Tiene que ver con Maxwell? —le corto—. ¿Qué pasa con él?

Logan desvía la mirada.

Lo mismo hace Tucker.

El único que tiene los cojones de mirarme a los ojos es Garrett, que exhala lenta e irregularmente antes de hablar.

—Él… eh… ha muerto.

30
Dean

Mi hermano y yo nos fuimos de viaje por Europa el verano después de acabar el instituto. Francia, Italia, España y terminamos el viaje en Alemania y Austria. En este último país, hay una enorme cueva de hielo que Nick insistió en ver. He de admitir que era la hostia. La excursión solo te permitía recorrer un kilómetro y medio o así, todo cubierto de hielo. Más allá de ese recorrido, había un sinfín de pasillos y cámaras conectadas entre sí formadas en piedra caliza. Nick y yo no nos conformamos con descubrir solo un kilómetro y medio de mierda, así que decidimos echarle huevos, saltarnos las reglas y separarnos del grupo.

Nos perdimos. Estábamos totalmente perdidos y hasta la fecha todavía recuerdo la puta sensación sofocante que sentí. El eco de nuestras voces rebotaba en las altísimas paredes. La fría brisa que soplaba por la cueva. Los pasos de los guías que vinieron a nuestro rescate. Podíamos oír sus pasos, claros como el día, pero era imposible averiguar de qué dirección venían. El eco confundía nuestros oídos.

Así es como me siento ahora. Oigo a Garrett hablar, pero no le veo y no estoy seguro de lo que está diciendo. Su voz es como un eco. Rebota en las paredes y en mis oídos y es como si… girara a mi alrededor sin rumbo.

Mi cerebro todavía no puede comprender lo primero que ha dicho.

Beau ha muerto.

Es decir que está muerto, ¿no?

¿Beau está muerto?

¿Beau Maxwell?

¿Mi amigo Beau Maxwell?

—… en el acto.

Mi cabeza se eleva bruscamente. Es como si las palabras de Garrett fuesen bolitas de papel que él va disparando a la pared, y estas dos últimas son las que consiguen quedarse pegadas.

—¿Qué? —pregunto como un bobo.

Sus ojos grises caen con tristeza.

—Me ha dicho que murió en el acto. No sufrió.

Parpadeo. Una y otra vez.

—¿Me lo puedes contar otra vez? Lo que pasó, quiero decir.

Suelta un taco.

—Joder, ¿por qué?

¡Porque no he oído ni una palabra de lo que has dicho! Casi rujo. Cojo aire y digo:

—Porque necesito escucharlo de nuevo.

Garrett asiente, aunque de mala gana.

—Vale.

Me tambaleo hacia la encimera y abro el armario superior. Genial. Hay una botella de Jack Daniel's dentro. Giro la tapa y le doy un profundo trago, después me uno a mis compañeros en la mesa. Me siento al lado de Tuck y nos vamos pasando el Jack Daniel's, mientras Garrett empieza a hablar de nuevo.

No es una historia muy larga.

Pero es desgarradora.

Beau fue a Wisconsin este fin de semana para el cumpleaños de su abuela. Yo ya lo sabía porque me llamó antes de irse. Quedamos en ir a tomar unas cervezas el martes por la noche.

Ayer por la noche, los Maxwell celebraban el noventa cumpleaños de la abuela en un restaurante de su pequeño pueblo. Había hielo en las carreteras. Llevaban dos coches. Beau estaba con su padre, que conducía.

Joanna le contó al entrenador Deluca que en la cena se lo pasaron fenomenal.

En el viaje de regreso, el padre de Beau dio un volantazo, para evitar chocar contra un ciervo que salió como una flecha delante de su coche.

El coche pisó una placa de hielo. Se salió de la carretera dando dos vueltas de campana.

A continuación, se estrelló contra un árbol.

El cuello de Beau se rompió por el impacto.

Su padre no sufrió ni un rasguño.

Le doy otro trago al whisky. Quema mi garganta y hace que mi interior arda como el fuego. Mis ojos también están en llamas. Queman y escuecen y, cuando Garrett termina de hablar, echo mi silla hacia atrás y cojo la botella.

—Me voy arriba —murmuro.

—Dean… —Es Tucker, su voz tiembla por el dolor.

Tuck apenas conocía a Beau. Tampoco Garrett, aparte de los ratos que pasó

con él en sus fiestas. Logan sí que era amigo suyo, supongo. Sé que iba a casa de Beau a pasar el rato. Pero yo…, yo era uno de sus mejores amigos. Y él uno de los míos.

No sé cómo consigo subir las escaleras sin caerme. Mi mano tiembla tanto que casi se me cae la botella de whisky media docena de veces antes de entrar con torpeza en mi habitación. Me dejo caer en la cama y vuelco la botella, vertiendo un chorro de líquido color ámbar en la boca. Me cae por el cuello y lo absorbe el cuello de mi camisa. Me da igual. Sigo bebiendo.

Así que supongo que Beau está muerto.

Tenía veintitrés años.

Bebo más. Y más. Y después un poco más, hasta que mi visión no es más que una bruma borrosa de color gris.

Ahora estoy pedo. No. Más que pedo. Mi cerebro ya no funciona demasiado bien. ¿Mis manos? ¿Funcionan? A la mierda. Trato de posar la botella en la mesita de noche y se estrella contra el suelo. Por alguna razón, eso me hace reír.

Creo que pasa el tiempo. O tal vez no. A lo mejor se ha paralizado porque el puto cuello de Beau Maxwell se ha partido como una rama y ahora está muerto. Muerto. Beau ha palmado. Pal-ma-do.

—¿Dean…?

Una voz susurra mi nombre desde lejos, muy lejos. Por Dios. Igual estoy en la cueva de nuevo. Quizás nunca nos rescataron. Eso sería una locura, ¿que no? ¿Y si hubiera muerto en una cueva de Austria, pero no lo he sabido hasta ahora? ¿Y si la vida que he tenido desde ese viaje a Europa es en realidad producto de mi imaginación y mi cadáver se está descomponiendo en una cueva de hielo en este momento?

—Qué puta flipada… —mascullo.

—Dean. —Unas manos calientes rodean mis mejillas. Oigo un taco en voz baja—. Joder. Estás totalmente borracho.

Estoy dando botes. No, es el colchón. Está dando botes porque alguien se está subiendo en la cama conmigo y mi estómago comienza a sentir náuseas. Las náuseas se pegan a mi garganta. Trago saliva. Respiro profundamente. Puedo oler el whisky, pero hay otra fragancia en la habitación. El misterioso aroma de Allie.

—Cariño. —Siento que mi cabeza se mueve. Está tirando de ella para apoyarla en su regazo, pasándome sus dedos por mi pelo húmedo. Estoy sudando como un pollo. ¿Por qué hace tanto calor aquí?—. Logan me acaba de contar lo que ha pasado. Yo… —Su mano tiembla en mi pelo—. Lo siento, mi vida.

—Se rompió el cuello… —Mi voz también suena muy lejos. La verdad es que ni siquiera suena como mi voz. Dios, estoy tan pedo. Asquerosa, patética e inconscientemente pedo.

—Lo sé —susurra Allie—. Y lo siento tantísimo. Sé lo que estás sufriendo en este momento. Yo… —Me acaricia la frente caliente—. Estoy aquí, ¿vale? Estoy aquí y no me voy a ninguna parte.

Mi respiración se entrecorta.

—Cariño —murmuro.

—¿Qué pasa?

—Voy a… —Levanto la cabeza, pero el simple hecho de hacerlo provoca precisamente lo que estaba intentando decir.

Las náuseas vuelan en espiral hasta la superficie y vomito en el regazo de mi novia.

#ALLIE

El funeral de Beau se celebra en el estadio de fútbol americano de la universidad. Todo el equipo está allí junto con el cuerpo técnico, sus amigos, su familia, cientos de alumnos y miles de personas que probablemente nunca le conocieron.

¿Una ausencia notable?

Dean.

Antes de salir yo de su casa, él estaba arriba, en su habitación, con traje negro y expresión sombría. Dijo que fuese con Hannah y Garrett, que ya se reuniría conmigo en el funeral.

Cuando regreso a la casa, sigue en su habitación, todavía con el traje negro y la expresión sombría. Pero ahora sostiene una botella de vodka en sus manos y sus mejillas están rojas.

Está borracho.

Ha estado borracho todos los días de esta semana. Bueno, borracho o colocado. Hace dos noches, lo vi fumarse cuatro porros, uno tras otro, antes de desmayarse en el sofá del salón. Logan tuvo que echárselo encima del hombro y llevarlo arriba, y los dos nos quedamos en el quicio de la puerta, mirando a Dean desmayado y desparramado en su cama.

—La gente pasa el duelo de diferentes maneras —había murmurado Logan.

Lo entiendo. De verdad que lo entiendo. Cuando perdí a mi madre, atravesé las distintas etapas del duelo. Sobre todo la negación y la depresión, hasta que

finalmente aprendí a aceptar que se había ido.

Me llevó un tiempo llegar a esa aceptación, pero un día llegó. Dean llegará a eso también, sé que lo hará. Pero ha sido doloroso, rectifico, insoportable, recurrir al alcohol y a la marihuana esta semana cuando podría haber recurrido a mí.

—No he podido —murmura cuando me ve en la puerta. Se ha quitado la chaqueta y la corbata, y el cuello de la camisa de vestir blanca está torcido. Su pelo rubio está despeinado, como si hubiera estado pasando los dedos por él varias veces.

Entro en la habitación con pasos tímidos, todavía llevo el sencillo vestido negro de cuello alto que he elegido para el funeral.

—Es que no podía soportarlo, cariño —lo dice en un susurro cargado de tristeza—. No podía dejar de imaginarme a sus padres…, a Joanna…, sus caras… —Dean coloca la botella de vodka en la cómoda y poco a poco se deja caer en el borde de la cama.

Cojo aire y me siento a su lado descansando mi cabeza en su hombro.

—Ha cantado.

—¿Qué?

—Joanna —digo en voz baja—. Había un escenario con un piano. Ha cantado *Let It Be*. Ha sido muy bonito. Y triste. —Parpadeo cuando me enviste una avalancha de lágrimas—. Ha sido triste y bonito.

Dean emite un ruido ahogado.

Le acaricio la mejilla con las yemas de los dedos. Su piel está caliente, pero no parece estar tan borracho como anoche. Se inclina hacia mi mano, sus respiraciones irregulares soplan contra mi mano.

—No he podido hacerlo —dice de nuevo.

—Lo sé. Está bien, cariño.

Pero ¿lo está? Debería haber estado allí, joder. La familia de Beau estaba allí. Si ellos pudieron «soportarlo», Dean también debería haber podido.

La dura recriminación enciende una chispa de culpa. ¿Quién soy yo para decidir lo que alguien debe o no debe hacer? Las personas se saltan los funerales continuamente por todo tipo de razones. Porque quieren llorar por sus seres queridos en privado. Porque es demasiado duro para ellos. Porque simplemente no creen en los funerales. Yo no soy quién para juzgar, y me esfuerzo en recordarlo mientras paso la palma de mi mano con suavidad sobre la mejilla de Dean.

—No puedo creer que Beau esté muerto —dice Dean sin energía.

Me sorprende durante un momento, porque esta es la primera vez que ha dicho el nombre de Beau desde el accidente. Estoy aún más sorprendida cuando inclino la cabeza y veo lágrimas contenidas en los ojos de Dean. Parpadea y un par de gotas se desbordan y se deslizan hasta donde mis dedos están acariciando su mandíbula.

Sus lágrimas provocan las mías, igual que se dice que los bostezos son contagiosos. De repente, los dos estamos llorando, Dean enterrando su cara contra mi pecho mientras su cuerpo entero se estremece en sollozos silenciosos. No sé quién besa a quién primero. O quién desnuda a quién. O cómo terminamos enredados en la cama, desnudos, jadeantes, metiendo las lenguas en la garganta del otro y tocándonos frenéticamente los cuerpos. Megan me contó una vez una locura de estadística: al parecer, el ochenta por ciento de las personas entrevistadas para una encuesta admitieron haber tenido relaciones sexuales justo antes, durante o inmediatamente después de un funeral.

Supongo que tiene sentido si se piensa en ello. Es la celebración de la vida ante la muerte. La necesidad de aferrarse a alguien, de tener una conexión tangible con otra persona viva.

Liberamos gemidos simultáneos cuando entra dentro de mí. No lleva condón, pero no lo hemos usado desde que comenzó el nuevo semestre. Los dos nos hicimos unos análisis antes de las vacaciones y yo ya estaba tomando la píldora desde antes.

Acojo su grueso y palpitante pene dentro de mi cuerpo arqueando las caderas para recibir sus embestidas desesperadas. El orgasmo que me inunda me aturde con su fuerza. No creía que fuera posible sentir este tipo de placer, crudo y absorbente, cuando uno está tan abrumado por la tristeza.

Dean hace un ruido profundo y atormentado cuando se corre, temblando violentamente mientras vibra y se libera dentro de mí. Su respiración es lenta y superficial, se derrumba encima de mí y nos mueve de tal forma, que mi espalda sudada queda pegada a su pecho sudoroso. Siento la humedad en la nuca. No es sudor. Son lágrimas. Todas las lágrimas que habría intentado reprimir si hubiera ido al funeral de Beau.

Me giro hacia él y envuelvo mis brazos alrededor de sus hombros mientras llora por el amigo que ha perdido. No sé cuánto tiempo nos quedamos en esa posición, pero al rato Dean se detiene y se queda dormido con la mejilla pegada a la mía. Por primera vez en siete días, siento una pequeña chispa de esperanza. Espero que la liberación emocional que acaba de experimentar alivie parte de su dolor, que le acerque más al camino de la aceptación.

Pero ¿qué es lo peor de la esperanza?
Que la mayoría de las veces conduce a la decepción.

31
Allie

Durante las siguientes dos semanas, todo lo que puedo hacer es permanecer de brazos cruzados y ver a Dean caer en una espiral. Tiene una nueva rutina. Se despierta por la mañana. Va a clase. Va a entrenar. Después llega a casa y bebe y fuma hasta la inconsciencia.

Sorprendentemente, se estudia las lecciones y entrega las tareas. Cuando le echo un vistazo a uno de los ensayos que ha escrito, descubro que es bueno. Es como si le pasara las riendas a ese inteligente cerebro suyo que no quiere que los demás sepan que tiene y funcionara en piloto automático. Le pasa lo mismo en el hielo. Simplemente deja que su cuerpo fuerte y atlético, y sus años de experiencia, tomen el control y hagan el trabajo por él. Empiezo a sospechar que su corazón… qué coño, su conciencia, no desempeña ningún papel.

Tampoco lo hace su libido. Eso también ha desaparecido. Bueno, no, no del todo. Resurge en un tramo concreto de su embriaguez, en algún lugar entre el «puntito» y la inconsciencia. Pero yo le rechazo todas y cada una de las veces, porque el chico que me lanza unas muecas arrogantes y me susurra cosas guarras al oído mientras sus hábiles manos intentan como sea meterse por debajo de mi camiseta o dentro de mis pantalones… Ese no es mi novio.

Mi novio no quiere echarme un polvo solo cuando está borracho, y las sonrisas despreocupadas de mi novio no están provocadas por las drogas o el alcohol.

Dean Di Laurentis echa polvos porque le encanta echar polvos. Y sonríe porque le encanta sonreír.

Este Dean, borracho y drogado, es un intruso. Ni siquiera le importa que le diga que no me apetece, porque ni siquiera a él mismo le apetece. Son las sustancias que navegan por su sangre las que le hacen creer a su cuerpo que sí.

Está pasando el duelo. Me repito esas palabras a mí misma un centenar de veces al día. Me recuerdo a mí misma que Beau Maxwell está muerto, y que Dean le echa de menos desesperadamente. Me regaño a mí misma porque me

cabrea que esté gestionando la muerte de Beau de una manera diferente a la que yo elegiría.

Pero… joder, no sé cómo tomarme la forma en que lo está gestionando. ¿Qué se supone que debo hacer? ¿Llevarle a rehabilitación? No es alcohólico. No es adicto a las drogas. Y lo peor de todo es que el alcohol y la marihuana no tienen ningún efecto en su vida académica o en el hockey. El tío salta de la cama por la mañana y patina como un campeón o saca un diez en un examen.

Sin embargo, hay una cosa que falta en su rutina: los Hurricanes. Cuando la noticia de la muerte de Beau estalló, era como si el tiempo se hubiese detenido una semana. Dean y Logan fueron dispensados de los entrenamientos de hockey por su amistad con Beau, y Dean también se saltó los entrenamientos con los chavales. Me pareció que se trataba de una interrupción temporal. De una excedencia por el duelo, por llamarlo de alguna manera. Pero ahora que han pasado tres semanas, Dean todavía se niega a volver. Le animé a que lo reconsiderase, pero todo lo que conseguí fue un no rotundo. Dijo claramente que no quería trabajar más con los niños.

Sospecho que es porque trabajar con ellos le aporta alegría. Y en este momento no quiere sentir alegría. No quiere sentir nada.

¿Yo? Yo siento un montón de cosas. Dolor. Frustración. Enfado, que a su vez conduce a culpa, porque, por el amor de Dios, ha perdido a su mejor amigo. No puedo estar enfadada con él.

Hoy me siento decidida. He decidido que Dean no puede regodearse en el dolor para siempre. En algún momento va a encontrar la manera de salir de esta caída en picado en la que está atrapado, y cuando eso suceda no quiero que mire a su alrededor y descubra que ha perdido algo importante para él.

Los Hurricanes son importantes para él.

Aparco el coche de Dean frente al campo de hockey de primaria y apago el motor. Ya llevaba cuatro cervezas cuando salí de su casa, donde me he instalado desde la muerte de Beau. Le dije que tenía que tomar prestado su coche para ir a comprar tampones. Truco vital: si no quieres que alguien te haga preguntas, di la palabra «tampón» y se termina la conversación.

Entro en el pequeño edificio y camino por el pasillo; atravieso las máquinas expendedoras y llego a las puertas dobles que dan a la pista. El frío golpea mi cara cuando las empujo. Sobre el hielo, los chavales están en medio de un ejercicio que implica patinar rapidísimo y después detenerse en seco. La verdad es que no lo entiendo muy bien, pero da igual.

Giro la cabeza y veo a una figura solitaria en las gradas. Dakota. Su cara se

ilumina cuando me ve. La saludo con la mano y a continuación subo el dedo índice para indicar que tardo un minuto.

Me acerco al muro bajo que hay junto al banquillo del equipo local cuando Doug Ellis se acerca patinando.

—Allie. Hola. —Mira hacia la entrada—. ¿Está Dean contigo?

Niego con la cabeza y noto su decepción. Igual que la de los chicos, que me reconocen de todas las veces que he venido a recoger a Dean para irnos después a cenar. Creo que asocian mi cara con la del segundo entrenador que idolatran.

Ellis les dice a los críos que tienen cinco minutos de patinaje libre y a continuación se vuelve hacia mí y me escucha sin hacer comentarios. Yo disculpo la ausencia de Dean y aseguro que volverá pronto.

—Está atravesando un mal momento —digo en voz baja.

Ellis asiente.

—Me contó lo de su amigo. Salió en todos los periódicos locales también. El *quarterback* del equipo de fútbol americano, ¿no?

Asiento con la cabeza.

—Beau Maxwell. Él… —Imagino los ojos brillantes y azules de Beau y su sonrisa de pícaro, y el corazón se me encoge—. Era de verdad un tipo genial. —Me trago un nudo de tristeza—. Él y Dean eran muy amigos y… sí… está siendo difícil, pero Dean quería que le dijera que volverá a trabajar con los chavales muy pronto.

—Él no ha te ha dicho eso —dice Ellis.

Evito su mirada astuta.

—No te ha enviado aquí para que hables conmigo, cielo. Y no te ha dicho que va a volver. —Ellis se encoge de hombros—. Pero tú quieres que lo haga.

Mi garganta se obstruye.

—Sí, sí que quiero. —Trago saliva de nuevo—. Quería asegurarme de que todavía lo aceptarás si… cuando llegue el momento.

—Por supuesto que lo haré. —Señala a la pista con la cabeza—. La pregunta es, ¿lo aceptarán ellos? Los niños no llevan bien el abandono.

—Pero también son más rápidos a la hora de perdonar —señalo.

Aunque puede que no todos. Cuando me uno a Dakota en las gradas unos minutos más tarde, es evidente que el perdón es la última cosa que hay en su mente.

—A Dean ya no le caigo bien —me dice con una voz inexpresiva—. Y él a mí tampoco.

Reprimo un suspiro.

—Eso no es cierto, preciosa. Los dos os apreciáis mucho.

—No nos caemos nada bien. Si le caigo bien, ¿por qué ya no me enseña a patinar? ¡Y tampoco ayuda ya a Robbie! ¡Lleva sin venir años!

Tres semanas. Pero supongo que para una niña de diez años, eso puede parecer una eternidad.

—¿Está enfadado porque no quiero usar los patines de chico? —Le tiembla el labio inferior—. Mamá dijo que fue de mala educación hacer que me comprara patines de chica. ¿Es por eso por lo que me odia? ¿Porque se gastó dinero en unos patines de chica?

Y entonces empieza a llorar.

Dios. No sé qué hacer en esta situación. No es de mi familia y no soy uno de sus profesores. ¿Está permitido que le dé un abrazo? ¿Tendré problemas si lo hago?

A la mierda. No me importa si es apropiado o no. Dakota ha empezado a berrear y necesita consuelo.

Envuelvo un brazo alrededor de ella y la abrazo con fuerza. Y entonces, mientras mi corazón late de manera incontrolable, me paso los siguientes veinte minutos asegurando a una niñita triste que mi novio no la odia.

###

La ronca voz de mi padre me ronda en la cabeza en bucle durante el viaje de regreso a la casa de Dean.

Conozco a los hombres como él. No están preparados para gestionar las cosas grandes, los contratiempos que hacen que de repente la vida se tambalee. Los cambios en las reglas del juego.

Se derrumbaría como un castillo de naipes.

Me asusta que mi padre tenga razón. Pero no puede ser. Dean simplemente está pasando un duelo. Está de luto por la pérdida de un amigo.

Tiene una vida perfecta.

Paga a otras personas para limpiar su mierda.

Un escalofrío sube a toda velocidad por mi columna vertebral cuando caigo en algo. Mierda puta. ¿Es eso lo que estoy haciendo en este momento? ¿Limpiar la mierda de Dean para intentar garantizarle su puesto de entrenador auxiliar en el colegio? ¿Mendigándole a una niña de diez años que le perdone por abandonarla?

Dios, estoy agotada. Estas últimas tres semanas me he estado enfocado

únicamente en Dean. Intentando hacer que se sienta mejor, intentando que lo supere. Me he relajado con las tareas de clase. Me presento a los ensayos con cara de sueño y agotada, porque me paso todo el tiempo atendiendo a mi novio borracho. Los ensayos generales comienzan mañana, mierda. El estreno es en cinco días. Debería estar concentrada en mi personaje, pero apenas puedo recordar de qué coño va la obra que estoy haciendo.

Mi frustración se intensifica cuando atravieso la puerta de casa un cuarto de hora más tarde y me recibe una ráfaga de música a un volumen ensordecedor. *Drain You* de Nirvana. Genial.

Me encuentro a Dean en el sofá del salón, con una botella de cerveza en una mano y haciendo que toca la batería en el aire con la otra. No lleva camiseta, pero ni siquiera la visión de su espectacular pecho puede calmar mis nervios a flor de piel.

—¡Dean! —grito por encima de la música.

No me presta ninguna atención.

Cojo el mando a distancia de la mesa de centro y paro la música. El silencio cae sobre la habitación y su cabeza rubia salta con sorpresa.

—Hola, cariño. No te había visto.

—Hola.

Me siento en el borde del sofá y le cojo con suavidad la botella de la mano. Para mi sorpresa, no protesta. Creo que está más con el puntito que borracho en este momento, porque no arrastra sus palabras cuando dice:

—¿Tienes ensayo esta noche?

Niego con la cabeza.

—No, pero los ensayos generales empiezan mañana.

—Mierda. ¿Ya?

—El preestreno es el viernes —le recuerdo.

—Sí, sí.

Actúa como si ya lo supiera, pero estoy bastante segura de que mi función no le ha venido a la cabeza en semanas. No ha mostrado ningún interés en nada de lo que hago. En lo que hace nadie. Es como si estuviera congelado, atrapado en ese angustioso momento en que se enteró que Beau estaba muerto.

Todo el mundo está continuando con sus vidas. Incluyendo la familia de Beau. Joanna sigue actuando en Broadway. Hemos estado enviándonos emails desde el funeral, y me ha contado que sus padres han vuelto a trabajar la semana pasada.

Dean es el único que se niega a avanzar.

—Amor… —Mi garganta se contrae, la preocupación y el miedo forman un

nudo en la tráquea—. Estarás ahí la noche del estreno, ¿verdad?

Sus ojos verdes arden.

—¿Por qué me preguntas algo así?

Porque en el funeral de Beau no estabas.

Reprimo la acusación y respiro profundamente.

—Solo estoy confirmándolo, eso es todo.

—Por supuesto que estaré. —Por primera vez en semanas, vislumbro auténtica emoción en sus ojos. Un cariño sincero—. ¿Dónde más podría estar?

###

No está aquí.

Viuda se estrena ante un auditorio repleto y cierra con una ovación de pie. Las lágrimas que nadan en mis ojos cuando Mallory y yo salimos a saludar no tienen nada que ver con la abrumadora respuesta que recibimos del público.

El foco hace que sea difícil ver ni una sola cara más allá de las tres primeras filas, pero la segunda fila es todo lo que necesito ver, porque ahí es donde están sentados mis amigos. Mejor dicho, de pie, porque están levantados aplaudiendo junto con todos los demás.

Hannah. Garrett. Megan. Stella. Justin. Grace. Logan.

Una risa histérica amenaza con escaparse mientras analizo las conocidas caras y experimento un momento *Mago de Oz:* «Y tú, y tú, y tú estabas allí…» Y ¿sabes quién hostias no estaba allí? El hombre al que amo. El hombre que prometió que estaría aquí.

Entre bastidores, acepto respetuosamente abrazos y elogios de todos los involucrados en la producción. Steven. Los productores. Nuestro consejero de la facultad. Los estudiantes de arte que crearon los decorados. El equipo de iluminación. El estudiante de cuarto que hace de mi marido muerto me levanta en brazos y me da vueltas. Mallory me abraza lo suficientemente fuerte como para robar el aire de mis pulmones y a continuación pasa cinco minutos deshaciéndose en disculpas por ser una impresentable al comienzo del proyecto.

Apenas escucho una palabra de lo que dice. Las lágrimas manchan mis mejillas, pero creo que todo el mundo asume que son lágrimas de felicidad.

Todo el mundo asume mal.

Hay una fiesta esta noche para el reparto, el equipo y los amigos en el apartamento de Steven. Le aseguro a mi director que iré, pero no lo haré. Al menos no de inmediato. Hay otro lugar al que tengo que ir primero, y cuando me

llega un mensaje de Hannah peguntando si nos vemos a la salida del auditorio o en el parking, yo ya estoy al volante del BMW de Dean, con un tembloroso pie pisando el pedal del acelerador.

Cuando paro delante de la casa, me quedo atónita por la cantidad de coches aparcados en la calle. Hay cuatro coches que no conozco en el camino de entrada, así que me veo obligada a aparcar en la acera.

Escucho la música antes incluso de llegar a la puerta principal, que está sin pestillo. La ira inunda mi estómago, burbujea, hierve y explota cuando entro en el salón.

Está repleto de hombres gigantes con algunas mujeres pequeñas en la mezcla. Por su tamaño, deduzco que los chicos que descansan en el sofá y en los sillones apoyados contra la pared son jugadores de fútbol americano. Las chicas, quién sabe. Pero me alegra ver que están encima de los tipos del fútbol y no sobre mi novio. Dean está solo, tendido en un sillón con los ojos cerrados.

Como si percibiese mi presencia, sus párpados se abren y su rostro se ilumina cuando me ve en la puerta. Sin embargo, su felicidad dura poco. Aún llevo la bata de cuadros que mi personaje llevaba esta noche. Aún llevo el maquillaje de la función. Mi pelo sigue recogido en un moño despeinado. En este momento no soy Allie. Soy Jeannette. Y los ojos de Dean se abren de pánico cuando se da cuenta de lo que eso significa.

—Allie. —La música ahoga su voz.

Le echo un último vistazo a la fiesta del salón y a continuación giro sobre mis talones y voy corriendo hacia la escalera.

Las lágrimas brotan de nuevo y mi garganta está tan apretada que apenas puedo respirar. ¿Esta es la razón por la que no se ha dignado a aparecer en el estreno esta noche? ¿Porque estaba de fiesta con un montón de jugadores de fútbol?

Entro de golpe en su habitación y me apresuro a la cómoda, tirando del cajón de arriba, donde he estado guardando la ropa que me traje de la residencia. También he ocupado la mitad del armario de Dean y esa es mi siguiente parada. Saco la ropa de las perchas y la tiro a mi maleta.

—Venga, amor, no hagas eso. —Dean aparece en la puerta.

Le ignoro y continúo con la ropa.

—Allie, por favor. —Se acerca por detrás y me trago un sollozo cuando sus fuertes brazos me rodean. Por un breve momento, me permito hundirme en él. Para apoyarme en su pecho caliente y robusto, y sentir su barba rasparme la piel mientras frota su mejilla contra la mía—. Lo siento, cariño. La he cagado. Me he

olvidado por completo que el estreno era esta noche.

¡Te lo he recordado diez veces! Quiero gritar.

—Te prometo que estaré allí para la función de mañana. —Las manos me recorren la cintura de arriba abajo, acarician mi estómago, mi culo—. Dijiste que lo hacías tres veces, ¿verdad?

Mi voz sale brusca.

—Sí, pero no te molestes en venir mañana por la noche. No te quiero allí.

Acaricia mi hombro con la barbilla.

—No digas eso. Sé que estás enfadada, pero lo arreglaré. Mañana estaré allí.

—¡Yo te quería allí esta noche, Dean! —Sigo sin poder girarme y mirarlo a la cara. Y no sé por qué le estoy dejando que se frote contra mí de esta manera. Ahora que lo pienso, ¿por qué se está frotando contra mí? Puedo sentir su erección, más dura que una piedra, clavándose en mi culo. ¿Cómo puede estar cachondo en este momento?

La extraña respuesta de su cuerpo es lo que me impulsa a dar la vuelta. Con el ceño fruncido, analizo detenidamente su rostro, registrando todos los detalles. Veo que no está borracho. Sus mejillas están rojas, pero sus ojos brillan demasiado. Lo que significa que tampoco está fumado; generalmente sus ojos se nublan cuando ha fumado marihuana. Y ahora brillan. Chisporrotean de placer y con una felicidad que ni de coña debería estar sintiendo… ¡No cuando estoy aquí de pie llorando!

Cojo aire lentamente.

—¿Qué te has metido?

Parece confundido por la pregunta.

—¿Qué te has metido, Dean? —suelto—. ¿Qué has tomado?

Parpadea y después dice:

—Ah. Solo un poco de M.

Por el amor de DIOS.

Sin decir una palabra, me abro paso empujándole y cierro la cremallera de mi maleta.

—¿A dónde vas? —Parece dolido.

—A la residencia —le suelto—. Me largo de aquí.

—¿Por qué?

—¿POR QUÉ? ¡Te has escaqueado de mi estreno para montar una fiesta y tomar drogas! ¡Estás puesto de MDMA, frotando tu polla contra mi cuerpo mientras estoy de pie llorando, joder! ¿Y me preguntas en serio que por qué me largo?

Sus ojos se nublan.

—No he montado una fiesta. Ollie y Rodríguez me llamaron y me preguntaron si quería quedar tranquilamente, recordar a Beau… ¿Qué? ¿Se supone que debo decir no a eso?

Mi mandíbula se cae al suelo.

—¡No te ATREVAS a usar a Beau como excusa para estar puesto!

Se estremece, pero cuando vuelve a hablar, su tono es defensivo.

—¿Y qué, cielo? Me he tomado un poco de M. No es como si lo tomara todos los días. La última vez fue hace más de un año.

—¡Esa no es la cuestión! —Me cuesta volver a respirar. No sirve de nada discutir con él en este momento. No me puede oír, no cuando está puesto. Exhalo, y el aire sale en un soplo débil—. Mi padre tenía razón. No puedo contar contigo para nada.

—¿Me estás tomando el pelo, hostias? ¡He estado para ti desde el principio! —Gruñe—. ¡Mi mejor amigo ha muerto! Joder, Allie. Así que sí, lo siento si he estado un poco distraído últimamente. He tenido muchas cosas en la cabeza.

Su sarcasmo no me gusta un pelo.

—¿Distraído? No has estado distraído. ¡Has estado borracho! ¡Y ahora estás puesto! —El resentimiento quema un camino hasta la garganta y me escuece los ojos—. Adivina qué, Dean. ¡La gente se muere! Me destroza que Beau se haya ido. Me destroza, joder. Pero uno no se puede emborrachar para olvidar el dolor.

Su cara se pone roja.

—Lo pillo, «La vida de Dean» es todo arcoíris y rosas… —Ahora me toca a mí repartir sarcasmo—. Pues la vida real no es así. En la vida real ocurren cosas malas y hay que enfrentarse a ellas y gestionarlas.

Recojo mi maleta y camino hacia la puerta. Me detengo y me giro de nuevo hacia él. Estoy tan cabreada y herida que no puedo pensar con claridad.

—La vida no es perfecta, Dean, y necesitas madurar y aceptarlo. He estado intentando ayudarte, pero no me dejas. He pasado casi un mes viendo cómo te ahogas en el puto alcohol. Viendo cómo echas a todo el mundo de tu lado, viendo cómo decepcionas a todas las personas que hay a tu alrededor.

Sigue sin decir una palabra, y eso me cabrea aún más.

—¡He ido a ver al entrenador Ellis en tu nombre! —grito—. Le convencí para que te diera otra oportunidad cuando decidas volver a entrenar al equipo. —Las lágrimas caen más rápido, empapando mis mejillas—. ¡Me senté con Dakota mientras lloraba a lágrima viva! ¡Ella piensa que la odias porque no quiso ponerse los putos patines de chico! —Jadeo para coger aire—. Bueno, ya no voy

a agarrarte de la mano más, ni limpiar tu mierda. Hemos terminado, Dean.

Su respiración se corta. Por fin he dicho algo que capta su atención.

—No es verdad.

—Sí que lo es.—Mi mano tiembla con tanta violencia que casi se me cae la maleta en el pie—. ¿Crees que eres el único que ha perdido a alguien? Vi a mi madre morir de cáncer. La vi, literalmente, marchitarse y morir.

—Allie…

—Necesitas encontrar una manera de lidiar con tu dolor. Pero yo no puedo estar ahí para ayudarte. No voy a estar a tu lado viendo cómo metes la cabeza en una botella porque tienes demasiado miedo de enfrentarte al dolor. Hemos terminado.

Salgo corriendo de la habitación. Le dejo mirando cómo me marcho en shock.

32
Dean

Me despierta un fuerte y agonizante gemido. Dios, suena como si alguien se estuviera muriendo, y tardo un minuto en darme cuenta de que el atormentado ruido viene de mí. Estoy gimiendo porque me duele la cabeza. No, me duele el ojo. Pero ¿por qué me duele el ojo?

Me incorporo y me toco la cara con cuidado. Mi ojo izquierdo está cerrado por la hinchazón. Y mi boca está más seca que el Sahara. Mierda. Qué sed tengo, joder. Y agotado… El simple acto de levantar la mano a mi cara me ha chupado toda la energía.

El MDMA. La última vez que tomé un poco, también me dejó agotado y dolorido a la mañana siguiente.

Salgo de la cama y descubro que he dormido completamente vestido. Tambaleándome, voy hasta el armario, abro la puerta y analizo el espejo. Ay, Dios. Tengo el ojo morado casi negro, y cuando estudio mi reflejo, todos los acontecimientos de la noche anterior vuelven a mi cabeza.

El estreno de Allie.

Allie dejándome.

Garrett llegando a casa y gritándome. ¿Por qué me gritaba…? Me esfuerzo por recordarlo. Ah, sí, por perderme el estreno de Allie. Ah, y por haber invitado a la mitad del equipo de fútbol americano a casa y… sí, algunos de los *linebackers* estaban esnifando coca en la cocina. Mierda. Fue entonces cuando Garrett me sacó de ahí y empezó a despotricar contra mí. Debí de decir algo que no le gustó, porque… bueno, ojo morado.

Me aparto del espejo y me dejo caer en el borde de la cama, empiezo a recapitular mentalmente cuál es mi situación en este momento.

Tengo un ojo morado.

Tengo un compañero de piso cabreado que me ha puesto el ojo morado.

Tengo una exnovia.

Y he hecho llorar a una niña.

¡Me senté con Dakota mientras lloraba a lágrima viva! ¡Ella piensa que la odias porque no quiso ponerse los putos patines de chico!

Las palabras enfadadas de Allie resuenan como una trompeta en mi cabeza provocando que mis tímpanos zumben y mi estómago se revuelva. Apenas llego a tiempo al baño, las arcadas de bilis suben a mi garganta antes incluso de llegar al retrete. Me inclino sobre la porcelana y vomito en seco durante lo que parecen horas. No comí nada anoche, así que no hay nada que vomitar, pero mi estómago no deja de dar vueltas y de retorcerse y no puedo dejar de devolver.

Cuando las náuseas por fin remiten, me lavo los dientes en el lavabo, me dejo caer en el suelo de baldosas y me quedo allí sentado un rato, pensando en todo lo que he hecho. En todo lo que he perdido.

Allie.

Beau.

Joder, Beau. ¿Por qué coño se ha tenido que morir?

La idea es tan absurda que me provoca una oleada de risas. Unas carcajadas ruidosas e incontrolables que persisten hasta que me lloran los ojos y me entra el hipo.

Oigo un golpe en la puerta.

—Dean… ¿estás ahí?

Me estremezco ante el sonido de la voz de Garrett. Pero no suena cabreado. Solo harto.

Cuando le abro la puerta, encuentro un par de ojos grises serios mirándome fijamente.

—¿Estás bien? —Garrett dice con voz grave.

Me río de nuevo.

—En absoluto.

La culpa atraviesa su expresión.

—Siento lo del ojo, pero joder, tronco, te lo ganaste. Deberías ver el desastre que han dejado esos cabrones. La casa está destrozada.

Arrastro una mano débil por mi cuero cabelludo.

—Voy a recogerlo todo. Y no te preocupes por lo del ojo. Me lo merecía. Me sorprende que Allie no me hiciera lo mismo en el otro.

El simple hecho de decir su nombre es tremendo. Es como si alguien me abriera el pecho con un patín y clavara la cuchilla en mi corazón, cortándolo en tiras.

Imagino que no va a perdonarme nunca. No estuve ahí en su estreno. Qué hostias, no estuve a su lado incluso antes. Durante tres semanas he estado

caminando en una especie de niebla, haciendo lo imposible por intentar olvidar que Beau está muerto. Cada vez que Beau se cruzaba en mis pensamientos, abría otra lata de cerveza o me hacía un porro, porque era la manera más fácil y más rápida de apagar mi cerebro.

El padre de Allie dijo que no confiaba en mí para cuidar de ella. Y tenía razón. Al parecer, ni siquiera puedo cuidar de mí mismo.

—Wellsy está cabreada contigo —dice Garrett.

—Yo estoy cabreado conmigo mismo. —Me quejo, todavía pensando en la magnitud de mi metedura de pata—. Yo… —Me duele la garganta—. Echo de menos a Maxwell.

Garrett susurra:

—Lo sé.

—Me destroza pensar que no le volveré a ver nunca más.

—Lo sé.

Hay una pausa y después Garrett me sorprende tirando de mí para darme un abrazo. No es un abrazo lateral de machote ni un rápido choque de pecho. Es un abrazo de verdad, con sus dos brazos alrededor de cuerpo, agarrándome fuerte.

Le devuelvo el abrazo.

—Lo siento, tío. Lo de la casa. Lo de mis pedos. Todo.

—Lo sé —dice por tercera vez.

Se oye el crujir de una puerta.

—¿Es este momento homoerótico privado? ¿O se puede unir cualquiera?

Me río débilmente mientras Logan camina hacia nosotros. Garrett me suelta y Logan ocupa su lugar. Su abrazo es más breve pero no menos reconfortante.

Logan me da una palmadita en la espalda y dice:

—¿Vienes hoy al entrenamiento? —Su mirada me analiza con atención el ojo izquierdo.

—No tengo elección —le respondo con un suspiro—. Iré y dejaré que el entrenador decida si me quiere en el hielo o no. Con el ojo así, probablemente me mande a la sala de pesas.

No obstante, me molaría no tener que ir. Todo lo que quiero hacer ahora es ir a la Residencia Bristol y ver a Allie. Arrojarme a sus pies y pedirle otra oportunidad.

—Le diremos que estábamos jugando a imitar una secuencia de *El club de la lucha* —bromea Garrett antes de que su expresión se vuelva seria—. No tiene que saber lo que de verdad ocurrió. La fiesta… las drogas…

Asiento con la cabeza, agradecido.

—Gracias.

Además de mi ojo, la verdad es que no hay ninguna otra señal de que nada malo ocurrió anoche. Lo bueno de mi fiesta, aunque nada en mi vida se podría describir como bueno en este momento, es que tengo la increíble capacidad de recuperarme como si nada. ¿Me bebo hasta el agua de los floreros? Nada de resaca. ¿Fumo hierba? Al día siguiente mi cabeza está más despejada que el azul del cielo. Hoy mis movimientos son un poco más lentos, pero eso es por el agobiante peso que me aplasta el corazón.

Anoche aparté de mi vida a la persona más importante. Me deja de piedra pensar que en solo tres meses eso es en lo que se ha convertido Allie Hayes: ella lo es todo para mí.

Tucker tiene el desayuno esperando para nosotros en la planta baja. Comemos y salimos hacia el estadio en donde Garrett desliza su carnet por la puerta y nos abre el camino hacia los vestuarios.

Los cuatro nos paramos en seco nada más entrar en el cuarto. El entrenador Jensen y O'Shea están reunidos en la esquina de la habitación, conversando con un hombre larguirucho, con gafas, americana y un maletín. Algunos de nuestros compañeros de equipo están sentados por ahí, pero nadie dice una palabra. Hollis nos saluda con un movimiento de cabeza. Fitzy mueve la cabeza dos veces cuando se da cuenta de mi ojo morado.

—Buenos días, entrenador —saluda Garrett con cautela—. ¿Qué ocurre?

—Antidoping. —Es la escueta respuesta.

Mi corazón se desploma. *Splash*. Golpea el suelo. ¿Las náuseas? Bueno, esas suben. Se elevan hasta la garganta y la cierran de golpe.

Mis ojos se desplazan a O'Shea. Me devuelve la mirada, completamente inexpresivo, pero tengo la horrible sensación de que él es el responsable de esto. Los test antidoping aleatorios no son raros, se hacen todo el tiempo en los deportes universitarios, pero la temporada está a punto terminar. Qué coño, la temporada está ya en la basura, con cero posibilidades de ir a los *playoffs.* No hay ninguna razón para hacernos una prueba de antidoping.

Mi mareo crece y crece cuando los jugadores hacen una cola en el vestuario. Puedo sentir los oscuros ojos de O'Shea clavados en mí, pero mi mirada permanece pegada en mis botas. Estoy en un estado de pánico, estoy viviendo mi propio *Corazón delator,* como en el libro de Poe, excepto que en lugar de escuchar los latidos del corazón de un hombre muerto bajo los tablones del suelo, soy dolorosamente consciente de la sangre que corre por mis venas. Su flujo constante, creciente, palpitante…, contaminado con el MDMA que tomé

anoche.

Cuando mi pulso me martillea los oídos, cojo aire en una respiración inestable, exhalo lentamente, y me dirijo a donde está el entrenador Jensen.

—Entrenador… ¿puedo hablar con usted en privado? —susurro. Inmediatamente, él pone «la expresión». Esa expresión que me dice que sabe exactamente lo que le voy a decir, y que prefiere cortarse las venas de sus muñecas antes de oírlo.

—Claro —responde después de una larga y tensa pausa.

Me escolta a su oficina. No nos sentamos. No hablo.

Él espera, pero me resulta imposible verbalizar mi confesión. Dios santo. Me doy mucho asco a mí mismo en este momento. Me doy vergüenza.

El entrenador suspira.

—Vas a hacer que sea yo el que pregunte, ¿no es así? De acuerdo, te pregunto. —Hace una pausa—. ¿Qué va a pasar cuando mees en el bote, Dean?

La vergüenza crece dentro de mí hasta que prácticamente puedo saborearla cuando trago saliva.

—¿Qué van a decir los análisis? —presiona, su expresión absolutamente resignada—. ¿Marihuana? ¿Cocaína?

—MDMA —balbuceo.

Cierra los ojos un instante. A continuación, los abre.

—De acuerdo. Gracias por decírmelo.

Dejo su despacho sintiéndome como un hombre en el corredor de la muerte.

Dos días más tarde, me expulsan del equipo.

33
Allie

Tres días después de salir dando un portazo de la casa de Dean, dejando claro que habíamos terminado, quedo con él en el Coffee Hut en el campus. Todas las chicas de la cafetería se giran con admiración cuando entra por la puerta. Yo también, porque… Dios, es el Dean del que me enamoré. Ojos verdes que bailan alegremente mientras pide un café en la barra, pelo rubio apartado de su rostro cincelado, pantalones cargo ciñéndose a su culo perfecto.

Todo lo que tengo que hacer es mirarle a la cara para saber que hoy no ha bebido. Ahora que lo pienso, igual lleva más días sobrio. Hannah me dijo anoche que Dean no pasó un antidoping y le expulsaron del equipo. No puedo negar que se me rompió el corazón cuando lo oí, porque sé lo importante que es el hockey para él, pero la noticia tampoco me pilló por sorpresa. No se puede beber en exceso ni consumir drogas sin hacer frente a las consecuencias. Al paso que iba, tanta fiesta tenía que explotarle en la cara en algún momento.

Para mi sorpresa, no parece molesto cuando saco el tema, que es lo primero de lo que hablamos cuando se desliza en la silla frente a mí. Simplemente se encoge de hombros.

—Me lo merecía. —Y con expresión de dolor, añade—: Pero no he venido aquí para hablar del equipo. Quería disculparme contigo.

Asiento con la cabeza. Eso es lo que pensé cuando recibí el mensaje de texto, y vaya, *déjà vu* una vez más, porque esta es la segunda vez en tres meses que estoy ante la misma situación. La última vez, Sean y yo, sentados en esta misma cafetería, teniendo esta misma conversación. Pero en esta ocasión, el dolor en mi corazón es un millón de veces más intenso, porque todavía estoy enamorada de Dean. Perdida y desesperadamente enamorada de él.

—Lo siento mucho, cariño. La he cagado. —Sus dedos largos y elegantes rodean su taza de café—. No asimilé la muerte de Beau demasiado bien. Si quieres que te diga la verdad, no estoy seguro de estar asimilándola ahora, pero bueno, al menos estoy sobrio.

Asiento con la cabeza de nuevo.

—Siento haberme perdido tu estreno. Y siento infinito haberte puesto en la posición de tener que dar excusas por mí. Con el entrenador Ellis y… —Su voz se quiebra—. Con Dakota. Mi plan es pedirles también perdón a ellos y suplicarles otra oportunidad. Pero quería verte a ti primero.

Sé que era lo que quería. Me ha estado llamando y enviando mensajes durante tres días, pero yo no había accedido a verle hasta hoy. Mis emociones estaban demasiado en carne viva.

Dean da un trago a su café. Cuando habla, su voz está llena de vergüenza.

—¿Puedes buscar en tu corazón la manera de perdonarme?

¿Mi corazón? Dios, mi corazón está devastado en este momento. Es como si acabara de resistir un huracán. El huracán Dean. Aún me resulta imposible borrar de mi cabeza el viernes por la noche. De pie en el escenario, mirando a la multitud sin ver a Dean. Volviendo a casa para encontrarle todo puesto.

¿Le puedo perdonar a pesar de eso?

Joder, claro que puedo. No suelo guardar rencor. La vida es demasiado corta para eso.

—Por supuesto que puedo perdonarte. —No me pasa desapercibida la chispa de esperanza en sus ojos y me mata tener que extinguirla—. Pero esto no se trata del perdón.

—¿De qué se trata entonces?

—Dímelo tú. ¿Me has pedido que nos viésemos para volver a estar juntos?

Él asiente con la cabeza con lentitud. Todo su rostro se destensa.

—Te quiero —dice con voz ronca—. No quiero estar lejos de ti.

El dolor me recorre las entrañas en espiral. Yo tampoco quiero estar lejos de él, pero… creo que necesito estarlo.

—Yo… no puedo estar contigo —susurro.

Emite un sonido de angustia.

—Al menos no en este momento. —Sujeto la taza de café con las dos manos, que necesitan desesperadamente el calor que irradia—. Nunca he estado sola, Dean. Nunca. Siempre ha sido una relación después de otra. No estoy segura de qué tal me las apañaría sola, y creo que este puede ser un buen momento para averiguarlo. Tú mismo lo dijiste: «sigues en el proceso de asimilación de una pérdida». Aún tienes que hacer las paces con otras personas. Así que mientras que tú gestionas tus cosas, yo puedo lidiar con las mías.

Su mandíbula se tensa. Cuento con que me lo discuta. Me quedo esperando a que me lo discuta. Porque es Dean Heyward-Di Laurentis, el chico que siempre

consigue lo que quiere. El chico que presiona y presiona hasta que lo hace. Pero me sorprende.

—¿Por cuánto tiempo? —pregunta con voz ronca.

Me muerdo el labio.

—No lo sé. ¿Unas semanas? ¿Un mes? No es que tenga un programa. Solo sé que necesito estar sola en este momento. Sin novio. Solo yo.

Parece triste.

—Vale.

Puedo ver las preguntas en sus ojos. *¿Es solo un break o de verdad hemos acabado? ¿Me he cargado lo nuestro? ¿Todavía me quieres?* Pero las calla. Asiente con la cabeza y murmura:

—Tómate todo el tiempo que necesites, cariño.

#DEAN

Lo que esperaba de Allie eran dos cosas, o que dijera «hemos terminado, Dean» o «te perdono, Dean». Me esperaba una ruptura o una emotiva vuelta, no este estado de limbo e incertidumbre desgarrador.

No obstante, no está mal. No implica más que retroceder un par de casillas, ¿verdad? Si necesita estar sola en este momento, la dejaré sola. Aunque me sentí animado cuando me dejó que la besara antes de separarnos en el Coffee Hut. Y cuando le puse un mechón de pelo detrás de la oreja, se apoyó en mi mano y se frotó la mejilla contra mis dedos.

Todavía me quiere. Guardo esa reconfortante certeza junto a mi corazón durante los próximos días. Necesito el recordatorio de que alguien todavía me quiere, mientras hago un tour de disculpas que me deja exhausto. Tengo una lista de gente a lo *Kill Bill*. Bueno, es una lista de gente a la que pedir perdón, no a la que asesinar con una espada samurái. Escribí los nombres en un trozo de papel, porque no podía llevar el recuento en la cabeza.

Los primeros nombres son fáciles de tachar.

Hannah sigue de mala leche conmigo por hacerle daño a su mejor amiga, pero me gano su perdón después de pasar una hora entera enumerando todo lo que me gusta de Allie y todo lo que voy a hacer si… no, joder, ¡cuando!… cuando esté lista para verme de nuevo. Consigo apaciguar a Hannah.

WELLSY ✓

A continuación, le pido disculpas a mis compañeros de equipo por defraudarlos. Técnicamente, no me han expulsado del equipo, solo me han suspendido hasta la próxima temporada. Pero me gradúo en primavera, así que no hay próxima temporada para mí.

Sorprendentemente, los chicos se toman bastante guay la cagada que me ha obligado a quedarme fuera de juego. La verdad es que tengo la sensación de que ya han renunciado a la temporada. Garrett me asegura que los chicos siguen currándoselo en el hielo, pero creo que todo el mundo está listo para pasar página a este desastroso año y empezar de nuevo en otoño. Sobre todo Hunter. Es al que más le pido disculpas, prometiendo que le compensaré por darle plantón en nuestras sesiones privadas.

EL EQUIPO ✓

Pero ese no es el único equipo que tengo. Mi corazón pesa una tonelada en el trayecto hasta el pequeño estadio de Hastings. Una vez más, me llevo una sorpresa, porque necesito muy poco esfuerzo para hacer las paces con el entrenador Ellis. Antes de que pueda soltarle el largo discurso que había preparado, me da una palmada en el hombro y me dice:

—Guárdalo para los chavales. Qué bueno tenerte de vuelta.

ENTRENADOR ELLIS ✓

¿Los chavales? También es fácil ganármelos. Esta vez consigo llegar a la mitad del discurso preparado, que incluye una promesa de llevarlos a todos a comer pizza. Cuando intento seguir adelante después de esa promesa, Robbie me interrumpe gritando:

—Tío, ¡ya nos habías ganado con lo de la pizza!

LOS HURRICANES ✓

Me quedo a ayudar con el entrenamiento. Mi corazón ya no me pesa: se eleva, y es porque Allie tenía razón, me ENCANTA esto. Patinar con los niños, darles consejos sobre cómo colocar el cuerpo, cuándo tirar el disco. Después de que suene el silbato final, ayudo a Ellis a guardar el equipamiento y pasamos diez minutos discutiendo opciones que jamás supe que serían viables para mí.

Mi ansiedad vuelve a surgir cuando subo las gradas.

Dakota tiene su cuaderno de color rosa en su regazo y un lápiz en equilibrio

sobre una página en blanco. Se tensa cuando me siento a su lado. No me saluda y veo claramente el parpadeo de dolor en sus enormes ojos azules.

—¿Qué nos ha mandado para hoy la bruja de la señora Klein? —le pregunto con voz ronca.

Dakota me ignora.

—Si tienes que escribir una descripción de tu héroe, seguro que yo no cuento, pero si se trata de una descripción de la persona a la que más odias… Apuesto a que puedes escribir por lo menos diez páginas sobre mí.

Se ríe, luego se tapa la boca con horror, como si estuviera tratando de empujar el sonido agudo hacia el interior.

—Dakota —suspiro.

Finalmente me mira. Con un enfado feroz.

—Estoy cabreada contigo.

—Lo sé, cielo. —Me trago un bocado de vergüenza. Soy un gilipollas. La he dejado tirada en sus clases de patinaje sin darle explicación alguna. Desaparecí de su vida sin más.

La madre de Dakota y Robbie está sola. Dakota habla de ella con frecuencia. Me contó que un día su padre salió por la puerta y nunca regresó. Me pone enfermo pensar que he podido hacerle recordar esos momentos tan dolorosos para ella.

—Mi amigo murió… —Me detengo, porque no puedo pensar en Beau sin sentir un fuerte pinchazo en el corazón.

Joder, echo de menos a ese canalla. Echo de menos hablar con él, soltar chorradas con él. ¿Con quién más puedo hablar de *Crepúsculo* sin sentirme juzgado?

—No lo he llevado demasiado bien —le digo a Dakota—. Es la primera vez que pierdo a alguien. Bueno, también perdí a mi abuelo Kendrick, pero se murió cuando yo tenía cinco años. ¿Quizá yo era más fuerte de niño?

Me está mirando con recelo.

—Lo siento, Koty. Me siento que te cag… que me caigo de mal por desaparecer sin decir una palabra. Te dejo que me des un puñetazo en la cara tan fuerte como puedas. Pero rápido, hazlo ahora, que el entrenador Ellis no está mirando.

Se ríe de nuevo. Entonces hace algo que demuestra que los niños de verdad son más fuertes, se acerca y me acaricia el brazo.

—Deja de hacer el bobo, Dean. Me vuelves a caer bien.

Ahogo una risa.

—¿En serio?

—Ajá. —Hace un globo con su chicle y después señala a su cuaderno—. Tengo que escribir una página sobre mi película favorita y decir por qué me gusta.

—Vale. ¿Cuál es tu película favorita?

—*Princesa por sorpresa*.

Por supuesto que es esa.

—Muy bien, renacuaja. —Me hago crujir los nudillos como si me preparara para una pelea—. Pongámonos a ello.

DAKOTA ✓

Llamo a Joanna Maxwell cuando llego a casa, por suerte la pillo en su hora de la cena en el teatro. Me disculpo por no haber ido al funeral. Ella me perdona. Hablamos de Beau durante casi una hora antes de que a regañadientes me diga que tiene que ensayar. Nos comprometemos a mantener el contacto y siento un dolor apagado en mi corazón cuando cuelgo. Pero no pienso romper esa promesa. Beau era importante para mí. Joanna es su hermana mayor. Voy a mantener el puto contacto con ella.

JOANNA ✓

Tengo una llamada más por hacer y no tengo ganas de que llegue el momento. Hace unos días, le pedí a Fitzy que localizara a Miranda O’Shea. Fitz consigue ilegalmente videojuegos todo el tiempo, sin comprarlos, así que pensé que entre sus habilidades estaría la de localizar un número de teléfono. Resulta que tenía razón. No tengo ni idea de cómo lo ha hecho y no pienso preguntárselo, porque prefiero no ir a la cárcel.

Marco el número y espero. No he visto ni hablado con Miranda en años. Ya no siento nada hacia ella, pero, puf, ya te digo que si hay mierda sin resolver entre nosotros. Y también hay una cosa que nunca le llegué a decir. Espero cambiar eso hoy.

Si coge el puto teléfono, joder. Suena y suena, y estoy a punto de colgar cuando una voz agobiada suena al otro lado de la línea.

—¿Sí?

Cojo aire.

—¿Miranda?

—Sí. ¿Quién es?

—Es… ah, Dean. —Hago una pausa—. Dean Di Laurentis.

Un sorprendido silencio llena la línea.

—Sé que te llamo de la nada…

—¿Cómo has conseguido mi número? —interrumpe, pero su voz es tranquila, no enfadada—. ¿Mi padre?

—No. Un amigo lo ha buscado.

Hay una pausa incómoda en ambos lados.

—No te voy a robar mucho tiempo —le digo—. Es solo que tenía algo que decirte. Algo que nunca te llegué a decir en su momento, porque tu padre te sacó del instituto. —Exhalo precipitadamente—. Lo siento.

Ella también exhala, con brusquedad.

—Siento todo lo que pasó entre nosotros —continúo—. Por la parte que jugué en tu… eh…

—¿Crisis? —Termina con ironía—. No fue culpa tuya, Dean. Yo tenía depresión desde mucho antes de salir contigo.

—Lo sé. Pero… nos acostamos… y después… —Dios, esto es superincómodo. Y toda esta conversación suena a… clínica. Como si fuésemos dos desconocidos discutiendo sobre la vida sexual de otra persona en lugar de la nuestra.

—Nos acostamos porque te provoqué y convencí mientras estabas borracho. —Suena profundamente avergonzada—. Y después intenté hacerte sentir culpable para que te quedases conmigo cuando yo sabía que no eras feliz. No tienes ni idea de lo culpable que me he sentido después por eso. Quería llamarte, pero me daba mucha vergüenza. Y mi padre me dijo que me enviaría a Siberia si volvía a hablar contigo. Así que no dije nada. Imaginé que con el tiempo me olvidarías. —Hay una pausa—. Es evidente que no ha sido así.

—No.

Otra pausa.

—Bueno… —Me aclaro la garganta—. Eso es todo lo que quería decir. Siento mucho si hice o dije algo que contribuyese a la situación por la que estabas pasando, o que la empeorara. Nunca quise hacerte daño.

—Yo a ti tampoco quise hacerte daño.

Trago saliva.

—Y… ¿estás ya bien? Te gradúas en Duke esta primavera, ¿eh?

—¡Sí! —dice con emoción—. ¡Y voy a la facultad de medicina!

La noticia me sorprende, porque siempre habló sobre su deseo de convertirse

en trabajadora social, no en médico. Supongo que la gente cambia. Dios sabe que yo lo he hecho. Pasamos unos cuantos minutos más poniéndonos al día y me siento aliviado cuando acaba la llamada. Miranda fue un capítulo importante en mi vida, pero uno se siente bien al poder cerrarlo.

MIRANDA O'SHEA ✓

No me he molestado en añadir al padre de Miranda a mi lista. No hay disculpa en el mundo que haga que ese cabrón me perdone, y la verdad es que en realidad no le debo ninguna. El único crimen del que soy culpable es el de haber roto con su hija. No me merecía que me dieran un puñetazo en la cara, ni que me tratasen como la mierda por eso.

Que Frank se curre sus problemas por su cuenta.

Yo estoy currándome los míos.

###

Transcurre otra semana. Allie sigue con su plan *Allie*. Y yo sigo con mi plan *Yo*. Nos hemos hablado por mensaje un par de veces, breves «qué tal vas» y poco más. Me muero por verla. Abrazarla. Darle un beso. Hacer el amor con ella. Pero le prometí ser paciente, así que mantengo la distancia.

Lo que sí que hago es pinchar a Hannah para sacarle información cada vez que puedo. Sé que Allie ha sacado sobresaliente en el curso de Guion, y sé que se hizo la manicura en la peluquería del pueblo. Verde brillante, según me reveló Wellsy, y eso me hizo sonreír.

La siguiente vez que agobio a Hannah para que cuente, me dice que Allie ha ido a Los Ángeles. Mi corazón se derrumba de inmediato porque pienso que se ha ido para siempre, pero Hannah se apresura a tranquilizarme. Al parecer, la gente de Fox quería que Allie fuese allí a hacer una prueba en persona. Les había encantado el casting que les envió, pero querían probar la química con las otras dos actrices con las que estaría trabajando.

Mi corazón casi explota de orgullo cuando escucho eso y le envío un mensaje dándole la enhorabuena. No sé nada de ella hasta varias horas más tarde. Me dice que está a punto de coger el vuelo y que hablaremos pronto.

Yo cojo mi propio vuelo el sábado por la mañana en el aeropuerto Logan. Voy a hacer una escapada a Nueva York, porque hay un último nombre que necesito tachar de mi lista.

34
Allie

—No puedes rechazar el papel. —Hannah parece indignada de que me atreva incluso a sugerir tal blasfemia.

—¿Por qué no?

—¡Porque es un protagonista en una *sitcom*! ¿Qué pasa si la serie es un superéxito? ¡Podrías ganar un EMMY!

Me encojo de hombros y le doy un sorbo a mi café. Sé que esto es una locura. En serio, Ira ya repartió su propia dosis de incredulidad hace un rato, suplicándome que aceptara el trabajo. Pero cuando se trata de mi carrera, siempre le hago caso a mis entrañas, y mi instinto me dice que este no es un papel para mí.

—Aún no he tomado una decisión final —le digo a Hannah—. Me han dado hasta el miércoles. —Es sábado por la noche, lo que significa cuatro días enteros para pensarlo.

Mi instinto insiste en que no hay nada que pensar.

Me tienta la idea de llamar a Dean y pedirle su consejo, pero me obligo a no hacerlo. Estoy demasiado acostumbrada a pasar mis decisiones por mi novio. Lo hice con Fletch, Sean, con Dean, pero nadie puede tomar esta decisión por mí. Me concierne solo a mí.

Lo cierto es que me ha gustado estar sola estas últimas dos semanas. Es positivo pensar solo en mí misma por una vez. Pero echo de menos a Dean. Mucho, mucho. Sé que le va bien, porque he acosado a Hannah para que me diese informes sobre su estado. Me contó que está trabajando otra vez con los Hurricanes. Ha salido al Malone’s con los chicos un par de veces, pero, hasta donde sabe Hannah, solo se ha tomado un par de cervezas.

No hay ninguna foto en Instagram o Facebook liándose con otras chicas, pero una parte de mí todavía se preocupa por eso. Dean es el tipo más sexual que he conocido jamás. Estoy rezando para que se esté masturbando mucho, porque no sé lo que haré si me entero de que se ha acostado con otra persona. No mencioné

ese asunto en la cafetería, porque simplemente asumí que mantendría la cremallera de sus pantalones bien cerrada mientras me tomaba este tiempo para aclararme las ideas.

Quizá haya sido egoísta por mi parte, pero le quiero, y si me entero de que alguna chica ha intentado hacer algo con él, puede estar segura de que le daré una paliza hasta dejarla sin sentido. Dean es MÍO. Y por fin estoy lista para reclamarlo. El tiempo de separación me ha servido para centrarme, pero ahora ha llegado el momento de recuperar a mi chico.

¿El único problema? Que Dean está en Nueva York esta noche visitando a sus padres. Hannah me lo contó antes y me provocó un fogonazo de preocupación; es bastante extraño que vuele a Manhattan solo para una noche.

El sonido de mi teléfono interrumpe nuestra charla, y ahora estoy aún más preocupada cuando veo el número de mi padre.

Un segundo más tarde, su voz resuena en la línea.

—No quiero que te preocupes. —Es la forma que elige para empezar la conversación y, por Dios, ¡¿quién dice algo así?! ¡Ahora claro que estoy preocupada!

Dejo mi taza en la mesa de la cocina de un golpe y me pongo de pie. Hannah me mira alarmada.

—¿Qué pasa? —Exijo—. ¿Qué ha pasado? ¿Estás bien?

—Te acabo de decir que no te preocupes, ¿no? —Dios, a veces realmente quiero asesinar a mi padre—. Me he resbalado un poco esta tarde, eso es todo. Pensé que me podría haber roto el brazo y he llamado a una ambulancia.

El miedo apalea mi pecho.

—Oh, Dios mío. ¿Estás bien?

—Estoy bien —dice con firmeza—. Es solo un esguince en la muñeca. No hay huesos rotos, lo prometo. —Se cuela cierto tono sarcástico—. Si quieres, puedo pedir al hospital que te envíen copias de mis rayos X.

Aprieto los dientes.

—No seas capullo, papá.

Él suspira profundamente en mi oído.

—Lo siento. Es solo que sabía que ibas a reaccionar de forma exagerada cuando te lo dijera. Te lo prometo, cariño, estoy bien. Me duele un poco la muñeca, pero tengo mis pastillas para el dolor.

—¿Cómo has llegado a casa desde el hospital?

—En un taxi. Y ahora estoy tumbado en el sofá viendo el partido de los Hawkeyes.

Cojo aire lentamente para relajarme.

—Bueno. No andes. No intentes levantar cosas pesadas. Por favor, papá, tómatelo con tranquilidad durante un par de días.

—Lo haré. Te quiero, AJ.

—Yo también te quiero.

Cuelgo y me giro a Hannah, que al instante pregunta:

—¿Está bien tu padre?

Asiento con la cabeza.

—Eso dice—. Pero mi padre era jugador de hockey. Los jugadores de hockey siempre dicen que están bien, incluso cuando están sangrando por los oídos y escupiendo sus dientes rotos al suelo.

Tomo otra respiración profunda. A continuación busco el contacto de Dean y le doy a *enviar*.

#DEAN

Joe Hayes abre la puerta con el ceño más fruncido y borde que he visto en otro varón humano.

—Esto es una broma, ¡¿no?! ¿Te ha mandado para ver cómo estoy?

Le toco suavemente el hombro para apartarle de mi camino. Dios sabe que va a invitarme a entrar.

—Sí —confirmo. Y entonces camino por la casa, observándolo todo.

Afortunadamente, nada parece estar fuera de lugar. Echo un vistazo a las escaleras. Allie me dijo por teléfono que Joe se había resbalado. No hay sangre en el parqué, no hay tablones del suelo rotos. Eso está bien. Y él no tiene moratones, ni lesiones visibles. Está usando el bastón, pero parece caminar de forma aún más firme que la última vez que le vi.

—Por favor, no me digas que te has metido en un avión y has volado hasta aquí solo para echar un vistazo —dice entre dientes.

—No. Ya estaba en la ciudad, visitando a mis padres y a mi hermano.

El señor Hayes se sienta en el sofá y procede a ignorarme.

Me quito la chaqueta y la dejo en el respaldo de la butaca. A continuación me siento.

Él se resiste.

—¿Qué estás haciendo?

—Poniéndome cómodo. —Levanto una ceja—. ¿No se lo he dicho? Me quedo a dormir.

—¡Por encima de mi cadáver!

Su indignación me hace reír.

—Venga, señor. Pensé que ya habíamos establecido que discutir con su hija no tiene sentido. Allie me pidió que pasara la noche aquí para echarle un vistazo, así que eso es lo que voy a hacer. —Porque yo haría cualquier cosa que ella me pidiera. Vendería mi alma al mismo diablo si Allie me dijera que lo hiciera.

—No me gusta nada —se queja el Sr. Hayes.

—No me importa —le digo alegremente.

Y así es como acabo viendo un partido de fútbol universitario con Joe Hayes durante la siguiente hora. Son casi las nueve y mi estómago se queja. No he cenado aún y el señor Hayes no pone objeciones a que pidamos una pizza.

—¿Salchichas y beicon? —le pregunto mientras hago el pedido.

Suelta un gruñido. Supongo que eso significa que sí.

Pasa otra hora. No hablamos. Devoramos la pizza, bebemos cerveza y cambiamos de fútbol americano a hockey. Los Bruins juegan esta noche. Cada vez que le gritamos a la pantalla o nos alegramos por un gol, acto seguido nos miramos el uno al otro con cautela, como si de repente recordáramos con quién estamos.

Entre el segundo y tercer periodo suelto la cerveza y digo:

—Quiero a su hija, señor.

Y él dice:

—Ya lo sé, niño bonito.

No sé si eso significa que lo acepta o si se trata de un «sí, tú la quieres, pero yo sigo odiándote». Decido tratarlo como si fuese el primero.

Alrededor de las once, le ayudo a subir las escaleras y espero fuera de la puerta de su dormitorio, escuchándolo andar por la habitación y ponerse el pijama. Entonces llamo a la puerta.

—¿Todo bien ahí dentro? —digo en voz alta.

—Estoy bien, joder. Vete a la cama.

Riendo para mí mismo, entro en la habitación de Allie, donde Joe me dijo que podía dormir esta noche. ¿Lo primero que percibo? El olor. Dios, EL AROMA. La misteriosa fragancia que siempre rodea a Allie y que nunca puedo descifrar.

Me acerco a la cómoda y cojo un pequeño frasco de perfume. O por lo menos creo que es perfume. La etiqueta es de color azul pálido y dice «Allie» en unas preciosas letras. ¿Qué leches es esto?

—Eva la encargó para ella.

Doy un respingo del susto. Me giro y me encuentro al señor Hayes de pie en

la puerta con nada más que calzoncillos bóxer a cuadros escoceses. Es imposible no quedarse boquiabierto al mirar su abdomen. El tío tiene casi cincuenta años, sufre esclerosis múltiple, y tiene una tabla de chocolate que no veas. Estoy de veras impresionado. Supongo que eso explica por qué acabó con la guapísima modelo madre de Allie. Mierda, y de repente pienso que si este es el aspecto del padre de Allie ahora, ella tiene ciertas expectativas. Voy a tener que entrenar durante el resto de mi vida.

Mientras tengo la mirada perdida, me hace un gesto a la botella de perfume que llevo en la mano.

—Mi esposa… La madre de AJ… Tenía un amigo en Francia, un diseñador de moda *fashion chic* con el que trabajó una vez. Conocía a un perfumista… ¿Se dice así? ¿Perfumista?

—No tengo ni idea, señor.

—Es igual, la cuestión es que un año, el amigo de Eva le regaló su propio perfume, una fragancia hecha especialmente para Eva. AJ se moría de la envidia, así que para su duodécimo cumpleaños, Eva le dijo que recibiría un perfume hecho especialmente para ella. Mi mujer estaba ya enferma en ese momento, muy enferma, y hacía todo lo posible para que AJ fuese feliz. Le preguntó a AJ que a qué quería que oliera y AJ le dijo… —resopla divertido—: fresas y rosas.

Yo también me río, porque ahora entiendo totalmente por qué nunca he podido adivinarlo. Rosas y fresas. Dos fragancias completamente diferentes que sin embargo, cuando se combinan, van bien. El olor de ALLIE.

—Tiene seis frascos. Creo que AJ ha podido gastar tres. No estoy seguro. Es muy tacaña con esa mierda. Supongo que no quiere que se acabe.

—¿Así que Allie tiene un perfume francés creado solo para ella? Es la leche.

Se encoge de hombros.

—Eva pasó mucho tiempo en Francia. Hablaba francés con fluidez. Siempre quiso que AJ lo aprendiera, pero AJ no tenía interés.

Mi corazón se contrae.

—Ahora sí que lo tiene.

Él parece sorprendido.

—¿Sí?

Asiento.

—Está intentando aprenderlo por sí sola viendo un culebrón francés.

El señor Hayes sonríe.

—Ya me he visto dos temporadas con ella. —Suspiro con cierto arrepentimiento—. No está tan mal.

Eso le provoca una carcajada. Una que viene de lo más profundo de su garganta y que ilumina sus ojos azules.

—Tú tampoco estás mal, niño bonito —dice, y después sale de la habitación.

#ALLIE

El domingo por la noche, cuando Dean entra en su habitación, yo estoy esperándole dentro. Le habría ido a buscar al aeropuerto, pero dejó su coche en el parking *express* y ha vuelto él mismo desde Boston.

Su mirada de ojos verdes se suaviza cuando me ve.

—Hola.

—Hola. —Me pongo de pie a toda prisa, pero ninguno de los dos hace un movimiento hacia el otro. Estamos a un metro de distancia.

La distancia es insoportable.

Con un ruido ahogado, me arrojo a sus brazos y él me atrapa con facilidad, sus grandes manos se colocan alrededor de mi cintura y tiran de mí para acercarme más. Entierro mi cara en su pecho y susurro:

—Gracias por echarle un ojo.

—De nada. —Siento sus dedos acariciándome el pelo. Echa mi cabeza un poco hacia atrás, obligándome a mirarlo—. Está bien, preciosa. Te lo prometo. Creo que solo llamó a la ambulancia por precaución. La muñeca le duele un poco, pero eso es todo. Está completamente bien.

Ya había oído todo eso por teléfono, tanto por su parte, como por la de mi padre. Pero la tranquilidad y la certeza en los ojos de Dean era lo que necesitaba ver. Le abrazo más fuerte mientras el alivio me llena.

Sus labios rozan mi sien. Luego inhala profundamente como si me oliese el pelo.

—Te he echado de menos —murmura.

—Yo también a ti. —Trago saliva y deshago el abrazo para mirarlo a los ojos —. Ya no necesito más tiempo sola.

Una lenta sonrisa curva sus labios.

—Joder, gracias. —Se sienta en el borde de la cama y me tira hasta su regazo —. Estas últimas semanas me volvía loco sin ti.

—Lo sé. Pero este tiempo de separación ha sido positivo para mí. Tenía que analizar un poco mi vida y analizarme a mí misma, pero solo a mí misma de verdad, no a la Allie que está siempre en una relación. Necesitaba saber que era capaz de estar sola.

—¿Y puedes?

—Sí. —Raspo mis dedos sobre la barba de tres días rubia oscura de su perfecta mandíbula—. Pero no quiero estar sola. Quiero estar contigo.

Me besa. Es un beso suave y dulce, sin lengua. Solo sus labios rozando los míos, una y otra vez hasta que gimo para que me dé más. Justo cuando separo mis labios para invitar a su lengua dentro, se aparta.

—Wellsy me ha contado que estás planteándote rechazar el piloto de la Fox. —Noto cierto tono de reproche en su voz.

—*Argh.* ¿Por qué todo el mundo me da el coñazo con eso? —Suspiro—. No he tomado una decisión aún.

—Pero estás pensando en decir que no.

Dudo. Y después asiento.

Le toca a él suspirar.

—Sé por qué lo estás haciendo, cariño, y lo siento mucho, pero no puedo dejar que lo hagas.

Parpadeo y me bajo de su regazo, mi culo golpea el colchón. Dean se acerca a donde dejó su abrigo. Mete la mano en uno de los bolsillos y saca un sobre.

Oh, no. Los extraterrestres cabrones metiéndome *déjà vus* en mi cerebro otra vez.

Golpea el sobre en su mano y dice:

—Ábrelo.

Lo abro sin rechistar y, sí, me encuentro con la misma mierda que Sean quiso darme. Un papel con la confirmación de dos vuelos a Los Ángeles. Por el amor de Dios. ¿Es que todos los tíos comparten un solo cerebro o algo así? ¿Es que existe una conciencia colectiva que hace que hagan las mismas gilipolleces?

—No te vienes conmigo a Los Ángeles —le informo a Dean.

Me mira atónito.

—No es que vaya a rechazar el papel porque no quiera estar lejos de ti. Quiero…

—El billete no es para mí.

—… rechazarlo porque… —me detengo—. ¿Cómo?

—No es para mí —explica—. Es para tu padre. Sé que no quieres estar lejos de ÉL, así que pensé que en lugar de renunciar a tu sueño de quedarte con él en la costa este, podrías mantener tu sueño y que él se vaya a la costa oeste contigo. —Dean se encoge de hombros—. Ya lo hablé con él y está por la labor. Me dijo que empezaría a buscar un sitio para alquilar en cuanto le confirmes.

Estoy… flipando. Me resulta imposible no empezar a recordar el día del café

con Sean, cuando insistió en venirse conmigo. Y ahora aquí está Dean, insistiendo en que me vaya sin él.

Mi padre estaba equivocado. Y en lo cierto. Estaba equivocado y en lo cierto. Dean se derrumbó como un castillo de naipes, sí. Pero tal vez lo que necesitaba era derrumbarse para aprender que la vida no es perfecta, que suceden cosas malas y que no se puede dejar de vivir cuando eso ocurre.

Sonriendo, le devuelvo el sobre.

—Voy a rechazar el proyecto.

Parece molesto.

—Allie-Gátor…

—No por mi padre —le interrumpo—, aunque me hace muy feliz saber que está dispuesto a mudarse a Los Ángeles si acabo trasladándome allí. Lo rechazo porque el proyecto no es para mí. No me mola el personaje y el contrato me obliga a comprometerme siete temporadas si la serie funciona. No me voy a tirar siete años de mi vida haciendo un personaje que no soporto.

—Oh. Vaya. Joder. Debería haberte preguntado antes de comprar estos billetes no reembolsables, ¿eh?

—¿Tú crees?

Riéndose, me sube otra vez en su regazo y yo envuelvo mis piernas alrededor de sus caderas y los brazos alrededor de su cuello. Voy a darle un beso, pero me habla antes de que mis labios puedan juntarse con los suyos.

—Además he tomado algunas decisiones.

Alzo las cejas.

—Ah, ¿en serio? ¿Como cuáles? —Cuando sus mejillas se tiñen de rosa, salto de inmediato—: Ostras, ¿te estás sonrojando? Vale, ahora sí que me pica la curiosidad. ¿Qué pasa?

—Voy a, eh… voy a ser profesor de gimnasia.

Mi boca se abre de par en par.

—¿En serio?

Parece incómodo.

—Estuve hablando con el entrenador Ellis sobre mis opciones. Resulta que las escuelas privadas son bastante flexibles con los requisitos para enseñar allí. No necesito un título en educación, aunque ayuda. Y cuando fui a Nueva York, llamé por teléfono a la oficina de admisiones de la NYU y de Columbia. En ambos sitios me dijeron lo mismo, que puedo convalidar muchas asignaturas. Necesito matricularme un año en distintos cursos. Kinesiología, Salud y ese tipo de cosas. Pero podría dar clases a la vez, dependiendo de la escuela que me

contrate. —Se revuelve en su sitio—. He hecho algo terrible.

—Oh-oh. ¿Qué has hecho?

—He utilizado el Di Laurentis con la gente de la oficina de admisión.

Reprimo una risa.

—Bah, cariño, no pasa nada. Es para algo positivo, ¿no? —Porque que Dean trabaje con niños es POSITIVO, joder. De verdad puede cambiar las cosas. Puede ayudar a esos niños a construir la confianza en sí mismos, a convertirse en mejores atletas, en mejores personas.

—Y después hablé con el nuevo entrenador de hockey de mi instituto, y le pedí que me contara si se enteraba de alguna plaza vacante en la enseñanza privada, para profe de educación física o entrenador. —Ahora su voz refleja emoción—. Hay una plaza para ambas cosas en un colegio de Manhattan, de primero a octavo. El trabajo comenzaría en otoño. Educación Física para todos los cursos y entrenador del equipo de hockey femenino.

—¿Femenino? —Sonrío—. Eso puede estar genial.

—Creo que voy a ir a la entrevista.

—Pues claro que irás. Si es lo que quieres hacer con tu vida, es lo que tienes que hacer. —Hago una pausa cuando algo me pasa por la cabeza—. Espera un momento, ¿significa eso que no vas a ir a la facultad de Derecho? ¿Se lo has contado a tus padres?

—Sí y sí. Por eso he ido a Nueva York este fin de semana. Me senté con mi padre y hablamos durante horas. Después hice lo mismo con Nick, justo antes de que me llamaras para ver a tu padre. Ambos me han apoyado mucho.

No me sorprende. La familia de Dean es lo más.

—Estoy orgullosa de ti —anuncio.

—Yo también estoy orgulloso de mí mismo. —Acaricia mi mejilla antes de plantarme unos cuantos besos por la barbilla. Después me chupa el cuello y el placer se enciende entre mis piernas.

Ay, Dios. Ha pasado demasiado tiempo desde la última vez que follamos. Casi un mes. ¿O tal vez más de un mes? Puf, no puedo ni acordarme. La sensación de sus labios cálidos y húmedos viajando a lo largo de mi garganta me está poniendo más que a mil.

—Dean —murmuro.

—¿Mmm?

—Te quiero.

—Yo también te quiero. —Me lame el lóbulo de la oreja.

—Pero no me apeteces en este momento.

Echa de golpe la cabeza hacia arriba, parece infinitamente insultado.

—¿Puedes repetir eso por favor?

—No me apeteces —le lanzo una sonrisa traviesa—. Me apetece la pequeña Dean.

Mi novio echa la cabeza hacia atrás y se ríe. Después se baja la cremallera de los pantalones y me da exactamente lo que me apetece.

35
Dean

Abril

La graduación está a la vuelta de la esquina. Me la pela un poco, la verdad, pero es igual, me pondré la toga y el birrete y lanzaré mi diploma al aire, porque sé que hará felices a mis padres. ¿Yo? Yo estoy feliz en general, porque estoy enamorado de la chica más increíble del mundo, y la chica más increíble del mundo está enamorada de MÍ.

Y a pesar de que el equipo no ha llegado a los *playoffs*, eso no quiere decir que no haya ninguna noticia en el frente del hockey. Mi querido Logan ha firmado con los Providence Bruins, el equipo de preparación de los Bruins de Boston, lo que significa que en un año o dos, quizá le llamen para que juegue con los pros. En cuanto a Garrett, su agente está trabajando muy duro. Al parecer, varios equipos han mostrado interés en G, y cruzo los dedos para que acabe en algo chulo.

Yo ya sé dónde voy a acabar yo: en Manhattan. La semana pasada, hice una entrevista para el puesto de profesor en el colegio Parklane. Ayer por la mañana, el director me llamó para decirme que el trabajo era mío. Es un contrato de dos años, aunque el segundo año depende de que acabe la carrera con las asignaturas convalidadas.

Y supongo que mi hermana tenía razón con su teoría del universo, porque una hora después de mi conversación con el director del colegio Parklane, el agente de Allie llamó con una noticia que le hizo gritar tan fuerte que Garrett la escuchó desde la ducha y vino volando a mi habitación completamente desnudo y armado con un palo de hockey.

Una vez le aseguramos que todo estaba bien y le comentamos lo bonito que era su pene, Allie contó que le habían ofrecido un papel en una serie desarrollada por el superdirector Brett Cavanaugh, con quien hizo una obra de teatro el verano pasado. No era necesario hacerle un casting, porque a Cavanaugh le

gustó tanto trabajar con ella que le había ofrecido el papel directamente. ¿Lo mejor de todo? Que la serie se graba en Nueva York.

Allie dice que sigue queriendo hacer teatro cuando la serie haga un parón o si no funciona, que no creo. Pero lo más importante para ella es que no la han elegido para hacer de niña tonta. Este nuevo papel es serio y «sustancioso», como le gusta decir, y sé que está deseando que empiece el desafío.

—¿Qué pasa si tengo que enseñar las tetas?

Su irónico tono me saca de golpe de mis pensamientos. Vamos de la mano por el camino que sale del edifico de Arte Dramático, donde su clase de Monólogos acaba de terminar. Todavía hay frío en el aire, pero todo empieza a estar verde otra vez y la nieve se ha derretido, dejando una capa de lodo en el camino de adoquines.

—¿Ira ha dicho eso?

—No, pero es HBO. Es probable que me pidan que salga en bolas. O por lo menos, en *topless.*

—¿Tú estarías a gusto con eso? —pregunto con cuidado.

Se encoge de hombros.

—Mientras que no sea gratuito, sin problema. —Hay una pausa—. ¿A ti te parecería bien?

Le dirijo una sonrisa diabólica.

—Cariño, tus tetas son absolutamente increíbles. Nunca le privaría al mundo de ellas.

—En serio, tío. ¿Te importaría?

Me lo pienso y a continuación, sacudo la cabeza.

—Me parece bien. Es parte de tu trabajo y si se sientes cómoda enseñando un poco de piel, entonces yo también.

Se inclina y roza sus labios contra mi mejilla.

—Eres increíble. ¿Lo sabías?

—Por supuesto que sí. Me lo dicen por lo menos diez veces al día.

La risa que recibo por respuesta se corta cuando una figura familiar aparece en nuestra vista. Mis hombros se tensan mientras el exnovio de Allie se nos acerca lentamente.

Sean se queda mirando nuestras manos entrelazadas. No necesito mirar la cara de Allie para saber lo que está sintiendo en este momento. Puedo deducir por la forma en la que sus dedos aprietan los míos que no le mola nada verlo, que no se ha olvidado de toda la mierda insensible que le dijo después de Acción de Gracias.

—Hola, Allie. —Sean parece supertriste, pero no siento ni una pizca de compasión por él—. Pensaba en llamarte.

—No lo hagas —le digo con brusquedad—. Olvídate de su número.

Allie me aprieta la mano para tranquilizarme.

—Ya nos hemos dicho todo lo que nos teníamos que decir —le dice a su ex. Su tono es suave, pero firme.

Sean se aclara la garganta.

—Te debo una disculpa.

—Sí, acabas de pedirla y la acepto. Pero no somos amigos ni lo vamos a ser. —Da un paso hacia adelante, alejándonos de él. Soy reacio a seguir su movimiento.

Me muero de ganas de partirle la cara a este hijo de puta, pero Allie tira de mí para separarnos más de él, con los dedos haciendo fuerza en los míos.

—Él no es importante —murmura.

Tiene razón. No lo es.

Apenas hemos dado cinco pasos cuando diviso otra cara familiar. Esta pertenece a un pibón rubio que sonríe y saluda cuando pasa junto a nosotros.

—Estás muy guapo, Di Laurentis.

No le devuelvo el cumplido, porque me gusta tener huevos y Allie me los arrancaría si flirteo con Michelle. Además, NO quiero flirtear. Allie se ha cargado ese deseo. Ella es la única con la que quiero flirtear. Además, me gusta que mis cojones estén unidos a mi cuerpo.

Así que simplemente digo:

—Un placer verte. —Y paso de largo.

—Parece que este es el día de los ex, ¿eh? —dice Allie secamente.

Arrugo la nariz.

—Michelle no es mi ex.

—Cierto. Simplemente es alguien con quien hiciste un trío.

—Con quien CASI hago un trío. Me lo jodiste tú, ¿recuerdas?

—Sí. —Parece satisfecha de sí misma y yo hago un puchero—. ¡Eh! No hagas como si te hubiera arruinado tu única oportunidad de hacer un trío. Estoy segura de que no era tu primer rodeo.

Me encojo de hombros ligeramente.

—Joder. ¿Cuántos tríos has tenido?

Esta vez guiño un ojo.

—Unos pocos. ¿Y tú?

—Un montón.

Me tenso.

—Nombres y fechas —gruño—. Tengo que hacer una nueva lista a lo *Kill Bill.*

Allie se echa a reír.

—Relájate. Tú estabas allí, en todos.

Frunzo el ceño.

—Eh, creo que recordaría un trío con…

—Tú, yo y Winston —dice alegre.

Gimo con exasperación.

—Eso no cuenta.

—Claro que sí. Hubo doble penetración.

Ya te digo.

###

Una hora más tarde, estamos de vuelta en mi casa. Es el turno de Allie para elegir peli, lo que significa que me da tiempo de sobra a ducharme, porque siempre le lleva un tiempo ridículamente largo decidir qué quiere ver. Entro en el salón diez minutos más tarde para encontrarla acurrucada bajo una manta, jugando con su teléfono.

Su boca se abre de par en par cuando me ve.

—Dios mío, Dean. ¿Por qué estás desnudo?

—No me gustan las partes de arriba.

—¿Y los pantalones? —chilla—. ¿También tienes algo en contra de las partes de abajo? Cruzo la habitación y dejo caer mi culo desnudo en el sofá. A continuación, cojo el borde de la manta y lo tiro sobre la parte inferior del cuerpo. Allie me mira divertida.

—¿Qué? —dice a la defensiva.

—Nunca he conocido a nadie que sea tan antiropa. Es superraro.

Cojo su mano y la meto bajo la manta, colocándola directamente sobre mi pene semierecto.

—¿Raro o maravilloso?

Frota su pulgar en mi capullo y después suspira.

—Maravilloso —rectifica.

—Bueno, ¿qué has elegido? —Le hago un gesto a la pantalla del televisor, disfrutando todo el tiempo de los movimientos lentos que ocurren debajo de la manta.

—Uy, ¡te va a encantar! —Su mano para cuando se gira para mirarme sonriente—. Ha ganado un Óscar.

Suelto un gemido.

—No, muñequita, no. Me niego a ver otra de tus «ganadoras del Óscar».

Hace clic en el mando con la mano libre y mis ojos se abren de placer.

—*¡¿El exorcista?!* —exclamo—. ¿El puto *exorcista*? —Ya ni me doy cuenta de la paja que me está haciendo. Estoy demasiado emocionado con que haya escogido una película de terror, y la pequeña Dean está pagando el precio por mi felicidad no basada en el sexo.

—¿Ves lo buena novia que soy? Estoy muy a favor de las concesiones. —Sonríe—. Esta relación es lo más.

—Ya te digo que lo es. —Beso su mejilla y después jadeo cuando se me ocurre una cosa.

—¿Qué pasa? —dice preocupada

Me vuelvo hacia ella con los ojos aún más abiertos.

—Cariño… ¿somos aburridos?

Allie suelta una carcajada aguda.

—¿De verdad me estás preguntando eso?

—Sí, he preguntado eso, joder. —Agito una mano alrededor de la habitación —. Míranos. Es viernes por la noche y estamos en el sofá del salón, hablando de lo guay que es nuestra relación. Esto es lo más aburrido que podríamos estar haciendo. —Suspiro en voz alta—. ¿Es esta nuestra vida ahora? ¿Estamos condenados a quedarnos en casa abrazados todas las noches? ¿Se ha acabado la emoción?

—La emoción no se ha acabado —me asegura.

—¿Estás segura? Porque tiene pinta de ser un poco…

—Hola. —La voz de Tucker me interrumpe y ambos miramos hacia arriba para verle de pie en la puerta.

—Hola. —Arrugo la frente—. Pensé que te ibas por ahí con Hollis esta noche.

—Los planes han cambiado.—Entra en la habitación mirándonos bajo la manta—. ¿Están por aquí G y Logan?

Niego con la cabeza.

—En las residencias.

—Mierda. —Deja caer la mano a su costado. Su tensa expresión me inquieta. También lo hace la forma en la que no para de mover los pies, como si no pudiese encontrar la postura en la que quiere estar.

—¿Todo bien? —pregunta Allie.

Tucker vacila.

—Yo… Joder, esperaba que los demás estuvieran en casa para poder decíroslo a todos a la vez.

—¿Decirnos qué? —Mi inquietud crece.

—Yo… eh…— Se detiene, cierra la boca. Abre la boca. Se detiene de nuevo. Luego deja escapar un aliento que suena como si acabara de soltar su alma—. Voy a tener un bebé.

El silencio desciende en el salón.

Por el rabillo del ojo veo la gran O en la boca de Allie. Su sorpresa es tan palpable como la mía.

Como un idiota, me quedo mirando el abdomen de Tucker durante unos diez segundos antes de recordar que no vivimos en un mundo en el que Arnold Schwarzenegger puede estar embarazado.

—¿Vas a tener un BEBÉ? —Mi mente sigue girando como un carrusel, así que me resulta difícil hablar sin tartamudear—. ¿Con… con QUIÉN?

Tucker se encuentra con mi confundida mirada y dice:

—Con Sabrina James.

Y a mi lado, Allie se echa a reír.

Giro mi cabeza hacia ella, pero sus carcajadas siguen saliendo sin control, grave y jadeante, hasta que finalmente recupera la respiración normal y me lanza una mirada irónica.

—Con que se ha acabado la emoción, ¿eh?

Jooooder.

Agradecimientos de la autora

He estado muriéndome de ganas de abordar el libro de Dean desde que le presenté como compañero de piso de Garrett en *Prohibido enamorarse*. Estaba impaciente, porque tenía la SEGURIDAD de que Dean sería un tío muy divertido de escribir… Y no me ha defraudado. Me lo he pasado pipa con su historia. ¡Y me emociona pensar que ahora vais a leerla!

Nota: Me he tomado la libertad de jugar con el tiempo de las vacaciones del equipo de hockey. La mayoría de los equipos de la Primera División juegan durante diciembre y enero, pero como quería que Dean tuviera unas vacaciones más largas, lo he falseado. Me encantó cada segundo que Dean y Allie pasaron juntos en Nueva York. Así que… ¡no me arrepiento de nada! Insisto: ¡nada de nada!

Como siempre, quiero dar las gracias a mis primeras lectoras / fans / mejores amigas por ayudar a que este libro tome forma: Viv, Jen, Sarina, Katy, Mónica, Nicole, y Sophie. Os quiero, chicas.

En lo tocante al negocio en sí, no podría sobrevivir sin Nic ni Natasha (¡amigas y asistentes extraordinarias!), Gwen (¡no me dejes nunca!), Sharon (todavía tenemos que planear la boda) y la persona que me mantiene cuerda: Nina Bocci.

Un agradecimiento especial para Sarah Hansen (Okay Creations) por la preciosa cubierta.

A todos los bloggers y colaboradores que habéis ayudado con reseñas y comentarios, que publicáis opiniones y que le habláis de la saga a todo aquel dispuesto a escuchar. Sois estrellas de rock. Estrellas. Rock and roll.

Y a todos mis lectores y lectoras. Ni os imagináis lo honrada que me siento porque sigáis apoyando / amando / recomendando esta serie. Sois la *salsafantástica* para unas *delicioalbóndigas*.

Allie, una chica en crisis y Dean, el tío más guapo del campus, son los protagonistas de esta novela, la tercera y última entrega de la excitante y apasionada trilogía #KissMe.



Ninguna chica podía resistírsele... hasta que la conoció.

Allie está en modo CRISIS. No sabe qué hacer con su vida, acaba de dejar a su novio y, en un momento de locura, se enrolla con Dean de Laurentis, el tío más guapo y más ligón del campus.

Hay que reconocer que no estuvo nada, nada mal. Pero lo último que necesita es liarse con un rompecorazones. Por mucho que Dean no esté dispuesto a quedar como «solo amigos». Por mucho que, cuando la vida da un giro de 180 grados, él sea el tío capaz de permanecer a su lado...

Chicos que saben lo que hacen. Chicas que saben lo que quieren.
Risas, amor, y mucho, mucha tensión sexual.
Miles de lectoras lo avalan: ¡Déjate seducir por #KissMe!
4,5 estrellas y un 97% de *ratings* positivos en *Goodreads*

Sobre la autora

Elle Kennedy es una de las nuevas revelaciones de la novela romántica. Tras graduarse en Letras Inglesas por la Universidad de York en 2005, decidió orientar su vida profesional a la escritura, y desde entonces ha ido consolidando una gran carrera literaria: una treintena de novelas que recorren la temática amorosa desde distintos géneros: suspense, thriller o novela erótica. Es autora best seller según el *New York Times,* el diario *USA Today* y el *Wall Street Journal.*

Título original: *The Score*
© 2016, Elle Kennedy
© 2016, Lluvia Rojo, por la traducción
© 2016, de la presente edición en castellano para todo el mundo:
Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN ebook: 978-84-204-8510-2
Diseño de la cubierta: Compañía
Fotografía de la cubierta: © Shutterstock
Conversión ebook: Javier Barbado

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright.*
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

www.megustaleer.com



Índice

Inmune a ti (#KissMe 3)
1. Allie
2. Allie
3. Allie
4. Dean
5. Allie
6. Dean
7. Dean
8. Dean
9. Allie
10. Dean
11. Allie
12. Allie
13. Allie
14. Dean
15. Dean
16. Dean
17. Dean
18. Allie
19. Allie
20. Dean
21. Dean
22. Dean
23. Allie
24. Allie
25. Dean
26. Allie
27. Allie
28. Dean
29. Allie
30. Dean
31. Allie

32. Dean
33. Allie
34. Allie
35. Dean
Agradecimientos de la autora
Sobre este libro
Sobre la autora
Créditos